

Camilla
GREBE..

Åsa **TRÄFF**

Te vigilo



Lectulandia

Siri Bergman vive sola en el archipiélago rocoso a las afueras de Estocolmo. Un día, de pronto, siente que alguien la persigue. ¿Quién pretende hacerle daño?

Siri es psicóloga. A su consulta acude toda clase de personas para contarle sus miedos y secretos más ocultos. Sin embargo, ella también soporta una pena: ha enviudado hace un año. Desde que su marido se ahogara, se siente cada vez más aislada y asustada en su casa, hasta el punto de dormir con las luces encendidas.

Un día encuentra a una de sus pacientes, una mujer joven, flotando en el agua, delante de su embarcadero. La policía halla una carta en que la muerta agradece a Siri por haberle ayudado a comprender que su vida no tenía sentido. El mundo de Siri se derrumba. ¿Realmente es tan pésima terapeuta? ¿O acaso hay otra explicación? La extraña sensación de que alguien la sigue, la vigila en la oscuridad y quiere hacerle daño, empieza a tomar forma.

Lectulandia

Camilla Grebe & Åsa Träff

Te vigilo

Siri Bergman - 01

ePub r1.0

Titivillus 14.10.16

Título original: *Någon sorts frid*
Camilla Grebe & Åsa Träff, 2009
Traducción: Ana Sofía Pascual Pape

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mamá y papá

*No temas la oscuridad,
pues es allí donde la luz descansa.
Sabes que no vemos las estrellas,
allí donde no hay oscuridad.
En tu claro iris
llevas una oscura pupila,
pues la oscuridad es todo lo que la luz
estremecedoramente anhela.
No temas la oscuridad,
pues es allí donde la luz descansa.
No temas la oscuridad,
la que el corazón de la luz transporta.*

Erik Blomberg

Una mañana de verano

Debería haber sido idílico.

Una mañana traidoramente tranquila y húmeda por el rocío. Los rayos de sol que se apoderan, de forma lenta pero inexorable, de la fachada de estilo modernista.

Los rayos la abrazan convencidos de alcanzar la victoria con su calor indiferente, y le conceden la fuerza de la luz que la noche le había negado.

Como si nada hubiera ocurrido.

Como si esta mañana de verano presagiase un día como cualquier otro: lleno de vida; de cuerpos sudorosos montados sobre bicicletas; de risitas ahogadas ante el quiosco de helados del puerto; de hombros desnudos quemados por el sol; de sexo veraniego vacilante, cuando el crepúsculo azul celeste se transforma, insomne, en alba; de la mezcla nauseabunda de vino blanco y refresco en la linde del bosque, enfrente de la pizzería; del agua fría del lago contra los cuerpos flacos de unos niños cuyas costillas parecen a punto de emerger de sus pechos a través de la suave piel, fina como el papel y blanca como la leche.

Adolescentes patizambos que hacen carreras a nado hasta la isla y de vuelta a la orilla, se perfilan como pálidas figuras hechas de gachas, embarcaciones anfibias contra la oscuridad saturada, de un color azul pardusco, del agua. Los gritos de los que se lanzan al agua desde las rocas. El aroma de la carne a la parrilla. El sonido de lejanas lanchas a motor.

Mosquitos. Avispas. Insectos sin nombre: en el pelo, en la boca, en el cuerpo; los cuerpos pegajosos y empapados en sudor.

Todo muy sueco.

Un verano sin fin.

Como si nada hubiera ocurrido.

Incluso la casa parece impasible. Pesada e indiferente, parece cavilar en el jardín exuberante, bañada por un verdor sofocante y empañado. Su cuerpo macizo de tres plantas se estira hacia el fondo azul del brillante cielo estival. No hay ni un solo palmo de su superficie en que el revoque se haya descascarillado. Los marcos de las ventanas y las puertas están recién pintados en un reluciente verde grisáceo. En los cristales de color emplomados, con sus dibujos florales serpenteantes y orgánicos, no hay grietas ni polvo. Sobre el tejado se yergue una vieja veleta de color cardenillo de las que ya no se hacen.

Debería haber sido idílico.

Y, sin embargo, hay algo que no encaja.

En el pequeño aparcamiento, de gravilla recién rastrillada, hay un *jeep* negro. También este se ve limpio como una patena y no presenta ni un solo araño. En su brillante superficie se refleja una clemátide de enormes flores blancas como la tiza, que trepa por un viejo y nudoso manzano, y justo allí, al pie del tronco bajo y las ramas retorcidas del árbol, yace ella.

La mujer joven.

Está acurrucada sobre la hierba, como un pájaro. Su cabellera pelirroja está cubierta de una fina película de rocío, al igual que la hierba. Los estrechos y pálidos brazos de pájaro están abiertos, uno a cada lado de su cuerpo, con las palmas vueltas hacia arriba en un gesto de resignación. La sangre, que ha abandonado su cuerpo, ha coagulado en manchas parduscas sobre la tela de los tejanos y en la hierba. Los ojos están abiertos y parece que escudriñen la copa del manzano.

De las ramas cuelgan pequeños frutos verdes e inmaduros. Hay muchos; en pocos meses el árbol dará abundante fruta. Sobre su copa los vencejos y las gaviotas vuelan impasibles. ¿Qué puede importarles a ellos una criatura humana muerta?

Debajo del cuerpo, fuera del alcance de la vista de los pájaros y los seres humanos, hace ya tiempo que los habitantes más pequeños del jardín han descubierto lo que ningún ser humano ha visto todavía. Un diminuto escarabajo negro se mete entre la cintura de los pantalones y la piel fría y pálida en busca de algo comestible; unas mosquitas han anidado en el bosque frondoso de la roja cabellera y unos bichos microscópicos, lentos pero decididos, se introducen por los recovecos de las orejas.

Muy pronto, los habitantes de la casa despertarán y empezarán a buscar a la joven. Cuando no la encuentren, saldrán al jardín y la encontrarán sobre la hierba, bajo el árbol, con la mirada vuelta hacia el cielo.

La sacudirán, como intentando arrancarla de un profundo sueño, y cuando eso no surta efecto, uno de ellos le propinará una fuerte bofetada, y su tez se teñirá de rojo por la sangre, aún sin coagular, que ahora cubre sus manos.

La cogerán en brazos y la acunarán suavemente. Uno de ellos le susurrará algo al oído, mientras el otro enterrará el rostro en su cabellera.

Más tarde, llegarán unos hombres que no la conocen e ignoran su nombre, para llevársela consigo. La agarrarán con manos insensibles por las muñecas y los tobillos finos y rígidos, y la colocarán sobre la fría camilla, la cubrirán con un plástico y se la llevarán lejos, muy lejos de casa.

La depositarán sobre una mesa metálica, al lado de unos instrumentos quirúrgicos que utilizarán para abrirla en canal y, ojalá, descubrir el enigma, para explicar lo inexplicable y restablecer el equilibrio. Esclarecer aquello que nadie entiende.

Cerrar el caso y tal vez incluso traer un poco de paz.

Cierta paz.

Agosto

Fecha: 14 de agosto

Hora: 18.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Sara Matteus

—Bueno, ¿y cómo te ha ido el verano?

—¿Te molesta si fumo?

—No, adelante.

Sara hurga en su bolso de tela de camuflaje y por fin saca un paquete de Prince rojo y un encendedor. Con dedos temblorosos, secos y agrietados, enciende el cigarrillo y le da dos caladas profundas antes de volver a fijar la mirada en mí. Escudriña mi rostro en silencio y luego suelta una nube de humo entre nosotras, una niebla cancerígena, que, por un instante, oculta sus ojos pintados de negro. Hay algo provocador en su gesto, un cierto aire juguetón y revoltoso que me lleva a decidir no soltarla con la mirada.

—¿Qué pasa? —dice con aspereza.

—¿Y el verano?

—Ah, sí. El verano. Ha estado bien. Estuve trabajando en ese bar de Gamla Stan, ya sabes, en la plaza de Järntorget.

—Sí, lo sé. ¿Y cómo te parece que te lo has pasado?

—Bien, muy bien. Claro. *No problems*.

Sara se queda en silencio mientras me contempla con una mirada insondable. Tiene veinticinco años, pero no aparenta un día más de diecisiete. Su cabello, desteñido en diferentes tonalidades que van del blanco al Amarillo mantequilla, cae reptando por sus estrechos hombros en sucias greñas. Greñas. Las enrolla entre los dedos cuando se aburre. Luego, las greñas entran y salen de su boca. Las muerde o chupa, indistintamente. Cuando no se chupa el pelo, fuma. Parece que siempre tenga un pitillo entre esos dedos ásperos y secos.

—¿No has sentido angustia?

—Pues no. Bueno, tal vez un poquiiiito... de vez en cuando. Me refiero a la noche de San Juan y esas mierdas, ya sabes. ¿O es que la gente no suele angustiarse por esas fechas? ¿A quién no le causa angustia la víspera de San Juan? —Me mira con aire retador y sin decir nada. Una sonrisa asoma por la comisura de sus labios—. Por supuesto que eso me provoca una jodida angustia.

—Y entonces, ¿qué hiciste?

—Pues nada —responde, y me dirige una mirada vacía a través del humo del cigarrillo. Parece extrañamente indiferente, teniendo en cuenta los sentimientos de angustia y alienación que, afirma, le provoca la fiesta de la víspera de San Juan.

—¿Y no te hiciste cortes?

—Pues no... Bueno, sí. Sólo un poquito, en los brazos, ya sabes. Sólo en los brazos. Tuve que hacerlo, de lo contrario no habría sobrevivido a ese jaleo de San

Juan. Pero... no mucho. Ya sabes, te prometí que no volvería a cortarme más. De hecho, suelo cumplir lo que prometo. Sobre todo, si te lo prometo a ti.

Advierto que Sara esconde sus antebrazos con un movimiento del que con seguridad ni siquiera es consciente.

—¿Cuántas veces te cortaste?

—¿A qué te refieres? ¿Al número de cortes que me hice?

—No, quiero decir en cuántas ocasiones lo hiciste.

—Oh, algunas. Un par de veces, o tal vez tres, a lo largo del verano. No me acuerdo...

La voz de Sara se va apagando. Aplasta el cigarrillo en el jarrón azul que he colocado sobre la mesita en un intento de hacer que la sala parezca más acogedora. Debo de ser la única psicóloga en Suecia que permite que sus pacientes fumen, pero, en el caso de Sara, si no lo hago se pone tan nerviosa que resulta imposible tener una conversación con ella.

—Sara, esto es importante. Me gustaría que volviéramos a las diferentes situaciones en las que te cortaste. Intenta recordar qué fue lo que pasó justo antes. Qué fue lo que provocó los sentimientos que te llevaron a hacerte esos cortes.

—Mmm...

—Empieza por la primera vez. Tómate todo el tiempo que necesites. Empieza contándome cuándo fue.

—Debió de ser la víspera de San Juan. Quiero decir, durante la misma fiesta de San Juan. ¡Si ya te lo he dicho antes!

—¿Qué hacías? Me refiero a justo antes de cortarte.

—Fui a ver a mi madre. Sólo estábamos ella y yo. Ella había cocinado y esas cosas. Y había comprado vino.

—¿O sea que no fuiste a ninguna fiesta de San Juan?

—No, más bien lo decía en el sentido... ¿Cómo se dice? Como una metáfora. Una metáfora de lo horrible que es la víspera de San Juan. Todo el mundo está tan contento... Hay que juntarse con la familia y estar contento. Me parece algo tan... impostado.

—Pero entonces, ¿estuvisteis bien? ¿Contentas?

Sara permanece un buen rato en silencio y, por una vez, y sin que sirva de precedente, sus manos descansan tranquilas en el regazo, mientras piensa la respuesta. Lo único que se oye es el zumbido de la cámara de vídeo que graba nuestra conversación. Sara suspira hondo y, cuando vuelve a hablar, advierto su irritación, a pesar del tono de voz tranquilo y expectante.

—La verdad, creo que ya puedes imaginártelo. De hecho, no entiendo adónde quieres ir a parar con todo esto. Ya hemos hablado de mi madre al menos mil veces. Ya sabes que es una borrachuza. Hoooola, ¿hay alguien ahí? ¿Quieres que te lo apunte en algún sitio? Fue como de costumbre. Todo tenía que ser tan pretendidamente elegante... y entonces... bebió demasiado y empezó a lloriquear. Ya sabes cómo se

pone cuando bebe. Infeliz y como si... como si se arrepintiera de algo. Como si se arrepintiera de todo. Como si yo tuviera que perdonarla por no haber sido una buena madre. ¿A ti te parece que debería hacerlo?

—¿Tu qué piensas?

—No, no creo que deba hacerlo. Creo que lo que me ha hecho es imperdonable.

—Entonces, ¿qué hiciste?

Sara se encoge de hombros y veo por su actitud y su postura que ya no tiene ganas de hablar, ni de su madre ni de sí misma. Su voz se ha vuelto chillona y en su cuello se extienden unas manchas coloradas, como si fuera vino derramado sobre un mantel de algodón.

—Me largué. No soporto cuando se pone a berrear.

—Y luego, ¿qué pasó?

Sara se mueve nerviosa en el asiento. Enciende otro cigarrillo.

—A casa. Me fui a casa.

—¿Y?

—Sabes muy bien lo que pasó entonces. Es culpa de esa bruja. Es que no consigo... no puedo respirar cuando he estado allí.

Ahora Sara está enfadada. Eso es bueno, intentaré alimentar ese sentimiento en ella. Suelo escuchar muchas verdades, cuando Sara se enfada. La capa automanipuladora desaparece por completo, sustituida por una sinceridad desnuda y a flor de piel que encuentras en la gente que no tiene nada que perder y a la que no le importa lo que piensan los demás.

—¿Te cortaste?

—¡Joder! Me parece que es obvio que me corté.

—¡Cuéntamelo! —le digo.

—Bueno, a ver. Sinceramente, ya sabes lo que pasó.

—Esto es importante, Sara.

—Me corté en el brazo. ¿Estás contenta?

—Sara... ¡Escúchame! Es comprensible, todo lo que me cuentas, tus sentimientos. Es la víspera de San Juan, visitas a tu madre, ella está borracha y quiere que la perdones. De pronto, se remueven muchos sentimientos. ¿Lo comprendes?

Sara baja la mirada hasta sus dedos. Examina las uñas. Asiente con la cabeza para confirmar que tal vez ella también crea que sus sentimientos y reacciones son comprensibles.

—El problema es que cada vez que te asalta la angustia te entran ganas de autolesionarte, lo que no puede decirse que sea precisamente una buena solución a largo plazo.

Sara vuelve a asentir con la cabeza. Sabe que no es más que un desahogo pasajero cada vez que se corta, que bebe demasiado o que se lanza de manera impulsiva a relaciones sexuales ocasionales, y que el odio hacia sí misma y el dolor volverán con fuerzas redobladas. En realidad, su intento desesperado de mantener la angustia en

jaque no hace más que reforzarla.

—¿Intentaste hacer lo que hemos hablado en otras ocasiones? Ya sabes, tratar de soportar la angustia y el miedo. Al fin y al cabo, sabes muy bien qué es lo que lo provoca. La angustia en sí nunca es peligrosa. Sencillamente te lo parece, lo sientes así. Eso es lo que debes trabajar: tienes que aprender a soportar la angustia. Sólo por un tiempo, porque ya volverá a desaparecer más adelante.

—Sí, lo sé.

—¿Y qué me dices de las otras veces?

—¿Qué otras veces?

—Que te hiciste cortes.

Sara suspira y desvía la mirada hacia la ventana en un gesto significativo. La ira en su voz ha sido reemplazada, en parte, por el cansancio.

—Vale, muy bien. Una de las veces estaba borracha y, por lo tanto, no cuenta. Porque entonces no soy realmente yo misma. Fue en una fiesta en Haninge, en casa de un tío del trabajo.

—¿Ocurrió algo en especial durante la fiesta que provocara esos sentimientos?

Sara se encoge de hombros y tira otra colilla dentro del jarrón, al agua de mis flores, ya envenenadas de nicotina.

—Venga, Sara, inténtalo. Es importante. También tienes que poner de tu parte. Ya sé que es duro.

—Había un tío...

—¿Y?

—Y, en cierto modo, me recordaba a Göran.

—¿Tu padrastro?

—Sí. —Sara asiente con la cabeza—. Me tocó de la manera en que solía hacerlo Göran. De repente..., ya sabes que no me gusta pensar en todo eso, y entonces todo eso volvió, sin más, cuando lo tuve allí, manoseándome, sobándome con sus asquerosas manos. Lo empujé con tal fuerza que fue a dar contra una mesa. Estaba bastante borracho, y se cayó y se abrió una ceja.

—¿Qué pasó entonces?

—Bueno, pues se puso furioso. Empezó a gritarme y a perseguirme.

De pronto, Sara parece agotada y extrañamente pequeña.

—Eh, que tampoco fue tan horrible como crees, la verdad. El tío estaba borrachísimo, ¿ya te lo he dicho? No me atrapó. Me fui a casa.

—¿Y?

—Y entonces lo hice, ¿vale? ¿Y ahora podríamos hablar de otra cosa?

—Intenta describirme, de la manera más exacta posible, lo que sentiste justo antes de hacerte los cortes.

—¿Lo que sentí? Hoooola, si ya sabes perfectamente lo que sentí. Como si estuviera a punto de romperme. Pensé en aquel tío asqueroso y en sus repugnantes manos que me sobaban, y luego en Göran, y de pronto sentí como si me estuviera

rompiendo o no pudiera respirar. Y entonces lo hice, y luego me sentí mejor. En cierto modo, me sentí más limpia. Y más tranquila. Me quedé dormida. ¿De acuerdo? Y ahora ¿podríamos hablar de otra cosa? Por cierto, tengo que irme pronto. Tengo una entrevista para una plaza de becaria. ¿No podríamos hablarlo la próxima vez?

—Para la próxima vez me gustaría que prepararas el ejercicio del que hablamos, Sara.

—Claro, por supuesto. Entonces me voy ya.

—Muy bien. Nos vemos la semana que viene.

Apago la cámara de vídeo y me recuesto en la silla. Como suele pasarme cuando viene Sara a verme, he vuelto a vaciarme de energía. No sólo porque ella me cuenta muchas cosas horribles, sino también porque he estado en alerta todo el tiempo. Ser la terapeuta de Sara es un ejercicio de equilibrio constante.

Sus circunstancias, por desgracia, no son especialmente excepcionales. Creció en Vällingby, en un hogar de clase media en apariencia normal, como la menor de tres hermanos. Lo único poco normal de su situación familiar era que la madre tenía un problema con el alcohol, pero a pesar de ello funcionaba bien socialmente. Sara suele decir que, a veces, incluso podía llegar a ser una ventaja. Por ejemplo, la mujer solía mantener la boca cerrada durante las reuniones de padres, a sabiendas de que si la abría podía descubrirse que era una alcohólica irremediable. Siempre estaba durmiendo cuando Sara volvía a casa, nunca le preguntaba dónde había estado, ni por qué volvía a casa en mitad de la noche, ni cómo podía ser que siempre llevara ropa nueva. Ropa que no le habían dado sus padres.

Ya a una edad temprana, Sara empezó a tener dificultades para concentrarse y pronto llegaron los problemas en la escuela. En tercero de primaria prendió fuego a las cortinas del gimnasio con un encendedor que le había sisado al profesor (que solía fumar a escondidas en el vestuario, mientras obligaba a los niños a correr dando más y más vueltas al patio del colegio bajo la lluvia otoñal). En sexto, se subió a un coche de policía por primera vez, después de haber robado en el supermercado Konsum. Empezó a salir con tíos mayores. A los trece años comenzó a salir con Steffe, que tenía dieciocho. Se quedó embarazada y abortó.

A su vez, los padres intuyeron que estaban perdiendo el control sobre ella y se dirigieron a las autoridades sociales en busca de ayuda. Este grito de socorro resultó en que la oficina de los servicios sociales del barrio decidiera llevar a cabo una investigación, lo que significó que a Sara le adjudicaran una persona de contacto y la obligaran a hacerse pruebas de orina regularmente. Estas medidas suelen ser bastante ineficaces, y también lo fueron en el caso de Sara. Al poco tiempo, su persona de contacto renunció a serlo, después de que Sara la llamara «puta asistente social» y «jodida asistente social de mierda» y escupiera sobre su mesa. La persona de contacto afirmó que se sentía amenazada e intimidada por Sara, pero lo más probable es que, en realidad, se hubiera cansado de que esta fuese tan insoportable y exigente. Que

tampoco tuviera fuerzas para cargar con ella.

¿Agresiva? Sin duda. Sin embargo, nunca he visto que Sara perjudicara a nadie más que a sí misma. Tiene lo que podríamos llamar una capacidad infalible, casi paranormal, para elegir siempre la peor alternativa para sí misma, para elegir siempre el camino en la vida que le cause el máximo de dolor. Parece que tenga incorporado un complejo indomable que la lleva a tomar la Vía Dolorosa.

Tras la ruptura con la «puta asistente social» llegó la familia de acogida. Cuando Sara tenía quince años, su padre de acogida la violó repetidas veces. Sara hizo lo único que, desde su punto de vista, era lógico: escapar de casa. De hecho, lo consiguió en varias ocasiones, pero cada una de las veces que lo intentó, las autoridades locales la atraparon y la devolvieron a la familia de acogida. Fue entonces cuando empezó a manifestarse ese comportamiento devastador, autodestructivo y sexualmente agresivo.

Cuando Sara cumplió los dieciocho, le dieron su primer auténtico diagnóstico psiquiátrico verdadero: trastorno límite de la personalidad. Como de costumbre, de nada sirvió que el sistema psiquiátrico alcanzara para ponerle palabras a lo que le pasaba a Sara. Cada vez estaba peor. Al poco tiempo la ingresaron en un hospital psiquiátrico durante dos meses, en un estado cerca no a la psicosis, tal vez provocado por las drogas. Sara suele referirse al hospital como al «Infierno», y supongo que con el descenso a él debió de abandonar prácticamente toda ambición de llevar una vida normal, una «vida Svensson», como solía llamarlo ella. En el caso de Sara, la estancia en el hospital psiquiátrico fue seguida por un consumo de drogas explosivo, y medio año más tarde de que le hubieran dado el alta, Sara fue ingresada a la fuerza en un centro de desintoxicación de Norrtälje donde se concentraron especialmente en su problema con las drogas, que, por aquel entonces, consistía en un consumo desmedido de anfetaminas y alucinógenos sintéticos.

Más tarde ocurrió algo. No está claro el qué. Ella misma no es capaz de explicarlo de otra manera que no sea que decidió vivir. Decidió no morir.

¿Y hoy? Hace dos años que está limpia, tiene su propio piso en Midsommarkransen. Está en el paro. Soltera. Muchos amigos y aún más compañeros de cama.

Sara es una auténtica veterana en el mundo de la psiquiatría. La han analizado de cabo a rabo una y otra vez. El BUP (Centro de Psiquiatría Infantil y Juvenil), los ambulatorios psiquiátricos abiertos y los de régimen cerrado. Ha conocido a más asistentes sociales, personas de contacto, psicólogos y psiquiatras que yo a pacientes. Eso compromete. De vez en cuando siento como si me estuviera evaluando a mí y mis comentarios, como si me estuviera catalogando y ubicando en una especie de jerarquía de loqueros. Es capaz de soltarme un comentario que, sin duda, proviene de uno de mis antecesores: «Muy bien, pero ¿has tenido en cuenta los celos crecientes entre hermanos, resultado de la temprana separación de mis padres?», o «Ya sé que puede sonar condenadamente edípico pero, de hecho, a veces llegué a creer que

Göran me amaba de esa manera».

Pienso en los brazos y las piernas delgados y cubiertos de cicatrices de Sara. Parecen una estación de trenes en la que las vías en parte se cruzan, en parte discurren paralelas. Hay quien llama *cutters* a esas chicas que se hacen cortes para mitigar la angustia.

Pero, claro, Sara es mucho más que un simple diagnóstico psiquiátrico. Es inteligente, una experta en la manipulación de los demás y, la verdad, bastante divertida cuando está de ese humor. Ahora hay que volver a rehabilitarla. Hay que readaptarla a la vida normal que nunca ha tenido y que, quizá, nunca tendrá.

Adaptar. Amoldar.

Poso la mano sobre su expediente; es tan grueso como la Biblia; completo, con informes de las autoridades sociales, extractos de su historial clínico de ambulatorios psiquiátricos y hospitales de régimen cerrado. Distráida, mis dedos hojean el montón de papeles. Mi mirada queda atrapada por el historial clínico del hospital Sanlt Göran, de cuando Sara estuvo ingresada en la planta de psiquiatría.

Paciente: Sara Matteus, número personal: 82 11 23-0424

Ingreso: La paciente llega a urgencias psiq. a las 18.37 h por medio de la policía de Norrmalm tras haber sido detenida por robo en la tienda Twilfit, en Gallerian. Puesto que la paciente parecía confusa y turbada y se mostraba agresiva, la policía la trasladó a urgencias psiquiátricas.

Actual: La paciente es una mujer de 18 años con problemas de drogadicción y trastornos de angustia sin especificar. Anteriormente ha estado en contacto con el BUP y el ambulatorio psiquiátrico (servicio de urgencias psiquiátricas de Vällingby). En la actualidad la paciente no mantiene ningún contacto psiquiátrico, ni toma ningún tipo de medicación. La paciente indica que se siente muy mal y que necesita ayuda. A ratos parece coherente, y entonces se queja de una angustia severa e incluso es capaz de contar que ha tomado drogas, sin que logre recordar de qué tipo. Por lo demás, se muestra agresiva y manifiesta trastorno obsesivo-compulsivo y paranoia al sentirse perseguida por los servicios sociales y la policía. La paciente da muestras de comportamiento autodestructivo (cicatrices y heridas en antebrazos y parte interior de los muslos).

Suspiro y suelto el montón de papeles, que caen al suelo con un ruido sordo. Por hoy ya he tenido mi dosis de Sara Matteus. Ha llegado el momento de ventilar la habitación y saludar a la rusa Ilja, madre reciente de un bebé. Ella, que conoció a su marido sueco a través de Internet, que se siente tan a gusto en Suecia y que ya habla el sueco con fluidez. Ella, que es tan competente, que está integrada en la sociedad y que trabaja de enfermera instrumentista en Sophiahemmet, pero que padece una obsesión irrefrenable por esconder todos los cuchillos y tijeras en el cobertizo de la

familia por miedo a hacerle daño a su bebé con un objeto cortante.

Debería haber sido idílico.

Mi casa es pequeña y está a un tiro de piedra de la playa. Unas grandes puertas acristaladas cubren toda la fachada que da al mar. Es una casa luminosa. Los suelos están cubiertos de antiguas tablas de madera de pino, anchas y gastadas, separadas por unas profundas grietas llenas de décadas de polvo acumulado.

En la cocina, los elementos y la decoración originales de los años cincuenta, con puertas corredizas de contrachapado pintadas de azul, han tenido que entenderse con los electrodomésticos nuevos. El dormitorio da a las rocas de un lado del cabo, y a través del gran ventanal puedo ver el mar, incluso cuando estoy echada en la cama, que es demasiado ancha para mí sola.

El baño y el lavabo se encuentran en un edificio aparte, en la caseta que antes fue una leñera. Para llegar allí tengo que salir por la puerta de delante y recorrer el sendero que discurre entre los rosales silvestres.

Frente al salón se extiende un pequeño terreno sembrado de césped. Descuidado y con la hierba alta como está, no hay manera de aplicar los métodos cortacésped habituales. En su lugar, yo misma he tenido que abrir a pisotones dos estrechos senderos a través de la maleza: uno que lleva al viejo y destartado desembarcadero, y otro que conduce a las rocas.

En la playa se entremezcla el sedum de hoja colorada con el brezo y el tomillo. Unos pequeños pinos negros azotados por el viento bordean las grandes rocas antes de dar comienzo al bosque y el páramo. A pesar de que vivo a menos de una hora de Estocolmo, la casa más cercana está a un kilómetro de aquí.

Fue idea de Stefan que viviéramos así: de manera espartana y cerca de la naturaleza, cerca del buceo. Entonces parecía una buena idea. No había ningún sueño que fuera demasiado ingenuo, ninguna idea que fuera demasiado loca para mí. Ahora ya no sé qué pensar. Con la soledad también llegó una extraña e insidiosa pasividad: para mí, cambiar una bombilla eléctrica supone una gran hazaña, y pintar la leñera me resulta un proyecto imposible, imposible de fraccionar en horas manejables de trabajo. De ninguna manera podría abandonar el lugar. No sabría por dónde empezar.

Cuando me visitan, mis amigos suelen mirarme con una mezcla de compasión y espanto. Piensan que debería ordenar las cosas de Stefan; sacar sus utensilios de afeitado del baño, todas las cosas de buceo del cobertizo, su reloj de pulsera, que siempre está sobre la mesilla de noche y al que me agarro cada noche cuando la añoranza se hace insoportable.

—No puedes vivir en un mausoleo —suele decirme Aina, despeinando cariñosamente mi pelo corto.

Tiene razón, claro. Debería desembarazarme de las cosas de Stefan. Debería desembarazarme de Stefan.

—Desde luego, trabajas demasiado —añade con un suspiro—. Vente conmigo y salimos este fin de semana.

Siempre declino su invitación. Al fin y al cabo, hay tantas cosas que hacer en la

casa, y tantos informes que escribir. Documentos que tengo que ordenar. Entonces Aina suele sonreír, como si supiera que le estoy mintiendo, lo que, ciertamente, hago.

De vez en cuando, Aina se queda a dormir en casa, en lugar de pasar el fin de semana en los bares ruidosos de Södermalm en compañía de hombres cuyos nombres olvida enseguida. Entonces solemos comer mejillones al vapor, bebemos un montón de vino blanco barato y hablamos de nuestros pacientes o de los hombres de Ani. O de nada en especial. Nos bañamos desnudas y nos lanzamos al agua desde las rocas. Escuchamos a David Bowie con el volumen demasiado alto, mientras los animales del bosque nos miran asustados.

Luego, la casa parece más vacía que antes, sus ventanas abren sus fauces como enormes agujeros hacia el mar y el silencio es aturdidor. Suelo tener resaca, y puesto que soy demasiado vaga para coger el coche e ir a comprar, como helado de vainilla al mediodía y ceno espaguetis con *ketchup*. Y lo acompaño todo con un par de copas de vino blanco. Me preocupo de encender todas las luces cuando llega el atardecer, pues no me gusta la oscuridad. Es como si la ausencia de luz anulase la frontera entre mí y el resto del mundo. Me aterra más de lo que me gusta admitir y provoca en mí el sentimiento que mejor conozco: el terror.

Llevo ya muchos años conviviendo con el terror y puedo decir, sin miedo a exagerar, que lo conozco de cerca, tanto que ya ni siquiera lo registro cuando aparece con el crepúsculo. Al contrario, resignada, le doy la bienvenida, como a un viejo, aunque no del todo bienvenido, conocido.

Por eso duermo con la luz encendida.

Soy, pues, terapeuta. Psicóloga autorizada. Psicoterapeuta autorizada. En la puerta de la consulta hay un letrero de latón que así lo acredita:

CONSULTORIO PSICOTERAPÉUTICO DE SÖDERMALM
SIRI BERGMAN
PSICÓLOGA AUTORIZADA
PSICOTERAPEUTA AUTORIZADA

De vez en cuando pienso en cómo reaccionarían mis pacientes si supieran que la en apariencia tranquila y competente mujer a la que se dirigen con todos sus secretos y todos sus miedos es incapaz de dormir sola en una habitación a oscuras. Qué opinarían sobre mi falta de capacidad para enfrentarme a mis propios agujeros negros, cuando a ellos les exijo que se acerquen a los suyos. Con los pensamientos llega la vergüenza; soy una mala terapeuta, soy un fracaso, ya debería haberlo superado, haberlo zanjado. Debería haber llegado más lejos de lo que he llegado.

Aina suele reírse de mí al referirse a esa necesidad, tan mía, de control y a mis ideales perfeccionistas.

—Tú no eres tu profesión —me dice—. Ser psicoterapeuta no es ninguna maldita misión. Vienes aquí y tienes tus cuatro pacientes diarios, y luego te vas a casa y eres Siri. Joder, ser una fracasada, depresiva, pasiva y fóbica debería hacerte mejor terapeuta. Siempre y cuando no lo seas con los pacientes. Algo que, por cierto, deberías haber aprendido durante el primer semestre en la Facultad de Psicología.

Y ella debe de saberlo, porque es su nombre el que aparece debajo del mío en el lustroso letrero de latón:

AINA DAVIDSSON
PSICÓLOGA AUTORIZADA
PSICOTERAPEUTA AUTORIZADA.

Aina y Siri. Un concepto que se remonta a las primeras, nerviosas semanas en la Universidad de Estocolmo. Lo extraño no es que sigamos siendo amigas. Lo extraño es que hemos realizado nuestros planes de llegar a tener algún día una consulta propia.

Tenemos otro compañero. Sven Widelius, un viejo zorro que lleva trabajando de terapeuta más de veinte años. En principio, compartimos locales, recepcionista y cocina americana. Nuestra colaboración no va más allá de eso. La consulta está en la plaza de Medborgar, en el mismo edificio que los locales futuristas de Söderhallarna, sólo que unas plantas más arriba.

Entre semana, cada mañana me detengo para recuperar el aliento después de haber subido las escaleras corriendo. Contemplo el letrero recién lustrado, reflexiono, dudo y, al final, acabo metiendo la llave en la cerradura.

También hoy. Estamos a mediados de agosto. El verano es hermoso de una manera peligrosa y diríase que casi un poco erótica. Los aromas y exhalaciones de la

naturaleza son bochornosamente dulces y nauseabundos, intensificados por el calor sofocante. En la ciudad, los olores metálicos de los tubos de escape y de la contaminación atmosférica se mezclan con el hedor a comida de los restaurantes y los carritos de salchichas. Y entre esta cacofonía de aromas, ahí está, el inconfundible olor a putrefacción.

La vegetación es intensa y vibrante, y tanto en la ciudad como en mi casa, el aire está saturado de moscas e insectos. De camino a casa desde la parada de autobús, puedo oír el sonido de una vida escurridiza, culebreante y primitiva. Puedo ver cómo millones de bichos hacen vibrar el lecho verde del bosque y noto que, a cada paso que doy, aplasto innumerables microorganismos bajo mis pies, creando nuevos biotopos hechos de musgo pisoteado y de hormigas y escarabajos aplastados. Para mí, la sensualidad carnal del verano es el punto culminante del año.

Sin embargo, el verano también conlleva sus exigencias. El verano reclama alegría y vida, reuniones sociales y vacaciones. Este año, mis vacaciones han consistido en una estancia impuesta en la cabaña que papá y mamá tienen en los bosques de Sörmland. Fui obligada a pasar una semana entera allí, sometida a los cuidados y la preocupación de mis padres y mis hermanos, hasta que al final se atrevieron a soltarme de nuevo. Detecté de inmediato el terror que se escondía tras la sonrisa de mamá y en la manera en que mis hermanas me trataban: como si fuera de la porcelana más fina y frágil. Y en los intentos de mi padre por conversar conmigo, el pánico se ocultaba justo debajo de la superficie. En realidad, dudo que alguno de ellos me llegara a echar de menos cuando me fui de allí.

El resto del verano lo he pasado sentada en el jardín, mirando al mar. He estado considerando volver a bucear. El equipo sigue aquí. Soy una buceadora experimentada. Echo de menos la sensación de encontrarme en otro mundo que tal vez incluso sea mejor. El buceo no me da miedo, a pesar de todo lo que ha pasado, pero no me veo con fuerzas para movilizar ese entusiasmo que resulta imprescindible para hacer cualquier cosa. Y, además, no me apetece encontrarme con ninguno de los amigos de entonces.

En su lugar, he pasado el rato fingiendo que me entretenía escardando los arriates, bebiendo vino y haciéndole carantoñas a *Ziggy*, el orondo gato de corral que hace ya unos cuantos años se instaló en mi casa, y he soportado el período interminable que llamamos verano.

Hasta ahora.

Es mi cuarto día de trabajo. Día cuatro. Con cuatro visitas.

En la recepción está Marianne. Una secretaria contratada a media jornada es un lujo innecesario que, en realidad, no nos hace falta, pero que, aun así, nos permitimos.

Marianne. ¿Cómo nos las arreglaríamos sin ella? Su pelo corto y rubio se riza en la frente y me sonríe cuando llego.

—¡Siri! ¡O sea, que hoy ya estamos todos de vuelta! Han anulado la cita que

tenías para las diez.

Me mira como disculpándose, como si fuera su culpa que Siv Malmstedt no venga. Lo más seguro es que Siv haya anulado la cita para evitarse las dos horas de viaje en el metro. Marianne, que conoce las rutinas desde hace tiempo, me informa de que ha enviado una factura y que, a pesar de todo, sigue en pie la cita habitual que tiene Siv para el jueves.

La consulta es pequeña pero acogedora. Disponemos de tres salitas para las consultas, una recepción y una pequeña cocina donde tomamos café. En la parte posterior hay un pequeño servicio y una ducha. Por pereza, solemos llamar mi salita la habitación verde porque las paredes están pintadas de un verde tila suave en un intento de crear una atmósfera tranquila. Por lo demás, se parece a cualquier sala de terapia: dos sillas colocadas perpendicularmente la una respecto a la otra, una pequeña mesa con un florero de cristal azul soplado a mano y una cajita de pañuelos de papel que anuncia que aquí está permitido destaparse, mostrar los sentimientos y llorar.

En la pared hay una pizarra blanca rodeada, por cierto, de forma decorativa, por varias litografías neutrales de los artistas apropiados. Lo que tal vez distinga mi sala de terapia de la gran mayoría de las demás salas es la cámara de vídeo, muy utilizada, colocada en su trípode. Suelo grabar la mayoría de mis consultas. A veces, para que el paciente pueda llevarse la sesión a casa, otras para tenerlas yo.

Las cintas forman parte del historial clínico, y por eso las guardo bajo llave en el sólido archivador de color verde a prueba de fuego que hay en la recepción. Aina sostiene que mis cintas no son más que otra prueba de mi necesidad de controlarlo todo, y se queja porque ocupan demasiado espacio en el archivador. Suelo contestarle que no debería preocuparse por ello, puesto que ella nunca toma más de dos líneas de notas.

Entonces me deja en paz.

Tengo que hacérselo entender. Fue así como empezó todo. Tengo que hacerle entender lo que me ha hecho. Pero ¿cómo voy a poder explicárselo? Que por la noche, el dolor se clavaba como mil cuchillos retorciéndose en mis entrañas, unos cuchillos que se hundían en mi estómago y en mi pecho. Como un animal predador codicioso que me devoraba con lentitud desde dentro, un enorme parásito con dientes tan afilados como hojas de afeitar y extremidades frías, escurridizas y fulminantes de las que era imposible escapar.

¿Cómo iba a describir la soledad y el vacío? Que cada salida del sol anunciaba el comienzo de un día más, absurdo y sin sentido. Horas sin sentido llenas de actividades igualmente carentes de sentido, a la espera de nada en absoluto. Y con cada día que pasaba la distancia se hacía mayor. La distancia que me separaba de ella.

¿Cómo iba a explicarle que los sueños eran tan intensos y reales que lloraba de decepción al despertar, bañado en sudor como si tuviera fiebre?

¿Acaso es posible hacerle entender a alguien una cosa así? Y aunque lo consiguiera, ¿de qué me serviría, en realidad?

Fecha: 16 de agosto

Hora: 13.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Charlotte Mimer

—Charlotte, he pensado que deberíamos empezar por ver cómo te han ido las cosas durante el verano. Han sido unas vacaciones muy largas.

—A mí me parece que todo ha ido muy bien. Me gustaría mostrarte las notas que he tomado.

Charlotte Mimer se inclina hacia delante y saca una carpeta de su maletín en la que las hojas de registro están ordenadas con minuciosidad. Me doy cuenta de que, como de costumbre, lo ha anotado todo con el mismo bolígrafo y con la misma letra preciosa y regular. Charlotte me ofrece la carpeta, a la vez que retira su pelo castaño hermosamente cortado detrás de la oreja. Veo que está ilusionada y orgullosa, y me alegro por ella.

—Empecemos por echarles un vistazo a las anotaciones del mes de junio.

Las anotaciones que le había pedido hacer a Charlotte consisten en registrar todo lo concerniente a las comidas. Lo que ha comido, cuánto, dónde ha estado. Después de cada comida debía evaluar el grado de malestar y de ansiedad. A menudo, para la gente que padece trastornos alimenticios severos, las comidas más normales dan lugar a una gran ansiedad, porque la comida se asocia a la gordura. A fin de librarse de la angustia, esas personas suelen recurrir a una conducta que han desarrollado a lo largo de muchos años. Hambre, vómitos y actividad física exagerada. Es muy posible que no sean siquiera conscientes de que esta conducta suele llevar a nuevos episodios de atracones compulsivos, e incluso si lo son, la ansiedad es tan violenta e insoportable que en ese momento llega a parecerles insignificante. El círculo vicioso es un hecho.

Cojo el diario de comidas de Charlotte meticulosamente escrito y hojeo las páginas correspondientes al mes de junio. Comidas regulares, ningún episodio de ansiedad severo después de las ingestas, ningún caso de atracón, ningún caso de vómitos.

—¿Puedes hablarme de ello? —le pregunto.

—No sé qué decirte... La cosa fue bien, sencillamente. De pronto, todo me... resultó fácil.

Charlotte está a las puertas de los cuarenta, tiene éxito en el trabajo, es jefa de *marketing* en una gran empresa multinacional. Lleva casi veinticinco años luchando en secreto contra los trastornos alimenticios. Hasta que su dentista no la confrontó con la corrosión en los dientes, no pidió ayuda. Ha estado en tratamiento desde finales de abril y es lo que podríamos llamar una paciente modélica. De la misma manera en que es una jefa de *marketing* perfecta, también es la paciente de psicoterapia perfecta. Su gran problema es tal vez precisamente su alto e inaudito

nivel de exigencia para consigo misma. Charlotte tiene un miedo terrible al fracaso. Hasta ahora, sólo hemos tocado el tema de manera periférica y, en su lugar, nos hemos concentrado en reducir sus episodios de atracones y sus vómitos. A diferencia de Sara Matteus, Charlotte es una paciente que, al menos en apariencia, rebosa energía. Su miedo a ser una incompetente y una inepta me hace, a mí, sentirme hábil y capaz.

Seguimos estudiando las anotaciones de Charlotte. Julio, agosto: bajo nivel de ansiedad, ningún episodio de vómitos. Nos encontramos en una risa conjunta y Charlotte recibe los elogios que tanto anhela, pero de los que también se ha hecho merecedora.

—También hay otra cosa.

Charlotte vacila. Se retuerce un poco en la silla. La miro y, como es habitual en ella cuando está nerviosa, empieza a mover el pie que hoy está calzado con un mocasín con tachuelas en la suela de goma. Presiento que es el tipo de zapato que yo nunca podré permitirme.

—¡Cuéntame!

—No sé...

De pronto, Charlotte parece tener un secreto. Un secreto que, en unos instantes, me contará. Porque es precisamente así como funcionan las cosas: en esta pequeña habitación verde todos me cuentan sus secretos.

—Pues la verdad es que no sé si tiene que ver con la terapia. He estado pensando, ya sabes, en la vida.

Charlotte se interrumpe a sí misma y unas manchas de rubor se extienden por su cuello. Es como si unos dedos lo hubieran estrujado con fuerza para luego soltarlo de golpe. Me doy cuenta de que le cuesta mucho hablar de lo que está a punto de contarme.

—He pasado... ¿cuántos años son, en realidad?... ¿veinticinco, tal vez?..., dedicando todo mi tiempo a pensar en la comida. Y en mi cuerpo. Y en mi barriga. Y en mis muslos. Y a ir al gimnasio. Y cuando no me he dedicado a esto, he estado trabajando. Trabajo. Cuerpo. Comida. Soy la jefa de *marketing* más joven y exitosa de la empresa, pero no tengo vida propia. No tengo una vida de verdad. No tengo amigos. Me refiero a amigos cercanos. No tengo marido. No tengo hijos. He estado tan ocupada intentando ser perfecta que he olvidado por qué quería ser perfecta. Quería, quería que... me amaran. Quiero que me amen. Y ahora ya es demasiado tarde.

Las lágrimas asoman en sus ojos y caen por sus mejillas sonrojadas como pequeños arroyos. Solloza y saca varios pañuelos de papel de la cajita. Se suena la nariz, se seca las lágrimas, llora. Le acerco la cajita de pañuelos y le acaricio el brazo con suavidad.

—Charlotte... —Atrapo su mirada—. Es normal que te sientas así cuando estás pasando por lo que estás pasando ahora mismo... Has estado impedida, sometida por

una enfermedad grave, y ahora empiezas a recuperarte. Con la recuperación también empiezas a darte cuenta de los años que has perdido. Eso no es nada raro. Es bueno. Lo que me gustaría saber es por qué dices que ya es demasiado tarde.

Se ha quedado en silencio, mirando fijamente hacia la pared que hay a mis espaldas, hasta que por fin me contesta con una voz quebradiza.

—Vieja, me estoy haciendo vieja. Y no logro entenderlo, no logro asimilarlo. Me limito a esperar a que... a que vuelva a ser joven.

—¿A que vuelvas a ser joven?

—Pues sí, ¿a lo mejor esta primavera? —dice, y sonrío. Pero es una sonrisa torcida y melancólica, llena de dolor.

Yo le devuelvo la sonrisa. En cierto modo, este sentimiento me resulta conocido. Como si el tiempo fuera un canal por el que puedes navegar en ambos sentidos en circunstancias controladas, y no una cascada. Se encoge lentamente de hombros y me dirige una mirada resignada.

—¿Quien va a quererme ahora? Ya soy... tal vez ya ni siquiera pueda tener hijos.

El dolor de Charlotte. El miedo de Charlotte. Tan cercanos a los míos. No tengo ningún hijo. Demasiado tarde. No tengo marido. Nada tiene sentido. Nunca más.

Intento juntar los pensamientos de Charlotte y hacer algo sensato con ellos. Hacer que los vea desde fuera. Objetivamente. Evaluar lo que tienen de verdadero en su afirmación. Acordamos unos deberes que Charlotte deberá hacer en casa; deberá trabajar precisamente en ello y, acto seguido, se terminan sus cuarenta y cinco minutos. Charlotte saca un cepillo del bolso, se lo pasa por el flequillo y de alguna forma consigue sosegarse. Cuando me da la mano y se despide de mí, ya no queda nada de la niña sollozante Charlotte Mimer. Es la jefa de *marketing* la que abandona la sala, y atrás ha quedado la psicoterapeuta Siri Bergman, o sea, yo.

Me acerco a la ventana y miro hacia abajo. Muy lejos, debajo de mí, por el adoquinado de la plaza Medborgar, camina un grupo de niños de una guardería. El sol de agosto brilla, como si no pudiera evitarlo. Ningún ruido penetra mi habitación, pero si cierro los ojos puedo fantasear con el sonido de las voces infantiles. Un sentimiento sosegado que no consigo identificar hincha mi pecho. Tal vez sea dolor, tal vez no sea más que calma y vacío.

Atardecer.

Es un ritual que hay que repetir cada tarde. Cuando he terminado el trabajo que casi siempre, sin excepciones, me traigo a casa, me doy un chapuzón en el mar. A estas alturas del verano, también intento nadar un poco. Y luego preparo la cena.

Cena para uno.

Nunca consigo que sea algo elaborado ni saludable desde un punto de vista nutricional: espaguetis con salsa de tomate de bote, *crêpes* precocinadas, tarta de queso Frödinge, pollo asado del supermercado ICA de Gustavsberg. Ni siquiera tengo un libro de recetas. Acompaño las cenas con vino, lavo los platos meticulosamente y luego salgo por la puerta principal y recorro el corto sendero a través de los rosales hasta el baño en la caseta. No quiero arriesgarme a tener que ir al baño después de que anochezca. Llamo a *Ziggy*. A veces funciona. Hay ciertas noches en las que prefiere seguir su propio camino en lugar de calentar mi cama. De vuelta a casa, atravieso todas las estancias para encender las luces. Todas las luces: las lámparas del techo, las lámparas de las mesillas de noche, las lámparas del escritorio. Incluso la lámpara del extractor de la cocina. Me aseguro que la linterna grande esté colocada estratégicamente debajo de mi mesilla de noche. Los cortes de electricidad son bastante frecuentes donde yo vivo. Luego miro hacia la oscuridad a través de los grandes ventanales que en este momento del día parecen agujeros vacíos y negros.

Me sumo en un sueño profundo, con la ayuda de un poco más de vino.

Uno de mis primeros recuerdos es la vez que mi hermana me encerró en el armario de la ropa de su habitación porque había embadurnado el pelo de su muñeca Cindy con crema de nueces. Mi intención no había sido convertir la fabulosa melena de la muñeca Cindy en un pastel de color mierda hecho de crema de nueces pringosa y rancia. Mi propósito había sido hacer más bella a Cindy. Tanto mi madre como mis hermanas utilizaban mascarillas para la cara y para el pelo cuando querían estar especialmente guapas.

Recuerdo muy bien que le supliqué que me dejara marchar cuando me empujó con dureza y sin piedad al interior del armario. «¡Niñata de mierda, maldita niñata de mierda! ¡Rata asquerosa! Si vuelves a tocar a mi Cindy te juro que te mato».

Dentro del armario estaba oscuro y hacía un calor sofocante, como si el aire en sí pesara y se apretara contra mi cara y mi cuerpo enclenque, como si me obligara contra mi voluntad a meterme cada vez más adentro, Recuerdo un suave aroma a lana y a polvo y a algo más que parecía goma.

Avancé en la oscuridad a tientas con las manos extendidas hacia delante. La ropa de invierno que guardaba allí durante el verano rozó mis mejillas y los bordes de acero de un par de esquíes viejos me golpearon el hombro.

Mi corazón empezó a latir cada vez más rápido y de pronto noté una extraña presión sobre mi pecho. Mi primera reacción fue la sorpresa, antes que el terror; fue como si mi cuerpo se asustara antes de que el intelecto pudiera entender lo que estaba

pasando; como si pudiera notar claramente y registrar todas las manifestaciones fisiológicas del terror antes de entender que estaba aterrorizada. Oí cómo chirriaban las perchas contra la barra y empecé a mover los brazos como por instinto. Plumones, abrigos y ropa vieja de esquí se desplomaron con un ruido sordo alrededor de mi cabeza y oí, sorprendida, un sonido extrañamente agudo que se abría paso a través de mi garganta. Sonaba igual que los cerdos que habíamos visto cuando fuimos de excursión con la clase a la granja 4H, en Flen.

—Aaaauaaa —grité.

Entonces me desmayé entre guantes de punto, pantalones de chándal y pulcros montones de novelas rosas, *La novela de mi vida*.

Fecha: 21 de agosto

Hora: 15.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Sara Matteus

—¡Tengo que contarte algo!

Sara se hurga una herida que tiene en el antebrazo con una uña larga pintada de verde. Toquetea, rasca y levanta la costra de la herida hasta que empieza a rezumar líquido.

—Adelante, cuéntame —le digo, animándola, y examino a Sara con más detenimiento. Parece alegre y enérgica. Maníaca. El encendedor golpea a un ritmo cada vez más acelerado contra el paquete de cigarrillos y Sara abre los ojos de par en par. Por lo visto, le cuesta mantenerse quieta. «Está colocada», pienso con mi mente cínica, pero sé que no es verdad. Sara está limpia.

—¡He conocido a un chico!

Bajo con discreción la mirada hacia mi bloc de notas para que mis ojos no delaten lo que estoy pensando, pero Sara ya me ha descubierto.

—Sé lo que estás pensando, ¡pero esta vez es distinto! Y sé que ahora piensas que eso lo digo siempre, pero esta vez es de verdad. *Promise!* Es mucho mayor que yo. Tiene un trabajo de verdad, es un *crack*. Gana una pasta. Pero eso, ya sé, no es lo importante —añade en un intento de encubrir el hecho de que el hombre que ha conocido posee todos los atributos externos adecuados.

Baja la voz y susurra teatralmente.

—Él me ve, para él soy visible, y me comprende como nadie lo había hecho hasta ahora. No te lo tomes a mal, pero puedo hablar con él de cosas que no puedo comentar con nadie más, ni siquiera contigo. Me escucha durante horas. Me escucha cuando no paro de darle vueltas a la misma cosa, ya sabes.

Sara ríe, enciende un cigarrillo y sacude la cabeza suavemente, un movimiento que hace que sus greñas amarillas bailen sobre sus hombros.

—Quiere que me vaya a vivir con él.

Lo dice pausadamente y en un tono de voz reflexivo, aunque hay cierto deje de superioridad en su manera de pronunciar las palabras.

Recojo mis papeles e intento no mirar sus mejillas sonrojadas y la expresión obstinada de su cara.

—Me alegro por ti, Sara. De verdad. ¿Cuánto tiempo hace que conoces a este..., hombre?

Sara baja la mirada, echa el torso hacia las rodillas y vuelve la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Bueno, diría que un par de semanas. Pero nos hemos visto un montón de veces. Me regaló este bolso —añade, y como si quisiera probar la legitimidad de la relación, levanta el bolso sobredimensionado con el monograma de Gucci grabado en la piel.

—Me invita a cenar por ahí.

Yo no digo nada.

—Es muy bueno conmigo.

Sara se encoge de hombros y me interroga con la mirada, como si esperara mi aprobación.

—Sara, eres una persona adulta y no creo que necesites mi aprobación antes de iniciar una relación con alguien —le digo, aunque mi tono de voz revela lo preocupada que estoy.

Hay algo que no me cuadra. Un hombre exitoso y de mediana edad corteja a una joven con las uñas de color verde chillón, con trastorno límite de la personalidad, por lo demás encantadora, y con brazos y piernas con rayas de cebra por las cicatrices que han dejado las hojas de afeitar y los cuchillos. Me doy cuenta, para mi sorpresa, que tengo miedo de que se aproveche de Sara.

Cuando ya se ha ido Sara, me quedo un buen rato sentada en mi habitación verde, mirando por la ventana. En todo el tiempo que he sido la terapeuta de Sara, los tíos se han ido sucediendo con rapidez. Hasta ahora, todos habían sido más o menos de su edad, a menudo con problemas parecidos a los suyos. Chicos jóvenes, nerviosos y destrozados, con cicatrices por las agujas y por Dios sabe qué. Y otras cicatrices, peores que estas, grabadas en el alma. Cada vez, Sara se ha mostrado igual de entusiasmada, igual de extasiada de amor, y cada vez ha acabado de la misma manera: hundida en la desesperación más negra e insondable.

Ojalá pudiera evitar que vuelva a pasarle.

Conocí a Stefan en una fiesta que se hacía en un granero a las afueras de Eslöv, en Escania, hace siete años. Era una noche hermosa, aunque bastante fría, en pleno verano. Recuerdo que tenía las manos calientes y que me prestó generosamente su chaqueta de esmoquin cuando atravesamos los campos de colza. Me fascinaba, lo que, descubriría más tarde, se debía, al menos en parte, a que éramos tan diferentes el uno del otro. Stefan era alto y tenía el pelo rubio; yo soy pequeña y frágil, con el pelo negro y un cuerpo aniñado. Él siempre estaba contento, nunca triste, tenía un montón de amigos y siempre estaba a punto de hacer algo. Creo que yo esperaba que se me contagiase un poco de su alegría de vivir. Y supongo que así fue.

Me siento muy rara al pensar que Stefan ya no está. Pero de hecho creo que ya he aceptado su muerte. La parálisis total y el sentimiento de pánico y de soledad hace tiempo que desaparecieron; han dejado paso a un dolor suave y nostálgico y a un vacío casi físico: mi cuerpo todavía recuerda su piel suave, mis manos echan de menos la sensación al tocar su pelo áspero y rubio, mi lengua ansía el sabor a sal de la piel de su nuca.

Soy, pues, viuda. ¿Cómo es posible ser viuda cuando sólo se tienen treinta y cuatro años? A los que no me conocen, suelo decirles que soy soltera. No me apetece tener que hablarles del accidente de buceo; o que me cuenten que ellos saben con exactitud cómo debo de sentirme, pues fueron víctimas de la misma experiencia cien años atrás; o que me digan que debería salir más; o cualquier otra cosa que me provoque una ira descomunal.

A mis amigos, que ya lo saben todo, no tengo que explicarles nada. Ellos me dejan en paz y no sienten que tienen que rellenar el silencio con palabrería absurda. Dejan que me quede sentada pimplando vino en mi casa en lugar de obligarme a salir por ahí.

En cuanto a mis pacientes, para ellos soy la terapeuta Siri, y nadie me ha preguntado nunca sobre mi vida privada, lo que por sí solo ya es un alivio.

Soy una pastora de almas profesional sin pasado.

La verdad es que me siento cómoda así.

Stefan hizo el rotatorio de medicina en el hospital de Kristianstad y yo trabajaba en Estocolmo. Fue duro con tantos viajes. Cuando Stefan venía a Estocolmo, se alojaba en mi pisito de una sola habitación, en Luntmakergatan. Entonces tomó forma un patrón que duraría el año que vendría después: trabajo y amigos durante la semana, aislamiento en mi piso los fines de semana. Pasábamos este tiempo enredados el uno en la otra, enlazados por nuestro deseo en mi cama, incómoda y estrecha.

A todos mis amigos les parecía que Stefan era bueno para mí. Me hizo florecer y atenuó mis lados más oscuros. Tenía una relación desenfadada y nada compleja con las grandes cuestiones de la vida, y a menudo reaccionaba ante mis cavilaciones con declaraciones de este estilo: «Si te movieras más no te encontrarías así», o «Deja de

pensar y ayúdame con esta tabla, venga». La manera firme y cuidadosa en que alejaba mis pensamientos de los agujeros negros funcionaba a las mil maravillas, y nunca eché de menos mi lado más caviloso y oscuro. Siempre tuve una relación ambivalente con respecto a la intelectualización de mis sentimientos y de mis problemas, y por eso recibí sus formas directas y sencillas con los brazos abiertos.

Entonces Stefan empezó su especialización en el hospital de Södersjukhuset. Nadie se sorprendió cuando eligió ortopedia. Era muy Stefan. Si algo estaba roto, él lo arreglaba, nada de largas disertaciones ni de ahondar en profundos razonamientos para averiguar por qué algo no funcionaba.

Cuando Jenny Andersson, una de mis pacientes, se suicidó, Stefan se convirtió en mi gran apoyo. Me perdí en un mar de dudas y de cavilaciones ensimismadas, cuestioné mil y una veces si había elegido bien mi profesión y mi valía como ser humano. Stefan me hizo entender que no era culpa mía. A su manera firme y analítica, me confirmó que si alguien de verdad quería quitarse la vida, entonces ni yo ni nadie iba a poder evitarlo. Todavía recuerdo la discusión que tuvimos aquella noche, cuando Stefan me arropó debajo de la manta acolchada de *patchwork* que su abuela materna había hecho en los años sesenta con viejos pañuelos.

Le expliqué a Stefan que estaba convencida de que debería haberlo visto venir, que debería haberme dado cuenta antes.

—¿Por qué? —me preguntó encogiéndose de hombros.

—Si alguien debería saberlo, esa soy yo.

—¿Realmente crees, visto en retrospectiva, que había dado señales de lo que haría?

Vacilé por un instante e intenté recordar mis últimas conversaciones con Jenny. Se había mostrado más alegre y un poco más serena de lo habitual. ¿Tal vez entonces ya se hubiera decidido? ¿Acaso había sido una especie de alivio, un peso que se había quitado de encima, la conciencia de la decisión que había tomado y de sus consecuencias? ¿Paz?

—No, realmente no. Vaya, en absoluto —dije corrigiéndome a mí misma, y sacudí la cabeza—. No hubo ninguna señal. Quiero decir, claro que había señales, Jenny padecía ataques de ansiedad, estaba deprimida, pero negó que anduviera pensando en el suicidio. Se lo pregunté, le hice las preguntas estándar sobre sus pensamientos acerca de la muerte, del suicidio, planes... Entonces Jenny se echó a reír. Dijo que el suicidio era para los débiles. Para los perdedores. No le pregunté si se consideraba a sí misma como una perdedora.

—Entonces, ¿tú reprocharías a su familia o a sus amigos que no vieran lo que estaba a punto de pasar?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿por qué te lo reprochas tú?

—Pero es que precisamente en eso consiste mi trabajo, en prever estas cosas.

—Siri, mi querida Siri... —me dijo Stefan, y cogió mis manos en las suyas, tal

como solía hacer cuando quería toda mi atención—. Tanto tú como yo sabemos que sólo porque seas psicóloga no puedes leer los pensamientos de los demás, no puedes adivinar el futuro de la gente, ni impedir que tomen las decisiones equivocadas, ni tampoco interpretar sus intenciones sin correr el riesgo de equivocarte. No hay ninguna prueba de sangre que les puedas hacer, no puedes enviar a tus pacientes al laboratorio y esperar que tengas la respuesta al día siguiente. Hiciste las preguntas, ella te dio las respuestas. Más no podías hacer.

En cierto modo, sabía que Stefan tenía razón y, sin embargo, no lograba deshacerme de aquel sentimiento de culpa desesperante, asfixiante. No era capaz de convencerme por completo de que yo no había contribuido a la muerte de Jenny.

—Siri, olvídate ya de Jenny de una vez por todas.

Pero no le escuchaba.

Con mucho cuidado, Stefan me cogió en sus brazos, me levantó del sofá y me llevó a la cocina como si fuera una niña pequeña.

—Siri, necesito tu ayuda con las patatas.

Lo miré sin comprender nada, incapaz de hablar.

—Aquí tienes.

Stefan metió el pelador de patatas en mi mano y vertió lo que debía de ser un par de kilos de patatas en el fregadero. Poco a poco, de forma casi mecánica, empecé a pelar las patatas. Debí de tardar al menos una hora y, de hecho, antes de que hubiera pelado la última patata, ya me había recompuesto lo suficiente para que pudiéramos hablar de algo que no fuera la muerte de Jenny.

Un talento más de los muchos que tenía Stefan: enfrentarse a mí y curarme sin necesidad de palabras. Yo, por mi lado, estaba convencida de que todo podía explicarse, clasificarse y solucionarse hablando. De vez en cuando, tenía la sensación de que era lo único que hacía. Hablar y hablar sin parar: en la consulta, con mis amigos y con Stefan.

—Las personas somos lo que hacemos —solía decirme Stefan—. Son nuestros actos que nos convierten en lo que somos.

¿Y eso a mí en qué me convertía?

Empezó como un pasatiempo.

Tiempo. Yo en aquel momento disponía de océanos de tiempo y, entonces, ¿por qué no averiguar lo que hacía ella cuando no trabajaba? Al fin y al cabo, lo que hacía de día yo ya lo sabía.

Cada vez me movía más por los cafés de la plaza Medborgar, pues suponía que ella acudiría a alguno, alguna vez, después del trabajo. No tenía ningún plan, no sabía lo que haría si de repente la veía. Se trataba más bien de una especie de obligación, de una necesidad inmovible de verla.

Una picazón.

Y de pronto un día apareció delante de mí mientras estaba sentado al sol, en las escaleras de Forsgrénskea, fumando. Es decir, estaba a diez metros de mí, con la mirada perdida en la plaza. Me sorprendió lo endemoniadamente fea que era. Pequeña y huesuda y con el pelo castaño, muy corto. Por lo que pude ver, no llevaba ningún tipo de maquillaje y contemplaba la muchedumbre en una actitud expectante, con unos ojos grises, inexpresivos y muertos. Apretó los labios, lo que hizo que pareciera una pequeña larva de color rosado. Sus piernas y sus brazos eran delgados y morenos, con rodillas y codos muy marcados y angulosos. La ropa que llevaba era del estilo típico de una intelectual del barrio de Södermalm: falda corta y deforme de color caqui, sandalias planas, blusa negra de algodón, desajustada y amplia (no vi ni la más mínima insinuación de pechos) y un fular arrugado, enrollado varias vueltas alrededor del cuello.

Llevaba un brazalete de perlas de colores alrededor de la muñeca que le hacía parecer muy niña. Como la inocente y pura pedagoga que en realidad no es. Apagué el cigarrillo en la palma de mi mano y di la bienvenida al dolor agudo, pues reprimía los demás sentimientos.

Es una noche especialmente hermosa, a pesar de que el frío en el aire anuncia que el otoño se acerca inexorable. Las terrazas de la plaza Medborgar están atestadas de gente. Como si todo el mundo estuviera al tanto de que el verano pronto se habrá terminado, y por eso quiere aprovechar la noche para quedarse sentado al aire libre un rato más. Sobre la plaza planea una gaviota solitaria en busca de restos de comida.

Aina y yo paseamos por Södermalm. Pasamos por el jardín de Björn, donde unos adolescentes montan muy concentrados en monopatín por la rampa, mientras los clientes habituales brindan con botellas inidentificables y hacen de público entusiasta. Seguimos caminando hacia la plaza de Mosebacke y atravesamos la entrada de Mosebacke Etablissement.

Todas las mesas de la terraza están ocupadas. Una mezcla de los modernos de Söder, de turistas japoneses y parejas de mediana edad se agolpa alrededor de las mesas, a la caza de alguna que pueda quedar libre. Aina se lanza a la multitud.

—Mira ahí. ¡Estamos de suerte!

Nuestro compañero de consulta, Sven Widelius, está sentado a una mesa con una cerveza y un periódico. Su cabellera ondulada y canosa cae como una cortina sobre la frente surcada de arrugas y bronceada. Si no lo conociera, si no fuera su compañera, sin duda me parecería un hombre atractivo. A pesar de que tiene veinte años más que yo.

Tal vez sea por la manera que tiene de retirarse el pelo de la cara, con los pómulos marcados y huesudos, con los párpados pesados y la intensidad de su mirada gris. Por cómo llena un espacio con su presencia natural y confiada y su energía nerviosa; siempre está en movimiento. Y es muy físico: el roce de su mano por mis hombros al pasar por su lado, un apretón de más con la mano mientras me sostiene con la mirada y me ofrece toda su atención. Y luego está su risa. No siempre resulta agradable, a menudo es cínica, irónica. A veces, cuando me mira, llego a sentirme insegura. Me hace sentir más joven, desnuda.

Inexperta.

Así es su mirada. Y se toma su tiempo. Reposa sus ojos grises sobre mí, sin avergonzarse ni vacilar. Como si tuviéramos un pacto secreto.

Él y yo.

Aina y yo atravesamos el mar de mesas y sillas, nos abrimos paso a empujones entre un grupo de mujeres gruesas que hablan con acento finlandés y nos vemos obligadas a dar un rodeo para esquivar un enorme perro de pelaje negro hasta que por fin llegamos a la mesa de Sven, que alza la mirada y ladea la cabeza.

—¡Oh, mira quién ha venido! ¡Mis jóvenes colegas! —dice, no sin cierto tonito irónico—. Y supongo que querréis acompañarme, ¿verdad? ¿Qué es lo que queréis? ¿A mí o la mesa?

—¡Deja, ya de poner mala cara, Sven! —exclama Aina—. Te invitamos a una cerveza.

—Lo siento, no os servirá de nada —dice Sven—. Estoy esperando a Birgitta.

Birgitta Börjesdotter Widelius es la esposa de Sven. Una mujer corpulenta con el cabello cano y rasgos sensuales que ocupa, desde hace años, la cátedra en diferenciación sexual en la Universidad de Uppsala. Tanto a mí como a Aina nos impresiona Birgitta. Su carrera académica no tiene parangón, sus investigaciones son importantes, su personalidad es fuerte.

Sin embargo, de la misma manera que estamos impresionadas por Birgitta, también nos resulta cuando menos sorprendente la relación de Birgitta y Sven. Él es encantador y atractivo; y lo sabe. Es un ligón y quizá también un seductor. Las malas lenguas dicen que su carrera académica se malogró por culpa de una aventura que tuvo con una estudiante de doctorado, o tal vez incluso con una simple estudiante de licenciatura. Difícilmente puede ser un secreto para nadie, incluida Birgitta, que él le ha sido infiel. Pero a pesar de todo siguen juntos. Y, desde luego, si su relación se tambalea, no es algo que dejen entrever de puertas hacia fuera. De hecho, no parece que a Birgitta le vaya demasiado dar muestras de sus sentimientos en público. Es una persona que salvaguarda su intimidad rayando el secretismo, como suele decir Aina. Le gusta hablar de su trabajo, pero muy poco de su vida privada. ¿Y quién se lo podría reprochar? No debe de ser fácil estar casada con Sven.

—Pero, de todos modos, ¿podemos sentarnos contigo? —le pregunto educadamente.

—Adelante —contesta Sven, y vuelve a atusarse el pelo—. Sólo hemos quedado aquí antes de ir a un concierto en la iglesia de Catarina —prosigue, y golpea la silla que tiene al lado con la palma de la mano en un gesto con el que nos invita a tomar asiento.

Aina se dirige a la barra, abriéndose paso entre un par de pensionistas, un tío joven de pelo rasta y un niño envuelto en un chal hecho a mano colgado de la cintura. Sven y yo nos quedamos sentados a la mesa, observando el incidente.

Nos quedamos en silencio. Nos miramos y empezamos a reírnos. Retraídos.

—Si nos viéramos más a menudo fuera de la consulta, tal vez no nos resultaría tan embarazoso.

Sven me mira y vuelve a sonreír, y por un instante siento como si me deslizara por una montaña rusa en la silla. Está mirando mi interior. Ve mi soledad, de eso estoy absolutamente convencida.

—Siri, ¿podríamos vernos tú y yo a solas, quizá?

La montaña rusa se ha detenido y noto cómo crece la irritación, a pesar de que me cuesta determinar si Sven está hablando en serio o no. De todos modos, no tengo por qué mantener esta discusión con un compañero de trabajo que, además, está casado.

—Sven, déjalo, ¿vale? —le digo con aspereza.

La risa estridente de Sven retumba y se propaga por las mesas, y yo empiezo a sentirme incómoda.

—Si no fuera porque me haría sonar como un cerdo inculto y machista, te diría que necesitas un hombre, Siri. ¿O es que piensas vivir como una...?

Le interrumpo.

—Me parece que por ahí viene Birgitta. Y mira, Sven, es posible que necesite a un hombre, pero no a un compañero de trabajo veinte años mayor que yo, y que encima está casado. Sin duda, habrá otros candidatos más adecuados...

Sonrío a uno de los tíos de la mesa de al lado.

Pero Sven ha dejado de mirarme y no parece haberse enterado de mi comentario cáustico. Se pone en pie y abraza a Birgitta, y yo me admiro por su capacidad para andar entre dos aguas y saltar de una situación a otra como si una no pudiera jamás interferir en la otra.

Compartimentos estancos.

Birgitta nos saluda a mí y a Aina, que ha vuelto a la mesa con dos copas de vino. Hablamos un poco sobre un artículo que Aina ha leído, y luego Sven y Birgitta desaparecen en la noche de verano, codo con codo.

Aina se da cuenta enseguida de mi irritación.

—Veo que nuestro compañero de consulta ha vuelto a intentar seducirte.

—No pasa nada —contesto—. Sólo que...

No digo nada más. Normalmente, Sven es un tío que está bien. Es fácil compartir la consulta con él. Siempre paga lo que hay que pagar, y lo hace con puntualidad. Es muy bueno en lo que hace y tiene mucha experiencia, que no le importa compartir. Me ha ayudado en más de una ocasión, cuando alguna vez he sentido que no estaba llegando a ninguna parte. Pero hay veces que traspasa los límites de mi integridad. Y su flirteo me hace sentir incómoda, a pesar de que, en realidad, debería saber manejarlo. Aunque tal vez tenga razón. A lo mejor soy una mujer remilgada, ñoña y reseca que necesita a un hombre con desesperación. Pero no lo creo. En cambio, lo que sí necesito es aprender a no tomármelo todo tan a la tremenda.

—Da igual —acabo diciendo.

En su lugar, le doy un sorbito al vino y dejo que Aina me cuente un episodio más del conflicto, eternamente recurrente, que mantiene con su madre. De todos modos, hace ya tiempo que olvidé en qué consiste en realidad ese conflicto. Vive su propia vida, y ninguna de ellas parece dispuesta ni capaz de solucionarlo.

Me cuesta concentrarme en las palabras de Aina. Mis pensamientos vuelven, de forma inevitable, a la conversación que mantuve con Sara Matteus esta misma tarde. Hay algo que me inquieta más de lo que soy capaz de explicarme. Aina, que se ha dado cuenta de mi falta de atención pero que en lugar de ofenderse se encara a mí, dice:

—¿Quieres contármelo?

—Sí, pero aquí no.

La terraza de un bar no es precisamente el mejor lugar para hablar de temas sometidos a secreto profesional. En su lugar, decidimos vaciar nuestras copas de vino, dejar la mesa y pasear sin rumbo por las calles alrededor de la iglesia de Katrina, mientras el cielo estival oscurece sobre los tejados de las casas y el aire se

colma de los olores de la noche: un aroma indefinido y saturado de humedad, a plantas en estado de putrefacción, a fritanga de la crepería de la esquina y a humo de cigarrillos de los clientes de las terrazas. Y, por todos lados, estamos rodeadas por un extraño murmullo, del zumbido que emiten los habitantes de la ciudad. A lo lejos, puedo oír música árabe y el remoto susurro del tráfico de Folkungagatan.

—Es Sara Matteus —empiezo diciendo—. Hay algo que me preocupa. Ha conocido a alguien. A un hombre.

Aina me interrumpe con una risa corta y chispeante.

—Sara Matteus ha conocido a un hombre, y eso te preocupa. ¡Venga ya! Pero si Sara ya ha conocido a otros hombres antes. ¿Qué tiene este que te haga sentir inquieta?

El comentario de Aina me ayuda a seguir el hilo de mis pensamientos.

—Creo que es el hombre en concreto. Según Sara, es mayor que ella, estable y sólido. Le hace regalos. Y le ha empezado a hablar de irse a vivir juntos. ¿Qué quiere él de Sara? ¿Por qué iba un hombre de mediana edad y con dinero querer estar con una chica de veinticinco años que es obvio que tiene problemas graves, si no es...

—Si no es porque quiere aprovecharse de ella —me suple Aina—. ¿Qué dice Sara?

—Ah, ya sabes, lo de siempre. Que esta vez es distinto. Que él la ve, que se siente cómoda y a gusto, que siente que es de verdad. Lo que no deja de asustarme. Porque la hace vulnerable. Y si vuelven a herirla, se arriesga a que sea un golpe insuperable y tenga repercusiones en el tratamiento. Casi ha dejado de hacerse cortes, está mucho más estable que antes. Pero si pasa algo... Tengo miedo a que...

Me callo.

Aina me mira, expectante.

—Si pasa algo. ¿Y entonces qué, Siri? Antes o después tendrá que salir y enfrentarse a la vida, y tú lo sabes. Y tienes que dejar de ver a Sara como a una víctima.

—Pero es que es una víctima. Es víctima de una escuela que no entendía nada, de un sistema de psiquiatría infantil que funciona mal y de unos servicios sociales que no pudieron ayudarla, ni a ella, ni a su familia.

Aina casi me acaricia el brazo con ternura.

—Claro que Sara es, en parte, una víctima, pero también sabes que tiene recursos. Venga, vuelve en ti, al fin y al cabo es una chica espabilada. Es cierto, ha tenido unas experiencias terribles, pero ha sabido salir adelante, y es su propia fuerza interior que lo ha hecho posible. ¿Cuánta gente conoces tú que haya sido capaz de dejar las drogas sin la ayuda de nadie? Y eso sólo es un ejemplo. Y ahora ha conocido a un tío al que tú juzgas como malo para ella sencillamente por intuición. Si realmente lo es, no te preocupes. Sara sabrá cómo terminar la historia con él, con o sin tu ayuda. Y debe seguir haciendo su vida y teniendo nuevas experiencias. ¿Pretendes que no vuelvan a herirla nunca más? ¿Que no vuelva a sentir dolor? Entonces tendrá que

vivir el resto de su vida alejada de los demás.

Aina se queda en silencio y yo, mientras tanto, dejo que su mensaje se aposente. Sé que tiene razón. Sólo querría que Sara hubiera esperado un poco más.

Ahora no. Todavía no.

Una noche de verano sofocante decidí seguir a la otra, a su ordinaria compañera de trabajo. La seguí durante todo el trecho desde la plaza Medborgarn hasta la playa de Hornstull, pasando por Mariatorget y el instituto de bachillerato de Fogelstram, mientras el crepúsculo se postraba sobre Söder. Me cuidé de mantener las distancias para que no me viera. Pero no debería haberme preocupado porque no se volvió ni una sola vez, siguió andando sin mirar atrás como si tuviera prisa. De hecho, casi avanzó a saltos y, la verdad, me pareció totalmente ridículo.

Como si fuera un niño pequeño dando brincos.

Al llegar a Hornstull dobló la esquina en dirección al mar, al mercado y al pequeño restaurante en la punta del muelle. Vi cómo se abrazaba a un hombre, cómo lo besó con suavidad en la boca y cómo se sentó a una de las mesas de la terraza.

Yo me senté en un banco de madera de una loma, a una distancia prudente, y me fumé un cigarrillo mientras los vigilaba entre la muchedumbre. Ella lucía un aspecto bastante vulgar, aunque, debo admitirlo, no carente de cierta apariencia y estilo. Llevaba un vestido de tela de camiseta de color rosa con un reno estampado sobre el pecho y un escote muy profundo que ella dejaba caer sobre uno de sus hombros a propósito, dejando al descubierto la tira de un sujetador de color verde chillón. Piernas desnudas y bronceadas, unas Converse gastadas en los pies, el pelo recogido en una cola de caballo descuidada.

El hombre que tenía enfrente parecía más joven que ella.

Llevaba unos tejanos gastados, una sudadera con capucha y algo que parecía un pañuelo palestino enrollado varias veces alrededor de su cuello barbudo. Llevaba el pelo largo y rizado recogido en una coleta descuidada.

Me gustaría saber de qué hablaban, pero aunque sólo estaban a pocos metros de mí era imposible oírles a través del ruido de la multitud vocinglera que se propagaba de un lado a otro sin cesar.

Entonces ella se inclinó hacia el hombre y empezó a jugar con un mechón de su pelo que se había soltado de la coleta. Ella sonreía y lo miraba con unos ojos que sólo podían calificarse de cachondos. El chico del pañuelo palestino agarró su mano, se rio y la apretó. Ella también rio, se quitó los zapatos y así, sin más, puso los pies sobre sus rodillas.

Me eché hacia delante para ver mejor. La expresión de la cara del hombre

denotaba pasmo y estrujaba la mano de la chica con más fuerza. Estaba blanca. Ella reía socarronamente y al inclinarme advertí que sus pies acariciaban su entrepierna. Una repentina oleada de náuseas y mareo me obligó a volverme y a aspirar una bocanada del húmedo aire nocturno.

De pronto, todo empezó a dar vueltas. Quería alejarme de toda esta decadencia, alejarme de todos los cuerpos, de toda la carne y de todo el deseo. De todos los sentimientos que me había esforzado tanto por reprimir.

La suciedad, el sudor y el hedor de la muchedumbre me golpearon con fuerza insospechada y de pronto fue como si ante mis ojos la gente empezara a fundirse hasta convertirse en un solo organismo. Una ameba hedionda, gimiente y carente de voluntad propia, hecha de los instintos y el deseo humanos, que me acorralaba mientras yo me quedaba allí, desvalido, con la colilla entre los dedos.

Me puse en pie y abandoné la plaza sin mirar atrás, asqueado y sintiéndome mal.

El atardecer se ha transformado en una noche de finales de verano y el aire que me envuelve es húmedo y crudo. Mi casa descansa como un animal durmiente entre abetos que el viento ha arrodillado y las suaves y redondeadas rocas. Oigo el sonido del mar cuando subo al trote el pequeño sendero de grava que lleva hasta mi puerta. Tengo que acordarme de instalar algún tipo de iluminación exterior.

Una vez en casa sigo mi rutina de siempre. Enciendo las lámparas y hago una rápida visita a la caseta de baño. Luego entro en la cocina y me sirvo una copa de vino, me preparo un buen plato de sopa de lata y me siento a la mesa de la cocina para repasar el correo del día. Una factura de electricidad, una invitación para un taller, un extracto de cuenta del banco.

Ha quedado un sobre gris de buena calidad sobre la mesa. Palpo inquisitivamente el papel grueso y texturado y peso el sobre en la mano.

El nombre y la dirección están escritos con un bolígrafo negro. La caligrafía es pulcra y regular. Lo he guardado para el final porque es el que parece más interesante. A lo mejor es una invitación, o una carta, una carta de verdad. Abro el sobre gris con lentitud. De su interior cae una fotografía. Durante unos segundos la examino sin comprender. Pero entonces veo lo que es y una oleada de malestar recorre mi cuerpo.

Es una fotografía de mí.

Llevo mi vestido camisón y unas sandalias de tacón y da la impresión de que tengo prisa por cruzar la plaza Medborgar. La foto debe de ser reciente.

En el dorso de la foto alguien ha escrito «Te vigilo».

Fecha: 24 de agosto

Hora: 14.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Peter Carlsson.

Paciente nuevo

—Había pensado empezar por informarte de cómo es una conversación de evaluación introductoria y lo que haremos después.

—Muy bien. Comprendo.

Estudio al hombre sentado en la silla frente a mí. Un hombre atractivo cerca de los cuarenta. Va bien vestido y tiene un aspecto... caro. Los zapatos están recién lustrados y luce unas uñas cuidadas. No pertenece, desde luego, a mi clientela habitual.

Le explico cómo será nuestra rutina, las dos o tres conversaciones introductorias que mantendremos, le hablo de la terapia y le informo sobre la forma de pago. Peter Carlsson asiente con la cabeza, escucha y parece concentrado en lo que le digo. A pesar de su evidente autocontrol, presiento cierto nerviosismo. Sospecho que no estaría hoy aquí si no se sintiera absolutamente obligado a ello.

De la misma manera que yo examino a Peter Carlsson, me doy cuenta de que él me juzga a mí. Me examina con detenimiento, mi rostro, mi cuerpo.

—¿De verdad eres terapeuta? Quiero decir, bueno que... parece muy... joven.

Me han hecho esta misma pregunta antes. A veces, mi aspecto físico es una desventaja en el trabajo. A menudo, mis pacientes esperan encontrarse con una mujer mayor y se sorprenden al verme a mí. Quizá tenga que trabajar un poco más duro para hacer que acepten mi relativa juventud, que, por lo visto, indica inexperiencia.

—Pues sí, soy terapeuta —contesto, intentando ocultar mi irritación—. ¿Podrías contarme qué es lo que te ha llevado a querer entrar en terapia? Durante nuestra conversación telefónica comentaste que sufrías de obsesión y ansiedad, ¿podrías describirlo con más detalle?

—De acuerdo. —Peter Carlsson vuelve a asentir con la cabeza y mira por la ventana—. Bueno, supongo que siempre he sido algo proclive a la ansiedad. Siempre me ha preocupado. —Me mira a los ojos para asegurarse de que lo escucho y comprendo—. Cuando era niño, era muy importante para mí hacer las cosas de una manera determinada, no pisar la raya entre las losas de la acera, dejar la ropa de acuerdo con un orden predeterminado antes de irme a dormir. En realidad, no había nada especialmente raro en ello, creo que hay muchos niños que hacen lo mismo, lo único es que yo nunca he dejado de hacerlo. O mejor dicho, sí dejé atrás lo de las rayas de la acera, pero lo sustituí por otras manías, siempre nuevas.

—¿Alguna vez llegaste a pensar en lo que podía pasarte si no llevabas a cabo esos actos?

Peter se mira las uñas, examina minuciosamente sus manos cuidadas.

—De hecho, no, tal vez que podría ocurrirles algo a mis padres. Sobre todo después de que mi abuela muriera.

—¿Después de la muerte de tu abuela?

—Mmm, ella era... especial... Nosotros, los niños, teníamos una relación muy estrecha con ella. Y, además, era bastante joven cuando murió, tenía sesenta y pocos. Nos parecía invulnerable.

Peter se queda callado y me doy cuenta de que se pierde en los recuerdos de su abuela, muerta hace ya mucho tiempo.

—¿Qué pasó?

—Cáncer —responde—. Y desde entonces el mundo nunca volvió a parecerme un lugar seguro. ¿Me entiendes? Todo lo que yo había creído que era sólido y arraigado resultó que era... perecedero. Mi infancia cambió a partir de su muerte. No es que de golpe me hiciera adulto demasiado pronto ni nada parecido, sino que cambió. Las condiciones de mi existencia cambiaron y las cosas que hacía se convirtieron en una manera de mantener la vida en jaque. Empecé a temer que les pasara algo a mis padres, que las cosas empeoraran aún más. Me preocupaba que enfermaran, o que sufrieran un accidente de tráfico, o cualquier otra cosa. Empecé a controlarlo todo, estaba alerta a cualquier cambio, siempre quería saber dónde estaban y qué hacían. Tenía ataques de histeria cuando se iban. Aunque las cosas mejoraron con el paso del tiempo. Sin embargo, las cosas seguían de algún modo igual. Los rituales.

—¿De qué manera cambiaron? ¿En qué consistieron los cambios?

—Pues en cosas —dice Peter vacilante.

Intento resumir mentalmente lo que Peter me ha contado hasta ahora. Lo que me ha descrito parecen las clásicas obsesiones o rituales. Bastante frecuentes en la infancia, y a menudo carecen de importancia desde un punto de vista clínico. Más bien forman parte del desarrollo normal de un niño. Sin embargo, en el caso de Peter, parece que el dolor y el miedo vivido por la muerte de la abuela han hecho que los rituales compulsivos se acrecentaran.

Para muchas personas con obsesiones o comportamientos obsesivos, estos problemas están estrechamente ligados a la vergüenza. Se avergüenzan de sus pensamientos y de sus miedos, y de la incapacidad para controlarlos. Muchas veces, insisten en estos rituales que al mundo que les rodea les resulta raros y extravagantes y, por lo tanto, hacen todo lo posible por ocultar los problemas. A menudo, experimentan la sensación de perder el dominio sobre las cosas o de estarse volviendo locos. Y en Peter veo este temor. Lo detecto en su mirada que evita encontrarse con la mía, en el ligero sonrojo de su rostro. Le resulta muy difícil explicarme sus sentimientos, romper el silencio y hablar de algo que, intuyo, ha ocultado a todo el mundo desde su infancia.

—¿Alguna vez antes has pedido ayuda para superar estos problemas?

Peter se limita a sacudir la cabeza, confirmando de este modo mis sospechas.

—Háblame de las otras cosas.

Pretendo demostrarle que lo que me cuenta no me hace perder la serenidad y que ya había oído historias parecidas antes.

—Eran pensamientos sobre hacer daño.

Vuelve a bajar la mirada y se cepilla con parsimonia los pantalones, como eliminando unas motas de polvo invisibles.

—¿Daño?

—Bueno, todo empezó cuando me saqué el carné de conducir. De pronto empecé a creer que iba a atropellar a alguien con el coche. A lo mejor a un niño. A un pobre desgraciado que había tenido la mala suerte de encontrarse conmigo.

Hace una mueca y parece infinitamente afligido.

—Y luego no fui capaz de quitármelo de encima, empecé a creer que en efecto había atropellado a alguien, pero que, sencillamente, no me había dado cuenta. Empecé a volver sobre mis pasos con el coche para buscar a la persona que creía haber atropellado. Incluso llegaba a apearme para recorrer las aceras y los senderos en busca de alguna señal que me confirmara que me había llevado a alguien por delante: ramas rotas, sangre en la acera, un cadáver. A veces, encontraba alguna mancha en el suelo o algo parecido, una mancha de aceite, por ejemplo, y entonces me obligaba a examinarla hasta descubrir lo que era. Era capaz de arrodillarme para olisquear la mancha. Temeroso de que alguien me viera y pensara que yo era raro. Que estaba loco de remate. E incluso cuando acababa de examinar el suelo sin encontrar nada, no me lo creía. Tenía que dar una vuelta más para salir de dudas. Y luego una más, por si acaso.

Peter vuelve a quedarse en silencio, su rostro ha cambiado, parece atormentado y hundido.

—¿Qué hiciste entonces?

—Dejé de coger el coche —me contesta de forma precipitada—. Me resultaba demasiado fatigoso. De hecho, no volví a conducir hasta diez años más tarde.

—¿Y qué fue lo que pasó diez años más tarde? ¿Volviste a conducir?

—No me quedó más remedio, tuve que llevar a mi padre al hospital. Creímos que había sufrido un ataque de apoplejía. Era Nochebuena, no había ni un solo taxi en toda la ciudad. Caos en la central de alarmas. La ambulancia tardaba en llegar. Mamá se volvió como loca, y empezó a gritar y a llorar. Todos habían bebido menos yo. Por alguna extraña razón lo conseguí. La cosa funcionó. Fuimos al hospital Sanlt Göran y no pensé ni una sola vez en que iba a atropellar a alguien. Lo único que quería era llegar cuanto antes.

—¿Y luego?

—Luego todo fue bien. Quiero decir, en cuanto a conducir, claro. Los pensamientos obsesivos no volvieron. Pero por entonces, ya había empezado a tener esos otros pensamientos obsesivos.

Peter vuelve a quedarse callado. Esta vez, sin embargo, su silencio es distinto y

me doy cuenta de que empezamos a acercarnos al momento en que pedirá ayuda, aquí y ahora. También noto algo que creo es duda, sea lo que sea a lo que le está dando vueltas, no piensa contármelo. Echo un rápido vistazo al reloj. Sé que nuestra sesión está llegando a su fin y antes de que eso ocurra, me gustaría hacerle una breve descripción, de lo que es un síndrome obsesivo compulsivo y explicarle que tiene solución.

También me gustaría ofrecerle unos formularios que deberá rellenar para nuestra próxima sesión. Si lo presiono demasiado, corro el riesgo de que Peter empiece a abrirse, pero que tengamos que terminar antes de que haya podido acabar de explicarse, sin que me haya dado tiempo a darle información razonable para que pueda trabajar con lo que le preocupa, y no quiero que eso pase, no quiero exponerlo a ello. Entonces decido, en su lugar, dirigir la sesión hacia datos más concretos y hacia un final.

—Muy bien —contesto—. Comprendo. Y la próxima vez nos centraremos en estos pensamientos. Pero ahora me gustaría hablar un poco más de lo que me has contado hasta el momento. ¿Conoces la expresión síndrome obsesivo compulsivo?

Estoy cansada y me noto agotada, ahora que los pacientes del día se han marchado y la calma empieza a sumirse sobre la consulta. El día ha estado repleto de pacientes y he tenido una reunión administrativa con Aina y Sven sobre la distribución de nuevos casos y sobre la eminente fiesta anual del cangrejo en la consulta. El ritmo frenético de la consulta no me ha dejado tiempo para cavilaciones propias. Sin embargo, ahora vuelve el miedo y el desasosiego que he intentado mantener a raya desde esta mañana y se apodera de mí con renovadas fuerzas.

¿Quién me fotografía a escondidas? Intento pensar de la forma más racional posible y alejar el miedo de mí. Tiene que ser una broma de alguien que quiere tomarme el pelo.

No hay nadie que quiera hacerme daño.

Estoy paranoica, eso es todo.

Pero, al mismo tiempo, otra voz en mi interior me dice que quizá tengo razones para estar preocupada. Varias veces, este verano, he tenido la desagradable sensación de que alguien me observaba cuando yo estaba en casa. En alguna ocasión, siendo ya de noche, me he acercado a mis ventanas oscuras y he mirado hacia el jardín, aunque siempre ha estado desierto; apacible y silencioso, rodeando mi pequeña casa.

Pero ¿qué se supone que debo hacer cuando alguien me ha enviado un sobre con una foto de la que yo soy el motivo?

¿Debería llamar a la policía?

¿Debería hablarlo con Aina?

¿Debería instalar una alarma en casa?

¿Encerrarme en casa y no salir jamás?

Desecho de inmediato la primera idea. Tal vez la policía considere que esta clase de sucesos apenas supera el nivel de peligrosidad de los gatitos atrapados en la copa de un árbol. Instalar una alarma y encerrarme en la casa me parece una reacción exagerada. Luego está Aina. El problema con Aina es que no sé cómo puede reaccionar. Lo que más temo es que se preocupe exageradamente y estoy harta de cargar a mis amigos con mi dolor, mis disertaciones cargantes y mi miedo. A la vez me doy cuenta de que yo me enfadaría mucho con Aina si ella dejara de contarme sus cosas sólo para protegerme. Así que, ¿qué puedo hacer? ¿Esperar y ver qué pasa? Decido que esto seguramente sea la estrategia más sensata. A lo mejor no es más, al fin y al cabo, que una broma pesada y de mal gusto.

Oigo que Marianne está ordenando la recepción y le grito a través de la puerta:

—¡Deja ya de trabajar, tu jornada ha terminado!

Marianne deja de hojear papeles y oigo sus pasos avanzando hacia la pequeña cocina.

—Pareces cansada, Siri. ¿Quieres que te prepare un café? —me pregunta a su manera considerada.

Se coloca dándome la espalda ancha y ligeramente corpulenta y saca dos tazones de cerámica azul del armario. Rechazo el café. El hecho de tener contratada a una

secretaria ya me resulta lo bastante difícil de manejar. Que, además, tenga que hacerme el café lo encuentro fuera de lugar. Ya me haré yo el café si quiero tomarlo.

Miro a Marianne mientras ella está de espaldas a mí, trajinando con el café en polvo y el hervidor de agua. Vivimos vidas muy diferentes. Marianne tiene unos diez años más que yo, y le ha dado tiempo a criar a dos hijos que ya son adultos. Tuvo a sus hijos a una edad temprana, cuando tenía veintipocos años. Ahora los dos se han ido de casa. El hijo mayor tiene una empresa de informática con un amigo y el más joven estudia ingeniería.

Marianne también tiene dos matrimonios a sus espaldas, uno con el padre de los chicos, que duró unos años, y otro con un hombre al que sólo se le conoce por «El cerdo de Peter».

«El cerdo de Peter» y Marianne estuvieron casados diez años y entonces ocurrió lo más clásico: él la abandonó por su secretaria. Cuando Marianne empezó a trabajar con nosotros era, en algunos aspectos, una caricatura de la típica mujer rechazada que odia a los hombres. Tal vez, enfrentado a ello, se te pueda llegar a escapar una sonrisa, pero tras la amargura también se esconde un enorme dolor. Quizás enfrentarse a ello resulte demasiado doloroso, y, sin embargo, ella se ha lanzado a una nueva relación. Esta primavera conoció a otro hombre. No cuenta gran cosa de él, lo que, en realidad, tampoco es de extrañar, vistas las experiencias que ha tenido hasta ahora. Aunque cada vez aparece más a menudo el nombre de Christer durante el almuerzo y en la cocina.

Según la teoría de Aina, Christer y Marianne viven en una especie de simbiosis asexual, una comunidad que tiene más que ver con el golf, el teatro y los viajes de fin de semana que con la pasión. Una mañana, mientras tomábamos el café, Marianne declaró, sin que viniera a cuento, que «ella ya pasaba de eso del sexo», lo que le resultaba «liberador». Aina hizo una mueca de disgusto y reprimió una risa y, acto seguido, Marianne refunfuñó ofendida y dijo: «Pues a lo mejor tú deberías considerarlo...».

No está demasiado claro el tipo de relación que mantenemos Marianne y yo. La verdad es que no sé muy bien qué pienso de ella. Es competente, escribe historiales clínicos, envía avisos a los pacientes sobre la fecha de la próxima consulta y se encarga de toda clase de tareas prácticas. El trabajo en la consulta se ha tornado más sencillo desde que ella empezó a trabajar. Al mismo tiempo, hay veces que su carácter metomentado y su supuesta efectividad me llegan a irritar. De vez en cuando tengo la sensación de que nos trata a Aina y a mí como si fuéramos dos niñas pequeñas incapaces de valernos por nosotras mismas. Tiene cierta tendencia a mostrarse dominante y a querer encargarse de todo y, alguna vez, con la mejor intención, eso sí, me ha dado consejos con respecto a varios de mis pacientes, algo que me saca de mis casillas. Mientras que Aina y yo somos unas criaturas para ella, Sven es, en cambio, Dios. Su calidad de hombre mayor le confiere el rango de rey y, por lo tanto, también se merece ser tratado como tal. Sus historiales clínicos siempre

van antes que los nuestros, y sus cartas siempre se envían las primeras.

—Siri, deberías irte a casa. Te exigés demasiado.

Marianne parece estar realmente preocupada y, al instante, la mala conciencia se apodera de mí y me avergüenzo de mis pensamientos. Su preocupación por mí es sincera y lo único que se me ocurre a mí es pensar mal de ella de la manera más injusta.

—Sólo me queda acabar de transcribir mis notas de las sesiones —contesto, e intento parecer más alegre de lo que realmente estoy.

—¿Sabes qué, Siri? Eres importante para la clínica y para tus pacientes, pero nos haces un muy flaco favor matándote a trabajar. ¡Vete a casa! O vete al cine, o tomáte una copa de vino con una amiga. Haz algo que no sea quedarte aquí sentada, trabajando. Hace una noche estupenda, y tú te quedas aquí... puliendo tus notas. ¡Vete a casa, ya!

La expresión de su cara es tan arisca que no puedo evitar que se me escape una risita. De pronto, la preocupación de Marianne me resulta muy bienvenida y noto cómo el calor se extiende por mi interior. Me levanto de la silla y la empujo debajo de la mesa minúscula.

—Tienes razón, me voy a casa ahora mismo. Y tienes razón, soy un desastre. Me voy a casa. Alquilaré una película y me atiborraré a chuches.

—Buena chica. Nos vemos el sábado, ¿no? —continúa—. Para la fiesta del cangrejo. Será muy divertido y traeré a Christer.

Marianne me da unas palmaditas casi cariñosas en el brazo con su mano regordeta que está cubierta de manchas cutáneas y considero, por un momento, si me habré equivocado con ella.

Tal vez nunca me haya preocupado por saber quién es ella en realidad.

Una bocina rasga el silencio, se abren y se cierran las puertas de unos coches y al rato oigo voces. Estoy en la cocina mirando hacia la ensenada. Ha llegado la hora de la reunión social del año. Como en tantas otras oficinas y lugares de trabajo, intentamos fortalecer el sentimiento de unión con fiestas, comidas y cenas: cena navideña en diciembre, almuerzo de verano en junio y fiesta del cangrejo a finales de agosto. No sé si estas celebraciones nos acercan, o si los demás, al igual que yo, las consideran un mal necesario. Horas que hay que soportar por el bien de los demás.

En algunas, contadas, ocasiones he conseguido escabullirme, excusándome con algún catarro o algún ataque de migraña repentino. Esta noche es imposible, puesto que la fiesta del cangrejo se celebra, como es tradición, en mi casa. Hago como suelo hacer. Lo soporto, a pesar del leve desasosiego que noto en el estómago. Mañana la fiesta ya pertenecerá al pasado y estaré de camino a otras cosas.

Pongo la mesa con mi vieja y ajada vajilla de porcelana y servilletas y enciendo farolillos de colores al anochecer, justo cuando el agua de la ensenada se calma en la cálida tarde de verano, y pienso que esta seguramente sea la típica alegoría de la fiesta del cangrejo sueca.

En el acceso de coches cubierto de gravilla aparecen Sven y Birgitta cargados con cajas de comida y bolsas de plástico llenas de botellas de cerveza tintineantes del Systembolaget^[1]. Detrás de ellos llega Marianne, acompañada por un hombre alto y delgado de pelo castaño y barba de chivo. Christer. Una de las pequeñas bonificaciones que conlleva una celebración de índole laboral consiste precisamente en la posibilidad de conocer a las parejas de los demás. Y no puedo negar que siento curiosidad por conocer a este Christer que ha hecho que Marianne cambiase hasta convertirse poco a poco en una persona más dulce y capaz de acercarse emocionalmente a los demás.

También es posible que sienta envidia.

Nos presentan e intercambiamos nombres y cortesías, y en silencio también tiene lugar un juicio mutuo. Me doy cuenta de que Christer me examina de la misma manera que yo le examino a él.

Nos hacemos una idea de cómo es el otro. Sacamos conclusiones.

Marianne se acerca a nosotros y Christer le agarra la mano. Siento una simpatía inmediata por este hombre. Irradia una extraña mezcla de seguridad y nerviosismo y, por lo visto, se siente más seguro en presencia de Marianne. Tiene cierto aire conmovedor y vulnerable, a pesar de que lleva los atributos justos del éxito de una manera discreta. Un reloj de pulsera exclusivo, una americana de corte elegante, un par de zapatos bonitos con las puntas redondeadas. Quiero que se sienta bienvenido y valorado e intento transmitirle mis sentimientos con una sonrisa. Parece agradecido y la tensión que hasta entonces había dominado la reunión se va disipando. Por lo visto, Marianne también se ha dado cuenta y su anterior postura, un tanto rígida, se convierte en orgullo: ¡es mío!

Por su parte, Marianne está especialmente guapa esta noche de verano tardío. Ha

recogido su pelo, por lo general tan encrespado, en un pequeño peinado algo anticuado aunque favorecedor que me hace pensar en los bigudíes y las horquillas para el pelo de mamá que solía guardar en una bolsa de toalla de color naranja y que desapareció a principios de los 1980. ¿Habrá alguien menor de setenta que siga usando bigudíes? Por lo visto, sí. Lleva un vestido de color verde que hace que brille su piel bronceada. Bajo el brazo lleva una caja grande del mercado de Ostermalm.

—Bueno, pues que sepáis que son cangrejos frescos —dice Marianne en un tono de voz entre la satisfacción y el embarazo.

—Christer pensó que podíamos... bueno, hay suficientes para todos...

Marianne recibe unas miradas entusiastas de Birgitta y Sven, que justo esta noche parecen ser muy cómplices, allí de pie, uno al lado de la otra en una estrecha comunión. Su afinidad parece tan natural y palpable, a pesar de que yo sé que su relación es todo menos sencilla. De pronto me siento tremendamente sola.

Por supuesto, Aina llega tarde, pero al final aparece en la fiesta acompañada por un tío delgado y rubicundo que yo no había visto antes. No me sorprende. Aina ha convertido en un deporte invitar a hombres diferentes a cada una de las fiestas de carácter laboral que hemos celebrado hasta ahora. Creo que disfruta manteniendo una imagen de sí misma de frívola *femme fatale*. El tío tiene unos treinta y cinco años y no acaba de encajar en esta reunión con su barba copiosa y algo que, supongo, pretende convertir en rastas cuando le hayan crecido del todo. Se presenta como Robert y nos cuenta que ahora mismo está trabajando en un doctorado en microbiología.

—Y en una carrera de bajista en una banda que muy pronto triunfará en la escena musical sueca —añade con una gran sonrisa en la cara.

La fiesta del cangrejo se desarrolla de la misma manera que lo ha hecho en los últimos años. A la tenue luz del atardecer ponemos la mesa de forma tradicional, con cangrejos, pan y tarta de queso de Västerbotten. Sacamos las botellas de cerveza y los briks de vino a la mesa. Servimos una botella de snaps helado en las preciosas copitas que heredé de mi abuelo materno. He puesto un CD de Kent en el reproductor y me fijo en que el Robert de Aina, en un momento en que cree que nadie más que Aina lo ve, se mete los dedos en la garganta y está a punto de vomitar de asco por la música.

Iniciamos una conversación vacilante aunque perfectamente compensada, hablamos del tiempo, de los nuevos acuerdos con la Diputación y los planes municipales de los próximos semestres. Hecho esto, la conversación general se fragmenta y se crean pequeños grupos. Oigo que Aina y Marianne hablan de yoga. Christer y Robert charlan de música y me sorprende lo mucho que Christer parece saber del tema.

Sólo hacen falta un par de canciones de taberna y unos pocos cangrejos para que ocurra: la conversación deriva, de forma indefectible, hacia temas más sensibles. Empieza una discusión sobre la violación y sus causas motivada por una reseña de un

libro en Dagens Nyheter. Es Birgitta quien dirige la discusión.

—¡Supongo que no habrá nadie en esta mesa que crea que la violación es un acto sexual, cuando en realidad se trata simple y llanamente de poder patriarcal!

Mira a los reunidos con expresión de desafío y se lame los labios carnosos. Su pelo de sal y pimienta está perfectamente recogido en un peinado elegante y corto: un corte de estilo paje con flequillo. Parece la personificación de la feminista exitosa, Como de costumbre, da la impresión de que los temas académicos sean lo único que de verdad le interesa. Y eso que Birgitta suele tener cierta tendencia a excluirse de las reuniones sociales. Es la espectadora que parece registrarlo todo y analizar a los demás, pero que rara vez da a conocer sus opiniones. Aunque la admiro, al tiempo me intimida y a veces me pongo nerviosa en su presencia.

—Lo que quiero decir es que, en cierto modo, puede considerarse que la violación es la base sobre la que hemos construido nuestra identidad de género y la distribución de poder entre los sexos.

Birgitta sigue aguardando una reacción, mira alrededor y fija su atención en mí. ¿Acaso busca mi apoyo? Suspira hondo y parece decepcionada. Como una maestra de escuela que descubre que sus alumnos no han hecho los deberes.

—Opino que las agresiones a mujeres tienen su origen en las mismas estructuras que determinan que los hombres tengan sueldos más altos que las mujeres, en la distribución de poder entre los sexos.

Marianne da una calada a su cigarrillo y echa la vista al fiordo con las cejas fruncidas, en un gesto reflexivo. Parece que esté intentando encontrar algo que decir. Christer baja la mirada a su plato y al rato alarga la mano para alcanzar un cangrejo.

—¿Tú qué piensas, Christer?

Veo a Aina volverse hacia Christer y, a su habitual manera física, posar una mano sobre el brazo de él y echar los pechos hacia delante. «Dios mío —pienso—, a veces se pasa un poco». La mirada de Christer se cruza por un instante con la de Aina, justo antes de pasar a manipular su cangrejo.

—Supongo que no tengo ninguna opinión creada al respecto —dice Christer con voz serena, sin posar la mirada, ni por un segundo, en los pechos de Aina.

Me pregunto si se da cuenta de lo sensible que es la pregunta, si nota su peso y comprende las consecuencias de una respuesta equivocada.

—A mí me parece que tienes mucha razón con lo que dices —interviene Sven, y asiente pensativo con la cabeza al tiempo que apura la copita de snaps y se inclina hacia delante para volver a llenarla.

Esta noche Sven acabará borracho.

Una vez más.

—A ver —empieza diciendo Robert—, yo no comparto eso de la distribución de poder entre sexos. Yo creo que una violación tiene que ver con estar cachondo y con una falta de control de los impulsos. Además, existe el instinto de supervivencia en el hombre de propagar sus genes al mayor número de mujeres posible. Tal vez no sea

más que un instinto heredado. Al fin y al cabo, las teorías de la evolución son muy interesantes. Por lo demás, creo que todos los hombres son... mmm... animales.

Las risas se extienden alrededor de la mesa. El comentario pretendidamente provocador de Robert ha aligerado la atmósfera. Christer se ríe ruidosamente y Sven resopla y se atraganta con la cerveza. Aina se ríe entre dientes y se lanza sobre las rodillas de Robert en un movimiento descontrolado. La única que, por lo visto, no se divierte es Birgitta, que muestra una sonrisa afectada, con los labios fuertemente apretados.

—Bueno, sí, esa también es una postura válida —dice, en un tono ligeramente irónico, consciente de que ha perdido la batalla.

Ante un niño veinte años más joven que ella.

Con rastas.

Veo la mirada que le lanza a Sven que se posa en él, desaprobadora y cargada de reproches velados, y presiento que le cuesta perdonar que se haya reído de ella y que, consciente o inconscientemente, haya permitido que se pusiera en evidencia públicamente. Y creo que Sven también ha tomado nota de ello porque de pronto se calla, se pone en pie y se aleja sin decir nada con pasos inseguros en dirección a la linde del bosque, todavía con la copita de snaps en la mano.

Por qué todo tiene que ser tan complicado. Todos estos conflictos, personas que chocan entre sí como piedras en una playa, hasta que ya no queda nada. Desgasta y escuece.

A medida que la oscuridad aumenta, también lo hace el grado de embriaguez. Al final de la mesa, Aina se ha sentado en el regazo de Robert. Veo que su mano acaricia el muslo de él y que él toca uno de sus pechos por debajo del jersey. Sus besos son profundos y he reprimido mis ganas de volver la cabeza para no tener que verlo.

Christer y Marianne no parecen ver a Aina y Robert, o a lo mejor es que les da igual. En su lugar, intentan superar al otro en canciones de taberna guarras. Me siento ligeramente embarazosa al oír a Marianne cantar vocinglera que nunca ha visto a un hombre desnudo mientras fuma el que debe de ser su trigésimo cigarrillo. Birgitta está sentada sin decir nada, con las comisuras bajadas en un gesto demostrativo y las manos cerradas.

Casi al mismo tiempo aparece Sven entre los abetos del bosque con una guitarra en la mano y me doy cuenta de que el punto culminante de la noche está cerca: Sven está a punto de tocar la guitarra y cantar. Algo que no puede evitar cuando está borracho. Su repertorio consiste de cierto número de canciones antiguas de Mikael Wiehe y de la Hoola Bandoola Band, mezcladas con temas tempranos de Ulf Lundell. Estoy convencida de que acabaré vomitando, y esta vez en serio, no como Robert, que sólo hizo ver que lo hacía, si tengo que escuchar una vez más «eeeres lo mejooooor que séee» en supuesto acento escanio. Por eso me disculpo, agarro mi copa de vino y una linterna de mano y empiezo a caminar con pasos inseguros en dirección a la ensenada.

Las voces gritonas se amortiguan y, en su lugar, aparecen los sonidos de la noche: las olas que golpean contra las rocas. Mezcladas con el ronroneo de una lancha motora a lo lejos. Oigo pasos a mis espaldas y al volverme descubro una silueta que se acerca.

Es Christer.

—¿También has tenido suficiente?

Me mira como preguntándome algo con los ojos y sonrío ligeramente.

Bajo el cono de luz de la linterna hacia el suelo cubierto de pinaza. Las raíces crean largas sombras sobre el sendero. Una polilla aletea aparentemente sin rumbo de un lado a otro atravesando el cono de luz.

—Pues la verdad es que sí. Siempre me incomoda un poco cuando personas adultas empiezan a comportarse como adolescentes, aunque en realidad —prosigo—, lo único que hacen es divertirse. Me temo que soy yo la que es un muermo irremediable.

Christer se ríe.

—Entonces me parece que ya somos dos. Esas sesiones de guitarra y vino tinto nunca han sido plato de buen gusto para mí, pero supongo que es algo típico entre psicólogos —continúa en un tono burlón.

—Pse —contesto—, creo que depende de a qué psicólogo se lo preguntes. ¿Se licenció antes de 1982? ¿Vivió en una comuna y se apuntó a la ola verde...?

—¡Venga Siri, si tú misma estás montada en la ola verde!

—¿La ola verde?

No entiendo lo que quiere decir.

—Sí, eso. Tú vives aquí completamente sola. ¿Acaso no es porque quieres estar más cerca de la naturaleza y cosas por el estilo?

Christer vuelve a reírse y yo noto algo pesado en el pecho. No tengo fuerzas para explicarme.

—Vivía aquí con mi marido.

Mi respuesta es corta y concisa y da a entender que no tengo ganas de hablar del tema.

—Oh —dice Christer meditabundo—. Pero... no estás divorciada, ¿verdad?

—Viuda —respondo en tono cortante—. Y no quiero hablar de ello —añado, por si las moscas.

—Discúlpame, no lo sabía. No pretendía meter la pata.

Christer parece sincero y yo hago un gesto con la mano con el que pretendo dar a entender que lo comprendo todo y que no pasa nada.

—Pero tienes una casa fantástica, desde luego —prosigue él—. Con mucho encanto, aunque deberías pintar la fachada, y a lo mejor también cambiar las ventanas.

Es evidente que intenta conducir la conversación hacia otros derroteros para escapar a su error involuntario, y yo no tengo nada que objetar y le ayudo de buen

gusto.

—Sí, lo sé, pero incluso algo tan simple como elegir la pintura me resulta complicado. Ya sabes, ¿pintura acrílica o al aceite?

Miento.

Sé perfectamente el color que quiero para la casa, pero me gustaría hablar de otra cosa que no fueran Stefan y la razón por la que vivo sola en este lugar inaccesible, salvaje y bello.

—Bueno, eso depende de si estás montada en la ola verde o no —dice Christer, y sonríe con cautela.

Le devuelvo la sonrisa y empezamos a hablar de las ventajas de diferentes tipos de pintura y la época del año en que conviene pintar las fachadas de las casas. Para mi gran sorpresa, Christer se ofrece para ayudarme a pintar.

—Sé lo difícil que resulta hacer las cosas cuando se está solo —dice y, por un instante, adopta un semblante triste, y en ese momento recuerdo que todo el mundo tiene una historia que arrastra consigo y que influye constantemente sobre nuestros actos y nuestra vida.

No soy la única que ha soportado pérdidas y dolor.

De pronto, unas voces y unos gritos agitados que provienen de mi casa rompen el silencio. Volvemos a toda prisa por el estrecho sendero del bosque. Sven y Aina se han puesto de pie frente a la mesa y se miran con ira. En el vano de la puerta de mi casa está *Ziggy*, agazapado y enarcando el lomo en posición defensiva. Se oye un bufido apagado que proviene de su garganta.

—Pero Sven, joder —dice Aina irritada—, ¿no puedes darle una patada al gato! Si sólo quería echarse en tu regazo. Es un animal, ¿te enteras? No ha ideado un plan diabólico sólo para asustarte. Lo único que tenías que hacer era coger y bajarlo al suelo.

A la luz que sale a través de la puerta puedo ver que Aina se tambalea.

—Lo único que quiero es que no se acerque a mí —dice Sven en tono malhumorado—. Yo... sencillamente no me gustan los gatos.

La cara de Aina se ha encendido de irritación y embriaguez. Me acerco a *Ziggy* y lo cojo en brazos para llevármelo al interior de la casa. Mientras tanto, Robert ha conseguido hacerse con la guitarra sin que Sven se haya dado cuenta.

—Ha llegado la hora de que escuchemos otro estilo de música —dice, y sonríe con los ojos vidriosos—. Esta canción se la dedico al demonio de los gatos.

Al segundo empieza a tocar la intro de *Ziggy Stardust*.

Estoy en la cocina echando los caparazones de los cangrejos que han quedado en las bandejas grandes en el cubo de la basura. El fregadero está lleno de platos sucios. Fuera, la fiesta continúa. Robert ha conseguido que los demás se unan a él en una canción conjunta, y ahora Marianne y Christer bailan muy pegados bajo los farolillos

de colores. El cielo se ha vuelto negro como el carbón, convenientemente iluminado por una gran luna amarilla del mes de agosto. Es bonito y a la vez triste, pues nos recuerda que el verano está a punto de despedirse y que pronto la oscuridad y el frío volverán a envolvernos inexorablemente.

De pronto noto que alguien me abraza por la espalda y posa una mano sobre mi pecho derecho. Simultáneamente, una lengua húmeda deja babas de caracol en mi nuca.

—Siri, estás tan condenadamente buena...

Me aparto con un movimiento brusco y me vuelvo.

Sven está delante de mí. Tiene el aspecto de un hombre que está muy borracho pero que hace todo lo que puede por ocultarlo. No sé si sentirme ofendida y montar una escena o simplemente dejarlo pasar discretamente. A la vez, el asco se apodera de mí sólo de pensar en la intimidad, en absoluto deseada, que acaba de imponerme. La discusión que mantuvimos al principio de la noche sobre la violación y la distribución del poder entre sexos sólo hace que se refuerce la repugnancia que siento. Después de unas cuantas cervezas, Sven, que es tan condenadamente políticamente correcto al lado de Birgitta, ha conseguido confirmar las teorías de su mujer. O tal vez sean las de Robert.

Me aparto de él retrocediendo unos pasos, y suelto un bufido apenas audible.

—Joder, Sven.

Mi voz es débil, pero sé que suena cortante.

—Me gustas. Me gusta trabajar contigo, pero la condición para que sigamos colaborando es que dejes de manosearme. No estoy interesada. ¿Lo entiendes?

Ahora ya no parezco tan tranquila, yo misma me doy cuenta de que el tono de mi voz se ha vuelto estridente. Sven se ha sonrojado y parece muy avergonzado. Se tambalea hacia delante y hacia atrás como una boya en medio de una tormenta, allí, de pie, en medio de la cocina.

—Mierda. Perdóname, Siri. Lo siento de verdad... —Sven se calla y busca las palabras, sacude la cabeza y parece que está intentando sosegar. O a lo mejor lo que intenta es recuperar el equilibrio—. Lo siento —repite—. No sé qué me ha cogido. Supongo que sencillamente estoy borracho... Mierda. ¿Puedes perdonarme? Lo digo de corazón. Joder... Eso del alcohol...

Sven parece a punto de iniciar una larga charla sobre su relación con todo tipo de drogas, algo que no me veo con fuerzas para escuchar.

—Está bien, Sven.

Poso una mano sobre su brazo para darle a entender que pienso lo que acabo de decir.

—Si quieres, podemos hablarlo el lunes, o podemos olvidarnos del todo. Está bien.

Aprieto su brazo ligeramente y Sven parece agradecido. Gira sobre sus talones y sale dando tumbos por la puerta de la cocina, y es entonces cuando la veo.

En el pasillo está Birgitta, y no me quita los ojos de encima. Sus labios, siempre tan carnosos, ahora se han fruncido en una mueca tensa; lleva los brazos cruzados sobre sus pesados pechos. Me lanza una mirada ambigua, llena de lo que parece una mezcla de desprecio y conmiseración.

Me avergüenzo.

¿Cuánto ha visto? ¿Qué piensa de mí?

Birgitta avanza y se coloca en el vano de la puerta. Vuelve a mirarme, pero no dice nada.

—Bueno, verás... —digo bobalicona, y noto cómo se me encienden las mejillas.

Me avergüenzo, a pesar de que es su marido quien me ha manoseado a mí.

Birgitta sigue mirándome fijamente. No dice nada, pero levanta el dedo índice lentamente hacia mí, como si estuviera a punto de reprender a un niño desobediente o señalar a alguien; a un culpable. Entonces se vuelve y sale al jardín sin pronunciar palabra.

A Stefan le encantaba bucear. Durante los últimos diez años había sido su pasión. Cuando no salía a bucear, ya estaba planeando el próximo viaje de buceo con sus amigos submarinistas, tan obsesionados como él. La Gran Barrera de Coral, el mar Rojo, el mar de la China Meridional, el golfo de México, Stefan había estado en todos lados. Pero siempre había nuevos países que visitar, nuevos mares que descubrir.

Los primeros años no bucéé con él. Él sabía el miedo que yo tenía a la oscuridad y aceptaba completamente que intentara evitar cualquier situación que pudiera llevarme de repente a un lugar fuera del alcance de la luz. Más tarde, empezó poco a poco a sacar el tema a colación. «Podrías intentarlo un día, hacer una prueba. A diez metros de profundidad todavía hay mucha luz».

Empecé seriamente a plantearme aprender a bucear. Coincidió con que había empezado a trabajar como terapeuta cognitivo-conductual, y la esencia misma de la terapia cognitivo-conductual consiste precisamente en enfrentarte a tus miedos. Es la única manera de superarlos. Por lo tanto, hice lo que Stefan me pedía.

Nunca olvidaré mi primera inmersión. Fue durante una de nuestras vacaciones largas de invierno. Stefan se preocupó mucho de que el día de mi introducción a su gran pasión las circunstancias fueran las más favorables. El viaje fue a las Maldivas. Cuando de pronto me encontré sobre la cálida arena coralina de color blanco con las botellas a la espalda, todas mis dudas se habían evaporado. El océano Índico me recibió con mucha delicadeza cuando, inexperta, me deslicé con mucho cuidado en el agua cargada con el pesado equipo.

La sensación de ingravidez y los rayos del sol que se abrían paso a través del agua creando dibujos sobre el fondo firme de arena fue lo primero que descubrí. Todo estaba en silencio, salvo por una persistente crepitación y el sonido silbante y burbujeante que mi propia respiración producía en el regulador. Stefan me cogió de la mano y juntos nadamos hasta el arrecife. Cuando empezamos la inmersión se preocupó de ayudarme a nivelar la presión. Dos metros se convirtieron en cuatro que luego fueron ocho. Flotábamos ingravidos a lo largo de la pared del arrecife. Rodeados de millones de peces de todos los colores del arco iris noté un silencio que nunca antes había experimentado, y recuerdo que pensé que ahora, por fin, comprendía a Stefan.

Me saqué el certificado y empecé a acompañar a Stefan cada vez más en sus inmersiones, tanto en Suecia como en el extranjero. Buceábamos en aguas cálidas y saladas del trópico, en las aguas turbias del mar Báltico, en antiguas minas abandonadas, en barcos hundidos y en bosques de algas pardas que ondeaban al ritmo de las olas. El miedo que sentía por la oscuridad fue disminuyendo gradualmente, a medida que mejoraban mis habilidades para el buceo.

Entonces ocurrió lo que nunca tenía que haber ocurrido. Fui presa del pánico un día que habíamos salido a bucear. Estábamos delante de Kungsbacka, en la costa oeste, junto con los compañeros de Stefan, Peppe y Malin. Stefan y yo acabábamos

de iniciar la primera inmersión cuando algo me asustó.

Naturalmente, todo estaba oscuro, una oscuridad repugnante, compacta e impenetrable, tan maciza como una pared de hormigón. El frío del agua negra penetró todas las juntas del traje de neopreno. Recuerdo que una gamba casi transparente pasó impasible por delante de mi máscara de buceo y se perdió en el espacio sombrío como una sonda espacial de camino a la nada. Sus pequeñas patas se movían por impulsos haciendo que pareciera un móvil con una cuerda de la que tirar, como los que cuelgas sobre una cuna. Involuntariamente noté cómo mi cuerpo se iba tensando cada vez más, mi corazón empezó a latir cada vez más rápido y el de sobra conocido calambre se extendió por todo mi cuerpo. Me volví para darle a Stefan la señal convenida para la ascensión. Todavía mantenía el control sobre mi cuerpo, pero cuando empecé a mirar a mi alrededor sólo había oscuridad. Ni rastro de Stefan. Instintivamente, empecé a tantear en las aguas tenebrosas. Busqué la superficie de acero fría y dura de las botellas o la rugosa del traje de neopreno.

Gradualmente, empecé a comprender lo que estaba pasando. Stefan no estaba. Por lo tanto, yo misma debería subir a la superficie. Sola en medio de la oscuridad. El calambre que sentía en el pecho se hizo casi insoportable y sentí que tenía, sí, que realmente tenía que quitarme la máscara porque era evidente que me estaba ahogando. Tenía que salir de aquella terrible oscuridad. Intenté pensar en la luz del sol, cerré los ojos e intenté visualizarla, pero ya era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. Los impulsos de mi cerebro ya no llegaban a mi cuerpo presa del pánico y sin dueño.

Me llevé la mano a la frente, agarré el borde superior de la máscara y más que quitármela, la desprendí de mi cara, al tiempo que escupía el regulador. El frío del agua que inundó mi cara me pareció liberador y, sorprendida, oí el gluglú que salía burbujeante de mi garganta mientras ascendía fuera de control hacia la superficie.

Aquella noche estaba desconsolada. Había incumplido las normas más básicas de seguridad, llevando a cabo un ascenso totalmente descontrolado. Stefan estaba sentado en el borde de la cama acariciándome el pelo. Estaba preocupado y confuso: ¿cómo había podido perder el control de aquella manera? Sé que nunca podría llegar a entender cómo había podido perder el control sobre mi cuerpo.

Porque el suyo siempre le obedecía.

Tuvieron que pasar varios años hasta que logré superar aquel episodio, hasta que conseguí superar aquella sensación de pánico por la pérdida total del control, rodeada por toda aquella negritud y aquel frío. Atrapada en mi propio cuerpo.

Sigue siendo una noche de verano embriagadoramente bella, aunque opresivamente sofocante. Los abetos altos dejan la casa en sombra y cuando llego a casa, el interior está fresco y agradable. Aun así, abro todas las ventanas y puertas de cristal, llamo a *Ziggy* y saco la comida para gatos del armario. Es probable que tenga hambre, porque ayer no comió nada y, además, se ha pasado toda la noche y todo el día de hoy afuera.

Repaso el correo con cierta renuencia, pero hoy no me espera ningún sobre gris. Agarro unas braguitas de bikini viejas y me doy un rápido chapuzón. El mar está caliente después de un verano tórrido y es un placer nadar, aunque hoy la zambullida será breve. En su lugar, ocupo la noche escuchando a David Bowie, bebiendo vino agrio de brik, hojeando artículos de investigación y escribiendo planes de tratamiento. Son casi las doce y media de la noche cuando dejo los artículos a un lado, me vuelvo en la cama y, casi de inmediato, me quedo dormida.

Lo primero que registro al despertarme es que algo no va bien. Incluso antes de abrir los ojos, sé que ha pasado algo. Incluso el aire que respiro es distinto. Me oprime la cara y el cuerpo, y me resulta asfixiante y demasiado palpable y pesado para ser aire.

Abro los ojos. Vuelvo a cerrarlos. Veo.

No hay ninguna diferencia entre lo que veo con los ojos abiertos o cerrados: oscuridad compacta. Un infierno negro, absorbente y suave como el terciopelo. Mi corazón se dispara al asomarme por el borde de la cama para coger la linterna de mano con mis dedos rígidos. Es una linterna de verdad: enorme y de goma negra. Impermeable, sin duda capaz de soportar una sesión de *rafting*, una excursión por las montañas más escarpadas y una pelea tabernera. Siempre la guardo junto a la cama.

Pero ahora no.

Lo único que siento al buscar a tientas por el suelo son las motas de polvo sobre los tablones de pino. La habitación está completamente a oscuras, algo inusual a estas alturas del año, siempre se cuela un poco de luz desde el exterior. Oigo la lluvia que tamborilea sobre el tejado de amianto y, a lo lejos, un rumor amenazador. Supongo que ahora, por fin, la noche de verano sofocante tendrá sus consecuencias inevitables en forma de una verdadera tormenta de verano. Nada inusual para el lugar donde yo vivo.

Hay algo con los truenos al lado del mar, no creo que truene más, pero, en cierto modo, es como si el sonido se ampliase. No hay ningún bosque ni edificios alrededor que lo amortigüen. En su lugar, el rumor de los truenos se propaga sordamente de un lado a otro sobre la superficie del agua como una bola pesada sobre un banco de piedra.

Intento encender la lámpara de la mesilla de noche. No pasa nada. ¿A lo mejor han saltado los plomos? Tras un largo titubeo me obligo a levantarme de la cama y poso los pies con cuidado en el desgastado suelo de madera.

No puedo evitar sonreír un poco para mis adentros. Esto es absurdo, la situación es patética. Saltan los plomos y yo me convierto en una persona... incapaz,

imprevisible, enajenada. Busco desesperadamente algo en mi memoria con lo que ocupar mis pensamientos, una cuerda de salvación a la que agarrarme mientras me levanto despacio de la cama. Pero todo lo que llena mi conciencia es la música que estuve escuchando antes de quedar me dormida.

Ground control to Major Tom.^[2]

Me estremezco sin querer. Se oye el gañido de un animal a lo lejos y un viento frío recorre mis piernas. ¿He dejado algo abierto?

Take your protein pills and put your helmet on.^[3]

La casa está en silencio. Demasiado en silencio. Avanzo de puntillas por los fríos tablones de madera y salgo de la habitación. Lo único que oigo es la lluvia y las olas que golpean regularmente contra las rocas delante de la casa. Suena como la respiración pesada de un animal enorme.

Entonces ocurre.

En ese preciso instante.

Un dolor agudo recorre mi espinilla, se propaga a través del muslo hasta llegar a la ingle. Me doblo. Un chasquido más, y algo aterriza sobre el dedo gordo del pie con un golpe sordo ¿Qué es lo que está pasando? Hay una silla en medio del suelo. ¿Cómo es posible? No recuerdo haberla dejado allí. Las sillas siempre están en torno a la mesa de la cocina. Y ahora, el dedo gordo del pie, ¿qué diablos es esto? Me inclino hacia delante y examino el objeto que alcanzó mi pie.

Es la linterna.

Ground control to Major Tom.

Enciendo la linterna al tiempo que me masajeo la espinilla, pero no pasa nada. ¿Se habrá roto? Una vez más, noto cómo el frío aire de la noche fluye hacia mí. Aquí está pasando algo terrible. Y todo el rato, esa música en mi cabeza que se niega a parar.

Commencing countdown.^[4]

¿Por qué está la silla en medio del suelo? ¿Por qué estaba la linterna encima de la silla y no al lado de mi cama? Me recuerdo a mí misma que tengo que dejar de beber. Es obvio que he cambiado la silla de lugar y, por alguna extraña razón, he dejado la linterna encima. Pero no recuerdo cuándo y por qué. Pero estas cosas pasan de vez en cuando. Una noche me quedé dormida sobre las rocas y me desperté helada, comida por los mosquitos y con la espalda horriblemente tiesa en mitad de la noche. En medio de la oscuridad.

A lo mejor hubiera sido una anécdota divertida, o tal vez simplemente embarazosa, si no fuera porque tengo miedo a la oscuridad. En otra ocasión, dejé la puerta del congelador abierta de par en par después de un ataque y una batida de helado nocturna. Toda la comida se estropeó. Esta tampoco fue una anécdota demasiado divertida, sólo cara. «No más vino esta semana», me digo, por tanto, a mí misma. Me suelto la espinilla y me levanto tambaleante.

Unas ligeras náuseas me obligan a permanecer quieta un momento, no sé si se

debe al vino o al miedo, pero noto cómo el corazón late fatigosamente en mi pecho, incansable y a sacudidas como un conejito de Duracell. Con mucha cautela empiezo a moverme en dirección al vestíbulo, poniendo a tientas un pie delante del otro: no quiero arriesgarme a chocar con algo una vez más. ¿Dónde estaba el armario de los fusibles? La distancia y las proporciones se distorsionan en la oscuridad y a pesar de que he estado un sinfín de veces en el estrecho espacio que hace las veces de vestíbulo, no logro encontrar el pequeño y conocido armario de metal.

El sudor corre por mi frente, se mete en mis ojos y hace que me escuezan. Noto que las lágrimas empiezan a manar de mis ojos. Avanzo a tientas a lo largo de los altos paneles de madera que cubren las paredes. ¿Por qué demonios sigo viviendo en esta casa oscura? ¿Por qué no me mudé a la ciudad? Como una persona normal. Me empeñé en quedarme aquí. Sola en el infierno del archipiélago rocoso. Debería haber hecho lo que me dijeron.

Como me dijo Aina.

Check ignition and may God's love be with you.^[5]

Puedo oír mi propia respiración jadeante. Maldita casa. Maldita casa oscura de mierda. ¿Cómo lo encontraré? De pronto noto la fría superficie metálica del armario de los fusibles, sólida y familiar, contra mis dedos sudorosos. Como un recordatorio para que me dé cuenta de que lo único que no está en su sitio son mis reacciones exageradas. Respiro hondo y me concentro en los fusibles. Son de los antiguos: grises, con un pequeño ojo que desaparece cuando el fusible se funde. Pero como todo está a oscuras, es imposible determinar si alguno de ellos se ha fundido.

De repente, un rayo ilumina mi casa con un destello fantasmal blanco azulado. Por un momento, veo el armario de los fusibles con la misma nitidez que de día: el pesado marco de metal, los fusibles redondos de porcelana y el interruptor central de baquelita. Está puesto en *off*.

Ten, nine, eight, seven, six, five...

Un pensamiento empieza a tomar forma en mi cabeza, una evidencia que crece gradualmente, como cuando un submarinista asciende lentamente hacia la superficie de un agua turbia y, poco a poco, avista la luz. «¿Ha estado alguien aquí?». Pero antes de que me dé realmente tiempo a considerar esta posibilidad, oigo un chirrido. El viento atrapa la puerta del vestíbulo, la abre de par en par de un golpe, y mi casa se llena del aire nocturno, frío y húmedo, al tiempo que el ruido de los truenos resuena sobre el mar.

La tempestad está cerca.

Con los dedos trémulos obligo la pequeña palanca negra a subir. La casa se llena de luz al instante. Desde la cocina se oyen un suspiro y un gorjeo al ponerse en marcha la nevera. Me desplomo sobre el suelo de madera, entre viejas zapatillas de deporte y botas de agua. Me seco la frente cubierta de sudor con el dorso de la mano. El suelo está frío y húmedo, y pasa un segundo hasta que me doy cuenta de que no es mi propio sudor lo que noto contra los tablones deslucidos del suelo. Entonces lo veo:

justo detrás del umbral de la puerta resplandece un charco húmedo; un testimonio de la presencia de otra persona.

... *four, three, two, one, LIFTOFF.* ^[6]

Es una pisada.

Fecha: 28 de agosto

Hora: 15.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Sara Matteus

—Tengo que preguntarte algo que a lo mejor no tiene cabida aquí —dice Sara, y me mira titubeante.

Ya han pasado cincuenta minutos desde que iniciamos la sesión y me preparo para darla por terminada. Sara lleva un vestido minúsculo que hace que su cuerpo, ya de por sí descarnado, lo parezca aún más. Está sentada, inclinada hacia delante, y combinado con su cuerpo huesudo me hace pensar en un perro triste y hambriento. En la mano izquierda sostiene unas gafas de sol que, pensativa, golpea lentamente contra su muslo huesudo.

—Por supuesto —digo, tal vez en un tono un poco ausente.

No me resulta fácil mostrarme atenta e interesada tras los sucesos de la noche. Cuando conseguí volver a poner en marcha la electricidad, me quedé sumida en un letargo insomne, dando vueltas en la cama hasta el amanecer. Ni siquiera un par de copas de vino me sirvieron como revulsivo contra el miedo. Cuando sonó el despertador, me obligué a salir de la cama y me tomé un Treo comp. De desayuno.

—Se trata del tío este... o, mejor dicho, el hombre ese. ¡Al menos...! —Sara titubea, pero entonces reúne todas sus fuerzas y prosigue—. Parece que le gusto, hablamos de todo, nos divertimos, pero..., no quiere acostarse conmigo.

Sara tamborilea las gafas de sol contra la cajita de pañuelos de papel que hay sobre mi mesita de sofá como para subrayar la trascendencia de sus palabras. Parece acongojada y me puedo imaginar que es la primera vez que Sara se enfrenta precisamente a este problema. Ella es lo que llamamos en la jerga psicológica una persona con una sexualidad extrovertida. Frívola sería tal vez el calificativo que utilizaría para describirla, pero no se trata, al fin y al cabo, de satisfacción sexual para Sara. Al contrario, es la lucha interior de la niña pequeña e insegura por reafirmarse y ser valorada.

—¿Y siempre ha sido así? —pregunto en un tono de voz amable pero neutral.

—Al principio creí que él quería esperar, hasta que nos conociéramos mejor, o algo así. Quiero decir... casi me... sentí halagada. Como si fuera un vino de reserva, o algo así, que había que dejar madurar.

Sara suelta una risa corta y me mira con una expresión de sorpresa consciente en la cara.

—Luego empezó a extrañarme y pensé que tal vez él era impotente. Al fin y al cabo, no sería tan extraño a su edad —dice Sara, como si lo supiera todo acerca de los problemas sexuales de los hombres de mediana edad—. Sin embargo, creo que tiene ganas, pero que hay algo que le reprime. Quiero decir, noto que tiene ganas, pero que se inhibe cuando llega la hora de la verdad. Casi podría decirse que se... enfada.

¿Cómo puede eso enfadarle? —me pregunta con voz queda y escudriñándose.

—No lo sé —contesto titubeante—. Existen tantas razones diferentes, además, yo no conozco a tu novio. Puede ser desde el miedo a no dar la talla, quiero decir, tú eres joven y atractiva, etcétera, hasta afecciones físicas o bloqueos emocionales. ¿Tú qué crees? Al fin y al cabo, tú eres quien mejor lo conoce.

—Yo no creo nada —contesta Sara, y se encoge de hombros, pero por la expresión de su cara, bueno, de hecho, por toda su postura corporal, me doy cuenta de que hay algo que le inquieta.

Sara vuelve a encogerse de hombros y me mira fijamente.

—Vale, así son las cosas... es como si soportara un montón de... ira. Está tan condenadamente cabreado... por dentro, y por alguna extraña razón sale a la superficie cuando nos encontramos en una situación íntima, me refiero a físicamente íntima.

La voz de Sara se apaga y veo que se siente abatida. De pronto me parece terriblemente frágil. Como un pajarito se encoge en el sillón de piel de cordero y rodea las rodillas con sus brazos.

Así se queda un buen rato, sin decir nada, y yo la dejo en paz.

—Sara —empiezo a decir titubeante—. ¿Te has preguntado por qué es tan importante para ti que mantengáis relaciones sexuales?

—¡Por Dios!

Sara levanta la cabeza y me mira como si fuera una idiota.

—¡Por Dios! —vuelve a decir—. Hemos estado juntos casi cada día durante un mes o más. Se queda a dormir en mi casa y dice que quiere vivir conmigo. ¡Hoooolaaa! ¿A ti no te parece también que es un poco raro que no se quiera acostar conmigo?

No contesto, pero sé que tiene razón.

En la ciudad nadie se mira cuando se encuentra por la calle. Todos miran al suelo. Así son las cosas y no hay más. ¿Tal vez fuera esa la razón por la que nunca se fijó en mí? Sin embargo, pese a todo, fue endemoniadamente extraño. Durante los primeros meses de verano llegué a acercarme tanto a ella en la cola del centro comercial de Söderhallarna que hubiera podido rodear su fino y pequeño cuello de pajarito con mis manos y haber apretado. Todo se habría terminado en cuestión de segundos.

Una vez le toqué el brazo huesudo en la cola del cajero automático. Estaba cubierto de vello y caliente por el sol. Retiré la mano rápidamente, como si me hubiera quemado, y temblé de asco. Pero ella no me vio, simplemente se rascó el brazo distraída con sus uñas cortas y sin pintar.

Empecé a sentirme invisible, como todos los malditos desgraciados que consideran la plaza Medborgar como su hogar.

Aquellos a los que nadie ve nunca.

Los borrachos, los enfermos mentales, los jóvenes con músculos turgentes y grandes tatuajes, ellos sí son invisibles. Al igual que las putas, con sus miradas atormentadas y desafiantes, sus piernas delgadas como punzones, sus venas destrozadas y su sexo hambriento. Vi sus miradas, oí sus voces en mi interior: «¿Quieres FOLLAR? Puedo ayudarte. Veo tu dolor. Te veo a TI».

En cuanto los invisibles aparecían en el metro o en las calles, las personas normales miraban discretamente hacia otro lado. El pueblo invisible vivía en los parques de Estocolmo, en los laberintos subterráneos, donde el metro atravesaba la noche volando, y en el albergue de la ciudad. Era el que se subía al autobús nocturno, moviéndose de parada en parada, en un loop eterno, pero que nunca llegaba a ningún lugar. Eran los que mendigaban una comida entre los clientes de McDonald's.

Y para ella, yo era igual de invisible. Yo era como cualquier otro maldito borracho. ¡Yo, entre todos los hombres!

Un día, justo antes del solsticio de verano, me había colocado en una pose displicente y con las piernas abiertas enfrente de ella, en Götgatan. Le barraba el paso.

Pero ella simplemente miró al suelo y me rodeó decidida, dibujando un

semicírculo, sin siquiera alzar la mirada.

Fue entonces cuando lo decidí. Había tenido su oportunidad, su oportunidad para remendarse, y la había perdido.

Por eso tengo que castigarla.

Es tarde y me siento cansada y abatida. Sé que me he mostrado menos implicada durante la sesión con Sara de lo que es admisible. Al menos, según mis propias normas, aunque la alternativa hubiera sido cancelar la sesión del día y creo que hubiera sido peor para Sara.

Su chico me preocupa: ¿quién es, en realidad, y qué pretende? Sé que la vida amorosa de Sara no debería ser el centro de nuestra terapia, pero no consigo, a pesar de ello, dejar de preocuparme. Al mismo tiempo, empiezo a perder la confianza en mi intuición: ¿qué sabré yo, en realidad? Estoy tan conmovida y aterrorizada que veo peligro por todos lados.

Amenazas.

Suspiro con pesadumbre e intento pensar en otra cosa. Para que el terror no me sobrepase.

Abro la ventana de mi despacho. Se oyen voces que provienen de la plaza. Juego con la idea de contárselo todo a Aina. A lo mejor debería acompañarla a la inauguración a la que acudirá más tarde; dormir en su casa, en el pequeño piso de una sola habitación que tiene en Blekingegatan. Mañana las dos tenemos el día libre.

Me atrae la idea de despertar en su estrecho y diminuto piso. Con una ligera resaca. Despertar a Aina y luego bajar al 7-Eleven para comprar el desayuno. Una rutina que no es nada nueva. Me pongo en pie, cruzo el pequeño pasillo y me meto en el despacho de Aina.

Aina está sentada en el suelo en posición de loto, hablando por teléfono. Está resplandeciente y se ríe escandalosamente, y me doy cuenta de que es un hombre el que está al otro lado del teléfono. Lo que ya no queda tan claro es quién. Aina levanta la mirada y me ve. Estoy a punto de recular para volver a salir del despacho cuando ella me da a entender con un gesto que me quede. Concluye la conversación con un par de comentarios jocosos y me mira.

—¡Siri! ¡Cuéntame!

Estoy confundida. No sé qué es lo que quiere que le cuente.

—¿Que te cuente qué?

Aina se limita a sonreír.

—Tienes pinta de... ¿cómo te diría?... de querer contarme algo —dice, y tal vez tenga razón. Me gustaría hablarle de los sucesos de la noche, pero no puedo. No me quedan fuerzas.

—Quería hablarte de la exposición —digo, en cambio.

—¡Tú vienes!

La sonrisa de Aina casi brilla más que la que lucía durante la conversación telefónica que mantenía antes con el hombre desconocido.

—¡Uf, será genial! ¿Sabes el tiempo que hace desde la última vez que salimos juntas? Te quedarás a dormir en mi casa, ¿verdad? Así podremos desayunar en Helgalunde, si brilla el sol.

El entusiasmo de Aina no tiene límites, y no puedo evitar que me contagie.

Fabulosa Aina, con su enorme capacidad para hacer que los demás se sientan especiales y elegidos.

—Por cierto, era Robert el que llamó.

—¿Robert?

—Ja, ja, ¡esa sí que es buena! —dice Aina, y se ríe entre dientes—. Ya sabes, Robert, el de la fiesta del cangrejo. El que toca la guitarra.

—Ah, sí... ¿Y seguís juntos?

Aina se retuerce como si mi pregunta tuviera dientes.

—No, en realidad, no. Pero quiere tu número de teléfono.

Aina sonríe con toda la cara.

—¿Mi número de teléfono? ¿Para qué?

A Aina, mi confusión le provoca una risita y ladea la cabeza antes de decir:

—¿Para qué iba a querer tu número? Tendrás que preguntárselo cuando te llame.

Entonces se da cuenta de la expresión de mi cara. Frunce sus cejas marcadas. Constata con cierta inquietud en la voz:

—Pero pareces cansada, ¿duermes bien por la noche, guapa? De hecho, deberías considerar hablar con alguien. O tomar algún tipo de medicina. Lo que tú creas que es mejor para ti.

—Aina —le interrumpo—. No he venido aquí para hablarte de mi estado de salud mental. Sólo he venido para darte las gracias por la invitación a la fiesta a la que llevas las últimas dos semanas intentando convencerme para que vaya. Ya sabes... la fiesta.

—Perdóname.

Una risa de disculpa.

—¡La fiesta, sí claro! ¡Divertida! ¿Ya has terminado por hoy? —Me escudriña con la mirada—. Porque si es así, bajamos a la calle y compramos una botella de vino ahora mismo.

Bajamos por Götgatan. Hay mucha gente en la ciudad, muchos tienen prisa y arrastran cajas y paquetes. Después de una corta visita a Systembolaget y a Hennes & Mauritz en el centro comercial de Ringen, cenamos rápidamente, una cena que consiste en *takeaway* tailandés acompañado de vino tinto, en casa de Aina. La combinación es poco ortodoxa, pero funciona a las mil maravillas.

Luego nos cambiamos de ropa. Me pongo el vestido y luego me maquillo un poco. Cera en el pelo. Por primera vez en mucho tiempo, tengo la sensación de estar guapa. Aina está radiante, guapísima con sus tejanos y un blusón de seda de color azul. Su larga cabellera se ha desteñido con el sol y cuelga como una manta brillante de seda sobre sus hombros.

Siri y Aina. Aina es alta y rubia. Bien proporcionada y con curvas. Alegre. Siempre a punto de prorrumpir en risas. Yo, bajita y morena. Delgada. Una chica-chico. Seria. Pero si rascas un poco en la superficie, la realidad, claro está, no es tan estereotipada. Aina es una terapeuta magnífica y muy seria. Detrás de la sonrisa

radiante y la cabellera rubia se oculta una mente prodigiosa. A menudo la juzgan mal, pero el que pretende eclipsarla en discusiones académicas, desde luego, no vuelve a intentarlo.

La fiesta tiene lugar en una galería del barrio de Östermalm. Por fin, una de las amigas artistas de Aina ha conseguido exponer. Por los rincones se habla de revelación y Malena, la artista en cuestión, se pasea con las mejillas encendidas y los ojos muy abiertos. Da la sensación de que a ella la situación le parece irreal. Muy pronto, Aina y yo nos separamos. Aina descubre a unos conocidos y yo opto por acercarme a la pequeña barra donde sirven vino blanco en vasos de plástico y aperitivos japoneses en otros recipientes de plástico. Tal vez no sea demasiado glamuroso, pero es efectivo si quieres emborracharte. Y eso es lo que yo quiero.

Echo una mirada a los invitados. Es la típica reunión donde se mezclan los conocidos con los que Aina se mueve. Artistas, músicos y personas del mundo de la cultura sin definir. No acabo de sentirme integrada entre estas personas. Todo es un poco pretencioso: todos son guapos, seguros de sí mismos y como hay que ser. Sin embargo, me estimula el solo hecho de estar entre la gente. Siento que mi casa solitaria está muy lejos y, de momento, el miedo y el terror descansan.

La mañana se convierte precisamente en lo que habíamos planeado. Estamos echadas sobre una manta en el parque de Helgalunden, con resaca. Bebiendo Cola *light* y mirando a la gente que pasa por allí: propietarios de perros que pasean por el parque, gente que toma el sol echada sobre la hierba y una pareja de enamorados que se besa sin pudor en la manta de al lado. Me siento más tranquila que desde hace mucho tiempo. La idea de volver a casa ya no me resulta tan terrorífica. Nos quedamos en el parque, echadas en la hierba, charlando unas horas más, hasta que finalmente recojo mis cosas y paseo hacia la esclusa y los autobuses de Värmdö.

Fecha: 30 de agosto

Hora: 14.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Peter Carlsson

Segunda sesión introductoria

Ha llegado la hora de volver a ver a Peter Carlsson. Esta vez es la segunda charla introductoria, en la que sé más y, por lo tanto, tengo mayores posibilidades de conseguir que se abra y hablemos de lo que es importante ahora mismo, y que hace que ahora esté sentado en mi sillón Lamino con el semblante desesperadamente atormentado. A lo largo de la semana pasada he dudado seriamente de que volviera a ver a Peter en mi consulta. Hay veces en que a los pacientes les resulta demasiado duro volver, tal vez porque se avergüenzan y piensan que me han contado demasiado. Tal vez porque no se llevan bien con el terapeuta. Sin embargo, aquí está Peter. Fiel a sus obligaciones, espera a que yo empiece. Me doy cuenta de que está incómodo. Tiene manchas rojas en la cara, y evita mi mirada. Le sudaban las palmas de las manos cuando nos saludamos en la sala de espera y es obvio que se sintió avergonzado al darse cuenta de que, así, yo había descubierto que no tenía el control completo sobre sus funciones corporales. Intercambiamos un par de frases de cortesía y luego echamos un vistazo al formulario que ha rellenado desde nuestra última sesión. Luego le pido que me cuente por qué ha pedido ayuda justamente ahora. Qué es lo que ha ocurrido para que finalmente, después de veinte años, haya querido buscar ayuda para los síntomas que tiene.

—Bueno, verás..., tengo una novia. Significa mucho para mí. Supongo que es la primera vez que estoy enamorado. Me refiero a realmente enamorado.

Asiento con la cabeza, animándolo para que continúe.

—Nos conocimos hace unos meses, y al principio todo fue bien, aunque yo seguía sintiendo cierto desasosiego. Quiero decir, que he tenido otras relaciones anteriormente, pero siempre las he cortado después de poco tiempo. Pero con esta chica no quiero... quiero decir, que sí quiero. Quiero tener algo con ella.

—Es decir, que has tenido otras relaciones anteriormente, pero que las has cortado, y ahora has conocido a una mujer que es importante para ti, y quieres que funcione, ¿lo he entendido bien?

Peter Carlsson asiente con la cabeza sin decir nada y veo lágrimas en sus ojos.

—¿Podrías contarme por qué cortaste tus anteriores relaciones y por qué te preocupa que a lo mejor tengas que acabar esta?

—Me vienen pensamientos a la cabeza —murmura Peter Carlsson—, imágenes. Y me asustan.

—¿Podrías describir tus pensamientos?

—Es... muy difícil.

Es evidente que hay algo que le atormenta.

—Háblame de la última vez que pasó.

—Fue ayer por la noche... Habíamos... cenado y habíamos tomado vino. Ella, mi chica, se sintió cansada y fue a echarse. Estaba en la cama, dormida. Y entonces yo me imaginé que... que yo... quiero decir, lo increíblemente fácil que sería rodear su cuello con mis manos... Y luego apretar con todas mis fuerzas. Vi lo pequeña y vulnerable que es, y lo increíblemente fácil que sería... hacerle daño.

—¿Y cómo te sentiste al tener estos pensamientos?

—No lo sé. Al principio, me resultaron casi... excitantes.

Peter Carlsson parece abochornado y baja la mirada hacia sus zapatos lustrosos, como si la solución a su problema estuviera allí.

—Pero luego, claro, me asusté muchísimo. Imagínate si llegara realmente a hacerle daño. Porque es que... yo la amo.

Se encoge en la silla y empieza a temblar por todo el cuerpo. Las lágrimas ruedan por sus mejillas y yo hago el gesto habitual hacia la cajita de los pañuelos de papel.

—¿Y me imagino que también te habrá ocurrido en tus anteriores relaciones?

Peter Carlsson asiente con la cabeza.

—Cuéntame un poco más —le invito.

—Casi siempre son pensamientos relacionados con hacerles daño. Como con el coche, cuando tenía miedo de atropellar a alguien. Pero más... —Peter Carlsson vacila—. Más..., como si realmente fuera a perder el control. Ya sabes, como si... me fuera a volver loco. Imagínate que me vuelvo loco y hago algo que no soy capaz de controlar. Lo del accidente de tráfico, al fin y al cabo, no era porque yo quisiera atropellar a alguien deliberadamente, más bien era un miedo a hacerles daño sin querer. Esto tiene más que ver con que pierdo el control, que cometo alguna locura, tal como vemos en la tele, ya sabes, como el tío ese que hizo trizas a su compañera con un hacha.

Peter hace referencia a un caso del que últimamente se habla mucho en todos lados.

—Así ha sido... desde que empecé a mantener relaciones amorosas. Sólo que ahora ha empeorado.

—¿De qué manera ha empeorado?

—No sé, los pensamientos se han vuelto más insistentes. Se han convertido en imágenes. En cierto modo, en pequeñas películas que corren en mi cabeza. Cuando vamos a... cuando vamos a... cuando intentamos tener sexo, entonces me viene una de estas películas a la cabeza.

Peter vacila y comprendo que realmente no le apetece contarme lo que tenga que contarme, sea lo que sea.

—A lo mejor empezamos a besarnos, o a... ya sabes. Y yo me excito. Pero entonces llegan esas malditas imágenes, y yo, yo hago todo lo que puedo por hacer que desaparezcan. Empiezo a canturrear letras de canciones, o a recitar las tablas de multiplicar, o... pero las imágenes vuelven, haga lo que haga. Imágenes de nosotros

haciendo el amor. Y ella está allí, echada en la cama, desnuda, entregada. Y confiada. Confía en mí. Primero hacemos el amor como solemos hacerlo, y ella lo disfruta. Ella disfruta, y yo disfruto. Pero entonces... entonces... ehh... entonces pasa algo con las imágenes. Veo cómo levanto las manos y las coloco alrededor de su cuello. Y ella me mira, y abre la boca, como para decir que no, pero no sale nada de su boca. ¡Ningún sonido! Y entonces aprieto con todas mis fuerzas. Ella tiembla y se retuerce y enarca la espalda, pero no puede hacer nada. Enarca la espalda. Formando una curva... Sus ojos son grandes y negros, y veo su sorpresa y su terror. Le saco la vida, se la exprimo, y mientras tanto, sigo dentro de ella, y es cuando ella deja de respirar, que yo me corro.

Peter Carlsson parece completamente abatido. Sigue llorando.

—¿Cómo te hacen sentir estas imágenes?

Él no contesta, sino que se pasa las manos por los pantalones del traje una y otra vez, en un movimiento casi espasmódico.

Estoy esperando su respuesta.

—Tengo tanto miedo. Imagínate si realmente perdiera el control y le hiciera daño. Porque la quiero. Los pensamientos me hacen sentirme repugnante, como un maldito asesino sexual. Y es que no quiero hacerle daño.

—¿Disfrutas con las fantasías?

Soy consciente de que mis pacientes, a veces, consideran que mis preguntas son provocadoras, pero es importante para mí hacerlas, para entender lo que se oculta detrás de los pensamientos de Peter Carlsson. ¿Es un sádico sexual o se trata de pensamientos obsesivos?

—¿Si disfruto? —Peter parece indignado—. No, no lo disfruto, desde luego. Me gustaría librarme de ellas. Me gustaría que no existieran. Es precisamente por eso que necesito ayuda. Para que desaparezcan. ¿O es que no lo entiendes?

—Y tú, personalmente, ¿haces algo para que desaparezcan?

—He dejado de mirar las noticias y de leer sobre chiflados y gente que pierde el control y mata a otras personas.

Peter se detiene. El silencio se apodera de la estancia.

—¿Algo más?

—He dejado de practicar el sexo. Los pensamientos no vuelven de la misma manera, si no me acuesto con mi novia. Pero... ¿qué mujer va a querer a un hombre que no quiere practicar el sexo?

He escuchado el relato de Peter y he sopesado sus palabras. Las imágenes que me ha transmitido realmente me hacen sentir mal, pero aunque no estoy del todo segura, estoy convencida de que lo que describe son pensamientos obsesivos y nada más. Imágenes y pensamientos insistentes e indeseados que dan lugar a un fuerte miedo. Un miedo a perder el control y a llevar a cabo los pensamientos, lo que a menudo lleva a evitar lo que los origina.

A menudo, también dan lugar a rituales de diversa índole, precisamente como en

el caso de Peter, para así poder mantener los pensamientos a raya. Al contrario, las tentativas de evasión y los rituales sólo hacen que la problemática persista, incluso llegan a empeorar la situación. Mi trabajo consiste en ayudar al paciente a dejar atrás los rituales y las evasivas y, en cambio, obligarle a exponerse a los pensamientos tormentosos que originan el terror. El principio terapéutico consiste en que el malestar y el miedo disminuyan cuando se deja de intentar evitar distintos pensamientos y situaciones. Suena sencillo, pero resulta muy difícil para el paciente y requiere mucho valor, además de confianza en el terapeuta. En este caso, percibo ciertas reticencias y me doy cuenta de que voy a necesitar la ayuda de un colega más experimentado.

Sin embargo, consigo que Peter se tranquilice, explicándole lo que son los pensamientos obsesivos y que muy probablemente su problema se podrá arreglar. Acordamos una nueva cita, y cuando nos despedimos, me parece vislumbrar un cierto destello de esperanza en su mirada.

A lo mejor tiene remedio.

Tras la visita de Peter, me voy a la cocina minúscula de la consulta. Estoy muy conmovida por la conversación que hemos tenido. Para mí, sus problemas son, hasta cierto punto, un territorio aún por descubrir y no sé realmente cómo manejarlos, ni cómo afrontarlos. Por supuesto, yo ya había tratado pacientes con pensamientos obsesivos anteriormente, incluso con pensamientos obsesivos de índole sexual.

Pero ¿esto?

¿A lo mejor, el hecho de que yo sea mujer complique la terapia? Tal vez debería remitírselo a Sven pero, por otro lado, necesito mis pacientes, porque son ellos los que pagan mi sueldo.

Ziggy ha desaparecido. Ya no puedo seguir negando lo que es una evidencia. Hace más de una semana que no veo su cuerpo rechoncho de pelaje gris. Si bien es verdad que tiene la costumbre de desaparecer de vez en cuando a la aventura por los bosques de abetos que bordean el mar, nunca había estado fuera tanto tiempo seguido. He buscado en el jardín, en el embarcadero y en el bosque que hay entre mi casa y la carretera. He revisado las copas de los árboles por si se había subido a uno y no podía volver a bajar solo. He dejado boles con su comida preferida en el césped y he esperado. Porque he estado convencida de que volvería muy pronto, haría un ovillo de su cuerpo cálido a mi lado, en la cama, y retomaría, impasible e indiferente a mi preocupación, su habitual vida despreocupada de gato.

También esta noche salgo al pequeño césped, que se extiende por mi jardín como una manta de pelo largo y desteñido por el sol, y echo la mirada hacia donde empiezan a ocupar el paisaje las rocas de granito, suavemente redondeadas. A lo largo del frontispicio del cobertizo crecen las ortigas descontroladamente. Cada primavera tengo el propósito de desenterrarlas y quemarlas pero, claro, eso no ocurre nunca. De vez en cuando llego casi a deleitarme, sabiendo que soy incapaz de cambiar nada, y ese sentimiento casi llega a transformarse en una extraña forma de seguridad en un mundo en el que nada es duradero ni fiable. Así, asumo mi propia pasividad y pienso, toda lastimera, que nadie puede volver a levantarse después de un puñetazo como el que me ha dado la vida y seguir adelante como si no hubiera ocurrido nada. Sería más o menos como salir de los restos de un coche accidentado en llamas, sacudirse las cenizas con una sonrisa en la cara y preguntar qué hora es o dónde está el bar más cercano.

Lo veo a menudo en mi trabajo. La gente desarrolla excentricidades y, a veces, incluso comportamientos directamente dañinos para así escudarse de la vida misma. Suelo obligarles a enfrentarse a aquello que les asusta. Los someto a ello. A vivir en el presente, tal como es. Aunque duela. Sé exactamente cómo se hace. Se trata de métodos más que comprobados.

Sin embargo, no tengo fuerzas para aplicármelos a mí misma. Los últimos rayos de sol tiñen las rocas de un amarillo ardiente y me estremezco estando como estoy, todavía con las braguitas del bikini mojadas después del chapuzón, mirando por la puerta de cristal, con la mano apoyada ligeramente en ella.

Un débil crujido interrumpe mis pensamientos. Es como si unas pequeñas ramas golpeasen contra la puerta principal de la casa. Un leve..., arañazo. Como si una decena de uñas golpearan sin fuerzas contra la madera.

Mi primera reacción es el miedo. Llega instintivamente y sin que yo haya evaluado la situación realmente. De pronto, todos mis sentidos se ponen en alerta. Veo con nitidez cada uno de los abetos dibujarse contra el cielo de color remolacha, los racimos marchitos del perifollo salvaje en el borde del césped, que parecen fuegos artificiales estilizados contra un fondo de rocas grises compactas.

Y el sonido.

Suena como si un niño escribiera con lápiz sobre mi puerta. Un raspado inquisitivo y seco que se traslada ondeante de un lado a otro. Rítmico. Como palabras dispersas formadas por unas manitas inseguras de niño.

Salgo al vestíbulo lentamente sin tener realmente un plan, simplemente intento que mis pasos sean lo más silenciosos posibles. Cuando ya estoy a medio camino del vestíbulo caigo en la cuenta: *Ziggy*. Es *Ziggy*, claro, que ya ha vuelto. A lo mejor está herido y sin fuerzas, incapaz de captar mi atención.

Recorro los últimos dos metros de dos zancadas, me lanzo contra la puerta de roble macizo y la abro de par en par, hacia el bosque que hay detrás de la casa. El sol ha desaparecido y sólo queda un débil fulgor de color gris azulado entre los troncos nudosos de abeto. Los helechos, los arbustos de arándanos y el musgo se extienden ante mí, pero no veo el cuerpecito rechoncho de *Ziggy* por ningún lado. Salgo un poco vacilante a la escalera de madera.

—¡*Ziggy*!

Mi voz resuena quebradiza y apagada en medio de la noche de verano.

Pero todo está en silencio, salvo por el lejano ruido de una lancha a motor. Y luego algo más, el sonido de algo quebradizo que se rompe. Como ramas que se quiebran. Pequeñas y finas ramas. Me imagino a *Ziggy* navegando confuso entre los helechos y las grandes piedras cubiertas de musgo. Herido y desorientado.

—¡*Ziggy* ven, amiguito!

Pero no se me acerca ningún gato.

Vuelvo a la casa y agarro la linterna grande del dormitorio, la sostengo firme en la mano derecha cuando vuelvo a salir con mucha cautela por la puerta.

—¡*Ziiiiggy*!

El aire vespertino es húmedo y está colmado del fuerte olor a plantas y troncos en descomposición. Enciendo la linterna de mano y dirijo el haz de luz hacia el bosque. Los troncos de los abetos arrojan sombras irregulares que parecen grotescas figuras talladas, que caen una y otra vez, cuando hago un barrido de derecha a izquierda con el haz de luz. Un murciélago atraviesa la luz en movimientos entrecortados.

—¡*Ziggy*! ¡Ven, cariño! ¡Ven a comer!

Me introduzco lentamente entre los troncos de la linde del bosque. Todavía estoy descalza y sólo llevo puesta la ropa de baño. La pinaza pincha las plantas de mis pies, pero no me molesta. Sólo quiero encontrar a *Ziggy*.

Entonces llego a la cuerda de tender la ropa. Las sábanas que tendí esta mañana reflejan la luz de la fuerte linterna y guiño los ojos involuntariamente.

—¡*Ziggy*!

Pero *Ziggy* no viene.

Me parece vislumbrar un movimiento con el rabillo del ojo. La sábana que cuelga más a la derecha se agita ligeramente y oigo un chasquido sordo. Es otra rama que se quiebra, aunque esta vez es una rama más gruesa. Demasiado grande para que el cuerpo pequeño y ágil de *Ziggy* la haya quebrado. Es la clase de rama que sólo se

quiebra bajo un peso importante. Sólo un animal grande o una persona puede romper una rama así. Sé que es cierto. Todo mi cuerpo sabe que es cierto.

Mi estómago se revuelve y yo agarro la linterna con más fuerza. De pronto soy consciente de la pinta que debo de tener, con mi ropa de baño y la linterna enorme extendida en la mano derecha como si fuera un crucifijo; como si creyera que esta podrá expulsar lo que se esconde en la oscuridad.

Me quedo quieta, sin mover un músculo, durante un segundo, justo antes de salir corriendo a toda prisa de vuelta a mi casa y cerrar la puerta de golpe a mis espaldas. Entonces me desplomo en el vestíbulo y con los dedos temblorosos empiezo a quitarme la pinza de las plantas de los pies.

Tal vez lo que ocurrirá más tarde, esta misma noche, se vea afectado por mi búsqueda infructuosa de *Ziggy*, y por la sensación insistente de que alguien ha estado delante de mi casa: alguien que me ha visto medio desnuda y temblorosa mientras buscaba a mi gato entre los troncos de los árboles con una linterna como única arma.

Me siento abatida, aterrorizada y sola, y decido que me consolaré con la única botella de vino rosado que tengo en la nevera. Acabo tomándome más copas de las que tenía pensado, y cuando termino la botella, me regalo con un poco de vino tinto. Echada en mi incómodo sofá de lana con una manta de cuadros escoceses encima, me adormezco y caigo poco a poco en un letargo agitado y sin sueños, mientras de mi equipo de música suena una música demasiado alta. Por eso, al principio no oigo el teléfono. Llega a sonar muchas veces hasta que finalmente respondo. El teléfono móvil crepita y zumba y me cuesta oír lo que me dice la suave y andrógina voz al otro lado del aparato.

—Busco a Siri Bergman.

—Soy yo.

—Hola. Llamo de la sala de urgencias del hospital de Söder... Nos ha entrado una de sus amigas esta noche. Aina Davidson...

No consigo responder nada coherente. ¿Aina está en el hospital?

—... y le gustaría que viniera. La ha atropellado una moto en Folkungagatan.

—¡Dios mío! ¿Cómo está?

La voz vacila un segundo cuando se lo pregunto.

—Bien, digamos que... es serio, pero no crítico —se apresura a añadir la persona al otro lado de la línea—. Tiene una fractura en el cráneo que nos preocupa un poco. De aquí un rato, y si todo va bien, tendremos que trasladarla a la unidad de cuidados intensivos... Para que podamos tenerla un poco controlada.

«¿Si todo va bien?».

—Cuidaremos bien de ella, de eso no tiene que preocuparse, pero como ya le he comentado, le gustaría que viniera. Cuanto antes, mejor.

Mi estómago se encoge en un puño por el miedo y el hambre al apoyarme contra la mesa de la cocina. Saco una bolsa de *muesli* del armario, agarro un par de puñados directamente de la bolsa y me los meto en la boca de cualquier manera. Luego me

sirvo una copa de vino y me trago el *muesli* de dos grandes tragos.

Hace tanto tiempo que no cojo el coche que no sé siquiera dónde están las llaves. Intento torpemente introducir la llave en el interruptor de encendido y sólo a duras penas consigo encender las luces. Tengo náuseas y estoy mareada, y detrás de la frente y entre los ojos crece un dolor de cabeza palpitante, que es cada vez más fuerte. Como si un animal enfurecido quisiera salir a través de mis ojos. Cuando me inclino hacia delante para coger la puerta del coche y cerrarla, me veo obligada a agarrarme al volante para no caer al suelo. Sé muy bien que no debería coger el coche, pero Aina es mi mejor amiga y tengo una cosa muy clara: no podría soportar perderla a ella también.

La noche es oscura y la carretera serpentea traicionera y estrecha a través del paisaje. Todo está en silencio. Avanzo a muy poca velocidad pero, aun así, consigo subirme a la hierba del arcén en dos ocasiones.

Hasta que no llego a la iglesia de Värmdö no me percató de la presencia del coche oscuro que tengo detrás. Me sigue en dirección a la ciudad. No le presto mucha atención.

En ese momento, al menos, no.

Cerca de Grisslinge descubro los destellos azules. Es obvio que el coche que viene detrás de mí es un coche patrulla de la policía y que quieren hablar conmigo; así que me echo a un lado, detengo el coche y bajo la ventanilla. Un hombre se acerca desde atrás, y de repente tengo a un joven y moreno agente de policía frente a mí con los destellos azules al fondo.

—Buenas noches. Nos gustaría ver su carné de conducir.

Busco el bolso a tientas y descubro que me lo he dejado. Me doy cuenta de que mis movimientos son amplios, descontrolados y torpes, y por eso coloco ambas manos sobre el volante, lo aprieto con fuerza, suspiro hondo y miro nuevamente al policía que ahora frunce el ceño.

—Ehhh, lo siento mucho, de veras, pero voy de camino al hospital para ver a una amiga que está en urgencias y... desgraciadamente, me temo que me he dejado... eh... mis cosas en casa.

Yo misma me doy cuenta de que es una mala excusa, pero la expresión de la cara del policía es insondable. Por muy sorprendido o irritado que esté, no lo deja entrever, ni da muestras de lo que piensa del asunto.

—Muy bien. Nos gustaría que soplara en el alcoholómetro. ¿Lo ha hecho antes?

—Sí... alguna vez.

Hay algo en la expresión exageradamente seria de la cara del joven agente de policía. No lo puedo evitar: de pronto la situación me resulta tan absurda que tengo que reír.

Me encuentro con la mirada del policía y espero que mi risa le haga entender lo cómica que es la situación. Me encojo de hombros y vuelvo a encontrarme con su mirada durante un segundo, pero él, molesto, mira hacia otro lado, hacia el coche de

policía. Por alguna razón inexplicable, su gesto me provoca y me hace reír con más ganas. Realmente intento ocultarlo pero antes de que me dé tiempo a tranquilizarme, me doblo en un ataque de risa incontrolable. Todo mi cuerpo se estremece en convulsiones de risa y las lágrimas caen por mis mejillas.

El policía no dice nada, simplemente me ofrece el alcoholómetro y carraspea.

Doy positivo. Una vez. Y otra vez más.

Se baja el telón.

Tendré que dejar el coche allí y acompañarle hasta el coche de policía. Espero que no se den cuenta de que voy dando tumbos, pero cuando al llegar al coche de patrulla detecto la mirada elocuente que el joven agente de policía le lanza a su colega mayor, se me encoge el diafragma.

Hay dos agentes: un hombre de mediana edad y un poco grueso, con el pelo rojizo y espacio entre los dientes; y el chico joven, que por lo visto se llama Amir. Durante el viaje intento desesperadamente explicarles la gravedad de la situación: el accidente de Aina, la llamada desde el hospital, la fractura de cráneo, la unidad de cuidados intensivos. Hay algo indescriptiblemente humillante en todo esto, como si todo lo que intentase hacer fuera borrar mi propia conducta vergonzosa, soltándoles una excusa ridícula, larga y pormenorizada, tan embarazosa para mí como para ellos.

Me explican amablemente que no pueden dejarme ir ni llevarme al hospital, pero me prometen que llamarán al hospital desde comisaría. También les doy el número de teléfono móvil de Aina. Después de unos cinco kilómetros, ya no puedo soportar el mareo y las náuseas. El dolor de cabeza culmina en algo que me recuerda a unos golpes de tambor sordos pero fuertes, justo debajo de las cejas, y noto cómo el sudor frío se abre paso entre mis pechos, formando pequeños ríos por el abdomen.

—Por favor, ¿podrían parar?

Mi voz es un débil susurro, pero los dos agentes de policía me oyen y detienen el coche a un lado de la carretera rutinariamente.

—¿Se encuentra mal? ¿Tiene ganas de vomitar?

—No, no, claro que no —digo, justo el segundo antes de vaciar mis entrañas sobre el asiento de pasajeros.

Cuando llegamos a la comisaría, el agente de policía pelirrojo me acompaña hasta una habitación que, por lo visto, está en lo más hondo del sótano. Si está enfadado o molesto porque he ensuciado su coche, desde luego no lo demuestra. Más bien da la sensación de que está pensando en algo totalmente distinto: en la cena, en el partido de innebandy^[7] del fin de semana o en el novio de su exmujer. Sospecho que debe de encontrarse con varios casos como el mío a la semana y que este no va a ser uno que le ocupe tiempo, una vez haya terminado su turno. Un caso rutinario. Una mujer borracha que decidió coger el coche para ir a la ciudad desde Värmdö, aunque debería de haber sido más sensata. Un peligro para el tráfico, tal vez también para el prójimo, pero eso, ¿a quién le importa?

Tengo que soplar un par de veces más en una máquina más potente que está

conectada a un ordenador. De ella sale automáticamente un impreso con la prueba de mi culpabilidad.

Alguien les había avisado, me dice. Les había llamado una persona que me había visto beber y meterme en el coche. Y no, no puede contarme quién ha sido esa persona. Lo raro es que no tengo vecinos que vivan lo suficientemente cerca para haberme visto.

Luego me meten en algo que presumo que es una celda, una celda para borrachos. Es un espacio denigrantemente pequeño y frío sin ventanas, con un colchón forrado en el suelo y un desagüe en una esquina. Me explican que, según la ley sobre la custodia de personas en estado de ebriedad, deberé permanecer allí toda la noche, hasta que esté sobria. Un tubo fluorescente en el techo que está estropeado no deja de parpadear y contribuye a reforzar mi sensación de decadencia y humillación.

Sin que me haya dado cuenta, las lágrimas brotan de mis ojos y caen por mis mejillas. ¿Cómo llegué realmente a perder el control sobre mi propia vida? ¿Aquí, en la comisaría? ¿Cuando me metí en el coche, a pesar de estar borracha? ¿Cuando decidí quedarme a vivir en mi casa aislada, a pesar de las protestas de todos mis amigos? ¿Cuando empecé a imaginarme cosas por las noches? ¿Cuando murió Stefan?

¿Cuánto tiempo llevo sentada aquí? ¿Veinte minutos? ¿Una hora? He perdido el sentido del tiempo.

De pronto se abre la puerta y yo me pongo en pie. Al ver quién está allí fuera me asalta un sentimiento ambiguo de alegría y confusión. ¿Cómo es posible?

Desde luego, Aina parece estar más que viva, no detecto ninguna señal de que haya podido hacerse daño. Se apoya en el vano de la puerta, ladea la cabeza y me mira con una expresión de preocupación en la cara.

Stefan y yo nos casamos en el mes de diciembre. Fue una ceremonia sencilla, celebrada en el Ayuntamiento, con nuestros amigos más próximos y la familia. El padre y la madre de Stefan, mis padres y mis hermanas, Peppe y Malin con sus gemelos. Aina también estuvo, por supuesto, y Susanne, mi amiga más antigua, que vive en Nueva York y trabaja como diseñadora gráfica. Recuerdo que estaba embarazadísima y que no paraba de secarse el sudor de su rostro rubicundo con un pañuelo con grandes flores de la firma Marimekko. Después, todos nos fuimos al KB y disfrutamos de un bufé navideño. Mi traje de lana de color crema de Myrorna de estilo de los años sesenta con botones sobredimensionados me apretaba la cintura.

¿Era eso realmente posible?

¿Acaso ya era visible entonces?

Estaba en la semana diecisiete cuando nos casamos, y mi delgado cuerpo de niña todavía ocultaba el embarazo. Tan sólo lo sabíamos Stefan y yo.

Dos semanas más tarde fuimos a la central de partos en Gamla Stan para saludar a nuestra comadrona, Inger, y para realizar la ecografía obligatoria con uno de los médicos.

¿Qué habíamos esperado? Imágenes del bebé para colgarlas en la puerta de la nevera, minutos de nervios hasta que el médico constatará que todo iba bien, información sobre el crecimiento del niño y la fecha aproximada del parto. Pero cuando estaba echada en la camilla con el gel frío sobre mi vientre, vi preocupación en la cara de la médica. No dijo nada, frunció el ceño levemente, ladeó la cabeza y lanzó una mirada fugaz a Stefan. ¿Sabía ella que él era médico?

Yo, por mi parte, me quedé completamente quieta, esperando a que la médica encontrara el dedo que faltaba, o a que de pronto viera los ventrículos del corazón nítidamente y constatará que todo tenía muy buena pinta y que parecían estar bien formados. Dejé que pasara el aparato por mi vientre sin hacer preguntas ni protestar. ¿A lo mejor todo iría más rápido si me quedaba en silencio y colaboraba?

—Veo que —empezó a decir la médica, pero ya no añadió nada más—. El tamaño del feto es normal para el momento de gestación en que estamos —prosiguió titubeante—. Aquí está la espalda.

Señaló hacia la pantalla y algo que parecía un pequeño collar de perlas apareció reluciente contra el fondo grisáceo.

—Aquí está la pelvis.

La doctora señaló algo que no parecía una parte del cuerpo, ni cualquier otra cosa tampoco, ya que estamos, mientras iba moviendo el cabezal del aparato y lo apretaba con fuerza contra uno de los costados de mi vientre.

—Aquí está la vejiga, hay orina dentro, lo cual es normal. Aquí están los riñones...

Me sentía cada vez más impaciente. ¿Acaso no podía decirme, de una vez por todas, que todo estaba bien y así pudiéramos salir de dudas?

—¿Está todo como debería estar? —la interrumpí, a la vez que intentaba que mi

voz sonara sosegada y firme.

Ella me miró, pero no me contestó de inmediato.

—Aquí está la cabeza —prosiguió la doctora, y vi una esfera de color gris claro que se dibujaba contra el fondo oscuro de la pantalla.

No dijo nada durante un buen rato, dedicada por lo visto a examinar la cabeza desde diversos ángulos.

—Me gustaría que fuerais al hospital de Söder para haceros una ecografía más detallada.

La doctora se volvió hacia nosotros, levantó el cabezal del escáner de mi vientre y cogió un papel de la pequeña mesa con ruedas que había al lado de la camilla. Con unos movimientos lentos, empezó a retirar el frío gel de mi vientre con un pañuelo de papel áspero sin blanquear.

—¿Qué pasa?

De pronto, la voz de Stefan sonaba enfadada.

—No es seguro que pase nada, pero... hay partes del cerebro que no alcanzo a ver bien con mi equipo.

¿El cerebro? Noté cómo brotaban las lágrimas de mis ojos. Normalmente me costaba llorar, pero los nervios por la ecografía, combinados con mis hormonas desbocadas, hicieron que las lágrimas corrieran por mis mejillas a raudales.

¿El cerebro? ¿Le pasaba algo al cerebro de nuestro bebé? ¿Tendría alguna discapacidad? Pensé en niños pequeños postrados en una silla de ruedas, en transporte para discapacitados, en colegios especiales y viviendas adaptadas. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que casi me entraron calambres y me hice un ovillo sobre la camilla forrada de plástico verde. Stefan se inclinó sobre mí y me susurró al oído que todo iría bien.

Recibimos el veredicto en el hospital de Söder más tarde, aquel mismo día. El médico era un hombre árabe de mediana edad. Parecía cansado y abatido, pero fue muy amable y se tomó su tiempo para explicárnoslo todo en su sueco chapurreado.

—El cerebro del feto no se ha desarrollado con normalidad —dijo en un tono de voz sobrio, y su mirada no se apartó de nosotros, ni de nuestro horror y nuestra conmoción.

Nos quedamos un largo rato sin decir nada, dejando que sus palabras penetrasen.

—Lo llamamos anencefalia. El principal defecto es, en realidad, que falta el cráneo, lo cual trae consigo que la corteza cerebral no se desarrolle adecuadamente. En la ecografía se puede ver la ausencia tanto del cráneo como de los dos hemisferios.

Ni Stefan ni yo conseguimos decir nada. Nos quedamos sentados sin decir nada y completamente vacíos, mientras el doctor nos explicaba con delicadeza qué conllevaría lo que nos acababa de contar.

—Con este tipo de defecto, el feto no podrá desarrollarse adecuadamente, y aunque sobreviviera al parto, el bebé moriría inmediatamente después. Lo siento

mucho, de verdad, pero yo os recomendaría que interrumpierais el embarazo cuanto antes. Si queréis, os podemos dar una cita para esta semana.

Yo estaba confusa. Toda la situación era absurda. Las expresiones que utilizaba el médico al hablar con nosotros parecían estar hechas para amortiguar los golpes entre nosotros y la verdad. El niño que yo llevaba dentro era un feto. El médico no quería que lo matásemos, sino que «se interrumpiese el embarazo». Tras lo cual, «la normalización de mis hormonas posibilitaría una nueva fecundación en un plazo de entre dos y tres meses».

Aquella noche, Stefan y yo discutimos por primera vez en mucho tiempo.

—Ya, pero imagínate si se equivoca —le grité—. Imagínate si el bebé no está dañado y que nosotros le quitamos la vida.

—No es un bebé, y tú haces que parezca un asesinato. Interrumpimos un embarazo que no lleva a ninguna parte.

Stefan tenía el rostro encendido por la ira y por algo más.

Algo que era mucho más aterrador.

—Pero imagínate si no lo han mirado bien. Tenemos... que conseguir que algún otro médico haga una nueva ecografía. Es lo mínimo que podemos exigir, antes de que maten...

—¡Cállate de una maldita vez! No hay nadie que le vaya a quitar la vida a nadie, ¿de acuerdo? Pero si yo... yo mismo he visto la ecografía.

—Pero si tú no eres más que un jodido médico ortopedista. ¡Tú no sabes nada de diagnósticos prenatales, joder! Todo lo que no esté roto, distendido o dislocado es... demasiado... avanzado para ti.

—Incluso yo supe ver que no había ningún cerebro. ¿Te enteras, Siri? ¡No tiene cerebro!

Stefan se desplomó exhausto sobre el sofá y enterró el rostro entre las manos. Su respiración se tomó pesada y pude oír algunos sollozos amortiguados pero dilatados.

Me quedé mucho rato a su lado en total silencio, muda por lo que por fin había comprendido: anencefalia, ausencia de cerebro.

Solicitamos una nueva ecografía antes del aborto y nos la concedieron sin más. Otro médico amable y comprensivo pero desesperadamente carente de recursos confirmó el anterior diagnóstico. «No hay nada que podamos hacer en estas situaciones. Sin duda podréis tener un hijo sano más adelante». Se equivocó, claro.

Tres días más tarde nos quitaron el niño.

Aina entre mis brazos, más que viva. Su pelo contra mi mejilla, cosquilleante. Su olor en mi nariz; dulce, como la miel. Sobre nosotras, en el techo de la celda de la comisaría, parpadea el tubo de fluorescente averiado. La abrazo con fuerza, casi con desesperación, como si fuera una hoya de salvamento.

—Aina...

Mi voz es un sollozo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Aina me examina de una manera que no reconozco; ahora hay algo oscuro en su mirada, un destello de irritación. La estrecho entre mis brazos sin decir nada, mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

—¿Qué ha ocurrido esta noche? —dice Aina, y frunce el ceño, a la vez que entorna los ojos.

—Creí que estabas a punto de morir —gimo, y agarro a Aina de los brazos, tal vez con demasiada fuerza porque ella se echa hacia atrás, me aleja de un empujón, amablemente pero con determinación.

—Sí, ya sé, la policía me lo ha contado. Pero... yo no he estado involucrada en ningún accidente de tráfico. Estuve en clase de yoga. Yo... no... de hecho, no entiendo nada de todo este lío.

—Ya, pero si me llamaron... —Mi voz se extingue.

—¿Quien te llamó, Siri? ¿Quién?

Entonces comprendo. Con mucha cautela intento poner palabras a lo que creo saber.

—Aina, hay alguien que me ha llevado hasta aquí con engaños. Hay alguien que me sigue. Alguien...

No sé la reacción que había esperado de Aina, pero ahora ella cierra los ojos del todo. Como en un intento de dejar fuera toda la situación. Recula un par de pasos alejándose de mí y cruza los brazos sobre el pecho, marcando así distancias entre nosotras.

—¡Mira, Siri, espabila! Puedo entender perfectamente que le sueltes semejante trola a la policía. Pero... a mí no me comprometas con tus mentiras.

Aina cierra la puerta detrás de sí y se va.

Me deja sola con la vergüenza.

Me doy cuenta poco a poco, sentada en la fría celda en la que me han abandonado. Las cosas deben de haber ido de la siguiente manera: alguien ha estado fuera de mi casa vigilándome. Este alguien llevaba tiempo allí, sentado en las rocas, mirando a través de mis ventanas, y me habrá visto mientras nadaba en la ensenada.

Debió de verme buscando a Ziggy por el bosque, vio mi vulnerabilidad. Vio que estuve bebiendo. Fue esta persona la que me llamó para atraerme a la ciudad. Sabía que cogería el coche. Llamó a la policía. Y sobre todo: también debe de haber sido él quien me envió la fotografía y quien cortó la corriente. Tal vez también fue él quien cambió mi linterna de sitio aquella noche. Ahora estoy convencida de que no se trata

de sucesos inconexos e inocentes.

Allá en la oscuridad hay una persona que quiere hacerme daño.

Hace una tarde de verano tardío húmeda y sofocante, y bajo las escaleras de la oficina medio corriendo para hacer una de mis visitas habituales al Systembolaget del centro comercial de Söderhallarna. Se ha convertido en una especie de ritual: los viernes implican comprar vino. Cuando voy, nunca compro más de un brik de vino. De vez en cuando, suplo la compra con un par de botellas de mayor calidad, por si necesito premiarme a lo largo de la semana siguiente. Porque, las cosas como son: las botellas constituyen un premio. No sé muy bien qué son, entonces, los briks. Supongo que sería una exageración si dijera que son un consuelo, más bien hacen la función de una especie de masilla, son el mortero que hace que los días se sostengan, por muy afilados y angulosos que hayan sido. Todo parece nivelarse, confluye y se confunde. No hay nada que sobresalga. La vida misma se torna lisa y llana, resulta más fácil navegar por ella.

No quiero tener que pensar en mi estancia en la celda de Värmdö. Ahora mismo, no. En su lugar, pienso en un consumo responsable de alcohol; la verdad es que puedes permitirte una copita de vino los sábados por la noche, para acompañar la cena. Eso no tiene nada de malo. Es una conducta del todo adulta que he pensado adoptar. Pronto. Tal vez este fin de semana.

Systembolaget está lleno de gente que compra provisiones para el fin de semana. Tíos jóvenes que se llevan un sinnúmero de cajas de cervezas de la tienda. Ancianas que con un cuidado infinito envuelven sus Rosita Bitter o sus ponches de fruta Marinella y los meten en sus carros de la compra. Hombres de mediana edad, seguros de sí mismos, que abandonan el local con bolsas llenas de Amarone o de vino de Burdeos.

Encuentro un cartón de vino francés barato. Seguramente sea ácido y se oxidará antes de que me dé tiempo a abrirlo, pero a ese precio incluso diría que sigue siendo un chollo.

Entonces me quedo helada. Aquí dentro, la gente se amontona como sardinas en lata, pero la mano que noto en mi muslo derecho no puede haber aterrizado ahí por casualidad. Puesto que tengo las manos llenas de cartones de vino y un par de ancianos me barran el paso, me vuelvo para enfrentarme a la persona que cree conocerme lo bastante para manosearme.

Pelo rojo y recio.

Una barba que me evoca imágenes antiguas de mi padre en los años setenta.

Camiseta de manga corta ajada y la guitarra al hombro. Se ha colocado tan cerca de mí que percibo su olor corporal: piel caldeada por el sol y sudor.

Es Robert. El Robert de Aina. O mejor dicho, ya no, porque por lo que sé, han terminado.

Hasta tal punto me ha cogido por sorpresa que no me sale la impertinencia que tenía pensado soltarle. En su lugar me limito a mirarle y doy unos pasos atrás. No quiero estar demasiado cerca de él.

—¡Hola!

Parece contento. Por lo visto, no se da cuenta de que ha sobrepasado mi esfera íntima, que no pertenece al grupo de personas que puede tocarme de esa manera.

—Hola.

—¡Qué bien la última vez! Y vaya con tus colegas, ¡son para darles de comer aparte! —dice Robert, y su boca se frunce en una sonrisa tan amplia que, si quisiera, podría ver todos sus empastes.

—¿Estás pensando en alguien en especial, o simplemente eres despectivo en general?

No me río. No logro verle la gracia a su comentario. No entiendo la lógica: ¿acaso cree que le voy a dar la razón para que podamos unirnos en una especie de difamación con la que nos divertiremos a costa de mis colegas?

—Eh, que sólo pretendía ser... gracioso.

—Pues a mí no me pareces gracioso —le digo yo, y me doy cuenta al instante de lo duras que suenan las palabras. Han salido de mi boca sin que me haya dado tiempo a pensármelas. Ahora ya es imposible retirarlas, una vez las he soltado.

No era mi intención marcarle con tanta dureza, pero la verdad es que me asustó al acercarse a mí por detrás sin avisar. Frunce los labios con fuerza y asiente lentamente con la cabeza, como si de pronto hubiera comprendido algo importante.

—Muy bien. Entonces ya no te molestaré más.

Yo no digo nada, simplemente lo sigo con la mirada cuando sale de la tienda con la guitarra al hombro. Con el tronco echado hacia delante. Ofendido.

No es hasta pasado un rato que caigo en la cuenta: ¿cuánto tiempo debía de llevar detrás de mí? ¿Y a qué distancia? ¿Muy cerca? ¿Lo suficientemente cerca para oír mi respiración?

¿Lo suficientemente cerca como para notar mi olor?

Septiembre

La sumerjo con mucho cuidado en el agua, haciendo acopio de todo el control sobre mí mismo del que soy capaz. Una tristeza insondable me inunda repentina e inesperadamente. No creía que fuera a sentir nada. Ya no creía que fuera a sentir nunca nada. No realmente. Creía que estaba muerto. Ahora sé que, a pesar de todo, todavía sigue habiendo algo vivo dentro de mí. No sé si es bueno o es malo.

Poco a poco, voy soltando el frío y escurrido cuerpo. Resbala entre mis dedos como un animal acuático en fuga, se hunde lentamente para luego volver a emerger. El cuerpo se queda flotando a un par de decímetros por debajo de la superficie del agua.

Ingrávido como una nave espacial en medio de la nada.

La tristeza todavía pesa sobre mi pecho y ahora ya sé lo que es: puedo hacer justicia, pero nunca podré recuperar mi vida.

Hubo un tiempo en que mi vida era perfecta; tan perfecta como las fotografías en las páginas brillantes y delicadas de una revista de interiorismo cara. Entonces, las pequeñas cosas tenían mucha importancia: neumáticos de invierno, cafeteras expresso, crema solar, notificaciones de Hacienda, clases de flauta dulce, vacunas.

Ella me lo quitó todo.

El camino de vuelta a mi casa en Värmdö me resulta agradable y esperanzador. La idea de mi pequeña casa roja sigue tranquilizándome y las tensiones que se han ido acumulando como una gruesa y áspera cuerda en torno a mi cuello a lo largo del día pasado en la consulta, se van aflojando poco a poco.

Cuando bajo del autobús, al fin el sol ya se ha puesto, y un viento húmedo y cálido corre sobre las rocas. En el horizonte, se ha ido concentrando un muro de nubes oscuras de color violeta sobre el mar. Creo que debería darme un rápido chapuzón vespertino porque parece que esté a punto de ponerse a llover.

La primera gota de agua cae sobre mi mejilla mientras hago equilibrios sobre las rocas resbaladizas enfrente de mi casa. El agua del mar está tibia y agradable al tacto cuando me sumerjo desde la roca redondeada desde la que me suelo bañar y que Stefan y yo solíamos llamar «el Culo de Lasse», por el padrastro de Stefan. Atravieso la ensenada a nado en dirección al pequeño embarcadero torcido que hay enfrente de mi casa.

Es entonces cuando lo veo: al principio, como un movimiento entre las olas a pocos metros de la orilla de la playa pedregosa, a la derecha del embarcadero. Al acercarme advierto que hay algo flotando en el agua. Me acerco un poco más. Con curiosidad, aunque también con cierta preocupación. El otoño pasado apareció una foca muerta flotando exactamente en el mismo lugar.

Me veo obligada a subir por el otro lado del embarcadero porque las piedras cortantes que hay en el lado derecho hacen una subida demasiado peligrosa.

Una vez aterrizo sana y salva sobre mi pequeño embarcadero que despide un aroma a alquitrán, la veo. Flota desnuda debajo del agua, con la melena rubia y suelta formando una aureola alrededor de la cabeza. Sus ojos están abiertos y su rostro casi parece reposar contra una gran mancha parda de fuco. A cada ola, su cabeza se balancea ligeramente y su cabellera se agita en un movimiento ondulante que hace que se parezca a las algas marinas que envuelven su cuerpo como una manta de color amarillo verdoso. Tiene la boca abierta y los labios han adoptado un tono azulado. Los brazos están extendidos por encima de la cabeza, como si quisiera alcanzar algo. Las manos están medio cerradas, aunque todavía se ven rastros de la laca de uñas de color verde en los dedos inusualmente pálidos y finos. El cuerpo es pequeño y delgado como el de una niña, pero las formas son de una mujer.

Es Sara Matteus.

¿Cómo se evalúa la vida de un ser humano? ¿Existe una fuerza divina que hace que el sufrimiento y el dolor se distribuyan a partes iguales entre todos nosotros? ¿Que crea justicia y equilibrio en aquello que otrora fue caos? Una infancia y una juventud duras y difíciles, enfermedad y exclusión; mucho mejor, pues a todo eso debe de seguirle una carrera llena de éxitos, un amor para toda la vida, dinero en el banco y una vejez donde se es el centro del círculo formado por hijos y nietos afectuosos.

Sé que no es verdad. Sara nunca ganará la lotería, ni conocerá al hombre ideal, ni utilizará sus duras experiencias para rehabilitar a muchachas jóvenes que se han desviado del camino. Su vida fue corta y dura y ese pensamiento me consume, hace que tiemblen mis manos y que mis ojos se llenen de lágrimas.

Estamos sentados en mi salón; yo en el sofá, con los pies recogidos debajo de mi cuerpo y la vieja manta de cuadros escoceses tapando mis piernas; enfrente de mí, sobre dos sillas de la cocina, se sientan los agentes de policía Sonja y Markus que, por lo visto, tienen paciencia, comprensión y compasión a raudales. Me escuchan pacientemente mientras relato lo sucedido, me colocan cojines en la espalda, me sirven café, y cuando protesto, Marcus va rápidamente a por el vino que pido en lugar del café.

Les he contado todo lo que sé. Mi relato debe de haber sido confuso: observaciones y recuerdos inconexos, desordenados e incompletos. Todos mezclados, amontonados en un gran batiburrillo. Que llegué a casa, que me di mi chapuzón vespertino habitual, que encontré a Sara en la orilla y que no recuerdo cómo volví a casa y llamé al 112. Que luego tuve una conversación de lo más confusa con los agentes de policía de la patrulla; que fue la primera en llegar al lugar de los hechos; que, simultáneamente, acordonaron mi pequeña casa con una cinta de plástico de rayas azules y blancas.

Lo histérica que me puse y cómo lloré apoyada en el hombro de uno de los agentes mientras la otra, una mujer joven y rubia, llamaba a la brigada criminal y a algo que llaman médicos MDA, la unidad de médicos forenses.

No entendí del todo aquello del médico. ¿Para qué querían un médico si Sara estaba tan incontestablemente..., muerta?

—Es decir, que era una de tus pacientes —empieza diciendo Sonja, después de haberme procurado una copa más del agrio vino de cartón.

—Sí.

Intento contestar a las preguntas de la manera más clara de la que soy capaz y dando a entender que pueden confiar en mí, pero mi voz no me obedece. Suena hueca y débil.

—¿Por qué se visitaba Sara contigo? Quiero decir, supongo que tendría algún tipo de problema psíquico.

—Sara había sido diagnosticada por una enfermedad psiquiátrica, sufría trastornos fronterizos de la personalidad o, como hay quien prefiere llamarlo, un trastorno de la personalidad emocionalmente inestable.

Es Sonja quien hace las preguntas. Ella es quien ostenta el cargo superior. Una mujer de cabellos oscuros, de mediana edad, delgada y nervuda, poseedora de una autoridad natural. Sin embargo, sus maneras denotan cierto estrés. Las palabras salen de su boca de forma precipitada y traicionera, como las aguas rápidas y poco profundas de un río caudaloso. Parecen inofensivas, pero sabes que si no te andas con cuidado, te llevarán consigo.

Se lleva un mechón de pelo oscuro y deslucido detrás de la oreja. Me pregunto cómo debe de ser trabajar con la muerte.

Con la maldad. Con la desgracia. Si se le nota en la cara, en las arrugas de su frente, en la línea dura alrededor de su boca, en su manera de cerrar los puños hasta que se entrevén los huesos blancos cuando me mira fijamente y me sostiene la mirada.

Markus toma notas. Es joven, parece que tenga veinte años, pero supongo que debe de ser mayor. Pelo rubio y rizado, un rostro aniñado y abierto. Como el de un querubín. Ojos de color azul claro que no paran de mirarme. Pero su cuerpo es compacto, como el de un deportista. Brazos bronceados, musculosos y nervudos, hombros anchos.

—Supongo que sabes que se puede anular el secreto profesional de un paciente cuando es objeto de una investigación criminal. Y esto es precisamente una investigación, puesto que Sara ha... muerto.

Sonja vacila antes de pronunciar la última palabra, como si fuera peligrosa y hubiera que decirla con gran cuidado y respeto.

—Lo sé —contesto yo.

Al contrario de lo que la gran mayoría de gente cree, el secreto profesional tampoco hay que respetarlo si un paciente te cuenta que él o ella ha cometido un delito que podría dar lugar a una pena de cárcel de más de dos años. Tan sólo los sacerdotes están obligados a guardar la confidencialidad por completo.

—Háblame un poco más de los *borderliners* —me anima Sonja.

—Muy bien, supongo que ya sabes todo esto, pero como ya he dicho, el trastorno *borderline* es un trastorno límite de la personalidad. La persona típicamente *borderliner* es una chica. Suele ser emocionalmente inestable y, a menudo, autodestructiva. Mantiene relaciones inestables pero muy intensas, muchas veces es activa desde un punto de vista sexual y, en algunos casos, también tiene tendencia al suicidio. Aunque Sara realmente no era una suicida.

Me doy cuenta de que suena como si recitase el texto de un manual de psiquiatría y me tomo un sorbo más de vino para así acallarme.

—¿Y qué comporta todo esto en la práctica? —me pregunta Sonja, y lanza una mirada sesgada al reloj que lleva alrededor de su muñeca tendinosa.

Le pongo brevemente al día del historial clínico de Sara. Recorro su vida, desde el momento en que la colocaron en una familia de acogida y las agresiones sexuales que allí sufrió, hasta su costumbre de infligirse cortes a sí misma.

—En realidad, ¿por qué estas chicas se hacen cortes a ellas mismas? —pregunta Markus en su acento cantarín de Norrland.

Es la primera vez que dice algo desde que iniciamos la conversación, y me fascina oír lo suave que es su voz, exactamente como su rostro.

—Para calmar la ansiedad, o tal vez para atraer la atención de los demás. Porque están llenas de odio hacia sí mismas. También hay quien dice que se ha puesto un poco de moda infligirse cortes. Y no todos los que se cortan tienen una problemática de trastorno límite de la personalidad. Ahora mismo, puedes aprender cómo hacerte los cortes en la red. Si una chica lo prueba, su amiga también quiere probarlo. Pero en este caso no estamos hablando de trastornos límite de la personalidad, desde luego.

Marcus asiente con la cabeza. No tiene el aspecto de un agente de policía. Parece demasiado joven. Pero, por otro lado, tampoco sé el aspecto que tiene un policía de la brigada criminal, hasta ahora nunca me habían interrogado de esta manera. Es cuando me doy cuenta de que eso es precisamente lo que hacen, interrogarme, aunque lo adornen con una capa de empatía y amabilidad.

—¿Es decir, que tu cometido era curar a Sara de esa cosa del trastorno *borderline*? —dice Sonja, examinándome con la mirada.

—No, curar no. El trastorno *borderline* no es un resfriado. Se trata más bien de alcanzar un comportamiento funcional. Para poder manejar los sentimientos dolorosos. Estábamos trabajando para eliminar su comportamiento autodestructivo. O sea, intentar que dejara de infligirse cortes a sí misma —le aclaro—. Nosotras... yo... intentábamos hacer que su vida fuera más, ¿cómo lo diría?, manejable.

Markus hace una anotación en su libreta.

—¿O sea, que todos tus pacientes tienen este tipo de... —Markus vacila—..., este tipo de problemática *borderline*?

Parece contento de saber manejar la terminología.

—No, no, no es nada corriente, este trastorno. La mayoría de los que acuden a mí padecen trastornos de ansiedad. Pueden tener miedo de cosas muy dispares, a las arañas, o a la sangre, o a cosas así. Algunos padecen de fobia social, sufren ataques de ansiedad cuando se encuentran en situaciones sociales. Otros padecen crisis de pánico. Yo trabajo con algo a lo que llamamos terapia cognitiva conductual. Simplificando, podríamos decir que no trabajo tanto para aclarar por qué la gente tiene problemas, sino que, en su lugar, me centro en buscar la manera de solucionar el problema. Por lo general, trabajamos con ejercicios prácticos. Pongamos por caso que tú tienes miedo a, por ejemplo, las arañas. Entonces deberás entrenarte para poder sostener una araña en la mano, y así con todo. A esto lo llamamos exposición. Bueno, y luego tengo un grupo de pacientes depresivos y algún que otro con trastorno alimenticio.

Markus y Sonja asienten con la cabeza, como si las depresiones y los trastornos de ansiedad fueran el pan de cada día para ellos, y a lo mejor es así. ¿Qué sabré yo del trabajo de un policía?

—¿O sea, que Sara no era una persona normal? —dice Sonja, y ladea la cabeza.

—¿Qué quiere decir normal? No, desde luego no era normal desde un punto de vista psiquiátrico. Pero es que normal es un concepto relativo, no es absoluto. ¿O tú qué crees? Las personas que tienen dos o tres desviaciones estándar de la media son, por definición, normales. Eso no quiere decir que lo normal sea lo mejor. ¿Vosotros creéis que todos los grandes compositores, escritores y artistas eran normales? ¿Acaso creéis que ha sido la gente normal la que ha impulsado la civilización hacia delante?

Me doy cuenta de que mi tono de voz es agresivo, sin que, en realidad, esa sea mi intención, pero es que es desesperadamente importante para mí que no reduzcan a Sara a un mero caso psiquiátrico, asocial e inadaptado.

—Sara era una chica inteligente y divertida —digo con una voz apenas audible.

—Entiendo —responde Markus, y me mira atentamente.

Por un instante, me siento segura de que así es.

De pronto, nos quedamos sin decir nada, y yo echo una mirada hacia mi jardín, donde los técnicos forenses todavía siguen trabajando. Son dos hombres barbudos de unos cincuenta y cinco años, con botas con cordones, pantalones de policía y camisetas que se les han hecho demasiado pequeñas y que aprietan alrededor de sus barrigas orondas. Se parecen tanto entre ellos que podrían ser hermanos, y me recuerdan a un presentador de televisión que conducía un programa de coches en mi infancia.

Ha parado de llover, se ha ido el sol y ha empezado a anochecer. Los calambres habituales y de sobra conocidos se propagan en mi pecho.

—¿Cómo era la relación que mantenías con Sara? Quiero decir, si os veáis en privado, o así —prosigue Sonja.

—Nunca, sólo nos veíamos en las sesiones de terapia. Pero nos caíamos bien mutuamente —añado.

—¿Sabía Sara dónde vivías?

—Desde luego que no. Nunca les damos información ni datos privados a nuestros pacientes y, además, mi número de teléfono es secreto.

—¿Quién pagaba por el tratamiento de Sara? Teniendo en cuenta lo que me has contado de sus circunstancias, me cuesta imaginarme que se lo pagara ella misma.

Sonja tiene razón. Sara nunca se hubiera podido permitir pagar la terapia ella misma. La mayoría de mis pacientes disfruta de una economía saneada. Algunos, muy pocos, reciben una ayuda social para poder hacer terapia. Hay algo tremendamente injusto en ello. Existen terapias eficaces, pero tan sólo una minoría de privilegiados tiene acceso a ellas.

—Sara tenía un asistente social muy comprensivo —contesto—. A la persona de contacto de Sara en el ambulatorio psiquiátrico le pareció que debería participar en un proyecto para chicas con trastorno *borderline* que, resumiendo, pretende ofrecerles una terapia cualificada, realizada por psicoterapeutas especializados en este trastorno.

Pero, al final, decidieron que Sara funcionaba demasiado bien para participar en él. Precisamente porque no tenía tendencias suicidas. Es decir que no bastaba con que se autoinfligiese cortes. Sin embargo, los del Departamento de Asuntos Sociales pensaron que Sara debería poder acudir a una terapia parecida a la del proyecto, a pesar de que yo no tengo las mismas calificaciones que sus terapeutas. Por eso, Sara terminó en mi consulta. El departamento me paga.

—¿Tienes alguna idea de cómo acabó Sara en el agua enfrente de tu embarcadero?

Niego con la cabeza en un gesto triste y observo a Sonja. Su mirada es insondable.

—Siri, tengo que preguntártelo. ¿Dónde estabas entre las tres y las cinco de la tarde?

La miro sorprendida.

—Nunca creí que alguien me haría esta pregunta. Entre las tres y las cinco —digo, mientras rebusco en mi mente—. Estuve en una sesión con una paciente, con Anneli Malm.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo de alguna manera?

Me encojo de hombros.

—Mis colegas estaban allí, Anneli también. O sea, que sí.

De pronto lo recuerdo.

—Suelo grabar todas mis sesiones. La hora y la fecha quedan registradas automáticamente. Si queréis, podéis repasar mis grabaciones.

Sonja asiente con la cabeza y se incorpora en el asiento, a la vez que junta las manos en un gesto que, yo interpreto, es para señalar que está a punto de decir algo muy importante.

—Siri, ¿estás segura de que Sara no tenía tendencias suicidas?

—Absolutamente —contesto—. Además, ahora mismo todo le iba muy bien. Había dejado de cortarse los brazos y había conocido a ese hombre del que ya os hablé antes.

Me quedo callada, hay algo que aún está por decir, algo tácito entre Sonja y Markus. Ellos saben algo que tiene que ver con Sara y que no me han querido desvelar y, sin embargo, lo presiento. Sonja mira a Markus furtivamente y suspira.

—Hay indicios de que puede haberse tratado de un suicidio. Hay ciertas cosas que parecen indicar que Sara se ha...

Sonja vacila un instante, busca la manera adecuada de decírmelo, como si esa manera existiese.

—Como decía, hay indicios que nos llevan a pensar que Sara no se ahogó por accidente.

—¿Cómo por ejemplo qué?

—Se había cortado los brazos.

—Sara siempre se cortaba los brazos —digo, y me paro a pensar antes de decir

nada más—. ¿Y las heridas? ¿Podrían ser mortales por sí mismas?

—No puedo contestarte a eso. Tendremos que esperar a que el forense se pronuncie.

—De todos modos, no es ninguna novedad que se haya cortado. Eso no tiene por qué significar que se suicidó.

—Bien, pero hay más. Encontramos una carta de despedida. Estaba sobre las rocas, al lado de su ropa.

—¿Una carta de despedida?

—Sí. Lo siento mucho, pero ahora mismo no te la puedo mostrar, pero en la carta dice que tú eres...

Sonja vacila y mira rápidamente a Markus de reojo.

—En la carta dice —vuelve a empezar Sonja— que la terapia es la razón por la que ha decidido suicidarse.

—No entiendo...

Mi voz no es más que un susurro.

Markus se pone en pie y se sienta titubeante a mi lado sobre el viejo sofá de lana. De pronto parece cansado. Cansado como un policía. A la manera cansado-de-ver-tanta-miseria. A pesar de su edad. Con mucho cuidado, me sube la manta y envuelve mis hombros con ella.

Sonja continúa sin vacilar ni titubear ante la verdad. Ahora habla muy rápido: las palabras salen silbantes de su boca como balas de una ametralladora; imprevisibles, dolorosas, imposibles de esquivar.

—Escribe que tu terapia la ha llevado a darse cuenta de lo enferma que está. Que nunca se pondrá bien, y que ha hecho daño a demasiada gente. La verdad es que escribe mucho sobre vuestras sesiones, con mucho detalle de lo que habéis hablado cuando os habéis visto. Incluso llega a dar la fecha de algunas de vuestras conversaciones.

Sonja vacila un segundo y se frota las sienes, pero por lo visto decide que podrá soportar escuchar el resto de lo que tiene que contarme.

—Termina la carta diciendo que se quita la vida por respeto a sus familiares y allegados, y porque ha comprendido que su vida no tiene sentido, que quiere darte las gracias por haberla ayudado a darse cuenta.

Oscuridad.

De pronto, todo se torna negro y tardo un rato en darme cuenta de que estoy llorando y que he hundido la cara en la manta con tanta fuerza que he dejado fuera toda la luz. En la distancia oigo que Markus me pregunta cohibido si hay alguien a quien quiero que llame. Y no estoy segura, pero creo que le doy el número de teléfono de Aina.

Quiere darme las gracias por haberla ayudado a entender que su vida no tiene sentido. Las palabras resuenan en mi cabeza, mientras estoy allí echada, en el sofá, agarrada convulsivamente al cojín. Recuerdo un artículo que leí en el periódico

Svenska Dagbladet sobre los conductores de metro de Estocolmo y lo duro que es para ellos tener que enfrentarse a todos los suicidas que saltan delante del tren. Lo más duro de todo, decía el artículo, es cuando el conductor se encuentra con la mirada del suicida, que incluso, en alguna ocasión, llega a sonreír. Como en un intento de establecer unos lazos mudos entre la víctima y el verdugo involuntario. Quiere darme las gracias por haberla ayudado a entender que su vida no tiene sentido.

Llega Aina. La oigo hablar con Markus delante de mi casa. Hablan en voz baja y a un ritmo acelerado, como si no quisieran que yo oiga lo que dicen. La voz de Markus es tranquila. La de Aina, chillona. Entonces noto la mejilla de Aina contra la mía y ella me dice que todo irá bien. Me gustaría tanto creerla...

No hay culpa.

No hay vergüenza.

No hay arrepentimiento.

Pero tampoco hay verdadera satisfacción. No hay la redención que yo esperaba y, tal vez, incluso esperaba que hubiera. Tan sólo la aflicción dolorosa en mi pecho.

Pero, a pesar de ello, he dado un paso más hacia la meta, he conseguido una pieza más del rompecabezas, que es el gran plan que he orquestado minuciosamente.

Echo un vistazo por la pequeña habitación que es la mía. Por las paredes desnudas y el escaso mobiliario. En el suelo, delante de la mesa, yace él. Vislumbro la curvatura del cuerpo bajo la vieja manta con la que lo he cubierto. Sobre la mesa están los libros, completos, con todas las instrucciones detalladas. Parece mentira todo lo que llegas a encontrar en la biblioteca.

He dejado todo lo demás que voy a necesitar sobre la mesa. Colocado en una pulcra hilera sobre el mantel de plástico provisional. Botellas de plástico, bidones, herramientas cuyo acero reluciente refleja el frío brillo de la lámpara del techo.

Sospecho que esto tampoco me traerá la paz que busco, pero eso ya ha dejado de tener importancia.

El plan ha adquirido vida propia, hace tiempo que se ha vuelto más importante que el objetivo final.

Mis colegas están sentados en torno a la mesa sin decir palabra. Aina tiene la mirada perdida en la nada y Marianne ha bajado la suya al regazo, donde descansan sus manos. Las cierra y las abre, las cierra y las abre sin cesar. Parece un conjuro.

Sven toma mi mano y me sostiene la mirada.

—Siri, tú sabes que no fue culpa tuya. Sara estaba enferma. Nos pasa a todos, antes o después. No es tan extraño perder a un paciente.

No queda nada del Sven flirteante en su mirada, sólo un colega mayor, protector y amable. Y no aparta la mirada. De pronto me siento indeciblemente contenta y agradecida porque Sven existe. Estrujo su mano seca y cálida e intento sonreírle, pero no lo consigo. Y es que no puedo contarle que ya me había pasado antes. Una vez no quiere decir nada, pero ¿dos veces?

—Coge otro pastelillo —intenta animarme Marianne, sin éxito. Las delicias de limón de la pastelería de Folkungagatan se quedan en la bandeja.

—Esta semana me haré cargo de mis pacientes como de costumbre —digo, y miro a Marianne con una calma estudiada, pero no la acabo de conseguir. Me doy cuenta de que mi voz tiembla.

Marianne asiente con la cabeza y mira furtivamente hacia Sven, como buscando su aprobación, pero este parece dudar.

—¿Estás segura, Siri? Delante de nosotros no tienes por qué hacerte la héroe. Tómate un par de días de fiesta, venga —propone Sven, y me mira sin decir nada más.

—No —le contesto—, realmente creo que lo mejor para todos ahora mismo es que siga mi rutina de siempre.

Me levanto, me acerco al fregadero y enjuago mi taza de café, señalando de esta manera que la decisión ya está tomada. Dejo la taza en el escurrerplatos y me vuelvo hacia la mesa, a la vez que me apoyo contra el borde del fregadero. Intento parecer tranquila. Dueña de mí misma.

Como por una señal, Marianne se pone en pie, se sacude las migas de las anchas caderas y abandona la cocinita. Ahora ya sólo quedamos Aina, Sven y yo.

Un silencio no demasiado agradable se extiende por la estancia. Aina mira a Sven de reojo y luego baja la mirada hacia la mesa. Sven carraspea, se frota las manos contra los pantalones de pana de color óxido y me mira detenidamente.

—Mira, Siri, voy a ir al grano: creo que bebes demasiado. Aina me contó lo de tu detención por conducir yendo bebida.

Abro los ojos de par en par y miro a Aina, pero ella no corresponde mi mirada, sino que empieza a mover las migas de un lado a otro de la mesita con los dedos. De izquierda a derecha. De derecha a izquierda.

—Siri, sé muy bien de lo que hablo. Hace muchos años, de hecho, mucho antes de que llegara aquí, yo tuve ese mismo problema. Incluso llegué a ir borracho al trabajo. Bueno, a ver, quiero decir que nadie ha dicho que vengas borracha al trabajo, pero...

Le interrumpo:

—Esto es completamente absurdo, ¡joder! Yo no soy ninguna alcohólica, y eso lo deberías saber tú muy bien, Aina. Al fin y al cabo, eres tú quien se emborracha hasta las trancas cada fin de semana. Y quien se folla a todo el que se mueve. Por cierto, ¿cómo se te ocurrió la brillante idea de escamparlo por toda la consulta? ¿Y qué pasa contigo, Sven? Si hay alguien que tiene problemas con el alcohol aquí, ese eres tú, ¡maldita sea!

—Siri —dice Sven en voz baja—, es normal que lo niegues. Tampoco es tan raro que intentes justificar tu comportamiento delante de la policía. Aina sólo me lo contó desde la amistad, por consideración hacia ti. Para ayudarte a ti. Y a los pacientes. Sea como sea, los dos estamos convencidos de que lo mejor sería que te tomaras un respiro. Que reflexionaras seriamente acerca de tu problema con la bebida. Que superaras la muerte de Sara. Si quieres, podemos hacernos cargo de tus pacientes durante un par de semanas. Hazme caso, no hay nada raro en ello.

—¡No! —le grito con voz chillona y demasiado alto—. ¡Nooo, tengo que seguir trabajando! ¿No os dais cuenta? Si es precisamente aquí donde está el problema. ¡Esto es precisamente lo que él pretende que haga! ¡Que deje el trabajo!

Aina y Sven intercambian miradas de preocupación cuando menciono al hombre que no tiene nombre. El hombre que tal vez no existe. Veo en sus caras que están considerando si me estoy volviendo completamente loca, o si me niego, con la terquedad de un idiota, a abandonar la mentira que ellos creen que me he inventado como escudo ante la vida.

Seguir trabajando.

Hay tantas cosas por hacer, tantos aspectos prácticos que tengo que solucionar... Los familiares de Sara. Debería preguntarle a la policía si ya les han informado de la muerte de Sara y, en ese caso, si quieren hablar conmigo. Una familia destrozada. Sé que el contacto que Sara ha mantenido con la familia en los últimos años ha sido muy esporádico. Los padres se divorciaron poco tiempo después de que Sara se hubiera escapado de la casa de la familia de acogida. El padre se mudó a Malmö donde rápidamente conoció a otra mujer. Tienen dos hijos. Según Sara, viven juntos en un idilio feliz en uno de los barrios residenciales más exquisitos de la ciudad, y no había que desbaratar el idilio bucólico, así que esa hermanastra fracasada, con los brazos y las piernas cubiertos de dibujos en zigzag, no era bienvenida en su casa.

La madre de Sara vive en un pisito del distrito de Vällingby. Sara me contó que su madre había empezado a beber bastante en los últimos años, pero que todavía es capaz de mantener el trabajo en la Seguridad Social. Sé que la madre de vez en cuando le prestaba dinero a Sara, pero que, por lo demás, el contacto que han mantenido ha sido escaso. Si exceptuamos el intento fallido de celebrar la víspera de San Juan juntas.

Un terapeuta puede, en el mejor de los casos, ayudar a la gente. Para que estén mejor; para que se recuperen después de haber vivido alguna experiencia dura; para

que abandonen ciertas conductas destructivas y pensamientos obsesivos; pero el requisito primordial es, al fin y al cabo, no hacerle daño a nadie.

¿No debería yo haberlo entendido antes, no debería de haber hecho algo para detenerla? ¿Acaso mi propia incapacidad para prever la muerte de Sara me convierte en una pésima terapeuta? ¿Acaso mi falta de comprensión me convierte en cómplice culpable, en su verdugo involuntario? Quería darme las gracias por haberla ayudado a entender que su vida no tiene sentido.

Con un rápido movimiento del brazo barro la mesa, y la bandeja de los pasteles cae al suelo. Ante los pies de Sven y Aina se mezclan pedazos de porcelana con las delicias de limón despedazadas.

Fecha: 6 de septiembre

Hora: 13.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Charlotte Mimer

Charlotte carraspea discretamente y me doy cuenta de que he permanecido en silencio demasiado tiempo. Espera un comentario mío respecto a sus anotaciones, y yo murmuro algo positivo y halagüeño. Porque Charlotte realmente ha hecho progresos. Ha conseguido mantener el control sobre la comida y reducir la actividad física obsesiva a la que había sometido su cuerpo anteriormente.

Está sentada tranquilamente frente a mí, con sus manos delicadas y bien cuidadas sobre el bolso que guarda en el regazo. Sin embargo, yo sólo veo el cuerpo muerto y descarnado de Sara que las olas mecen lentamente. Aina y Sven tienen razón. Debería tomarme un par de días de fiesta. Dedico toda mi energía a intentar estar presente durante la conversación con Charlotte y, aun así, no consigo demostrar un verdadero interés por ella.

—He estado pensando en algo —dice ella, vacilante—. Por primera vez en mi vida siento que realmente pongo en duda la manera en que soy recibida y tratada por los demás.

Charlotte tabalea con las uñas contra su bolso.

—Estoy orgullosa por haber elegido apostar por mi trabajo. Estoy orgullosa de mi capacidad para trabajar. Pero me cuestiono mi papel de mujer. Las exigencias que se le plantean a una mujer en nuestra sociedad.

Charlotte parece profundamente preocupada, y me doy cuenta de que, de pronto, ella ha empezado a plantearse cosas que antes había dejado a un lado conscientemente.

—Soy la jefa de *marketing* más cualificada de la compañía. De hecho, trabajo muy duro. Pero aun así, parece que no es suficiente. Mis colegas masculinos tienen más poder y un sueldo más alto que yo, y estoy harta de siempre tener que gritar para que me escuchen.

Charlotte se interrumpe a sí misma, y veo que parpadea varias veces. Vuelve a tener el cuello encendido, tal como suele pasarle cuando se enfada, y sus dedos no paran de tabalear, cada vez más rápido.

—Quiero decir... Siempre había pensado que estaban equivocadas las mujeres que hablaban del techo de cristal y del mundo de los hombres. Siempre había creído que era mi rendimiento en el trabajo el que contaba. Y ahora me doy cuenta de que... me equivocaba. Los tíos me adelantan, a pesar de que yo rindo más. Juegan al golf con el jefe y se van a la sauna con la dirección y no sé qué coño más.

Charlotte Mimer está enfadada. Sus mandíbulas están apretadas fuertemente y entorna los ojos mientras habla. Toda su actitud indica rabia contenida. Nunca había visto su ira tan de cerca. Tampoco sé qué decir. Supongo que Charlotte tiene razón.

Lo que dice es cierto. Las mujeres estamos marginadas. Incluso yo lo veo, como terapeuta. Veo cómo se ignoran y se olvidan los problemas de las mujeres jóvenes. Veo que faltan ofertas de tratamiento dirigidas a las chicas. Que los escasos recursos de las escuelas se destinan a atender a los chicos ruidosos, mientras que se espera que las chicas se las arreglen por sí solas. Ellas se ven obligadas a navegar en una adolescencia tan cargada de exigencias y contradicciones que resulta casi una misión imposible. Vuelvo a ver el rostro pálido de Sara Matteus. Ojalá alguien hubiera tratado a Sara a tiempo. Ojalá la hubieran ayudado desde pequeña. Por eso asiento enérgicamente, animando así a Charlotte a que siga.

—El problema es que no sé qué debo hacer.

De pronto, Charlotte parece cansada.

—Si empiezo a discutir esto con mi jefe, pronto me tomarán por una buscabroncas, y ya me puedo ir olvidando de todo lo que tenga que ver con mi carrera. Y tendré que empezar de nuevo... como vendedora telemática.

Su semblante revela que, para ella, este destino sería peor que la muerte. Algo que ni siquiera le desearía a su peor enemigo. Charlotte debe de haberse dado cuenta, por la expresión de mi cara, de lo que pienso, a pesar de que estoy acostumbrada a ocultar mis propios sentimientos y opiniones, porque de pronto sonrío.

—Ya lo sé —dice—. No hay nada malo en ser vendedora telemática.

El comentario es tan absurdo que las dos empezamos a reír.

—Pero... —Charlotte vuelve a vacilar—. A ver. Ya sé que debería hacer algo. No debería dejarlo pasar así como así. No debería...

Todo su lenguaje corporal parece indicar que está tomando impulso para lanzarse de cabeza. Está reuniendo fuerzas para decir algo que antes sólo se atrevía a pensar.

—A veces pienso que la terapia me hace más mal que bien.

Charlotte mira por la ventana al decirlo, y yo me doy cuenta de que no me quiere mirar. No quiere encontrarse con mi mirada.

—Antes, todo estaba bien. Quiero decir, no es que estuviera bien, no todo, pero era aceptable. No reflexionaba demasiado sobre si estaba bien o mal, la verdad. Si hacía lo correcto, o estaba equivocada. Simplemente... pues eso, estaba. Estaba en lo mío. Ahora lo cuestiono todo. Mi trabajo, mi papel en la empresa, mis jefes, mi feminidad, mi sexualidad.

Charlotte suspira; las manchas rojas en su cuello se extienden hacia el modesto escote y su frente empieza a brillar como una película casi invisible sobre la delicada piel, por culpa de las finas gotas de sudor que la cubren.

—Y además, estoy tan condenadamente cabreada... Estoy furiosa. De hecho, lo estoy todo el tiempo. Cabreada y decepcionada de mí misma por haber permitido que se escurra la vida entre mis manos. Estoy enfadada con mis colegas. Con mi madre. Con mi padre. Y contigo. Estoy tan condenadamente enfadada contigo porque has sido tú quien ha puesto todo esto en marcha.

Se me queda mirando un buen rato sin decir nada, y yo intento descifrar lo que

veo en sus ojos: ¿acaso es resignación? O tal vez otra cosa, tal vez sean los años de rabia contenida que de pronto brotan como agua sucia de un desagüe rebosante.

Se ha hecho de noche. Al fin, el verano ha soltado a su presa y Estocolmo está cubierto de un fino manto de llovizna que el viento del oeste impulsa sobre el mar. Estoy sentada en el feo sofá de color mostaza, envuelta en una toalla, enfrente de las puertas de cristal de mi salón, mirando hacia el mar grisáceo que se extiende ante mis ojos. Aina está sentada a mi lado. No decimos nada. Nuestros trajes de baño están tendidos en medio de la lluvia sobre los muebles de jardín blancos y descascarillados que hay al otro lado de la ventana.

Aina lleva viviendo en mi casa desde hace una semana. La he perdonado, pero no he olvidado que le ha hablado a Sven de mi vida. Ahora, todo vuelve a ser como de costumbre. Al menos, en la superficie.

Ha acudido en mi socorro, sabe el miedo que le tengo a la oscuridad. También quiere que nademos cada día. Sé que sospecha que, de no hacerlo así, nunca volveré a bañarme en la ensenada. Hago lo que me dice, pero sin entusiasmo.

Hace ya tiempo que los técnicos forenses y los coches patrulla desaparecieron, y en la playa no ha quedado ningún rastro de lo ocurrido. Sara murió sin dejar huella, pienso, y me levanto y empiezo, en un acto reflejo, a encender todas las luces porque ha empezado a oscurecer. Aina toma posición medio desnuda sobre la alfombra de nudos y se dispone a hacer los ejercicios de yoga que practica cada noche.

Me voy a la cocina a por una copa de vino cuando de pronto oigo que hay alguien llamando a la puerta. ¿Quién será a estas horas de la noche? Agarro el viejo albornoz de rizo de color azul oscuro de Stefan y avanzo lentamente hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunto.

—Soy Markus Stenberg, de la policía —responde una voz suave desde el otro lado de la puerta.

Me ajusto el albornoz alrededor de la cintura, lanzo una mirada hacia Aina, que parece entenderlo todo, y entro en el dormitorio para coger algo que ponerme. Abro la puerta con cautela y miro hacia la penumbra que asoma por la puerta. Ahí está Markus, en medio de la lluvia. Tiene el pelo mojado, y una vez dentro, puedo oler su jersey de lana húmedo.

—Disculpa que no te haya avisado por teléfono, pero me gustaría hablar contigo. ¿Me dejas entrar?

Markus parece cohibido, y echa una mirada de soslayo a mi albornoz.

—Por supuesto —digo yo, y le hago pasar, señalando con la mano hacia el salón —. Aina y yo acabamos de volver de darnos un chapuzón.

—¿Puedo sentarme? —dice él, señalando al tiempo el sofá.

Asiento con la cabeza y me siento en posición de loto sobre la alfombra que acaba de dejar Aina. No tengo ningún sillón y no quiero sentarme a su lado. Aina entra en el salón y saluda a Markus con un gesto de la cabeza, al tiempo que se sienta a mi lado.

Markus carraspea y parece algo incómodo al vernos a nosotras, dos mujeres medio desnudas, sentadas en el suelo.

—Sara no se suicidó —empieza diciendo con su acento cantarín de Norrland, al

tiempo que sostiene mi mirada y se atusa el pelo corto y ondulado.

»Hoy recibimos el informe preliminar del médico forense. Sara no tenía agua en los pulmones, lo que quiere decir que ya estaba muerta cuando la metieron en el mar. También le infligieron los cortes en las muñecas *post mortem*. Además, la habían hinchado a tranquilizantes. Benzodiazepina —dice Markus con el semblante adusto—. Y alcohol. El cadáver también mostraba señales de estrangulamiento. Sara fue asesinada.

No sé qué decir. ¿Alguien asesinó a Sara? El asesinato me resulta, si cabe, más impensable que el suicidio. Quiero decir algo, pero no logro que me salgan las palabras.

—Pero ¿quién querría asesinar a Sara? —pregunta Aina por mí.

Markus se encoge de hombros.

—Hay muchas razones para querer matar a una persona —dice Markus con voz cansina.

En cierto modo, el comentario parece fuera de lugar, viniendo de ese tío joven que está sentado en mi sofá.

—No me creeríais si os dijera el poco valor que tiene la vida de un ser humano para cierta gente. Sea como sea, ¿sabéis si Sara se sentía amenazada de alguna manera?

Sacudo la cabeza, negándolo.

—En absoluto.

—¿Tenía enemigos? ¿Algún exnovio celoso, por ejemplo?

Vuelvo a negar con la cabeza, esta vez con mayor lentitud, mientras rebusco en mi cabeza algún hilo conductor que pueda explicarme por qué alguien podría desear la muerte de Sara, pero no se me ocurre nada.

—Tenía un nuevo chico o, mejor dicho, un hombre. Sara se sentía algo confundida con la relación que mantenían. El tío en cuestión se preocupaba mucho por ella, pero no quería... —Vacilo, y siento como si estuviera traicionando la confianza de Sara. Sin embargo, continúo—: Él no quería acostarse con ella.

—¿Sara le tenía miedo? ¿Se sentía amenazada?

—No, creo que simplemente estaba confundida.

—¿Sabes quién es, cómo se llama?

Me quedo pensando un rato si alguna vez Sara mencionó su nombre, si dijo algo que pudiera revelar la identidad del novio desconocido.

—No tengo ni idea. Tendréis que preguntárselo a sus amigos. A lo mejor, ellos saben más que yo.

Markus me escudriña. Su mirada no me suelta.

—¿Su muerte podría tener algo que ver contigo, Siri?

—¿Qué quieres decir con eso? —respondo, sorprendida.

—La verdad es que la carta de despedida, que se supone que escribió otra persona por Sara, contiene mucha crítica hacia ti. Además, encontramos a Sara en tu

embarcadero. Existe la posibilidad, entre muchas, eso sí —subraya Markus—, de que alguien la haya asesinado, al menos en parte, para hacerte daño a ti.

La manera que tiene de decirlo hace que parezca una pregunta.

Me he quedado sin habla, muda por la sorpresa y el *shock*. La sola idea de que Sara haya podido morir porque alguien quería hacerme daño me resulta espantosa y, si cabe, aún más terrible que imaginar que Sara se quitó la vida por voluntad propia.

—Pero ¿quién iba a matar a Sara para hacerme daño a mí?

Aina parece tan sorprendida como yo, pero no dice nada.

—Piénsalo bien, Siri. ¿Hay alguien que querría hacerte daño?

Intento darle vueltas, pero sólo consigo ver el cuerpo muerto y enclenque de Sara flotando en el agua al lado de mi embarcadero.

—Nadie —digo—. Nadie quiere hacerme daño.

Markus suspira y vuelve a intentarlo.

—Siri, ahora en serio. ¿Ha ocurrido algo fuera de lo normal últimamente? ¿Has recibido alguna llamada telefónica amenazante, has estado involucrada en algún accidente, algún amor no correspondido, algún problema en tu entorno laboral?

La voz de Markus se apaga al ver la expresión de mi cara.

—En realidad, han ocurrido muchas cosas extrañas últimamente —digo dubitativa.

No sé si le resultará poco serio si le hablo de la carta anónima que recibí recientemente, pero decido que lo mejor será comentársela.

—Hace poco, recibí una carta misteriosa —digo en un tono de voz ligero, y me pongo en pie para ir a por el sobre gris.

Le doy la carta a Markus y vuelvo a sentarme. Aina me mira sorprendida mientras Markus estudia el sobre y la fotografía.

—Voy a quedarme con esto —dice sin dar muestras de lo que piensa—. ¿Algo más?

—No, pero debo admitir que llevo todo el verano sintiéndome observada en mi casa.

—¿A qué te refieres cuando dices que te has sentido observada? ¿Has visto a alguien ahí fuera?

Sacudo la cabeza, negándolo.

—No, supongo que se trata más de una sensación. —Miro a Markus como disculpándome—. Lo siento mucho, pero no tengo manera de probarlo.

Veo ante mí el interruptor de la luz bajado y las pisadas en el suelo. Empiezo a hablarle a Markus con todo detalle de las teorías que tengo acerca de la posibilidad de que alguien haya entrado en casa mientras yo dormía. Él me mira suspicaz, vuelve a pasarse los dedos por la cabellera rubia y brillante por la humedad, pero no dice nada que me pueda hacer sospechar que no me cree. Cambia de tema y vuelve a la carta que recibí.

—¿Tu quién crees que puede haberte enviado la carta?

Dejo pasar un tiempo antes de responder y, en su lugar, miro por las ventanas oscuras de mi salón. Ya no se ve el mar. A lo lejos veo algo que deben de ser linternas. Tan sólo oigo el viento que, por lo visto, ha empezado a rugir con más fuerza.

—No lo sé. Nadie. Alguien que quiere gastarme una broma. Que quiere hacerme creer que tengo un admirador secreto...

No digo más. En secreto, he estado jugando con la idea de que tal vez sea Sven quien me ha enviado la foto para tomarme el pelo, pero ahora, cuando he empezado a ponerle palabras a mis pensamientos, me resulta completamente absurdo.

—Nadie —vuelvo a decir, esta vez con mayor convicción.

Vuelve a hacerse el silencio. Sólo se oye el viento que sacude las enormes copas de los árboles y las olas que golpean contra las rocas. Aina me mira fijamente. La expresión de su cara es insondable y sé que me exigirá una explicación en el momento que Markus haya salido por la puerta de mi casa. Quiero que Markus se quede. Me siento extrañamente atraída por él. Por la calma que aparentemente le envuelve. Por su postura respetuosa hacia Sara. Por el hecho de que me escucha cuando hablo, que se toma en serio lo que le digo y que no me trata como si fuera una idiota integral.

Aina carraspea.

—Siri, también deberías contarle lo otro. Eso de cuando... la policía te detuvo.

Markus me mira, pero no parece demasiado sorprendido.

—¿Te refieres a cuando la detuvieron por conducir borracha? —pregunta en un susurro.

—¿Cómo lo sabes? —digo, y me siento confundida.

Markus se encoge de hombros.

—Es mi trabajo saber este tipo de cosas.

—De acuerdo. Esa noche, alguien me llamó por teléfono. Ese alguien me dijo que Aina estaba ingresada en el hospital de Söder, y que debía ir allí inmediatamente. Me metí en el coche inmediatamente. Ya sé que fue una estupidez, pero realmente creí que Aina estaba a punto de morir y, como ya sabes, es difícil hacer que venga un taxi hasta aquí.

—Eso es fácil de comprobar. Podemos ver si alguien te llamó esa noche y, en tal caso, desde dónde te llegó la llamada.

Anota algo en su agenda, se levanta, y yo doy por supuesto que está a punto de marcharse. Sin embargo, se queda ahí parado y luego se vuelve hacia nosotras.

—Ahora que lo pienso. Hay algo más que quería saber. ¿En qué trabajaba Sara?

—No trabajaba, estaba en paro —contesto, sin entrar en detalles sobre su lucha empecinada contra diversos jefes.

—Saltaba a la vista que llevaba ropa bastante cara.

—Creo que el tío que había conocido le daba dinero.

—¿Te refieres al que no sabes quién era?

—Exacto. Al que no sé quién es —digo, asintiendo con la cabeza, y vuelvo a mirar por mis ventanas oscuras.

Markus no tiene más preguntas. Intercambiamos unos cuantos comentarios de rigor sobre lo maravilloso que es vivir tan cerca de la naturaleza y lo acompaño hasta la puerta. Justo en el momento en que está a punto de adentrarse en la oscuridad compacta de la noche, Markus se vuelve hacia mí. Por un instante, creo que quiere acariciar mi mejilla. Cierro los ojos, pero no hay ninguna mano que acaricie mi piel, y me avergüenzo de haber pensado eso de este hombre que no sólo es policía, sino que, además, es demasiado joven para mí. Diez años más joven que yo. Como mínimo.

No es más que un niño.

Saca una tarjeta de visita del bolsillo, le da la vuelta y anota unos números en el dorso.

—Estos son mis números de teléfono. He anotado el número de mi móvil privado en el dorso. Puedes llamarme cuando quieras. Si te acuerdas de cualquier cosa, o quieres decirme algo que crees que pueda ayudarnos en la investigación, llámame. Lo que sea. Cuando sea.

Se detiene, y yo cojo la tarjeta de visita y me la meto en el bolsillo del albornoz. Nos quedamos un rato allí sin movernos, un rato demasiado largo. Entonces nos damos la mano y Markus desaparece en la noche.

Aina está sentada en la alfombra, mirándome.

—¿Qué carta era esa? ¿Qué es lo que no me has contado?

Poco a poco, empiezo a hablarle de la carta. De las fotos que alguien me ha hecho en secreto. Del corte de luz durante la tormenta.

—¿Por qué, Siri? ¿Por qué no me habías dicho nada?

Aina parece sobre todo confusa. No acusadora, tal como yo había temido.

Con voz queda le explico a Aina que no quería que se preocupara por mí. Le hablo del riesgo de que nuestra amistad se vea comprometida y se desgaste, le digo que no quería ser una carga para ella. Que no quería ser una carga para nadie.

—¡Siri, francamente! ¡A veces te comportas como una verdadera idiota!

Aina se acerca a mí, y yo poso la cabeza en su hombro. Así nos quedamos sentadas un buen rato.

Fuera, la noche se va cerrando.

Fecha: 14 de septiembre

Hora: 14.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Peter Carlsson

Llevo aproximadamente veinte minutos hablando con Peter Carlsson. Hemos consumido la mitad del tiempo averiguando qué es lo que desencadena los pensamientos obsesivos de Peter de hacer daño a su novia. Aparentemente, está mejor que la primera vez, aunque todavía sufre cuando tiene que hablar de las cosas terribles que, en realidad, no quiere hacer pero que, no obstante, no puede dejar de idear en detalle.

La expresión nerviosa de su rostro y sus palabras exculpatorias empiezan a atacar mis nervios. Hay algo que no concuerda. No sé lo que es, sólo sé que hay algo en Peter que me resulta afectado. Artificial. De vez en cuando me asalta la sensación de que sus disculpas no son más que palabras vacías que ha memorizado y que repite con el único propósito de llegar a soportarse a sí mismo. Lo que realmente hay tras la fachada presentable de Peter permanece oculto.

—Por cierto —dice Peter de pronto, en medio de una viva descripción de violencia contra las mujeres—. Me encontré a Charlotte Mimer en el rellano. No sabía que venía aquí. Habíamos trabajado juntos en Procter & Gamble.

Me detengo en mitad de un movimiento y de pronto estoy alerta. Le miro. La expresión de su cara es fervorosa y abierta.

—Pero ¿supongo que no puedes hablar de tus pacientes?

—No, no puedo.

—Por tanto, ¿no puedes decirme si Charlotte Mimer es tu paciente?

Peter Carlsson parece avergonzado.

Ahora estoy irritada con Peter, aunque no lo demuestro. ¿Acaso no sabe cualquiera que un terapeuta se debe al secreto profesional?

—Peter, me gustaría que retomáramos nuestra conversación de antes. ¿Me has dicho que a veces te vienen pensamientos a la cabeza en los que estrangulas a alguien?

—Sí, pero no es que siempre la agarre del cuello, quiero decir, en mis fantasías, claro —me aclara Peter.

Peter dice «agarrar del cuello» cuando, en realidad, quiere decir «estrangular». Supongo que debe de resultarle más fácil.

—Porque hay veces que la quemo con cigarrillos. Me refiero, en mi cabeza, por supuesto —insiste Peter, como en un intento de marcar que este comportamiento está muy lejos de sus verdaderas intenciones.

—O que le haces cortes en las muñecas y luego la ahogas —digo, repentinamente y en tono cortante.

—Eh, pues eso, así es.

Peter parece sorprendido pero, a la vez, aliviado, como si él mismo no hubiera podido explicarlo mejor.

—En principio, puede ser cualquier cosa que pueda hacerle daño...

De pronto no puedo más. Me levanto de la silla con un movimiento violento.

—Tendrás que perdonarme, Peter. Ya he tenido bastante por hoy.

Peter parece sorprendido, pero también hay algo más en su mirada, algo maligno. Parece satisfecho. Como si el hecho de que su terapeuta interrumpa la sesión conllevara que ha conseguido más de lo que pensaba, tanto ante sí mismo como ante mí, que realmente es un monstruo.

Abro la puerta de un tirón y salgo corriendo de la habitación. Estoy a punto de chocar con Marianne, que, por lo visto, estaba justo al otro lado de la puerta. Si no fuera ella, podía haber pensado que estaba escuchando. Intento explicarle la situación: estoy cansada, Peter se comporta de una manera extraña, ¿puede echarme una mano?

—Vas a tener que inventarte una excusa —le digo.

—¿Qué? —me pregunta como un pasmarote, y coloca las manos en sus anchas caderas.

—Dile que estoy embarazada y que tengo que vomitar, o algo así. Ya se sabe, las mujeres se vuelven imposibles cuando están embarazadas, ¿no es verdad?

Marianne me mira asustada cuando salgo corriendo hacia la puerta.

—Anula todas mis citas de la tarde —añado, antes de abrir la puerta del rellano y desaparecer escaleras abajo.

Paseo sin rumbo por las calles alrededor de la iglesia de Katarina. Es un alivio salir al aire fresco. Las nubes cuelgan pesadas sobre las agujas de la torre de la iglesia y es como si el tiempo acompañase mis sentimientos. Tomo asiento en uno de los bancos del cementerio y echo una mirada hacia las tumbas. Por una vez, no tengo mala conciencia por haberme comportado como lo he hecho. Me había parecido totalmente fuera de lugar escuchar las fantasías violentas de Peter Carlsson. Tanto para mí como, también, para él.

Las imágenes del rostro muerto de Sara vuelven a venirme a la cabeza. Sara. ¿Quién puede haber querido hacerle daño? ¿Lo habrá hecho alguien para hacerme daño a mí? La sola idea me resulta absurda. Reflexiono sobre las palabras de Markus: «Es una teoría sobre la que estamos trabajando, una más entre tantas...». ¿Qué otras teorías puede tener la policía?

Escarbo en la memoria, intento recordar lo que me ha contado Sara durante nuestras sesiones. Sara tiene un historial de abusos. Sé que tomaba drogas cuando estuvo sin hogar. No en grandes cantidades, nada de drogas duras, al menos según ella. Sin embargo, el hecho de que Sara utilizara las drogas también debió de comportar que estuviera en contacto con muchos desechos humanos. A lo mejor, alguna persona de su pasado que pretendía vengar un antiguo agravio. ¿Tal vez alguna deuda? Toda la hilera de ideas me resulta absurda y poco probable. ¿Por qué iba alguien ahora a ir a por Sara? ¿Después de tantos años?

Además, está la carta, la carta de despedida, que no es una carta de despedida. La carta que debió de escribir el asesino de Sara. La persona que escribió esta carta debía de conocerme. Debía de saber que Sara hacía psicoterapia. Además, esta persona debía de saber todo lo que Sara y yo hablamos, hasta el último detalle. Sé que la mayoría de los asesinatos los comete una persona cercana a la víctima. Es poco frecuente que el perpetrador del asesinato sea alguien desconocido. Entonces, ¿qué personas estaban cerca de Sara? Hay alguna que otra amiga que Sara mencionó durante las sesiones. Linda y Natalie. Chicas jóvenes, tan destrozadas por la vida como Sara. Me cuesta imaginarme que alguna de ellas se haya ensañado con Sara. Me imagino que el asesino es un hombre, no sólo porque los asesinatos, en la mayoría de los casos, suelen ser hombres, sino porque la persona que Sara conoció recientemente es un hombre. Un hombre que, encima, se comportaba de manera extraña. Intento hacer una especie de resumen razonable de lo que sé de él.

Es mayor, pero ¿qué significa mayor? Sara tenía veinticinco años. ¿Qué comportaba ser mayor para ella? ¿Treinta y cinco, como los que tengo yo? ¿O tal vez cincuenta y dos, como su padre? Sea como fuere, mi apreciación es que hablábamos de un hombre mayor que yo.

Tiene mucho dinero. Ha colmado a Sara de ropa de diseño y de otros regalos. Pero ¿eso qué significa, en realidad? Estocolmo debe de estar lleno de tíos ricos en los cuarenta.

Lo que resulta más aberrante en este hombre es que, por alguna extraña razón, se

haya acercado a Sara, que la haya cortejado, que se haya ganado su confianza y, a pesar de ello no se haya querido acostar con ella. ¿Por qué un hombre de su edad quiere tener una relación de este tipo con una chica joven? ¿Por qué? No sé qué contestar a esta pregunta. Pero sé que es poco usual. Pienso en el desasosiego que sentí cuando Sara me habló por primera vez del hombre que había conocido. Una sensación, mi instinto que me decía que aquí había algo raro. De pronto, me siento absolutamente segura de que tenía razón en mi percepción de la situación. Algo no estaba bien.

Intento rebuscar en la memoria, intentando recordar si Sara me comentó algo acerca de la manera en que se conocieron. Es probable que me haya dicho algo al respecto, pero no consigo recordarlo. La cinta de vídeo con las grabaciones de las sesiones, pienso. Tendré que echarles un vistazo. A lo mejor hay más información que encontrar en ellas. Detalles que he olvidado. Decido revisar las cintas cuando la policía, que ahora las tiene para hacer copias, me las devuelva. Y cuando tenga fuerzas para hacerlo. Ahora mismo, me parece insoportable ver a Sara sentada, toda encogida en el sillón, mientras me habla de su vida y fuma uno de sus eternos cigarrillos.

La habitación es espaciosa; las paredes, blancas. En la esquina hay un escritorio Kinnarps muy ordenado cuya superficie brilla. Aparentemente, no hay ni una sola mota de polvo sobre el tablero del escritorio. En las estanterías, que también son de Kinnarps, hay carpetas Jofa ordenadas por colores. Estoy sentada en la silla de los visitantes, un poco separada, al lado de una mesa de lo que debe de ser el rincón de las charlas. Caigo en la cuenta de que el mobiliario y la organización del espacio se parecen mucho a los de mi consulta. Un espacio para trabajar; otro para hablar.

Al otro lado de la mesa están Sonja y Markus, los agentes de policía que ya he visto una vez antes. A diferencia de nuestra conversación anterior, ahora se trata, sin lugar a dudas, de un interrogatorio. El tono es amable, pero formal. No hay rastro de las mantas ni de las copas de vino consoladoras. Frente a mí, sobre la mesa, hay una taza con capuchino de máquina que Markus me ha traído. «De nuestra nueva máquina de café», me había anunciado, no sin un cierto tono irónico.

Es Sonja quien lleva la voz cantante, a su manera ágil y algo nerviosa. Markus está sentado a su lado, tomando notas e intercalando de vez en cuando alguna que otra pregunta.

—¿Qué sabes de los abusos de Sara?

Después de que hayan vuelto a contarme que las circunstancias que envuelven la muerte de Sara son poco claras y que ya no se puede hablar de un suicidio, sino de un asesinato, Sonja lleva la conversación hacia el pasado de Sara.

—Algo... aunque tampoco demasiado, la verdad. Habéis visto las cintas, ¿no es así?

—Bueno, hemos hecho copias y ahora estamos revisándolas. Por cierto, si quieres, puedes llevarte las originales cuando te vayas. De todos modos, suponemos que también hablasteis sin que la cámara estuviera encendida, por eso te lo preguntamos.

—Sara estuvo tomando drogas un tiempo, y luego lo dejó. Ella sola, sin ayuda. Porque quería.

—¿Sabes que tenemos a Sara en nuestros archivos?

—Sí, sé que la pillaron por robo, ¿y tal vez también por posesión de drogas?

—Y por encubrimiento. Además, sabemos que se prostituía periódicamente. ¿Lo sabías?

Me quedo un rato sin decir nada. Para mí, es algo nuevo que Sara se prostituyese y esta información me hace sentir náuseas. Sé lo mal que debió de sentirse Sara al vender su cuerpo, y sólo puedo intuir cómo debió de justificarlo ante sí misma para poder soportarlo. Sacudo la cabeza.

—No, no lo sabía.

Por alguna extraña razón, el hecho de no saberlo me hace sentirme avergonzada. Como si debiera conocer todos los secretos de Sara, como si mi desconocimiento me convirtiera en una mala terapeuta, como si probara mi incompetencia.

—De acuerdo. ¿Entonces tampoco sabes si seguía manteniendo el contacto con la

gente de ese período de su vida?

Niego con la cabeza. Sonja suelta un suspiro apenas audible.

—Seguimos sin saber si la muerte de Sara tiene que ver con su pasado, o si, de alguna manera, tiene algo que ver contigo. Hay bastantes indicios que parecen señalar que el crimen estaba dirigido contra ti.

Vuelvo a asentir con la cabeza. Markus ya me lo había contado.

—¿Y qué relación tienes tú con las drogas?

—¿Las drogas? —Repito tontamente la pregunta de Sonja—. No tengo ninguna relación con las drogas. O, mejor dicho, no con las drogas ilegales. De vez en cuando me tomo alguna copa de vino. Nada más que eso.

—Hace poco, te detuvieron por conducir bajo los efectos del alcohol, ¿no es cierto? A mí, eso me suena como algo más que una copa de vino de vez en cuando.

—Fue una situación fuera de lo corriente. De no ser así, jamás habría cogido el coche estando borracha. Pero eso ya se lo expliqué a Markus...

Sonja levanta las cejas de forma casi imperceptible y echa un rápido vistazo a Markus. De pronto, tengo la sensación de que Markus no le ha contado nada a Sonja de la conversación que mantuvimos.

—Es posible que el agente Stenberg lo haya comentado contigo anteriormente, pero ahora quiero que me lo cuentes a mí.

El tono de voz cortante de Sonja me sorprende y me doy cuenta de que Markus parece sentirse incómodo en la silla. Me entran los remordimientos por haberle puesto en una situación comprometida, pero entonces comprendo que yo no tengo por qué protegerle en su trabajo.

—No, no tomo drogas ilegales. Nunca lo he hecho. No, no suelo coger el coche si he bebido, pero aquella noche alguien me llamó y me dijo que mi mejor amiga estaba a punto de morir. Me asusté y entré en *shock*... y me metí en el coche. Sé que no fue una buena idea, que fue una estupidez.

—La mayoría de la gente que detenemos por conducir ebria suele tener una buena excusa para explicar por qué cogió el coche en estado de embriaguez.

—Ya, pero ya le he explicado que...

—¿Tu marido murió en un accidente de submarinismo?

Sonja vuelve a cambiar de tema y eso me confunde, y me siento engañada. Como si las demás preguntas de Sonja tan sólo hayan sido pasos de baile, pensados para llevarme precisamente a este punto. De pronto, comprendo que esto es lo que ocurre cuando la gente es víctima de un delito. Ya no hay nada que sea privado. No hay nada que pueda permanecer en secreto. La vida de Sara queda al descubierto, hasta el último detalle. He oído que lo llaman autopsia psicológica. Pero también mi vida ha sido examinada minuciosamente. Incluso desvelan mis secretos más íntimos, dejándome desnuda.

—Es cierto.

—He repasado la investigación que llevaron a cabo nuestros colegas de la policía

de Nacka.

—Sí, supongo que así fue. De hecho, no lo recuerdo muy bien...

Para mí, la investigación de la muerte de Stefan ha quedado envuelta en una nebulosa. Sé que su muerte fue investigada, y sé que llegaron a la conclusión de que no había habido delito.

Eso es todo.

—Es extraño que tu marido haya muerto en un accidente en el agua, y que encontremos muerta a una de tus pacientes cerca de tu casa. Aparentemente, ahogada.

La voz de Sonja es neutral. Su rostro no deja entrever a dónde quiere llegar, pero noto cómo el malestar crece en mi interior, como nubes en un día de verano, y siento miedo, un miedo repentino, a vomitar en aquel rincón acogedor donde se supone que estamos charlando. Sobre los muebles Kinnarps y el bloc de notas.

—¿Adónde pretendes llegar con esto?

Mi voz no es más que un susurro ronco, y aunque intento sonar serena y dueña de mí misma, sé perfectamente qué es lo que Sonja intenta provocar en mí. Veo que Markus se siente incómodo. Evita mi mirada, y yo me pregunto qué habrá sido de esos agentes de policía tan simpáticos que se ocuparon de mí de una forma tan exquisita y considerada.

—Sólo digo que es una coincidencia curiosa. Un caso curioso. Verás, cuando estás en la policía no te gustan las coincidencias —dice Sonja, sin soltarme con su mirada oscura, tenebrosa.

—¿Y?

—¿Y qué tienes que decir tú a eso?

—¡Que no sé adónde coño quieres llegar! ¿Crees que yo maté a Sara? ¿O qué?

En el mismo instante en que pronuncio las palabras, me doy cuenta de que me he dejado llevar precisamente al lugar donde Sonja me quería. Ella me mira, todavía con esa irritante expresión neutral en la cara.

—Bueno, ¿tú qué dices? ¿Lo hiciste?

Fecha: 18 de septiembre

Hora: 16.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Charlotte Mimer

He cambiado la cita de Charlotte. No quiero que corra el riesgo de encontrarse con un antiguo colega mientras espera en la recepción a que le llegue la hora de hablar con su terapeuta. También he llegado al punto de reconocer que no puedo seguir teniendo a Peter Carlsson como paciente. No soporto tener que escuchar sus fantasías. En otras circunstancias, hubiera podido mantener una distancia profesional. Ahora, tal como están las cosas, eso es imposible.

—¡Lo digo en serio!

Charlotte no aparta su intensa mirada de mí. La nueva Charlotte. Está cambiada y muestra aspectos de sí misma durante la terapia que yo no había detectado antes.

—La verdad es que creo que me estoy volviendo loca. Chiflada. He dejado de tener control sobre mí misma, ¿lo entiendes? Cero control.

Pasa la mano por su bolso de piel de Mulberry que, estoy convencida, es auténtico, a diferencia del mío, que sigue en el vestidor sin estrenar. Es un regalo de mis padres, después del último viaje que hicieron a Tailandia, el pasado invierno. Sus uñas están cuidadas, y sus manos son pequeñas y bonitas. El pelo, como de costumbre, es perfecto, y un pensamiento pasa veloz por mi cabeza: seguro que su peluquero cobra más por hora que yo.

—Acabaré como la tía Dolly. Totalmente chiflada.

—¿La tía Dolly?

—Oh, no es nada, sólo una vieja parienta. Se volvió completamente loca. Empezó a cometer pequeños robos con otra vieja. Dios mío, se volvió completamente loca. Imagínate si yo acabo así.

Toda la apariencia de Charlotte indica perfección y control. Exceptuando esos toqueteos nerviosos que hace sobre el bolso. Eso, y luego las palabras que repite una y otra vez: «fuera de control, fuera de control».

—¡Para!

Miro a Charlotte, animándola.

—Tienes que explicarme qué es lo que ha pasado. Qué es lo que está pasando. Si no, no podré decirte si realmente te estás volviendo loca.

Le sonrío con cautela para mostrarle que, por supuesto, no creo que esté loca, de ningún modo. Por lo visto, capta mi señal sutil porque parece relajarse un poco. Sus manos se tranquilizan sobre la suave piel de ternero de color café, toma aire y luego lo suelta muy lentamente.

—He hecho algo verdaderamente loco. Algo jodidamente chiflado.

El taco suena extraño y fuera de lugar en boca de Charlotte. Como si no tuviera

nada que ver con esa delicada mujer que tengo enfrente. Asiento con la cabeza para mostrar que le he oído y que aguardo la continuación.

—Mi jefe. Ya sabes, ya te hablé de él. Estaba enfadada con él. No podía hablar con él de que me siento excluida sin que aparezca como una buscarrazones. Una de esas que habla de la discriminación de las mujeres y de las cuotas en lugar de rendimiento y resultados.

—Lo recuerdo.

—Bueno, bien, pues he...

Charlotte se detiene y me mira. Me calibra con la mirada, como para comprobar si voy a poder soportar las verdades que tiene pensado contarme.

—Abrí sus *mails*.

—¿Abriste sus *mails*?

Repito las palabras de Charlotte lentamente, y me siento estúpida y torpe. Lo que me está contando me suena tan extraño por venir de Charlotte que me cuesta comprenderlo.

—Abrí sus *mails*. Él estaba en una conferencia, en algún foro de Denver. No sé de qué. Yo estaba haciendo horas extra, y, bueno... entonces ocurrió, sin más.

—¿Ocurrió sin más?

Repito otra vez las palabras de Charlotte y vuelvo a sentirme estúpida. Sé que todos hacemos cosas raras cuando estamos bajo presión, pero lo que me cuenta Charlotte resulta tan sorprendente que ya no sé muy bien cómo ir a su encuentro.

—Sí, ocurrió, y ya está. Fue bastante interesante, de hecho. Tiene un lío con una de las economistas jóvenes. Una mujer que trabaja en su sección. Es decir, que se tira a una que trabaja directamente a sus órdenes. Me parece bastante torpe. Y todavía más torpe es que guarde este tipo de correos en una dirección de correo electrónico del trabajo.

Charlotte sonrío. Con una sonrisa torcida, diríase que casi desencajada y, por un instante, no quiero mirarla, porque hay algo en su mirada que me asusta.

—Estuve considerando reenviar el *mail* a su mujer, pero eso hubiera sido completamente de locos. Quiero decir, entonces sí que podría decirse que estoy loca de atar. ¿No te parece? Además, no tengo ninguna razón para dañarle personalmente. Ya sabes, es en el ámbito profesional, no en el personal, donde me siento agraviada. De todos modos, también había un *mail* de uno de nuestros clientes más importantes sin leer en la bandeja de entrada. Una urgencia. Contenía el borrador para un contrato que exigía una respuesta rápida. Sé que ha estado esperando este borrador. Y entonces, bueno, pues lo borré.

Charlotte se ríe escandalosamente y sacude la cabeza con tal agitación que su cabellera castaña revolotea alrededor de su preciosa cara y, por un instante, parece tan exultante que llego a asustarme. Durante un segundo, una fría y pegajosa sensación se extiende desde mi estómago hasta el resto del cuerpo. ¿Quién es la persona que está sentada frente a mí? ¿Quién es esta mujer? Sin embargo, tan rápido como aparece

este sentimiento, vuelve a desaparecer, para ser sustituido por la mirada clínica y perspicaz de la terapeuta. No es de extrañar que Charlotte pierda el control. O, mejor dicho, no lo pierde, sino que lo suelta. Y ya era hora de que lo hiciera, la verdad sea dicha.

Charlotte se da cuenta de lo que estoy pensando, porque la expresión de su cara se ha endurecido.

—Ya te dije que me estoy volviendo loca. Ya no logro mantener el control sobre nada. Es demencial. Me sentí tan a gusto, justo en el momento en que pasó... Justo cuando lo hice: *Delete*. Fuera. Pero entonces llegó la angustia. Recogí mis cosas y salí corriendo del despacho. Me obligué a volver al día siguiente. Tenía un miedo terrible a las posibles consecuencias que traería mi comportamiento. ¿Y sabes lo que resulta más irónico de todo?

Niego con la cabeza, no se me ocurre ahora mismo ninguna respuesta adecuada.

—Al día siguiente, el servidor del correo electrónico se cayó. Todos los *mails* sin abrir desaparecieron. Así que mi allanamiento, por así decirlo, pasó... desapercibido. Y no logro entender cómo pudo ocurrir. ¿Cómo pude hacer una cosa así? Es una locura, no cabe duda. ¡He perdido el control, Siri!

Charlotte mira hacia otro lado, con las mandíbulas apretadas y una mirada resignada y un poco ausente. Ha dejado de mirarme, y ahora clava los ojos en el crepúsculo que va cayendo lentamente sobre la plaza Medborgar.

—¿Sabes lo que vi de camino hacia aquí?

—No —contesto yo, fiel a la verdad. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—Pues, verás. Vi a una mujer que iba andando por la calle de Götgatan, tenía más o menos mi edad. Hablaba por el móvil mientras reía. Pero... le salía sangre por la nariz.

Sigo mirando fijamente a Charlotte, no sé qué decir.

—Sí, ya lo sé, no era más que sangre que le salía de la nariz, nada serio. Pero no pude evitar pensar que...

—¿Qué Charlotte? ¿Qué pensaste?

Charlotte se frota las manos y mira al suelo.

—Pensé que así son realmente las cosas...

—¿A qué te refieres?

Charlotte se retuerce en el sillón. Por lo visto, le resulta complicado contestar a mi pregunta.

—Quiero decir... Vas por ahí, eres feliz..., tal vez no, pero al menos estás satisfecha. Crees que todo va bien. Pero no es así.

Me inclino hacia ella, quiero escuchar lo que sigue.

—Las cosas no van bien. En realidad, no. Sangras por algún sitio. Sin saberlo. A lo mejor, tienes un tumor en el estómago que crece hasta el tamaño de una naranja mientras te paseas por ahí, inconsciente y sonriendo. A lo mejor, tu marido se acuesta con tu mejor amiga. El caso es que...

Charlotte parece agitada, y veo que su labio inferior tiembla débilmente.

—El caso es que... La cuestión es que así es la vida. Nunca puedes fiarte de nada ni de nadie. Que, en realidad, todos, en el fondo, somos... unos egoístas. Que la vida misma es tan... insegura, que no te puedes fiar de nadie. Y yo, pobre de mí, he sido tan jodidamente ingenua... Porque no me había dado cuenta hasta ahora.

Veo que las lágrimas han empezado a correr por sus mejillas. Charlotte me mira con ojos suplicantes, y su voz es débil y quebradiza cuando vuelve a hablarme.

—Tienes que decírmelo tal como es, Siri. ¿Me estoy volviendo loca?

Sven hace girar su maltrecha silla de oficina. Con un poco de buena voluntad incluso podría calificarla de *retro trendy*: IKEA, finales de los setenta. La tela de color mostaza cuelga en largos flecos, dejando ver el asiento de gomaespuma que hay debajo y que rebosa entre los desgarros, como un bizcocho demasiado crecido. Se ha quitado los zapatos. No sé por qué, pero los hombres que se quitan los zapatos me provocan sarpullidos. En el avión, en la oficina, en el autobús; todos estos calcetines malolientes por doquier. Sin embargo, Sven no parece detectar mi mirada de desaprobación. Hace un gesto en dirección a la única silla que hay en el local que no está cubierta de notas, informes y libros.

—Siri, toma asiento, por favor.

El tono de voz es amable, pero le noto cansado. Tal vez incluso está ligeramente irritado cuando se quita las gafas y se frota la cara.

—¡Joder, debería de haber ordenado un poco! Pero...

Sven se queda callado y escudriña mi rostro cuando me siento enfrente de él, en la vieja silla de varillas.

—¿Cómo te va todo? ¿Duermes lo suficiente?

Todas estas preguntas: si duermo; si como; si bebo. En realidad, quiere saber cómo estoy.

—Muchas gracias, todo va bien.

Noto que no me cree, pero ¿eso qué más da? No es por eso que estoy aquí.

—Oye, Sven...

—¿Sí?

Sven clava la mirada en mí, a la vez que saca su pipa y empieza a llenarla de tabaco. Hemos acordado que no puede fumar en la consulta, pero todos sabemos que, a pesar de ello, fuma a escondidas. A veces, incluso, llega a oler a tabaco en la escalera. Por lo visto, Sven ha decidido que no importa si hoy le veo fumar. A lo mejor, porque yo ahora conduzco oficialmente bajo los efectos del alcohol, y eso, en cierto modo, excusa su comportamiento.

—¿Tú podrías... podrías hacerte cargo de Peter Carlsson como paciente?

Sven se encoge de hombros y enciende la pipa.

—¿Ya has tenido suficiente?

—Sí.

Es un alivio que lo entienda todo inmediatamente, y que no me exija largas explicaciones. Pero es que también tiene conocimiento del problema de Peter.

—Sí, supongo que sí. No creo que haya nada que lo impida.

Le estoy muy agradecida, pero no sé muy bien cómo dárselo a entender. También me resulta algo embarazoso estar a solas con Sven. No lo he estado desde que se me insinuó de aquella manera tan desagradable en mi cocina, durante la fiesta del cangrejo.

—También hay otra cosa que quería comentarte.

Intento concentrarme, ponerle palabras. Quiero hablarle de lo que ocurrió aquella

noche. Quiero acabar con ello de una vez, pero no estoy segura de por dónde debo empezar.

—¿La fiesta del cangrejo?

Sven aguarda mi confirmación.

—La fiesta del cangrejo —digo, y asiento con la cabeza.

—Pues sí, la verdad es que fue muy desafortunado que Birgitta tuviera que verlo.

Su respuesta me sorprende. Tal vez di por supuesto que me pediría disculpas. Contaba con que posiblemente fuera una excusa mala, pero nunca un comentario de este tipo, diciéndome que había sido producto de la mala suerte el que su mujer lo hubiera pillado con las manos en la masa, mientras él me manoseaba. Hace que parezca como si sus insinuaciones hubieran sido cosa de los dos. Empiezo a considerar si realmente es así como él lo ve. Si está justificando su modo de actuar, haciéndome partícipe de él.

—¿Y qué dice Birgitta?

Me doy cuenta de lo sarcástico que suena mi tono de voz.

—Ya, me imagino que te encantaría saberlo. Sois todas iguales.

—¿A qué te refieres? ¿Quiénes?

—Las mujeres. Lo sois. Iguales. Todas las mujeres. Curiosas. Cotillas.

De pronto hay algo oscuro en su mirada. Suelta una nube de humo entre nosotros, extiende la mano para coger el teléfono, mostrando así que da por terminada la conversación. Yo me pongo en pie, sorprendida por el malestar que de repente siento, como si me hubiera humillado. ¿Lo ha hecho?

Me quedo de pie en la puerta, pero él hace girar la silla una media vuelta, me da la espalda y marca un número en su móvil.

Por la noche, su casa era como un acuario. Se erguía como un enorme bloque entre las rocas, iluminando toda la ensenada. Miré la casa, y la casa me devolvió la mirada con sus ojos amarillos y brillantes, aunque siempre indiferentes.

Desde mi lugar de observación sobre la superficie resbaladiza de la roca que todavía estaba caliente tras un día entero de sol, podía seguir cada paso que daba, pero ella no me podía ver a mí mientras daba vueltas a través de las estancias con la linterna gigantesca bien agarrada en una mano y una copa de vino en la otra.

Justo detrás de ella andaba la otra, con su estropeada cabellera rubia recogida en un moño suelto. Uno de sus pechos casi colgaba por fuera de la camiseta minúscula que llevaba, y noté cómo se me hacía un nudo el estómago. La rubia se volvió lentamente hacia la ventana, como si pudiera leer mis pensamientos, y durante un breve instante, la vi de frente. Juguetona, dejó correr la lengua por el labio superior y se rio.

De pronto me encontraba muy cerca, tal vez a unos dos metros del cristal. Ellas estaban en la cocina. Echando comida de gato en un recipiente con una cuchara. Un poco más tarde, ella dejaría el recipiente con la comida para el gato en las escaleras. A la mañana siguiente, volvería a coger el recipiente, tan lleno de comida como la noche anterior, cuando la dejó allí.

Me retiré lentamente de la ventana y volví a mi sencillo campamento de noche, detrás de la enorme roca redonda. Me quedé inmóvil, sin poder conciliar el sueño, dentro del fino saco de dormir, hasta que amaneció y el sol dibujó unas cálidas pinceladas de color amarillo sobre las rocas desnudas.

Y de pronto volvía a estar allí, a mi lado: su pelo lustroso estaba en todas las hojas cubiertas de rocío del bosque que resplandecían a la luz del alba.

Como manchas de sol.

Lo acaricié con la mirada.

Su piel estaba en el tronco blanco como la tiza del tierno abedul que se dejaba doblar, desvergonzado, por la tormenta otoñal. Y su sangre era la mía. Antaño, ella también fue yo, éramos una sola cosa, dos encarnaciones de un mismo ser, de las ansias mismas de vivir.

La pérdida. La nostalgia.

Todo lo que hago, lo hago por ella. Para crear justicia donde no la hay; para dar

sentido a lo que no lo tiene. También es lo único que puedo hacer.

No conozco otra manera de conseguirlo. Nunca tuve elección. Lo comprendo ahora, y esta certeza me da consuelo. Me libera de la culpa.

Aina y yo estamos sentadas en el Culo de Lasse, escuchando las olas que golpean suavemente contra la gran roca. El sol de septiembre calienta deliciosamente aunque, a estas alturas del año, hay que llevar dos capas de jerséis si quieres estar al aire libre sin pasar frío. Las dos tenemos resaca y nos hemos hinchado a Gelocatiles. Ayer se hizo tarde. Es como si todo lo espantoso que ha ocurrido me haga buscar lo superficial. Un refugio seguro y previsible en medio de mi vida caótica. Por eso pasé todo el día de ayer hojeando antiguas revistas de moda y leyendo reportajes inacabables sobre la depilación, las dietas proteínicas y todo tipo de cosas sin sentido. Aina y yo comimos una cantidad injustificable de patatas fritas y, como de costumbre, bebimos demasiado vino.

Empezamos a atacarnos los nervios mutuamente. A pesar de que es mi mejor amiga, sé que pronto tendrá que volver a su casa. Poco a poco, mi pequeña morada empieza a hacerse demasiado estrecha y claustrofóbica. Por eso hemos llegado a un acuerdo, y Aina se irá hoy mismo. Tal vez mi soledad no sea siempre deseada pero, aun así, la aprecio muchísimo. Con el rabillo del ojo veo que Aina cierra los ojos y sonríe ampliamente.

—¿Qué has visto?

—Veo a... Massoud. —Aina se ríe y continúa lentamente—: Y... ¡no lleva nada puesto!

Aina vuelve a reírse, esta vez con una risa aún más estridente.

—Realmente eres una zorra —le contesto, arrastrando las palabras.

—No, qué va. Lo único que he hecho es asumir la iniciativa sexual.

Aina se ríe de esa manera que sólo ella sabe y se estira sobre la roca como un gato.

Siempre tiene ligues nuevos. Nunca llego a conocerlos, no tendría sentido intentarlo. Pronto, en apenas una semana, son sustituidos despiadadamente por nuevos candidatos.

—*Go for it, girl!*^[8] —le digo alegremente.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Aina. Un tono de voz más serio se ha colado en su voz.

—¿Alguna vez has soñado con ser otra persona?

—No, la verdad es que no. —Aina se encoge de hombros—. ¿Y tú? ¿Tú sí lo has hecho?

Vacilo antes de contestarle.

—De vez en cuando me gustaría ser más como tú.

—Va, venga, déjalo ya. ¿Cómo exactamente querías ser? ¿Disléxica o fácil?

—Me gustaría no tomármelo todo tan a pecho. Me gustaría ser más... —busco las palabras—, más despreocupada, supongo.

Aina se incorpora sobre la roca y me mira fijamente, sin decir nada.

—Siri, querida Siri, ya sé que no te gusta cuando te lo digo, pero como soy tu amiga, y los amigos siempre deben decir la verdad, lo voy a hacer, te pese lo que te

pese. ¡Realmente deberías ir al psicólogo y hablar de todo esto!

Suspiro, con la cabeza demasiado pesada para iniciar una discusión, y respondo cansinamente:

—La verdad es que no estoy tan mal. Cada día, cuando vuelvo a casa del trabajo, ya ha oscurecido y, a pesar de ello, me las apaño.

—No estoy hablando de que tengas miedo a la oscuridad. No estoy hablando de Sara Matteus. Hablo de la muerte de Stefan. Vas a tener que profundizar en ello.

Sin querer, me pongo tensa y me doy cuenta de que mi respuesta llega demasiado rápida.

—Ya he superado su muerte, eres tú la que siempre insiste en querer hablarlo.

—Sólo lo hago porque te niegas a reconocer lo que pasó, y por eso no puedes seguir adelante con tu vida.

—¿Reconocer qué? ¿A qué coño te refieres? Fue un accidente. Fue un maldito accidente.

Me oigo a mí misma chillarle con una voz colérica pero, a la vez, débil. Prosigo:

—Un accidente jodidamente desafortunado. Sin sentido. Y tú, más que nadie, deberías ser capaz de respetar que no quiero... hablar más de ello.

Noto que todo mi cuerpo tiembla de ira al volverme y bajar de la roca. Aina no me sigue. La odio por ello. Es como si se quedara echada sobre la roca sólo porque sabe que tiene razón.

Se mantiene expectante.

Aguarda mi confesión.

Son las ocho de la tarde. Estoy sola delante de la puerta de cristal, mirando hacia el mar que todavía se deja ver en el último vestigio de luz diurna. La temperatura es de nueve grados y la lluvia tamborilea contra el tejado. Me he dado mi chapuzón vespertino, he ido al baño y he encendido todas las lámparas. La paz se ha posado sobre mi pequeña ensenada, pero dentro de mí crece el desasosiego. ¿Estará ahí fuera el asesino de Sara? El que ha encontrado mi casa, el que sabe que suelo bañarme por la tarde. Me siento en el sofá y saco mi pequeño ordenador portátil. Mejor aprovechar el tiempo y trabajar un poco. Pero justo cuando acabo de sentarme, oigo que suena el móvil. ¿No lo apagué? Es el móvil del trabajo el que suena, el que usan mis pacientes. Suelo apagarlo después de las seis los días de cada día, pero hoy es domingo y, por alguna razón que desconozco, está encendido. Salgo al vestíbulo y lo saco del bolso. ¿Contesto? La curiosidad me puede, y aprieto la pequeña tecla con el teléfono verde.

—Soy Siri Bergman.

—¿Siri?

—Sí, soy Siri.

—Hola. Soy Charlotte Mimer. Disculpa que llame tan tarde en domingo, pero he estado en una conferencia de ventas en Helsingfors y acabo de llegar a casa.

Charlotte parece haberse quedado sin aliento. Es como si no hubiera aire suficiente para todas las palabras que quiere pronunciar, pero también noto algo distinto en su voz. Algo que no consigo reconocer. ¿Será cólera o, tal vez, miedo?

—¿Qué ha pasado, Charlotte?

—Siri, lo siento mucho, de verdad. No sé muy bien cómo decirte esto, o sea, que lo diré sin más, tal como es. Cuando, hace un rato, llegué a casa, recibí una carta. Quiero decir, leí una carta que me llegó mientras estaba fuera —rectifica Charlotte, como de costumbre, preocupada porque todos los detalles sean correctos.

—¿Si? —pregunto.

—Habla de ti. La carta es sobre ti. Pone que debo guardarme de ti, que tus pacientes se suicidan, y que tu eres... ejem —Charlotte carraspea—... que eres incompetente como terapeuta.

Su voz suena desesperada, al límite del llanto.

—¿Es eso cierto? —Su voz se vuelve más aguda, llegando casi al falsete.

—¿Qué es cierto, Charlotte?

—¿Es cierto que uno de tus pacientes se ha quitado la vida en tu jardín? La carta dice que la obligaste a hacerlo. ¿Es eso... cierto?

—Charlotte, ¿podrías ir a por la carta y leérmela en voz alta?

Oigo que Charlotte solloza al otro extremo de la línea, y alzo la voz, reuniendo todas mis fuerzas y la autoridad que me ampara en calidad de terapeuta de ella.

—Léeme la carta —le digo en un tono de voz más cortante de lo que tenía previsto.

—La tengo en la mano.

—¡Léemela!

—De acuerdo. Mmm... «Escribo esta carta porque ha llegado a mis oídos que usted es paciente de Siri Bergman. Usted no sabe quién soy yo y, sin embargo, siento que es mi deber advertirle contra Siri. No sólo es incompetente y egocéntrica, sino que constituye un verdadero peligro para sus pacientes. Varios de sus pacientes se han quitado la vida a instancias suyas. Sara Matteus sólo tenía veinticinco años. Hace menos de un mes, se ahogó en el terreno de Siri Bergman. Por su propio bien, espero que encuentre otro terapeuta del que se pueda fiar, y que sienta empatía e interés por sus problemas. Un amigo».

Se hace el silencio.

—¿Es eso cierto?

—¿Qué es cierto?

—Que tus pacientes se quitan la vida.

De pronto, su voz suena frágil y quebradiza.

—Charlotte, ahora vas a escucharme con mucha atención. En primer lugar no debes deshacerte de la carta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmura Charlotte.

—Una persona muy enferma me persigue. Una persona que está intentando destrozarme mi vida y mi carrera.

—Eso quiere decir que no es cierto.

Charlotte parece aliviada.

—Sí, en parte sí es cierto. Una de mis pacientes ha muerto.

—¿En tu terreno?

Vacilo antes de contestar. ¿Cómo he acabado en esta situación? ¿Qué hago aquí sentada, defendiéndome de un acto que no he cometido? Suspiro.

—Sí, murió en mi terreno. Pero no tuve absolutamente nada que ver con su muerte. No se quitó la vida. La asesinaron.

—¿La asesinaron?

Charlotte suena como si se le hubiera atragantado algo. Su voz se ha transformado en un bufido.

—¿Asesinada? ¿En tu terreno?

Puedo oír cómo jadea, en un intento de recuperar el aliento.

—Charlotte... —intento decirle, pero ella sigue jadeando al otro extremo de la línea.

—¿El que ha escrito la carta la asesinó? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿En tu terreno? Asesinó a una de tus pacientes...

—Sí, es posible.

—¿Y ahora, este tipo tiene mi dirección? ¿Un loco?

Un «loco», una palabra que muy pocas veces pongo en mi boca. Una persona puede ser psicótica, o depresiva, o maniática, pero no loca.

—Sí —contesto quedamente—, un loco. Charlotte, quiero que vengas a la

consulta mañana, para que podamos acabar de hablar de todo esto. ¿Supongo que tienes cita mañana, lunes, como de costumbre?

—No sé —dice Charlotte, vacilante.

—¿Me prometes que vendrás?

—No te lo puedo prometer, lo siento. No sé si me atrevo a ir. A lo mejor deberíamos hacer... una pausa.

De pronto, Charlotte suena seria. Ha recuperado su voz sosegada y profesional.

No contesto, pero la comprendo. Tiene miedo, y no se lo puedo reprochar.

Mi mano tantea la pequeña estantería que hay sobre el sofá. Noto las pelusas bajo mis dedos, y algo más, probablemente insectos muertos. Al fondo, a la izquierda, encuentro lo que estoy buscando: una tarjeta con algo escrito en el dorso. Mis manos tiemblan cuando soplo para quitarle el polvo, y me acerco al teléfono.

«Puedes llamarme cuando quieras».

Marco su número y espero a que responda.

Markus vendrá en cuarenta y cinco minutos. Sigue el mismo ritual que la primera vez que lo vi: me acomoda en el sofá, coloca los cojines detrás de mi espalda, cubre mis piernas con la manta ajada de lana. Pienso que, a lo mejor, es algo que hacen los agentes de policía cuando la gente está en *shock*. A lo mejor asisten a cursillos donde les enseñan a hacerlo.

—¿Quieres algo? —me pregunta.

—Una copa de vino —contesto—. Si tú también te tomas una —añado.

Markus desaparece en la cocina, y oigo que abre una botella. Vuelve a entrar en el salón con la botella y una sola copa.

—Esta noche estoy de servicio —dice, y hace un gesto hacia la copa solitaria.

Asiento cansinamente con la cabeza y cierro los ojos.

—Cuéntame —me dice él, y yo le cuento. Le hablo de Charlotte y de la carta que ha recibido. Markus quiere que le dé el teléfono de Charlotte, tiene que hablar con ella, ver la carta, me explica. Prometo ponerle en contacto con Charlotte.

Luego le hablo de la sensación paralizante que me asalta al ver que tanta gente de mi círculo más íntimo se muere. Del miedo que tengo a lo que pueda haber allá, en la oscuridad. Las palabras fluyen de mi boca, mi relato me parece un río de aguas malolientes y putrefactas. Tan imposible de detener como desagradable resulta su imposición. Pero Markus no parece arredrarse, se limita a asentir con la cabeza sin decir nada y a mirar por mis ventanas oscuras.

—¿Estás soltero? ¿Tienes a alguien?

Tal vez sea el alcohol, porque la pregunta sale volando de mi boca sin que me haya dado tiempo a pensarla. Me arrepiento al instante, porque siento que he rebasado un límite importante; me siento como si hubiera pisoteado su esfera íntima, como un elefante en una cacharrería. Claro que él también me hace preguntas personales a mí, pero supongo que forma parte de su trabajo.

—No, no hay nadie en especial —responde Markus brevemente con un murmullo, y mira hacia otro lado.

Me doy cuenta de que se siente intimidado. De pronto parece increíblemente joven y torpe sentado en mi feo sofá, con una sudadera con capucha y unos tejanos, y precisamente en ese momento lo noto. El espacio entre nosotros está cargado de tensión. Me quedo mirándole fijamente unos segundos. Su mirada evita la mía, y de pronto carraspea.

—Escucha, Siri, ¿realmente no hay nadie que quiera hacerte daño?

—No, no se me ocurre nadie que quiera hacerme daño.

—¿Y no te ha pasado nada fuera de lo normal últimamente, además de lo que ya hemos comentado?

Niego con la cabeza y entorno los ojos.

—¿Quién tiene acceso a tus informes?

—Sólo los que trabajan en la consulta. Es decir, Aina, Marianne, Sven y yo.

—¿Y a las cintas de vídeo?

—Los mismos. Sólo mis colegas pueden acceder a ellas.

—¿Crees que uno ellos puede estar detrás de todo esto?

—Por supuesto que no —me apresuro a responder, tal vez con demasiada celeridad.

Markus se pasa las manos por los tejanos húmedos y escudriña mi rostro, buscando alguna reacción.

—Creo que ha llegado el momento de organizar algún tipo de vigilancia. Puedo ocuparme de que un coche patrulla se pase por aquí un par de veces al día. No me parece bien que tengas que estar sola en esta casa, después de todo lo que ha pasado.

No sé por qué, pero la idea de tener a un agente de policía en uniforme escurriéndose entre los arbustos de mi jardín hace que se me contraiga el estómago.

—No, gracias. No quiero policías fisgando por aquí. Sólo quiero estar en paz.

—A veces no tienes elección, Siri. Hay veces en que tienes que aceptar la ayuda de los demás. No podemos obligarte, por supuesto, pero...

Sacudo la cabeza vigorosamente.

—No necesito la ayuda de nadie. Y sobre todo, no quiero tener a un montón de maderos correteando por aquí. ¡Uy, disculpa! Quiero decir, aparte de ti...

Nos quedamos callados, mirándonos fijamente. Esta vez con curiosidad. Veo que hay pequeñas gotas de lluvia en sus cejas rubias, y que el dorso de sus manos está cubierto de vello dorado, decolorado por el sol. El vello resplandece a la luz de la lámpara de pie que hay al lado del sofá. Afuera, la lluvia cae con fuerza.

—Ahora tengo que irme.

—¿Puedes quedarte hasta que me haya dormido? Cierra la puerta de golpe cuando te vayas.

Markus asiente con la cabeza; me mira preocupado.

Entro en mi habitación sin hacer ruido y me meto en la enorme cama. Cuando

vuelvo a despertarme, ya es de día, y Markus ha desaparecido.

—Para empezar, quiero agradecerte que vuelvas a estar aquí.

El apretón de manos de Sonja Askenfeldt es firme; su mirada, directa. Vuelvo a encontrarme en la estancia blanca y pulcra. Al igual que en mi última visita, reina un orden impecable. Me doy cuenta de que lo aprecio. No hay montones de papeles que puedan distraerte; ni fotografías; ni cuadros. Nada que pueda revelar algo sobre sus ocupantes. La estancia es anónima pero, de alguna extraña manera, también apacible. Siempre me había imaginado que las salas de interrogatorio eran habitáculos sucios y angostos, con muebles ajados, desechados para cualquier otro uso en el sector público. Estancias con las paredes amarillentas, ventanas cerradas con llave y un olor penetrante a humo de tabaco viejo y a sudor. Un poco como las salas de fumadores que había en las unidades de psiquiatría de los hospitales donde trabajé mientras estudiaba. A lo mejor también existe este tipo de sala de interrogatorios, ¿qué sé yo?

—Bueno, volvemos a encontrarnos aquí, pero esta vez en circunstancias algo distintas que la última. Entiendo que, a lo mejor, nuestra última conversación pueda haberte parecido estresante. Espero que comprendas que sólo estábamos haciendo nuestro trabajo.

La disculpa de Sonja parece sincera. Inesperadamente compasiva. Esta vez estamos solas. Markus no ha venido, y me sorprende a mí misma preguntándome dónde estará, y qué estará haciendo. Mis pensamientos me asombran ligeramente. ¿A mí qué más me da dónde esté Markus?

—Pues te diré que cada vez existen más indicios que demuestran que la muerte de Sara está, en cierto modo, dirigida contra ti. Por eso te ruego que consideres la posibilidad de que haya alguien que, de alguna manera, quiera hacerte daño.

—Pues no. Sigo sin imaginarme que haya alguien que quiera hacerme daño.

—Supongo que en tu trabajo te encontrarás con bastante gente enferma, ¿no es así?

—Depende de lo que quieras decir con enferma. Trabajo en una consulta privada, la mayoría de mis pacientes tiene, sin lugar a dudas, problemas psíquicos pero, dicho esto, también tengo que decirte que todos ellos funcionan suficientemente en el ámbito laboral, o son capaces, de alguna manera, de ganarse la vida. Por distintas razones, todos han buscado ayuda en el sector privado y, por regla general, corren con los gastos personalmente. Pero, sí, claro, si con enfermo te refieres a un diagnóstico psiquiátrico, entonces tengo que darte la razón. Sin embargo, el hecho de tener problemas psíquicos no quiere decir, necesariamente, que alguien está loco. Para nada, la verdad.

—¿Cuándo se considera que alguien está loco?

Sonja me mira detenidamente, como si realmente quisiera escuchar la definición de salud y enfermedad mentales.

—Bueno, supongo que depende de muchas cosas. Pero según la ley, pueden considerarte loco si eres un peligro para ti mismo o para otros, y si no eres capaz de responsabilizarte de tus propios actos. Yo no tengo este tipo de pacientes. No porque

no quiera, sino porque requiere otras formas de tratamiento. Sencillamente, nosotros no disponemos de los recursos suficientes para hacerlo.

—¿Nunca has tenido un paciente que mostrase un interés fuera de lo común por tu persona? ¿Que haya mostrado más curiosidad por ti de lo normal?

Lo pienso un rato, dejo que mi mente retroceda a todas las personas que he conocido a través de mi trabajo.

—Una vez, un paciente me invitó a salir, pero de eso hace ahora cinco años y, en realidad, no fue nada. La terapia estaba llegando a su fin, y él me preguntó de una manera muy elegante si quería acompañarle a una exposición. Ahora mismo, no recuerdo de qué era.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Que no, claro. No es muy ético, que digamos, salir con los pacientes, ni durante la terapia, ni después.

—¿Y él cómo reaccionó?

—Si me estás preguntando si se ofendió, o si lo vi como alguien amenazador, o algo por el estilo, ya puedes olvidarte. Reaccionó con una sonrisa y me preguntó si sería un paso en falso en mi trabajo salir con él. Le contesté que sí, y eso fue todo.

—¿De qué lo trataste?

—Miedo al dentista.

—¿Miedo al dentista?

—Tenía miedo a ir al dentista. No es tan sorprendente. Era un hombre de lo más normal. El tratamiento fue bien. Estaba satisfecho. No había nada raro en él.

—De todos modos, tendremos que hablar con él.

—La verdad es que os agradecería mucho que no lo hicierais. Estoy absolutamente convencida de que él no tiene nada que ver con todo esto.

Vislumbro un frunce apenas perceptible en la frente de Sonja. Noto que mi reticencia a introducir a mis antiguos pacientes en el caso la provoca.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no quieres romper el silencio profesional?

—Eso es. Mis pacientes acuden a mí para recibir tratamiento. Saben que estoy sometida al silencio profesional, forma una parte importante de mi rol como profesional. Me sabría muy mal exponerles a un interrogatorio policial.

Sonja asiente con la cabeza, y me doy cuenta de que no me insistirá, a pesar de que le gustaría, sin duda, que obrara de otra forma. Cambia de tema.

—¿No hay alguna persona en tu entorno privado que podría, cómo te diría yo, estar más interesada en ti de lo común?

—No, nadie. No tengo enemigos. Disculpa, pero esto es absurdo. ¿Realmente hay gente que tiene enemigos? Yo creía que esto sólo se daba en los ambientes criminales. Y tal vez entre los exnovios celosos.

—¿Y tú no tienes? Me refiero a un exnovio celoso.

—Mi último exnovio es padre de tres hijos, vive en Visteraas y trabaja como ingeniero. Fue él quien rompió conmigo. Teníamos veintidós años. Me cuesta mucho

creer que él pueda querer hacerme daño.

Pienso en Johan. El novio que conocí en el instituto de bachillerato y con el que estuve saliendo hasta mi primer año de psicología. Él, a quien mis padres adoraban, que aprendió a conducir con el coche de mi padre y que flirteaba con mis hermanas. Me dejó porque de repente le pareció que nuestra relación se había vuelto demasiado seria. Tal vez porque le impedía tomar parte en la vida estudiantil de la escuela politécnica de KTH como a él le hubiera gustado. Tal vez porque realmente pensaba que yo era demasiado seria. Demasiado triste. Nunca llegó a comprender por qué elegí estudiar psicología. A él le parecía que tenía que haber optado por la escuela superior de comercio, o por estudiar medicina.

—¿Espero que no te opongas a que nos pongamos en contacto con él? En este caso, no estás sujeta a ningún tipo de secreto profesional.

—Por supuesto que no. Ya me ocuparé de que tengáis su dirección.

Sonja se pone en pie y se acerca al escritorio para coger los únicos papeles que hay sobre la mesa.

—Me gustaría que le echaras un vistazo a esto.

Me da dos hojas de papel y enseña una mano nervuda y bronceada con esmalte de uñas descascarillado de color rosa.

Una de las hojas es una carta escrita a mano, y la otra es una fotocopia en color de un sobre. En el sobre aparece el nombre y la dirección de Charlotte Mimer.

—No es el original, naturalmente. Lo hemos enviado a los técnicos forenses. Pero, de todos modos, nos gustaría que le echaras un vistazo a la carta, por si reconoces la letra, el lenguaje empleado, o cualquier otra cosa.

Miro la breve carta. El texto coincide con lo que Charlotte me leyó en voz alta por teléfono. La carta está escrita a mano, con una grafía sencilla y clara. Sin que venga a cuento, y sin saber por qué, de pronto recuerdo las anotaciones de Charlotte. No hay puntos de coincidencia entre la letra de la carta y la grafía minuciosa, bella y personal de Charlotte. Sin embargo, hay algo que me hace pensar en ella. Tal vez sea el estilo sobrio, tal vez las letras cuidadosamente formadas. La sensación de control que impregna cada fragmento de la carta.

—¿Reconoces algún rasgo? ¿Te recuerda a alguien? Cualquier cosa puede ser importante.

Yo me limito a negarlo con la cabeza. Sonja parece reflexionar y se retira un mechón suelto de cabello castaño detrás de la oreja. Me fijo en que lleva tres pendientes en el lóbulo: dos perlas y un delfín de oro.

—Tienes que entender que quien ha escrito esta carta, y sea quien sea quien... te persigue, es alguien que sabe muchas cosas de ti, de tu vida, tus costumbres y tus pacientes. ¿Qué me puedes decir de tus compañeros de la consulta? ¿Qué relación tienes, en realidad, con ellos?

La pregunta no me sorprende. A pesar de ello, me molesta más de lo que cabía esperar. La consulta, los compañeros: Sven, Aina. Ya no hay nada en mi vida que sea

privado. Y todos los que me rodean son mentirosos potenciales.

No soy capaz de responder a Sonja. En su lugar, me quedo sentada sin decir nada, con la mirada fija en el pequeño delfín de oro que lleva en el lóbulo de la oreja y, por un instante, incluso llega a parecerme que se mueve.

Octubre

Estoy con Aina en el Kebab Jerusalén de Götgatan. Afuera se ha hecho de noche, y Södermalm está lleno de gente que vuelve a casa después del trabajo. Gente joven y a la última se mezcla con padres de familia estresados que empujan, agotados, sus carritos de niño de tres ruedas, y pensionistas con bastones que parecen un peligro para la integridad física. Un grupo de mujeres jóvenes tocadas con velos se ríen delante del Kebab y se dirigen hacia la plaza Medborgar. Tal vez estén de camino a la mezquita.

Aina se mete el falafel entero en la boca, tal como suele hacer, y yo no le digo nada de sus modales deplorables en la mesa, tal como es mi costumbre. Le corre salsa de color rojo por la barbilla cuando se inclina hacia mí y me susurra:

—Creo que Sven puede estar implicado.

—No, déjalo ya.

No puedo evitar reírme con la boca abierta, a pesar de que está llena de hummus y de lechuga.

—Sí, lo digo en serio. Escúchame. Tiene acceso a los informes. Sabe dónde vives. Va a la caza de todo lo que se mueve; podría ser fácilmente el tío del que te habló Sara. El que la escuchaba tan bien. El que realmente la veía.

—¿Porqué iba Sven a ponerse a estrangular a mujeres, a escribir cartas envenenadas y a promover que me arresten por conducir bebida? —le pregunto, y como más hummus con el tenedor.

—¡Porque odia a las mujeres!

La voz de Aina suena exultante y triunfal. Frunzo el ceño, pero ella prosigue su discurso sin reparar en mi reacción.

—Su vida ha sido una larga sucesión de fracasos personales, causados, todos ellos, por mujeres. Le dieron la patada en la universidad por haberse liado con la chica esa. Su señora tiene mucho más éxito que él. ¿Y a qué se dedica? ¡A la investigación de género! Ya puedes imaginarte las declaraciones a las que debe de tener que prestar oído durante la cena. Además, trabaja en una consulta dirigida por dos pipiolas y, encima, una de ellas ha rechazado sus insinuaciones sexuales en más de una ocasión. ¡Dime si eso no es sentirse castrado!

—Aina, ¿estás hablando en serio?

Ahora me río ruidosamente.

—¿Por qué no?

Aina hace ver que está ofendida, y se pasa el dorso de la mano por la boca. Con el rabillo del ojo veo que se limpia la mano con la salsa en los tejanos gastados.

—De acuerdo, desde un punto de vista teórico es una posibilidad —le reconozco.

Durante un segundo, mi mente se va hacia Peter Carlsson. Conocía a Charlotte Mimer de antes. Sabía que ella era mi paciente porque se la había encontrado en la recepción. Y sus pensamientos obsesivos se centran en la violencia y el sexo. He pensado mucho en Peter en estas dos últimas semanas. Me he castigado repasando, palabra por palabra, las tres conversaciones que mantuve con él. ¿Podría Peter ser

peligroso? ¿Verdaderamente peligroso? ¿Podría ser Peter quien asesinó a Sara? ¿Debería comentárselo a Aina, a Sven, o tal vez incluso a la policía? Al mismo tiempo, soy muy consciente del secreto profesional. No puedo ir a la policía y hablarles de Peter, sólo porque tiene pensamientos extraños. Sería profundamente antiético. No tengo nada verdaderamente sustancial a lo que agarrarme. Únicamente, un demoledor desasosiego interior y mis propias fantasías paranoicas. ¿Por qué iba Peter a hacer daño a Sara? ¿Por qué razón querría Peter hacerme daño a mí? Por lo que sé, no hay ningún motivo para que lo haga. Decido no contarle nada a Aina sobre mis sospechas. Me parece innecesario. Lo único que tengo que hacer es mantener mi paranoia en jaque.

Aina no se ha percatado de mi silencio. Simplemente continúa hablando, aunque ahora sigue otra pista.

—A lo mejor es Birgitta. Quiero decir, a lo mejor no soporta que otras mujeres se insinúen a su marido.

Aina parece exaltada por esta nueva idea.

—Y, al fin y al cabo, es una persona de lo más rara. ¿O no? Ya viste cómo reaccionó en la fiesta del cangrejo, cuando Robert discutió con ella. Y luego, cuando descubrió que Sven te magreaba.

—¿Qué iba a sacar ella asesinando a Sara? ¿Un icono feminista en medio de una orgía sangrienta? ¡Venga ya!

Noto que mi paciencia se está agotando, el juego ha dejado de hacerme gracia y no tengo ganas de especular acerca del posible asesino de Sara. Ella ya no está. Murió. Asesinada. Me siento indigna conjeturando sobre quién puede haberla matado.

—De acuerdo, tal vez no sea demasiado probable, pero es una posibilidad.

Aina se lame los dedos y continúa.

—O tal vez haya sido Marianne. A lo mejor está amargada y te tiene envidia..., porque tú...

Aina se calla y parece pensárselo antes de seguir adelante.

—Porque tú... ¿qué sé yo? Al fin y al cabo, también se molestó un poco en la fiesta del cangrejo, cuando intenté mostrarme un poco amable con Christer.

—¿Cuando lo único que intentaste fue ser un poco amable con Christer? Aina, de vez en cuando te pasas un poco. Si le pusiste literalmente las tetas en la cara... ¿Realmente te parece tan extraño que Marianne se haya molestado? Y si realmente se puso tan furiosa como dices, ¿no crees, maldita sea, que debería enfadarse contigo? Conmigo no. Y aún menos con Sara.

—Él también era raro —prosigue Aina—. Bueno, me refiero a Christer, claro. No parecía que estuviera... —Aina se queda pensativa, como si estuviera buscando la manera adecuada de formular lo que quiere decir.

—Sé que esto puede parecer un poco rebuscado, pero la mayoría de los hombres suele tener alguna reacción cuando están en mi compañía. De algún tipo. Incluso

cuando no les meto las tetas en la cara. De acuerdo, yo misma me doy cuenta de lo narcisista y superficial que suena esto, pero Christer estaba..., en cierto modo, mudo. No había manera de contactar con él.

Noto que estoy a punto de explotar.

—¡Aina, joder! Para ya. ¡Sara está muerta! No me gusta esta conversación. No sabemos si su muerte tiene algo que ver conmigo, y aquí estás tú, convirtiéndolo todo en un juego de salón. Esto no es el Cluedo. Acabas de convertir a todos los que me rodean en sospechosos. Sven, Birgitta, Marianne, Christer... sólo porque a ti te parecen raros. A ver si entiendes de una vez que ninguno de ellos tiene razones para odiarme. A lo mejor no les caigo bien, de acuerdo, pero no me odian. ¿Y qué me dices de ti, por cierto? Tú también eres rara, joder. ¿A lo mejor fuiste tú?

Me doy cuenta de que he ido demasiado lejos, y me callo.

—Disculpa —murmuro.

Aina se pone seria. Su risa tonta y sus bromitas se las ha llevado el viento, y yo suspiro y bajo la mirada a mi plato vacío y sucio. Aina se me queda mirando un buen rato, pero no dice nada. Al rato levanta la cabeza y me mira a los ojos con insistencia.

—Disculpa. Todo lo que te he dicho estaba fuera de lugar. Sólo intentaba... No sé.

Aina se pasa la mano por el pelo.

—Ahora ya han interrogado a todo el mundo en la consulta, han hecho copias de todas las cintas de vídeo con Sara. ¿Qué es lo que hace la policía, en realidad? Porque no parece que lleguen a ninguna parte.

—Estuve hablando de ello con la mujer policía, con Sonja. La que dirige la investigación. También hay un jefe de investigación preliminar, un fiscal, que todavía no conozco. De todos modos, hay algo que llaman confidencialidad de calificación preliminar. Ya sabes, no pueden contar lo que están haciendo. Ni siquiera a mí. Pero Sonja me comentó que han llamado a todos los contactos que Sara guardaba en su teléfono móvil, y han visitado a todos sus antiguos jefes. Han hablado con todos los vecinos. Novios. Con la madre. Han realizado una investigación técnica exhaustiva. No lo recuerdo, pero había varias cosas. De hecho, creo que están haciendo su trabajo.

—Pues no parece que tengan a ningún sospechoso. Dios mío, imagínate que esa persona empieza a seguirte entre los arbustos de Värmdö.

Al ver la expresión de mi cara, Aina se da cuenta de que su comentario no ha sido muy afortunado.

—¿Quieres que me quede a dormir contigo? —me pregunta Aina con delicadeza, y posa una mano grasienta sobre la mía.

»No sé cómo decirte esto —prosigue Aina, que parece vacilar—, pero eres muy importante para mí. No puedo soportar la idea de que alguien quiera hacerte daño. Todo esto es una locura. Si quieres, puedo ir a vivir contigo un tiempo más.

No decimos nada. Su mano descansa sobre la mía y Aina me acaricia suavemente

con las puntas de los dedos húmedas. De pronto, siento que su presencia es demasiado abrumadora, que me está pidiendo algo que no puedo darle. La sensación de que, como de costumbre, volveré a decepcionarla se impone inexorablemente.

—No hace falta —le digo, y hago un gesto de rechazo con la mano para mostrarle que esta noche no necesito su compasión.

Le explico que tengo mucho trabajo. Es mentira, claro, y Aina lo sabe perfectamente, pero asiente con la cabeza sin decir nada y mira hacia la noche que ha caído sobre la multitud de Götgatan.

Por la noche sueño con Stefan. Está sentado en el borde de la cama, muy cerca de mí, y reposa la cabeza suavemente, su pelo cubierto de algas, contra mi vientre.

—Te echo de menos —le digo, y le acaricio su espalda fría con cuidado, pero Stefan no me contesta. En su lugar, se incorpora y empieza a buscar algo. Mira debajo de mi cama, en el armario ropero, sí, incluso debajo de la jarapa.

—¿Qué buscas? —le pregunto.

—Eso es lo jodido... —me contesta, irritado—. He olvidado lo que estaba buscando.

Bajo las algas, su pelo rubio se ha desteñido por el sol y tiene la piel bronceada, pero las ojeras oscuras que tenía en los últimos tiempos no han desaparecido. Cuando no podía dormir ni comer, y de noche daba vueltas angustiado por toda la casa.

—Me falta algo. —Stefan se atusa el pelo y su rostro adopta una expresión confundida—. Siri... —me dice quedamente. Parece desesperado—. ¿Me ayudarás a encontrarlo?

—Te ayudo a buscar —le contesto.

La plaza Medborgar está desierta. El cielo ha adoptado un color azul saturado con tonos turquesa. «Azul prusiano», pienso. A pesar de que hace tiempo que no pinto, todavía recuerdo los nombres de los colores de memoria. Las fachadas de los edificios alrededor del jardín de Björn son de color pardo rojizo, con una nota violeta: *caput mortuum*, que significa «cabeza muerta», un color que me encanta. Delante de la cocina callejera griega veo algunos habitantes de la ciudad haciendo cola, helados de frío en esta tarde fresca y clara de otoño.

En mi pequeña consulta verde todo está tranquilo. *Pink Floyd* suena en el reproductor de CD que hay sobre el estante, encima de mi escritorio: *So, so you think you can tell, Heaven from Hell, blue skies from pain. Can you tell a green field from a cold steel rail? A smile from a veil? Do you think you can tell...*^[9] No estoy segura de que yo sea capaz de ver la diferencia. Estar segura de que es él, si algún día lo tengo enfrente.

No hay nadie más en la oficina, a pesar de que sólo son las cinco. Todos se han ido a casa con sus familias, sus perros y sus programas de televisión. Aina tenía una cita, como de costumbre. Pero todavía no he conseguido reunir las fuerzas suficientes para admitir que, de hecho, el día ha terminado, y que seguramente debería irme a casa, como toda la demás gente normal.

Distraída, empiezo a recoger mis cosas, enciendo el móvil que ha estado apagado durante las sesiones con los pacientes, agarro el bloc de notas y cojo algunos diarios viejos, mil veces leídos, que tengo pensado llevarme de la recepción. Se oye un *piiip* del móvil: hay tres llamadas sin responder de Marianne. Es bastante raro, porque hoy es su día libre y no suele llamar nunca. Me giro de espaldas a la ventana y voy a la cocina a por una taza de café. Aprovecho también para llamar a Marianne. Coge el teléfono después de tres señales.

—¡Siri, qué bien que me hayas devuelto la llamada! Perdona si te molesto, pero tengo que hablar contigo.

Es típico de Marianne: me pide perdón a pesar de que soy yo quien la ha llamado a ella.

—Dime —le contesto, mientras me sirvo una taza de café frío y la meto en el microondas. Para mis adentros, maldigo a Sven porque nunca devuelve la cafetera a la máquina.

—Siri, me gustaría que nos viéramos.

—Muy bien. Mañana llegaré hacia las diez, entonces podremos...

—Esta tarde. Prefiero que nos veamos esta tarde.

Marianne jadea ligeramente, su voz parece más ronca que de costumbre y su respiración se ha vuelto silbante en el teléfono tras el esfuerzo. Me la imagino justo después de haber subido las escaleras, o de haber corrido por la calle, inclinando el tronco, cansada, hacia delante, con la mano izquierda apoyada en su cadera robusta.

—De acuerdo, pero ¿no podríamos arreglarlo por teléfono? La verdad es que tenía pensado irme a casa ya. Sólo quedo yo en la consulta.

Marianne carraspea, y oigo voces al fondo.

—No... no me va bien hablar ahora mismo. Mi hijo ha venido a visitarme con su novia. Acaban de llegar de la India. Sí, estamos viendo fotos. ¿Podrías pasarte por aquí un poco más tarde? Hay una cosa que me gustaría enseñarte.

Es una petición un tanto inusual. Marianne y yo no solemos vernos en privado.

—Es muy importante. Si no, no te lo pediría —añade en voz baja y suplicante.

—Marianne... —le digo, y una parte de mí preferiría reírse de todo esto.

Nuestra Marianne, nuestra ordenada, competente y maravillosa Marianne, que siempre tiene a mano una solución a todos los problemas, que siempre es la más serena y sensata de la consulta. De pronto no la reconozco. Su voz ronca y solícita, sus formas febriles.

—¿Es cuestión de vida o muerte?

No era mi intención sonar irónica, pero me sale de la boca sin que me haya dado tiempo a pensarlo mejor. Marianne suspira.

—Siri, guapa, ¿te importaría venir a mi casa?, ¿sí o no?

Dudo por un breve instante. Marianne vive en Karlbergsvägen, por lo que, se vea por donde se vea, no deja de ser un rodeo.

—¿Cuando quieres que vaya a tu casa?

—Ven hacia las siete. Bajaré a comprar unos bollos, para que podamos charlar mientras tomamos un café. ¿Te importaría traerte los expedientes de Sven? ¿Los que tiene sobre la mesa? No me dio tiempo a acabarlos todos ayer. Había pensado terminarlos más tarde, esta noche.

¿O sea, que Marianne hace horas extra para Sven? La irritación se desborda dentro de mí. Por lo que yo sé, nunca ha hecho horas extra por la noche por mí, ni tampoco por Aina.

Colgamos, sin hablar más de lo que quiere mostrarme tan desesperadamente, precisamente esta tarde, y vuelvo a entrar en mi despacho para encender el ordenador y seguir trabajando un rato más.

El piso de Marianne está en una tercera planta, en un edificio, precioso, de fin de siglo. He estado aquí una vez antes, un día en que Aina, Marianne y yo íbamos a salir por la noche, en uno de estos intentos de establecer una solidaridad entre mujeres colegas. El zumbido del timbre suena hueco cuando aprieto el pequeño botón de latón, pero la puerta no se abre. Acerco el oído con cuidado a la fría y lacada madera de roble de la puerta y escucho en tensión, pero no se oye nada, tan sólo el silencio. No se acercan pasos por el pasillo. Me froto mis fríos dedos, reculo y miro por la ventana, hacia la calle. Todo está en silencio. El pequeño y pulcro jardín de la entrada está desierto, al igual que el de al lado, y que los siguientes. Un collar de perlas formado por pequeñas alfombras enfrente de las casas de muros enlucidos. De pronto percibo un movimiento entre los árboles, al otro lado de la calle. ¡Ahí está! Un hombre envuelto en una gabardina impermeable, que empuja un cochecito de niño y

que va cargado con una caja del supermercado ICA, se aleja a toda prisa en medio de la oscuridad, en dirección a Sankt Eriksplan. Sacudo la cabeza, sorprendida por mis fantasías, y vuelvo a llamar al timbre de Marianne, pero sin resultado.

No pasa nada cuando llamo a Marianne a través del buzón de la puerta. Con cuidado, entreabro el borde de latón de la pequeña portezuela del buzón, lo que a duras penas me permite ver el contorno de la alfombrilla al otro lado de la puerta. Está oscuro. Un aroma a café y a un perfume que reconozco, porque es el que suele usar Marianne, se filtran a través de la portezuela hasta el descansillo. Una voz débil murmura, monótona, algo desde el interior, pero no parece registrar mi presencia. Supongo que estará puesto el televisor.

—Soy Siri. ¿Estás ahí? ¿Marianne?

Bajo el pomo de la puerta con mucho cuidado, y la puerta se abre sin hacer ruido. Eso me inquieta, pues no es propio de Marianne dejar la puerta abierta.

Busco a tientas el interruptor en el vestíbulo y, de pronto, la estancia está bañada en una luz suave y amarillenta. Suelo de tablones de madera pulida, una pequeña jarapa y un colgador a mi derecha. El espejo cubre toda la pared hasta la puerta, y me pego un susto al ver la expresión aterrada de mi rostro. Entro apresuradamente y cierro la puerta a mis espaldas. La cerradura hace un clic.

—Marianne... —vuelvo a intentar, y entro en el salón, a la izquierda del vestíbulo.

La estancia tiene una distribución muy parecida a la de mis padres. Sillones blandos con tapicería de Josef Frank, un sofá sobredimensionado de piel, alfombras mullidas que te invitan a echarte sobre ellas, lámparas de pared de latón. Grandes cuadros de estilo naíf de colores vivos que sé que Marianne ha pintado.

—¡Hoooola!

En el televisor, enfrente de la ventana, pasan un programa del Discovery Channel con el volumen bajado. Vuelvo a pensar en lo poco que, en realidad, sé de Marianne. Nunca hubiera adivinado que le gustan los documentales de ciencia y naturaleza, ni el programa que están pasando ahora, uno sobre sucesos. «... La mujer nunca sospechó que su propio hermano podía estar involucrado en un crimen tan horrible», salmodia una voz nasal con acento británico.

El salón está desierto. Sigo hasta la cocina, que está vacía y oscura. Las puertas de los armarios son de roble macizo, la cocina es de la marca Miele. «Marianne debe de haber conseguido bastante dinero tras su último divorcio», pienso. Sobre la mesa hay un montón muy alto de papeles, todos ellos metidos pulcramente en portafolios de plástico transparente, con un pósit encima: «Facturas – por pagar», pone. Me siento incómoda. Hay algo que no cuadra.

—¿Marianne?

No hay respuesta. Marianne no está. Tan sólo se oye la voz nasal proveniente del salón: «En cuanto llegó, el conductor supo que algo no iba bien...».

Sigo hasta el dormitorio, vacilo un segundo ante la puerta. Mi corazón late con

fuerza y la sensación, tan conocida, de que se avecina una catástrofe se extiende rápidamente por mi cuerpo como un veneno. Me repito, una vez más, que esta es una visita cualquiera al piso acogedor de una colega y buena amiga. Es obvio que Marianne aparecerá en cualquier momento, porque, ¿no se habrá metido en el dormitorio? Respiro hondo y extendiendo el brazo en busca del interruptor.

«... A pesar de que el conductor vio sangre en el suelo, Mary Jane no estaba por ningún lado...».

La habitación está vacía.

Una enorme cama de matrimonio, con una colcha almohadillada y demasiados cojines blancos de ganchillo, ocupa la mayor parte del suelo. Sobre la mesilla de noche hay fotos de niños y amigos. Avanzo lentamente hacia las fotos y me pongo en cuclillas. Dos niños pequeños en bañador ríen a la cámara, y veo que al pequeño le faltan los dientes incisivos. Sostiene una pelota de baño en la que pone «Tempo» debajo de su bracito delgado y bronceado de niño.

«Sus hijos», pienso, y vuelvo a incorporarme, colmada por una sensación desagradable de haber hecho algo prohibido, como hurgar en el neceser o el bolso de alguien. Y, al tiempo, esa sensación asfixiante de ser observada, de que, en este preciso momento, comparto el apartamento de Marianne con alguien. De que soy vista, aunque yo no vea, como cuando estoy en mi casa iluminada en medio de la noche. Me seco el sudor de la frente con una mano que tiembla contra mi voluntad.

«... Al final, encontré una señal de ella en el granero...».

Vuelvo al salón y me dejo engullir por uno de los sofás de piel. Allí me quedo un buen rato, sin hacer nada. No me acabo de creer que Marianne haya abandonado el piso después de invitarme a venir. Empiezo a entender que debe de haber bajado a comprar cigarrillos, o bollos, tal como espero que haya hecho, o a aparcar el coche. ¿Qué haces cuando alguien desaparece de esta manera? Porque no puedo llamar a la policía por algo así. ¿Cuánto tiempo hay que esperar, hasta que se sabe... hasta que se sabe que alguien ha desaparecido? ¿Un par de horas? ¿Un día? ¿Una semana?

Ante mí, sobre la mesa, hay un paquete muy pulcro de telas bordadas en oro de todos los colores del arco iris. Telas para saris, adivino. Debe de ser un regalo del hijo y de su novia. Al lado hay un tazón grande. Todavía hay restos de café, y coloco la mano encima para comprobar si aún está caliente.

Sigue estándolo.

«... Había sangre en el suelo, en el interior del coche, y...».

De pronto sé que no puedo soportar quedarme ni un minuto más en el piso de Marianne. Sin mirar atrás, echo a correr hacia el vestíbulo y la salida, dispuesta a cualquier cosa. Pero nadie me barra el paso cuando, con todas mis fuerzas, abro la puerta de la escalera de un empujón y salgo al rellano.

Llamo a Aina mientras sigo corriendo hacia Sankt Eriksplan. Su contestador automático me pide educadamente que deje mi nombre y número de teléfono. Supongo que ahora mismo estará en un bar es decir, si no se han ido ya a casa.

Sacudo la cabeza involuntariamente e intento llamar al número de Markus. Él tampoco contesta, pero, aun así, le dejo un mensaje algo confuso e incoherente.

Me meto en el metro con una sensación punzante de que ha pasado algo terrible esta noche, y de que, de alguna manera, soy culpable de ello.

A la mañana siguiente, llego a la consulta antes de lo que es habitual en mí. Una energía nerviosa ha sustituido el nudo que tenía en el estómago. Tengo que averiguar dónde está Marianne.

Aina va a mi encuentro en el pasillo con una sonrisa amplia en la cara.

—No quiero saber nada —le digo, y sacudo la cabeza.

—¿Estás de mal humor? ¿Estás enfadada conmigo?

Aina parece extrañarse y se ha ofendido.

—¿Ha llegado Marianne?

—Pues no. De hecho, es muy raro, todavía no ha aparecido, y ni siquiera ha llamado. No es propio de Marianne eso de no..., de no venir sin avisar.

Le cuento lo que pasó ayer, y Aina abre los ojos de par en par, como suele hacer cuando está preocupada o asustada. Un pequeño temblor recorre los rabillos de sus ojos cuando me agarra del brazo.

—¿Has llamado a la policía?

—No, al fin y al cabo, sólo llevaba una media hora fuera de casa.

—¿Por qué no llamaste a Markus, o a Christer?

Hay cierto retintín en su voz, cierto tono acusador.

—Pues la verdad es que no tengo el teléfono de Christer, no sé cómo se llama de apellido. Llamé a Markus, pero no lo encontré, y a ti tampoco.

—Ohhh. —Aina se sonroja ligeramente y suelta mi brazo.

—Como ya te he dicho, no quiero saber nada. Estoy demasiado preocupada por Marianne para oír hablar de tus polvos.

Yo misma me doy cuenta de que mi tono de voz es innecesariamente duro. Sé que mi comportamiento es un poco mezquino, pero a veces no puedo dispensarle a Aina esos pequeños encuentros por los que ella se desvive. Es como si la estuviera presionando para que me jure que compartirá la soledad conmigo.

—En la recepción —me interrumpe Ama.

—¿La recepción?

—La lista con los números de teléfono de los parientes y allegados. ¿No te acuerdas?

Lo recuerdo. Marianne había asistido a un cursillo sobre el papel de la secretaria en situaciones críticas. Cuando volvió, nos obligó a darle los nombres y los números de teléfono de las personas más allegadas a nosotros, «por si alguna vez pasa algo».

Rodeo la mesa de la recepción y empiezo a buscar entre las carpetas ordenadas por colores de Marianne. En lo más hondo de la pila, encuentro una carpeta fina en la que pone «documentos importantes», y allí está la lista. Al lado del nombre de Marianne aparecen los de Christer y los dos hijos como personas de contacto. Agarro el teléfono y marco el número de Christer. Contesta a la primera señal.

Estamos sentados en una cafetería que hay en prolongación al gran vestíbulo del hospital de Söder. Alrededor de nosotros una afluencia interminable de gente va y

viene. Personal del hospital vestido de blanco que avanza con paso acelerado y confiado hacia el mostrador y se sirve el plato del día, para luego seguir adelante hacia la caja. Parientes nerviosos y preocupados que están sentados en silencio con una taza de café, mirando hacia ninguna parte. Jubilados parlanchines que parecen haber experimentado el momento culminante de la semana con su visita al hospital. Una mujer mayor que da de comer con mucho cuidado a su marido tembloroso, postrado en una silla de ruedas. Me imagino que es su marido y que este está aquejado de Parkinson.

Enfrente de mí está Christer. Tiene los ojos enrojecidos y parece que ha dormido muy poco. No para de frotarse las manos. Veo que tiene las cutículas de las uñas del dedo pulgar y el índice destrozadas hasta la segunda falange y que una fea e inflamada mancha rojiza ha empezado a extenderse por donde suele haber piel.

—¿Un accidente de tráfico? ¿Un conductor que se dio a la fuga?

Yo misma me doy cuenta de que parezco dudar de la veracidad de su versión.

—Sí, un conductor que se dio a la fuga —me confirma Christer—. La policía está absolutamente segura de ello. Además, hay testigos.

—¿Qué pasó? Quiero decir, hablé con Marianne ayer por la tarde. Quería que fuera a verla, pero no estaba en casa.

—Creen que bajó a la calle para comprar en el 7-Eleven. Estuvo allí justo antes del accidente. Un grupo de niños que estaba comiendo pastelillos de canela la vio. Sólo tenía que volver a casa, ya sabes. Cogió un atajo por Odengatan. El semáforo estaba en rojo y no llevaba nada reflectante puesto. Creo que ella piensa que... es innecesario.

Christer se interrumpe a sí mismo, y veo que las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos.

—Pasó un coche que, probablemente, iba demasiado rápido. No pudo frenar. No pudo.

Christer sacude la cabeza y empieza a trabajar la cutícula del dedo medio, tira lentamente de un pedazo de piel y deja a la vista la carne. No parece sentir dolor.

—Hay testigos —repite Christer—. Dijeron que Marianne voló. Varios..., varios metros, eso dicen.

Christer suena extrañamente ecuánime y sereno, pero yo ya he visto a personas en *shock* antes, y sé que todavía no es capaz de entender ni de asimilar realmente las consecuencias de lo que ha pasado. A nuestro lado, el hombre con Parkinson empieza a llorar sin pudor. La mujer mira a su alrededor como disculpándose, se levanta y empieza a toquetear la silla de ruedas. Los dos desaparecen rápidamente hacia la entrada.

—Y, bueno, el coche se dio a la fuga. Es posible que el conductor estuviera borracho, o que no tuviera carné de conducir, o tal vez se asustó sin más. Pero se dio a la fuga. No le dio tiempo a nadie a apuntar la matrícula.

—¿Y cómo está Marianne ahora?

—Tiene fractura de cráneo. Le han hecho, ¿cómo se dice?, un escáner. No han detectado ninguna hemorragia, pero el cerebro está inflamado. Por eso está inconsciente.

—¿O sea, que se recuperará?

—Es más grave de lo que parece. Van a intentar hacer todo lo posible para que baje la inflamación. Si no lo consiguen, puede que sufra lesiones cerebrales permanentes o, en el peor de los casos, que muera. Hace un rato, subí a verla. Está en la cama envuelta como un paquete cualquiera, con tubos y goteos y aparatos colgándole por todas partes. —Christer suspira, y sus ojos se vuelven vidriosos.

»Debería haber estado allí. Debería haber hecho las compras por ella. No acabo de entender por qué tenía que salir a la calle a esas horas, en medio de la oscuridad, y luego los colgantes reflectantes... No los llevaba puestos. Yo estaba en una cena de negocios. La policía me llamó al móvil. Estaba comiendo mejillones al vapor. Es un asco. Yo, comiendo mejillones al vapor, ¿ya te lo he dicho? Mejillones al vino blanco. Y ella... ella...

Christer aprieta los dientes, y no puedo evitar cogerle la mano. La aprieto ligeramente.

—Lo siento muchísimo —murmuro.

—Me alegro de que hayas venido. —Christer me mira a los ojos—. Gracias, querida Siri —susurra, y me devuelve el apretón.

Intento calmarme, intento encontrar una manera de formular la pregunta sin que parezca inoportuna.

—¿Tú sabes de qué quería hablarme Marianne?

Christer me mira; sus ojos inyectados en sangre se mueven de un lado a otro, como si no fuera capaz de afrontar esta pregunta tan sumamente irrelevante.

—Ni idea. ¿Acaso importa eso ahora?

Sacudo la cabeza lentamente y vuelvo a apretarle la mano con suavidad.

—No. Eso ya no importa.

De vez en cuando pienso en los últimos tiempos con Stefan. La primavera de 2005 fue pesada. Un abismo de inseguridad se había incrustado entre Stefan y yo, una evidencia que se ahondaba y dolía cada vez más. ¿La imprevisibilidad de la vida? Tal vez fuera esa la razón. Mi cuerpo había recuperado sus habituales formas de chico. El pequeño bulto de mi vientre, que había estado oculto para todos, salvo para Stefan y para mí, había desaparecido. Volvía a estar vacía.

Nos habíamos mudado a la casa de Värmland. Quizás esta casa se convertiría en nuestro nuevo proyecto. En sustitución del bebé que nunca llegó. Al principio, todo fue bien. Trabajábamos juntos de la mañana a la noche con las reformas. Podíamos estar varios días sin hablar, inmersos en la más profunda concentración, incluso llegábamos a olvidarnos de comer. Dos cuerpos sudorosos, codo con codo. Comentarios breves.

—¿Has visto el nivel?

Luego, silencio.

Entonces Stefan empezó gradualmente a sumirse en la pasividad. Creo que se tomó la pérdida del bebé peor que yo. Durante largos períodos de tiempo, evitó mi compañía y la de los demás. Solía salir a correr por el bosque cada día, y estas escapadas se fueron haciendo cada vez más largas.

Se encerró en sí mismo, y no dejó entrar a nadie, ni a mí, ni a la demás gente. Por lo visto, las cosas le iban bien en el trabajo, pero, cada día que pasaba, parecía estar más agotado cuando volvía a casa y, por eso, solía subir directamente al dormitorio, en cuanto entraba por la puerta principal. Allí se quedaba, despierto y con los ojos apretados con fuerza, hasta que yo llegaba y me echaba a su lado. Yo me acurrucaba a sus espaldas, muy muy cerca de él, y me dormía atormentada por la sensación de haberle fallado, pues sabía que Stefan no dormía.

Mañana. Stefan estaba echado en la cama, sin hacer ruido y con los ojos cerrados, pero yo sabía que estaba despierto. Mi mano buscó la suya; él la retiró. Mi mejilla buscó la suave colina de su hombro. Silencio.

—Stefan, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿De verdad?

—Estoy bien. No quiero hablar de ello.

—Sé que no estás bien. No duermes lo que deberías dormir, has perdido peso, y te has vuelto tan... condenadamente... pasivo. Te quedas echado en el sofá todo el día. A veces siento que vivo con un muerto.

Stefan bajó la mirada a nuestro suelo recién pulido y se encogió de hombros. No detecté ninguna muestra de sentimientos en su rostro que pudiera ayudarme a adivinar lo que pensaba o sentía. La mirada era inexpresiva y estaba dirigida a la pared que tenía a mis espaldas.

—Creo que estás deprimido. Quiero decir, tampoco es tan raro, después de lo que hemos pasado. Veo cosas así cada día, te debe de pasar lo mismo a ti, ¿no? Realmente

pienso que deberías hacer algo al respecto, por ti, y por mí también, pero... sobre todo, por los dos. Siento como si ya no fuésemos capaces de... de hablar entre nosotros. Puedo darte el nombre de un buen terapeuta, o ¿a lo mejor podrías hablar con algún colega tuyo que pueda darte una receta de antidepresivos? No sé...

—¡Cállate!

Stefan me interrumpió con un alarido. De pronto salió disparado de la cama, y vi cómo la saliva le saltaba de la boca a borbotones cuando prosiguió:

—Odio cuando me analizas. No necesito acudir a uno de esos psicólogos gilipollas, ni tomarme ninguna pastilla de la felicidad. Lo único que necesito es que me dejéis en paz. ¿Crees que tu pequeño cerebro sobreanalizado de psicóloga será capaz de entenderlo? Necesito descansar de ti y de tus jodidos cuidados y atenciones. De tu curiosidad malsana y pegajosa y de tu preocupación. ¡Dé-ja-me tran-qui-lo!

Vi algo en el rostro de Stefan muy cercano a la locura; vislumbré algo que no reconocí; un sentimiento que desapareció tan rápido como asomó.

—No sabes nada de mis problemas, nada. Primero lo del niño y luego... lo del trabajo.

—¿El trabajo?

Yo no entendía nada. Stefan siempre había amado su trabajo.

—Cada día me encuentro con pacientes con lesiones en la médula espinal. Y yo tengo que contarles que nunca volverán a caminar en su vida. Tengo que hablar con sus familiares, explicarle a la novia que nunca volverán a tener una vida sexual normal, que nunca tendrán hijos de forma natural. Tengo que explicarles cómo funciona el catéter, cómo serán las sesiones de recuperación.

—Pero, Stefan, ¿por qué no me lo habías contado antes?

—¡Cállate! Déjame en paz. Quiero que me dejes en paz. Quiero despertarme una mañana sin que tu mirada inquisitiva me juzgue, sin oír el desasosiego en tu voz. ¡Quiero despertarme sin ti!

Stefan se desplomó sobre el suelo, a mis pies, como un muñeco de tela, o tal vez como un globo que se vacía de aire, y se quedó allí echado sobre la alfombra en una postura extraña, bastante parecida a las posturas de yoga de Aina, con la frente descansando contra el suelo. Vi cómo sus hombros temblaban en la penumbra. Con mucho cuidado, me senté a su lado y agarré su mano. Estaba fría y húmeda.

—Stefan, ¿te das cuenta de que estás enfermo?

Él no me contestó, simplemente sacudió el cuerpo, y un sonido extraño salió de su garganta. Fue como un sollozo dilatado, como un llanto en *fast forward*.

—Stefan, necesitas ayuda. Es una enfermedad como cualquier otra.

Stefan asintió lentamente con la cabeza entre sollozos.

—¿Quieres el número de teléfono de uno de mis colegas?

—¡Nooooo!

La palabra sonó como un alarido y, de pronto, me asusté. Me asusté de mi propia incapacidad para ayudarle, de mis propias deficiencias y de la imprevisibilidad de

esta vida.

—¿Me prometes que conseguirás algún tipo de medicina?

Stefan asintió con la cabeza.

—Te lo prometo.

Recuerdo aquel verano con una dolorosa nitidez. Es como si cada olor, cada matiz y cada suceso se hubieran grabado en mi memoria, dejando una marca que siempre llevaré conmigo. Como una intelección que jamás me dejará en paz. La conciencia de mi propia imperfección ilimitada.

Stefan consiguió su medicina. La vi en el estante del baño. Cipramil. Se la tomaba obedientemente, y cuando apenas había pasado un par de semanas, me pareció que había empezado a mejorar. Al fin era capaz de dormir, de leer el correo, hacer las compras y tomar iniciativas por su cuenta.

¿Estaba curado?

Lo dudo.

En junio fui feliz por primera vez en mucho, pero que mucho tiempo. Stefan estaba mejor, y Aina y yo habíamos puesto en marcha la consulta junto con Sven. El verano era embriagadoramente bello. Al otro lado de nuestra ventana, las rosas silvestres se confundían con las enormes hojas de las aristoloquias. El falso jazmín estaba en flor y envolvía toda la casa con un aroma embriagador y ligeramente nauseabundo. Las noches sobre las rocas eran largas y de color azul celeste. Incluso la oscuridad estival se comportaba de manera placentera y amable.

Stefan volvía a bucear. ¿Tal vez fuera lógico que ocurriera mientras estaba buceando? ¿A lo mejor, así lo habría querido él, de haber podido escoger? ¿A lo mejor lo eligió él?

Recuerdo que la mañana era preciosa, no soplaban viento y hacía un poco de fresco.

Desayunamos en las escaleras de delante de la casa, tal como solíamos hacer. Mi pie desnudo sobre el suyo. Silencio. Ninguna pena, ni ningún dolor. Todavía. Bebí de su taza de café, como de costumbre, y comimos pan crujiente con paté de pescado de Kalle. En el mar se veía un velero que intentaba, sin éxito, cruzar hacia el este. Stefan constató que, ese día, los navegantes tendrían que usar el motor, si no querían quedarse atascados, meciéndose en medio del agua totalmente en calma.

La inmersión del día sería en Vindö. En Abborkroken. Yo misma había buceado allí. Era una enorme pared de roca que bajaba verticalmente unos cincuenta metros, o más.

Leí la sección de cultura del Dagens Nyheter, mientras Stefan metía el equipo en el portaequipajes del coche y se preparaba para marcharse. Un beso fugaz, un saludo desde el coche al irse. Es posible que me equivoque, pero me parece recordar que estaba más contento de lo habitual.

Aproveché el día para trabajar. Estábamos a punto de contratar a una

repcionista para la consulta, y repasé todas las solicitudes meticulosamente, porque soy terriblemente escrupulosa cuando se trata de este tipo de cosas. El tiempo voló, hasta tal punto, que olvidé comer, y cuando oí el coche que subía por el acceso detrás de la casa, constaté, sorprendida, que había empezado a anochecer.

Metí los pies en los zuecos rojos y salí a la noche estival para encontrarme con Stefan. Sin embargo, allí, bajo los pinos, estaban Peppe y otro hombre que nunca había visto antes. Se habían quedado totalmente inmóviles en el tendedero que corría desde el cobertizo hasta el pequeño y torcido pino que habíamos bautizado como El Hueso. Tenían un aspecto tan ridículo, que a punto estuve de ponerme a reír. Parecían estatuas. Solté una risa y fui a su encuentro, pero me detuve al ver la mirada de Peppe. En ese mismo instante lo comprendí todo.

Hasta la fecha, no hay nadie que sepa con exactitud qué fue lo que le pasó a Stefan. Lo encontraron a una profundidad de cincuenta y tres metros. La investigación técnica demostró que su equipo estaba en perfectas condiciones. Tenía oxígeno suficiente, y la autopsia no parecía indicar que hubiera sufrido algún problema físico que pudiera explicar el repentino accidente. Su muerte sigue siendo un misterio. Es cierto, todo el mundo tenía su propia teoría: pánico, ausencia de pánico, deseos de morir, desprecio hacia la muerte, falta de rutina, dejadez a causa de la gran experiencia y rutina acumuladas, pérdida del sentido de la orientación en la oscuridad, suicidio, asesinato, enfermedades extrañas y calambres, sólo por mencionar unas cuantas. Yo no quería pensar en el cómo... Tenía suficiente enfrentándome a su muerte.

Durante el primer mes, Stefan estuvo conmigo cada noche. Si abría bien los oídos, era capaz de percibir su respiración. De vez en cuando, presentía su cuerpo a mi lado, cuando entraba y salía de mi duermevela. Por la mañana, la habitación estaba saturada de su olor. Pasadas cuatro semanas, me abandonó para siempre. No puedo perdonárselo.

Markus está sentado frente a mí sin decir nada. En su gran mano descansa una taza de té. Alrededor de nosotros el restaurante está vacío; la hora punta del almuerzo quedó atrás hace ya un rato.

Estamos en el restaurante Blä Porten. Markus propuso que nos encontráramos aquí, puesto que tenía un recado que hacer antes, en Djurgården. Por razones inexplicables, me siento como una extraña en esta zona de la ciudad, caracterizada por la insólita mezcla de ciudadanos ricos de Estocolmo, la elite cultural y los turistas. En el patio interior, al otro lado de la ventana junto a la que estamos sentados, han puesto los muebles de jardín de color verde a lo largo de los muros, y la lluvia, que no para de caer copiosamente, crea pequeños riachuelos de agua lodosa que inunda, lenta pero inexorablemente, el patio adoquinado. No se ve a nadie por ningún lado.

—Bueno, la verdad es que quería hablar contigo de unos cuantos temas.

Markus se saca el pequeño bloc de notas del bolsillo.

—Chequeamos tus llamadas de la noche en que la policía te detuvo por...

No dice la palabra y se ruboriza, hace una pausa y sigue hojeando la libreta.

—Alguien te llamó un cuarto de hora antes de que te parasen, pero la llamada era desde un móvil con tarjeta, y por eso no podemos rastrearla ni encontrar a la persona que lo utilizó.

—Pero ¿entonces al menos me crees?

Miro a Markus, que no contesta a mi pregunta pero asiente con la cabeza y saca algo de la mochila negra que reconozco de nuestras anteriores reuniones.

—Por supuesto que te creo. Es obvio que se trata de la misma persona que asesinó a Sara, que escribió a Charlotte y que te envió la fotografía. Pero... El problema para ti es que no influye en el hecho de que condujeras bebida. Conducías ebria, eso quedó perfectamente demostrado entonces. Por mucho que alguien te haya engañado para que cogieras el coche.

Markus sigue con la mirada fija en sus papeles, mientras lo dice. Como si quisiera ahorrarme la humillación. Como si eso fuera a servir de algo.

—¿Sabes qué? De hecho, eso no importa. Mientras... mientras tú me creas, da igual. Mientras Aina y Sven me crean también, no importa.

Mi voz se quiebra y se vuelve aguda y demasiado ruidosa, y me doy cuenta de que unas señoras mayores que justo acaban de entrar en el local nos miran preocupadas. Hundo la cara entre las manos y noto cómo las lágrimas queman a través de mis párpados.

—Discúlpame, pero no sé si voy a ser capaz de soportarlo por mucho más tiempo. He empezado a creer que, en realidad, tienes razón.

—¿Razón en qué?

—En que ese tío... ese chiflado... realmente va a por mí.

—Por supuesto que sí.

Markus agarra mi mano y me examina con una mirada firme de sus ojos azul

celeste, sin mostrar ningún tipo de apuro por mi estallido emocional. Ya no parece avergonzado, sino que se muestra enormemente presente y empático. Me lleva a pensar que me gustan los hombres que se atreven a ser físicos.

—Hay otra cosa. Lo que ocurrió con Marianne...

—¿Marianne? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—A lo mejor sabía algo —dice Markus, y me examina con la mirada, a la vez que toquetea unos hilillos sueltos de su jersey.

—Ahora, la verdad, ya no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver el accidente de Marianne?

—Si es que fue un accidente. —Markus vacila por un segundo, y luego prosigue —: Hemos estado en contacto con la policía de Norrmalm, que investigó el caso, y hay un testigo que afirma que alguien la empujó a la calle. Marianne acababa de quedar contigo. Creemos que quería hablar contigo sobre Sara.

—¿Qué pasa con Sara?

—Eso es precisamente lo que queremos averiguar. Creemos que todo esto está conectado. Ahora, el accidente de Marianne ha pasado a formar parte de nuestra investigación.

Markus empieza a rebuscar en la carpeta y saca un portafolio de plástico que lleva un pòsit amarillo en la tapa.

—Lo he visto antes —digo, y paso la mano por el plástico resbaladizo—. Aquella noche estaba sobre la mesa de la cocina. ¿Por qué lo tienes tú?

Markus no responde a mi pregunta. En su lugar, se rasca el pelo rubio que todavía está húmedo por la lluvia, saca el montón de papeles que hay dentro del portafolios y me lo acerca por encima de la mesa.

—¿Expedientes?

—Sí, pero no se trata de expedientes cualesquiera. Son copias de tus notas sobre Sara Matteus. Luego, alguien ha escrito sus propios comentarios en el margen. Mira...

Markus pasa las páginas hasta llegar a una donde se ven largos comentarios escritos con un bolígrafo azul en el margen.

—¿Me dejas ver?

No espero a que me conteste, me inclino hacia delante y le doy la vuelta al montón para poder leer.

—Es la letra de Sven —digo, y noto cómo mi estómago se encoge—. ¿Por qué tenía Sven el expediente de Sara?

Intento leer su letra angulosa pero, como de costumbre, es difícil descifrarla. «... no tiene por qué significar... problemas con la autoridad..., consciente de sí misma». Los comentarios de Sven no me dicen nada, ni tampoco explican por qué tenía él los expedientes.

—¿Soléis pasaros los expedientes entre vosotros?

—A veces.

Me sueno la nariz ruidosamente en la servilleta roja que estaba sobre la mesa, arrugada y húmeda, cuando llegué, sin que ahora mismo me importe mezclar mis fluidos corporales con los de otro comensal.

—De vez en cuando nos ayudamos con algún paciente, y también hay veces en que uno de nosotros necesita echarle un vistazo a un expediente para escribir una *case story*. Al fin y al cabo, Sven da bastantes clases y, de vez en cuando, escribe artículos científicos y cosas así.

—¿Acerca de Sara?

Me encojo de hombros.

—Si Sven te cogió prestados los expedientes, ¿cómo es que estaban en casa de Marianne?

Sacudo la cabeza, no sé muy bien qué decir.

—También hay otra cosa.

—¿A qué te refieres?

Miro a Markus fijamente.

Markus le da un mordisco al pan de espliego y señala con el dedo, sin decir nada, hacia el montón de papeles. Veo restos de pintura blanca en las puntas de sus dedos. ¿Tal vez ha estado pintando este fin de semana? De pronto me doy cuenta de que no sé nada de la vida de Markus cuando no está trabajando. Me entran unas ganas casi irresistibles de tocar las manchas de color y de preguntarle qué ha estado pintando. De notar la palma áspera y seca de su mano contra la mía. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. En su lugar, hojeo obedientemente el montón de expedientes fotocopiados.

Aquí está. Algo se desprende de entre los folios y cae sobre mi regazo. Me inclino con mucho cuidado hacia delante y lo recojo del suelo. Es una fotografía en blanco y negro de una chica joven tomada, tengo que reconocerlo, con cierto talento artístico. Está muy maquillada. Los ojos están enmarcados en capas y más capas de *kohl* negro. El pelo tiene un aspecto suave y cae en gruesos mechones, la mirada es desafiante, y en sus labios hay una sombra de sonrisa, aunque resulta difícil determinarlo. Está echada boca arriba sobre algo que parece una roca, con el torso desnudo y con una mano descansando entre los pechos. Parece que estruja algo. ¿A lo mejor un colgante? Hay algo enormemente vulnerable en toda su apariencia, algo infantil en medio de toda la provocación.

—Sara —digo en un tono de voz apagado.

—¿Tienes idea de por qué Marianne tenía una fotografía de Sara?

Lo niego con un gesto cansado de la cabeza.

—¿Habías visto la foto antes?

—No. Nunca. Es...

No digo nada más, porque se me hace un nudo en la garganta. Markus me mira sin decir nada. Entonces asiente con la cabeza, como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—Frágil, parece condenadamente frágil. En medio de toda la provocación —dice

Markus, y me quita la fotografía de entre las manos con mucho cuidado. Luego le da la vuelta, de manera que quede boca abajo sobre la mesa. Para mostrarle respeto.

Fuera, cae la lluvia con renovadas fuerzas.

Ya ha llegado el día que tanto he temido durante la última semana. Nerviosa, me paso la mano por el pelo y hojeo sin ton ni son el montón de papeles que tengo sobre la mesa. El rostro de Aina asoma por el resquicio de la puerta de mi consulta. Sin decir ni una sola palabra, me da a entender con gestos que «ya está aquí». Me levanto de la silla y me acerco a la puerta para darle la bienvenida. Fue ella quien me llamó para acordar una cita. No podía decirle que no.

—Hola, bienvenida. Puedes sentarte aquí, si quieres.

Hago un gesto con la mano en dirección al sillón.

Kerstin Matteus me saluda con la cabeza y toma asiento en el borde del sillón con visible esfuerzo. Tiene unos cincuenta años, es considerablemente obesa y sus ojos evitan los míos todo el tiempo. Su mirada revolotea de un lado a otro, a través de la habitación y hacia el suelo, pero nunca coincide con la mía. Su ropa está gastada y hace bolitas. Parece barata y es demasiado pequeña para su robusto cuerpo. El top tiene un escote profundo y veo que su pecho, arrugado y ajado por el sol, está embutido en un sujetador demasiado pequeño. La raya oscura del pelo delata que se lo destiñe. Sostiene con fuerza un bolso de mano negro que tiene unas grandes manchas descascarilladas donde el plástico liso se ha desprendido. No advierto ningún parecido físico con Sara. El que esta enorme mujer pueda ser la madre de la pequeña y delicada Sara supera toda mi capacidad de imaginación. Pero supongo que tampoco ha estado enganchada durante años a sustancias estimulantes del sistema nervioso central, pues su uso suele eliminar de manera eficaz todo tipo de grasa subcutánea.

Me siento incómoda al instante. ¿Qué le dices a una mujer que acaba de perder a su hija? ¿Y acaso importa que la niña no tuviera cinco años, sino veinticinco, y estuviera metida en una espiral descendente, en una sociedad que ya no tiene recursos para asumir la responsabilidad, que ya no es capaz de ocuparse de ella? Un ser humano destrozado, con genes malos y una infancia difícil. No creo que eso importe, el dolor es, sin duda, el mismo. Carraspeo y bajo la mirada hasta la mesa.

—Kerstin... —empiezo por decir suavemente—. Realmente siento muchísimo lo que le ha pasado a Sara. ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte? A lo mejor tienes alguna pregunta acerca de... los últimos días de Sara. Porque nos veíamos bastante, y realmente estaba haciendo progresos.

Le explico brevemente en qué consistía la terapia y el proceso de mejora de Sara.

—Estaba mucho, pero que mucho mejor. Había dejado de hacerse cortes. Creo que había conocido a un hombre, a alguien a quien quería. También hablé bastante con ella sobre ti, Kerstin. Sé que te quería mucho, muchísimo, a pesar de los problemas que habéis tenido a lo largo del tiempo.

—¿Quién puede haber matado a mi pequeña Sara?

Habla muy lento y bajo, con una voz ronca y áspera después de muchos años de cigarrillos, pero también de pena. Kerstin levanta la vista y mira mis paredes verdes y luego la desvía hacia la ventana que da a Medborgplatsen. No sé si espera de mí que

conteste a su pregunta.

—Bueno, yo no soy de la policía. Yo sólo sé lo que Sara y yo hablábamos aquí, en la consulta.

—¿Cómo puede alguien hacerle algo así a otro ser humano?

Su mirada sigue zafándose de la mía, pero percibo cierta determinación en su voz. Como si estuviera decidida a llegar al fondo de una cuestión importante.

—Una persona malvada. Porque tiene que haber sido alguien así, ¿verdad?

Me mira por primera vez durante nuestra conversación, y yo asiento levemente con la cabeza, incapaz de contestar a su pregunta. Una persona malvada. Sin duda.

—No sé... —dice ella, y veo que las lágrimas brotan en sus ojos—. No sé cómo voy a soportar esto.

Su voz se ha tornado aguda, y ahora echa el cuerpo hacia delante, a la vez que posa las dos manos sobre la mesita que hay entre los dos sillones en los que estamos sentadas. Baja lentamente la cabeza hacia la mesa, hasta que su cabeza descansa contra el mantel, y veo cómo su nuca rosada se plisa y se desborda por encima del cuello de la rebeca. Ahora su llanto se ha hecho audible. Es un llanto desagradable, desbocado. Del tipo en que las lágrimas, la saliva y los mocos corren como un río y hacen que la gente se asuste y recule. Un llanto desesperado, despiadado, desbordado.

Yo misma lo conozco demasiado bien.

—Aquí tienes —le digo, y le ofrezco la cajita de pañuelos de papel, como si un Kleenex fuera capaz de contener su dolor.

No reacciona.

Me pongo de cuclillas delante de Kerstin Matteus y le acaricio el pelo desteñido y algodonado. Cada vez que solloza, me llegan pequeños soplos que huelen débil pero inconfundiblemente a pastillas de menta mezcladas con alcohol.

—Me duele... tanto.

Pronuncia cada una de las palabras con dificultad.

—Lo sé —le digo.

—¿Algún día desaparecerá?

—No —le contesto—. Nunca desaparecerá, pero dejará de doler tanto.

Vijay Kumar abre la puerta con una amplia sonrisa en la cara. Se parece a sí mismo, con su bigote negro y sus dientes blancos, y enseguida nos fundimos en un abrazo.

¿Cuántos años hará desde la última vez que nos vimos? ¿Diez? ¿Puede eso ser verdad? Vijay estudió psicología conmigo y con Aina. Pasamos muchísimo tiempo junto durante la carrera. Luego, él siguió en la Universidad de Estocolmo, haciendo su doctorado de investigación. El título de su tesis era «Estudio comparativo de metodologías aplicables para la perfilación criminal inductiva y deductiva». Tengo que reconocer que nunca conseguí leerla, a pesar de que logró publicar varios artículos relacionados en diversas revistas especializadas, entre ellas, la *Journal of Forensic Psychiatry & Psychology*.

—Siri, mi querida amiga.

Vijay me agarra las dos manos de una manera que recuerdo de los tiempos en que nos veíamos muy a menudo. De pronto, me siento un poco abrumada por esta manifestación de sentimientos y hago un gesto en dirección a Markus.

—Vijay, este es Markus, el agente de policía del que te hablé. ¿Supongo que ya habréis hablado por teléfono?

—Sí, claro, fui yo quien te envió las fotografías —dice Markus, y le tiende la mano a Vijay.

Seguimos la figura desgarbada de Vijay por el estrecho pasillo del Instituto de Psicología. Lleva unos tejanos gastados y una camisa de flores. En ese momento no puedo evitar pensar que, por lo visto, como catedrático recién nombrado, puedes vestirse como te dé la gana.

La estancia es pequeña. Los libros cubren las cuatro paredes, desde el suelo hasta el techo. Allí donde no hay estantes, los libros se amontonan uno encima del otro, en enormes torres torcidas e inestables. Se trata, sobre todo, de literatura especializada en psicología, pero también hay algunos de arte y diseño. Sé que a Vijay le interesa el arte. Una vez me contó que colecciona obras de constructivistas suecos y daneses. Recuerdo que asentí con la cabeza, como si supiera qué es un constructivista, y le prometí que no le desvelaría este secreto a nadie. «Sólo el Baertling —me susurró— vale más de medio millón».

En el alféizar de la ventana veo una fotografía de un hombre rubio, de pie en un embarcadero, vestido con ropa de marinero. Es Olle, el Olle de Vijay. Cuando le llamé, olvidé preguntar si todavía seguían juntos, o tal vez no me atreví a hacerlo. Diez años son mucho tiempo, pueden pasar muchas cosas.

Vijay apaga su teléfono para evitar llamadas inoportunas y se vuelve hacia mí.

—Bueno, querida amiga Siri. Por lo que tengo entendido, tienes un problema serio.

—¿De veras? —pregunto.

—Pues, en mi opinión, lo tienes, desde luego —dice Vijay, y saca una carpeta de plástico con fotografías y otros documentos.

Vislumbro el cuerpo mojado y muerto de Sara entre sus manos peludas. Vijay

detecta mi mirada, cierra la carpeta con cuidado y la coloca entre nosotros, sobre el escritorio.

—En primer lugar, me gustaría que os quedara claro que esto no hay que entenderlo como una misión oficial. Simplemente deberéis considerarlo un dictamen extraoficial. Me llevaría muchísimo más tiempo, si tuviera que realizar una investigación a fondo.

Hace un gesto con las manos, como disculpándose, y se pone en pie.

—¿Quereis un café?

Sin esperar nuestra respuesta, levanta el auricular del teléfono y llama a alguien y le encarga tres tazas de café.

—Sí, tráete sobre todo leche y azúcar. Y unas galletas de esas que llevan trozos de chocolate dentro, ya sabes... sí, esos, las *cookies*.

Me imagino cómo la mujer al otro lado del teléfono recibe el encargo de Vijay, porque creo saber que siempre son las mujeres que tienen que realizar este tipo de tareas.

—He repasado el material, el expediente de Sara, las fotografías del lugar de los hechos, disculpadme, el lugar donde se encontró el cadáver, y el informe de la policía.

—¿Y bien? ¿Qué piensas de todo ello?

Markus mira a Vijay con atención.

—Bueno, como ya sabéis, la perfilación no es una ciencia exacta. Ni yo, ni ninguno de mis colegas, es capaz de describir con exactitud a vuestro asesino, sólo podemos ofreceros alguna que otra declaración general, basada en hechos estadísticos fiables, extraídos de otros casos similares. Por ejemplo, puedo deciros que el asesino que buscáis es, en un 95 por ciento de probabilidades un hombre, puesto que la mayoría de los crímenes con violencia suele perpetrarla un hombre. Además, el estado del lugar de los hechos, así como el carácter del delito, parecen indicar que os enfrentáis a un individuo bien organizado y de mente estructurada.

—¿Cómo lo sabes?

Detecto cierto escepticismo en la voz de Markus. Un escepticismo que ya percibí cuando le sugerí que nos pusiéramos en contacto con Vijay. Pero este no parece reaccionar a su actitud; está acostumbrado a argumentar por su causa.

—El lugar de los hechos estaba recogido. El asesino no dejó ninguna evidencia, más allá de las que había pensado dejar, es decir, la carta de despedida. En este tipo de crímenes, solemos distinguir entre dos grupos principales de asesinos. Los asesinos desorganizados que se dejan llevar por impulsos y que, literalmente, matan llevados por algún sentimiento o por accidente. Este es el caso, por ejemplo, cuando un robo sale mal. Por regla general, no suelen planificar el delito, dejan un montón de pruebas físicas: colillas, huellas dactilares, fibras, líquidos corporales y cosas así. Luego tenemos a los asesinos organizados y estructurados, que planifican el crimen con mucha antelación. No son tan frecuentes como los primeros. En este grupo hay

muchos tipos distintos de asesino, desde sádicos sexuales, hasta psicópatas. Puesto que dejan menos pruebas y son, ¿por qué no decirlo?, más inteligentes, suele resultar más difícil relacionarlos con los crímenes que cometen.

—Entonces, ¿cómo describirías tú al típico asesino?

—Veamos: si hablamos en general y no nos referimos a un asesino muy organizado, como en vuestro caso, suele ser un hombre. Es joven, entre veinte y veinticinco años, de clase baja, soltero y, a menudo, adicto a alguna droga. Ha experimentado recientemente una pérdida sentimental, por ejemplo, puede haberle dejado su chica. También suele ser habitual que haya más de un criminal en la familia más cercana, por ejemplo, algún hermano, o los padres. A menudo, el asesino tipo tiene una carrera extensa de crímenes a su espalda, a pesar de su juventud. Puede tratarse de cualquier crimen, y suele tener antecedentes. Y luego están todos los problemas que pueda arrastrar, como la piromanía, dificultades en la escuela, y cosas así. También suele ser habitual. Muchos de ellos tienen problemas psíquicos: la paranoia, la depresión o la esquizofrenia suelen ser dolencias comunes entre ellos. Existen también, naturalmente, las mujeres asesinas. Algunos estudios sugieren que suelen tener otros antecedentes. A menudo provienen de familias desestructuradas, o han sido víctimas de agresiones y abusos, aunque también puede ser el caso en los hombres.

La voz de Vijay ha adoptado un tono magistral, y se nota que está hablando de uno de sus temas preferidos. Sé que sería capaz de seguir con su exposición sin problemas durante varias horas, si nadie lo remedia. Carraspeo ligeramente para atraer su atención. Vijay me mira y me muestra una sonrisa torcida. Ha captado la indirecta.

—Pero en este caso, es obvio que no existen muchas de las características habituales que coincidan. Este asesinato no es obra de un...

Llaman a la puerta, y Vijay se levanta para abrirla. Una mujer de mediana edad en botas *sami* y un jersey grueso de color musgo asoma la cabeza con una mirada asustada.

—¿Café? —pregunta.

«Claro», pienso, pero no digo nada. Las palabras de Vijay sobre sádicos sexuales y psicópatas me corroen por dentro. Personas malvadas. ¿No fue eso lo que dijo Kerstin Matteus?

—Por lo tanto, basándonos en lo que sabemos de este asesino en concreto, ¿quién puede ser nuestro hombre?

Markus se inclina hacia delante con interés renovado.

—Yo diría que se trata de un hombre de mediana edad, con estudios superiores, culto y muy adaptado socialmente. La carta de despedida está bien formulada, y no hay faltas de ortografía, ni nada que se le parezca. Eso nos cuenta que se trata de una persona bien instalada en la sociedad. El delito parece haber sido planeado, y no han quedado pruebas físicas en el lugar de los hechos. Disculpadme de nuevo: en el lugar

donde se encontró el cadáver. Eso nos indica que es inteligente y capaz de planificar a días vista. Además, parece que tiene capacidad para distanciarse emocionalmente de la víctima, y eso significa que se trata de un cabrón frío. La víctima no es más que una pieza en su tablero, una persona de la que puede prescindir. Es un hombre con una misión. Partiendo de lo que me habéis contado sobre lo acontecido después del asesinato, no creo que el crimen esté dirigido contra Sara, sino contra ti, Siri...

Vijay me escudriña detenidamente.

—No —digo yo, y contesto la pregunta que nadie ha pronunciado—. No hay nadie que pueda desear hacerme daño de esta manera.

—Eso es lo que tú crees —dice Vijay sin inmutarse, y se mete un pastelito en la boca—. Cuando en su día encontréis al criminal, estoy convencido de que el motivo resultará ser personal, muy personal. Se trata de una persona a la que tú has hecho daño, o a la que le has pisado los pies alguna vez en tu vida. Una persona que siente que has obrado mal. Una persona que siente que ha sido tratada injustamente.

—¿A qué te refieres? —pregunto, insegura.

—Quiero decir que, a pesar de que no seas capaz de recordar de corrillo a nadie que te odie lo suficiente para asesinar a una persona, entenderás sus motivos cuando veas todo el cuadro. Recuerda que la sensación de injusticia que puede haber provocado todo esto, no es, precisamente, más que una sensación de injusticia. Sin duda, una persona sana y normal no llegaría nunca a pensar que has hecho algo malo. O, al menos, no estaría dispuesta a matar por ello. Puede ser una persona a la que has rechazado sexualmente, o alguien que, de alguna manera, siente que le has ofendido. ¿Tal vez un paciente que piensa que eres una incompetente? Alguien que se siente ultrajado a la mínima.

—¿Por qué estás tan seguro de que es algo personal? —pregunto.

—Como ya dije al principio de nuestra charla: en este trabajo nunca puedes estar al cien por cien seguro. Pero hay muchos detalles que parecen indicar que el crimen está dirigido contra ti. Por ejemplo, el hecho de que encontraran el cadáver en tu terreno, delante de tu embarcadero, donde has estado nadando diariamente. ¿No es cierto?

Asiento con la cabeza, sin añadir nada más.

—Aparte de que la carta de despedida no deja de ser un dedo índice que utiliza para señalarte a ti. El dedo de Sara desde más allá de la tumba. Y luego está la carta a..., ¿cómo se llamaba? La anoréxica... disculpa, la bulímica.

Examino a Vijay en silencio. No lo sabe todo. No le he contado cómo perdí el carné de conducir. Me hace sentir demasiada vergüenza.

—Estaba pensando... —digo, retomando la conversación—, si esta persona me odia lo suficiente para asesinar, ¿por qué no va contra mí directamente? ¿Y me mata?

—Verás, esta es una pregunta interesante —responde Vijay, y sonrío con toda la cara.

Junta los dedos índice y se echa hacia atrás en la silla.

—Creo que quiere que sufras. De la misma manera que él piensa que ha sufrido. Quiere verte humillada, despojada de toda dignidad, desposeída de tu trabajo. Si te hubiera matado directamente, nunca lo habría conseguido, ¿te das cuenta?

—Y ahora, ¿qué? —digo, con una voz que apenas es un susurro.

—Creo que existe el riesgo de que te hostigue de alguna manera, o de que intente intimidarte. Al fin y al cabo, no consiguió lo que pretendía con el asesinato de Sara. Si yo fuera tú, me andaría con mucho cuidado, Siri, con muchísimo cuidado.

Me he quedado sin habla, incapaz de decir nada, mientras el silencio se apodera de la estancia. A través de la pequeña ventana puedo ver algunos estudiantes, o tal vez sean médicos, hoy en día resulta difícil distinguirlos, apoyados contra la pared, fumando. Un chico con una gorra de lana se acerca al pequeño grupo de fumadores. En su jersey pone: «Idiota al instante. Añádele alcohol». Decido que son estudiantes.

—¿Es alguien que yo conozco?

—Es posible. Estoy casi seguro de que, de algún modo, tienes una relación personal con él, o algún nexo de unión.

—¿Cómo lo sabes?

—La carta contiene información que no cualquier persona puede tener sobre ti. Además, el crimen es, de por sí, personal. Es a ti, a tu persona, a la que quiere.

—¿Puede ser uno de mis colegas?

Vijay se encoge de hombros.

—Supongo que es posible. —Debe de darse cuenta de lo abatidos que nos sentimos, porque añade—: No pierdas la esperanza. Intenta pensar, Siri. ¿Quién puede querer hacerte daño? Combinad los hechos con lo que sabéis que yo no sé, es decir, quién tenía la ocasión para cometer el crimen y quién tiene acceso a la información que requería. Ahí tenéis al asesino.

—Vijay, ¿qué puedo hacer?

Mi voz se apaga.

—Eso, me temo, tendrás que preguntárselo a Markus.

Miro a Markus, pero su mirada está lejos, se ha escapado por la ventana, hasta perderse en el horizonte.

Nos ponemos en pie y desandamos el camino hasta el coche. Vijay nos acompaña.

—Vijay, dime, ¿cómo lo soportas? ¿Toda esta muerte y esta maldad?

—Bueno, para empezar, yo no pienso en ello en términos del bien o el mal. Además, la gente se mataría y se atormentaría igual si yo no existiera. No desaparece porque cierres los ojos a ello, Siri. Tal como lo veo yo, puedo aportar algo. A lo mejor, puedo llegar a algo que conduzca a la detención de un delincuente; algo que evite que él o ella vuelva a cometer más delitos. Que proteja a un inocente. Con eso estoy satisfecho. Si puedo salvar a un ser humano, ya estoy satisfecho.

Vijay hace una pausa y enciende un cigarrillo.

—Pero tengo que reconocer que me resulta muy difícil hablar con los familiares y allegados. Eso sí se me mete por debajo de la piel, la conciencia de lo... frágil que es

la vida.

Vijay se encoge contra el viento con el cigarrillo en la mano y, de pronto, parece mayor. Veo unos profundos surcos que corren desde la nariz hasta la comisura de los labios. El bigote tiene pequeños destellos grises y la camisa de flores le queda un poco demasiado ceñida alrededor de la cintura. ¿Por qué no lo detecté antes? Sacado de su contexto, el ambiente académico liberal, de pronto Vijay parece extraviado. Como un hombre cualquiera a punto de ingresar en la mediana edad. Siento una repentina ternura por él cuando nos despedimos. Esta vez, el abrazo es más largo y más intenso. Entierro la nariz en su camisa de flores y percibo su olor a after shave, humo de cigarrillo y sudor.

—Cuida de ella —dice Vijay lentamente, y mira un instante a Markus, antes de dar media vuelta y adentrarse en el sólido edificio de ladrillo rojo.

Fecha: 12 de octubre

Hora: 16.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Charlotte Mimer

—¡Es un infierno!

Charlotte se mece hacia delante y hacia atrás, sujetándose las rodillas, que ha subido al asiento del sillón, con sus delgados brazos. Lleva sucio el pelo, que se pega a sus mejillas bañadas en lágrimas. Las gafas, que no suele ponerse nunca, están tan enteladas que no logro ver sus ojos, y el traje obligatorio ha sido sustituido por un par de pantalones de chándal grises.

Aunque ella quiso interrumpir la terapia, ayer me llamó para verme cuanto antes porque se sentía muy mal. Le di una cita de urgencia para hoy.

—¿Qué ha pasado?

Me inclino hacia ella y aprovecho para acercar la cajita de pañuelos de papel a su lado de la mesa. Ella asiente con la cabeza y coge, dubitativa, un manojo. La fría luz del fluorescente y las paredes verdes de la habitación se reflejan en su pálido rostro. Parece enferma y demacrada, encogida como está en el sillón.

—Se lo dije sin rodeos a mi jefe. Que sabía que se follaba a Sanna. Que me parecía un cerdo patético. Debería de estar contento de que una chica joven e inteligente como Sanna tuviera ganas de hacérselo con él, a pesar de que es un perdedor. Me despedí. ¿Te lo había contado?

Charlotte se quita las gafas y las limpia mientras me mira demandante, como si yo tuviera la solución a su problema. Pero yo no puedo hacer más que asentir con la cabeza, animándola a que siga contándome lo que ha pasado.

A través de la pared oigo que Sven, a quien le toca lavar los platos esta semana, está vaciando el pequeño lavaplatos de la cocina. Oigo cómo vacía todos los cubiertos en el cajón de la cocina de golpe, a pesar de que Aina y yo le hemos dicho miles de veces que los clasifique.

—¿Te he dicho que me he despedido?

Asiento con la cabeza sin decir nada. Sigue frotando febrilmente los cristales de las gafas con los pantalones de chándal grises, como si intentara eliminar una mancha invisible pero desagradable. Respiro hondo.

—Creo que lo mejor será que me lo cuentes todo desde el principio. ¿Cuándo ocurrió?

Charlotte se suena la nariz en un pañuelo de papel con gran estrépito, lo deja sobre la mesa y vuelve a mecerse hacia delante y hacia atrás en el sillón.

—Fue... eh... anteayer. Estábamos teniendo una charla de desarrollo o, mejor dicho, él la estaba teniendo conmigo.

Charlotte hace una mueca y las lágrimas vuelven a aparecer en sus ojos. Me inclino hacia ella y le acaricio el brazo con suavidad.

—Tómate tu tiempo. Está bien.

Ella sacude la cabeza.

—No está bien. Ya no tengo trabajo, ¿lo entiendes?

Las palabras salen de su boca como un susurro.

—Aguarda un instante. Volvamos a empezar desde el principio. Tuvisteis una charla de desarrollo.

—Él tuvo una charla conmigo. Conmigo.

Como de costumbre, Charlotte se muestra muy meticulosa en los detalles, incluso en una situación como esta. Suspira y sacude, resignada, la cabeza. Cuando finalmente vuelve a decir algo, su habla es lenta y exageradamente nítida, articula cada palabra, como si yo fuera una niña pequeña.

O, tal vez, simplemente estúpida.

—Y. Él. Dijo. Un. Montón. De. Mierda. Que. No. Era. Verdad.

—¿Cómo por ejemplo?

—Que no soy lo suficientemente proactiva. Que tengo que aprender a tomar posesión de mi ámbito de responsabilidad de una manera más proactiva. Oh... No tiene sentido explicártelo. De todos modos, no lo entenderías.

Noto una pequeña punzada de irritación al haber sido desacreditada por mi paciente, pero lo dejo pasar sin hacer ningún comentario.

—Me dijo que debería desarrollar mi liderazgo. Que todavía no estoy lista para asumir la tarea. En resumidas cuentas: un montón de mierda. No es verdad. ¡Es tan injusto! He renunciado a... todo. Y allí tienes a ese cerdo pretencioso, criticándome sin ninguna razón. Cuando él mismo... A pesar de que él...

Charlotte solloza. Es incapaz de acabar la frase.

—A pesar de que él, ¿qué? Cuéntamelo, Charlotte.

Charlotte vacila y se masajea los muslos con una mano, mientras se retira las lágrimas y los mocos con la otra.

—A pesar de que él es un perdedor salido que se folla a una subordinada, a pesar de que esté completamente prohibido.

—Entonces, ¿tú qué hiciste?

—Se lo dije. Se lo dije todo. Le dije que sabía lo que estaba haciendo. Lo que pensaba de ello. Y ahora estoy sin trabajo.

—¿Te echó?

—Por supuesto que no. Yo me despedí.

—Pero... ¿por qué? No creo que sea culpa tuya que él haga algo contrario a las normas de la empresa.

Mi mano todavía descansa contra el algodón grueso de la sudadera con capucha de Charlotte. De vez en cuando, le doy un apretón de consuelo a su brazo.

—¿No entiendes que no me puedo quedar allí, después de haberle dicho lo que le dije?

Charlotte sacude la cabeza y hace que las greñas castañas y húmedas bailen

alrededor de su cabeza como una aureola.

—Pero, Charlotte, piensa un poco. De hecho, es él quien hace algo mal. Y sólo porque tú le hayas llamado la atención, por muy torpe que hayas sido, no significa que tengas que despedirte tú.

—Lo sé. Soy tan condenadamente estúpida...

Ahora Charlotte llora desconsoladamente, con el rostro enterrado en la falda. Emite pequeños gemidos agudos, como un roedor atrapado en una jaula. Acaricio su brazo y echo una mirada al reloj: quedan diez minutos, es hora de redondear.

—Eso no es lo que quise decir, Charlotte. Sólo quería asegurarte que tú no hiciste nada malo.

—De todos modos, eso ahora no importa.

La voz de Charlotte es apagada y nasal.

—¿Sabes qué? Creo que es bastante positivo y provechoso que te permitas perder el control de vez en cuando. Ya sabes, hasta ahora, gran parte de tu vida ha estado dominada por las ansias de controlarlo todo.

Charlotte se pone tensa al instante; en un segundo se convierte en hielo.

—NO TENGO TRABAJO. ¿Acaso no entiendes lo que te estoy diciendo? Y es por tu culpa. ¡Gilipollas!

Suelto su brazo y me pongo en pie, sorprendida por mi fuerte reacción. De pronto, no estoy demasiado segura de quién es esta mujer lloriqueante y llena de mocos, envuelta en un chándal de algodón, que tengo delante de mí. Tal vez haya algo en ella que yo no he sabido ver. A lo mejor he entreabierto una puerta a algo oscuro y prohibido.

Charlotte salta del sillón y viene corriendo hacia mí.

—Disculpa, no entiendo qué me está pasando. Perdón, perdón.

Me rodea con sus brazos delgados pero sorprendentemente fuertes y me estrecha con ímpetu. Como si yo fuera su último clavo ardiendo. ¿Acaso lo soy?

Su mejilla contra mi cuello está mojada, y noto su respiración en la nuca. Nos quedamos así un rato, como dos bailarines congelados en un paso de baile, congelados en el tiempo y el espacio.

Fuera, se ha hecho de noche, y veo nuestro reflejo en la ventana negra. Veo a la niña frágil que hay en Charlotte, veo sus brazos nervudos, sus brazos de trepadora, sus brazos de recolectora de manzanas que rodean mi cuerpo, pero también veo otra cosa en su mirada, y ese algo hace que se me ponga el vello de punta en la nuca.

De pronto, Charlotte dice, con una voz sorprendentemente controlada y suave:

—Siri, ¿me estoy volviendo loca?

Le veo cada día en la consulta, al lado de la máquina de café, de la fotocopidora, en la recepción. Su pelo canoso y la americana preceptiva de pana. Creo que tiene una de cada color. De vez en cuando, su mirada se cruza con la mía, y no puedo evitar pensar si lo ve en mis ojos.

El miedo.

Nos desplazamos por la consulta como unos desconocidos: Aina, Sven y yo. Todos somos dolorosamente conscientes de que ya nada podrá ser como antes.

No hablamos de ello. Estamos obligados a callárnoslo para poder seguir juntos, para poder llevar adelante la consulta, y los pacientes, y todo lo demás. No podemos nombrar lo que todos pensamos. Es demasiado peligroso hablar de ello.

El vacío tras la desaparición de Marianne es casi palpable. Su olor en el baño, las pequeñas anotaciones en mi agenda. «Anneli Asplund: 12.00 h – recuerda que tienes que traer agujas». Su ropa en el pequeño armario ropero: los jerséis de punto de color rosa y los pañuelos de flores cuelgan de unas perchas acolchadas siguiendo un orden minucioso. En el rincón del fondo, a la derecha, cuelga una bolsa llena de espliego. Por el olor. Tan pulcro y aseado todo, tan enfocado en los pequeños detalles, tan propio de Marianne.

Tengo una fuerte necesidad de verla. Aunque sólo sea para sostener su mano por un breve instante. Pero no podemos visitar a Marianne. Sigue en coma en el hospital. «No tiene ningún sentido visitarla todavía». Eso fue lo que me dijo la enfermera cuando llamé.

Y en la consulta seguimos deambulando nerviosos, ese baile turbado a través de las estancias y los pasillos, con las manos llenas de papeles y tazas de café, como si eso fuera a hacernos parecer más centrados y profesionales.

Aina y yo hemos hablado de Sven. En realidad, ninguna de nosotras cree que tenga nada que ver con el asesinato de Sara. Tampoco ninguna de las dos lo ha visto hablar alguna vez con Sara. Pero ni Aina ni yo podemos ignorar los hechos. Sven es una de las personas que sabía lo suficiente acerca de la terapia de Sara para poder falsificar de manera convincente su carta, con todas sus referencias a las conversaciones que mantuve con ella. Sabe dónde vivo, incluso sabe que suelo nadar cada día entre el embarcadero y las rocas. Sabe que Charlotte Mimer es mi paciente, y tenía acceso a su dirección. Sven podía perfectamente haber enviado la carta que la advertía contra mí. Pero lo más grave son todos sus comentarios en el expediente de Sara que encontraron en la cocina de Marianne. Y la fotografía. La fotografía de Sara sobre la roca. ¿Tendrá también Sven una copia de ella?

Sé que la policía lo ha interrogado muchas veces. Markus no quiere contarme a qué conclusión han llegado, pero insinúa que no han sacado nada en claro. «Es como interrogar a un niño —me dijo—. Se queda allí sentado, mirándome, con sus malditas sandalias Birkenstock, sin decir nada, y con eso quiero decir nada reseñable». Markus insinúa que hay agujeros en su coartada aunque, de hecho, no tienen ninguna prueba que lo incrimine. Horas que no puede justificar, en las que no puede explicar dónde

estuvo, en las que nadie recuerda haberlo visto, ni siquiera Birgitta, a pesar de que Sven afirma que estaban juntos.

Se pueden decir muchas cosas de Sven, pero ¿es un asesino? Sin embargo, si no fue él, ¿quién puede ser? ¿Carlsson? ¿Podría él ser el amigo secreto de Sara? ¿Sara lo habría considerado un hombre de mediana edad? Parece que nada concuerda. Peter tiene un problema psicológico que tal vez le haga ser sospechoso y, además, sabe que Charlotte Mimer es mi paciente. Pero ahí también acaban todos los parecidos entre él y el asesino. No creo que sepa dónde vivo. Tampoco es probable que conozca el contenido de las conversaciones entre Sara y yo. Si realmente era el amigo secreto de Sara, y ella le confiaba todo lo que hablábamos entre nosotras, entonces, a lo mejor. Pero me resulta bastante improbable, pues las referencias en la carta son demasiado detalladas y exactas. La persona que la escribió sabía de qué hablábamos y cuándo. Fechas y horas, todas están allí.

Además, y eso es lo que más me preocupa: ¿cuál podía ser el motivo de Peter Carlsson? O el de Sven, ahora que estamos. ¿Qué fue lo que dijo Vijay? Una sensación de injusticia. Hasta donde recuerdo, nunca había visto a Peter antes. ¿Y Sven? ¿Me odia por ser una mujer con éxito? ¿Soy la personalización de todo lo que ha frenado su carrera y que lo ha obligado a estancarse y trabajar en una pequeña consulta de Söder? Un hombre que odia a las mujeres, ¿casado con una de las autoridades más importantes de nuestros tiempos en el campo de la investigación de género? ¿Una persona malvada? No puedo creerlo.

Pienso en la voz al teléfono aquella noche, cuando la policía me detuvo. Intento recordar cómo sonaba. Pero entonces no me resultó conocida, eso lo sé. Y no me sonó que fuera como la de Sven. Ni la de Peter.

Quedan Aina y Marianne. Ni en mis momentos de mayor paranoia logro imaginarme que Aina o Marianne estén involucradas. Pero ¿quién más tiene acceso a toda esa información? ¿Quién conoce todos los detalles de las conversaciones con Sara, quién sabe dónde vivo, quién tiene la dirección de Charlotte? ¿Quién sabe de mis chapuzones hasta el viejo y torcido embarcadero?

No voy a ninguna parte, y eso me hace sentirme endemoniadamente frustrada. Debe de haber algo que he olvidado. Un detalle.

Intento analizar el problema desde otro punto de vista. El motivo, porque tiene que haber un motivo, claro. La sensación de injusticia. ¿Existe algún amante desdeñado en mi pasado que yo haya podido olvidar? ¿Un colega que se haya sentido ignorado por mí, o un paciente que se haya sentido ofendido? Por mucho que me esfuerzo por recordar, no se me ocurre nadie. Y luego hay otro problema: aunque exista una persona que se quiera vengar por algún agravio, difícilmente ha tenido acceso a la información que requería llevar a cabo el crimen. Expedientes, direcciones... Un callejón sin salida, una vez más.

¿Tal vez otra persona ha tenido acceso al despacho y a nuestros expedientes y notas? He hecho una lista de todas las personas ajenas que han estado en el despacho

a lo largo de los últimos seis meses y se la he dado a Markus. Era lastimosamente corta, tan sólo la empresa de limpieza y el nombre del informático.

La empresa de limpieza es una familia griega. Los conozco a todos personalmente y, además, limpian en horas de trabajo, lo que hace que sea todavía más improbable que hayan podido sacar expedientes de la consulta. El informático se llama Ronny y es de Órkelljunga. Sólo he hablado con él por teléfono, y me cuesta muchísimo creer que pueda tener nada que ver. Ni siquiera estoy segura de que tuviéramos los expedientes en su sitio, la última vez que él estuvo aquí.

La incertidumbre se convierte en un vacío. En una espera. El silencio antes de la tormenta.

De pronto estaba allí, con su ridículo perrito atado a la correa. Tendría unos treinta y cinco años. Vestido elegantemente, con todas las marcas que hay que llevar, discreto y con estilo. A pesar de que la noche ya había empezado a caer sobre la ensenada, pude apreciar lo pulcro y bien intencionado que era, como un cochinito de Navidad, con carrillos regordetes y rosados, y una barriguita que sobresalía por encima de la cintura de los vaqueros negros. Seguramente, tendría una esposa que se ocupaba de él y de sus dos mocosos en una de esas cajas grandes y vulgares, al este de la ensenada.

—Bueno, no es que pretenda molestarte —empezó diciendo el hombre con una voz insufrible y gangosa—, pero... —Sujetaba con fuerza al perrito, que me gruñía, echaba las orejas hacia atrás y mostraba los dientes—. Sólo me preguntaba... Bueno, te he visto varias veces merodeando por las rocas cuando he salido a dar una vuelta con el perro. ¿Vives por aquí, o qué?

El hombre hizo que la pregunta sonara como una acusación. No le contesté, sino que salí del saco de dormir que, aquella noche, había instalado bajo un pino al borde de las rocas, y me puse en pie.

—¿O tal vez vives en aquella casa...?, porque... allí vive una chica. ¿No es así?

La voz del hombre se apagó; estaba visiblemente nervioso. Se balanceaba sobre los pies. Subía y bajaba en pequeñas convulsiones. Si el hombre hubiera sido listo, habría salido corriendo en ese mismo momento, se habría adentrado en la oscuridad para no volver jamás, pero se quedó allí pasmado, en medio del sendero, como si aguardara alguna clase de recompensa por su buen comportamiento.

—¿Ella sabe que duermes aquí?

Salí del saco de dormir sin contestar al hombre y alargué la mano en busca de la mochila azul que siempre llevo conmigo a todas partes.

—Lo único que quiero decir es que... aunque no tengas dónde vivir, este no es...

Estuve rebuscando entre cuerdas, bolsas de plástico y cinta americana, hasta que lo encontré. El cuchillo de caza tenía una hoja ancha y afilada de acero azul y dentada por uno de los filos. Con un gesto rutinario, lo escondí en la manga, me puse en pie y avancé lentamente hacia el hombre sobrado de sí mismo y su ridículo perrito. El guardián de la moral de paseo nocturno.

—Esto no es ningún camping —dijo el hombre con contundencia, como si

quisiera convencerse a sí mismo de lo que acababa de decir.

—Y yo no soy ningún campista —le contesté, y de dos zancadas me coloqué delante de él, que, instintivamente, reuló hacia el árbol que tenía detrás, buscando algún tipo de apoyo.

Sin embargo, lo único que consiguió con ello fue quedarse atrapado entre el árbol y el cuchillo de caza.

Con un solo movimiento le rajé el abultado abdomen, desde el ombligo hasta el pecho. Una cosa hedionda y orgánica cayó de su interior con un suspiro, a la vez que el hombre se deslizaba al suelo sin decir palabra, todavía con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

Tiré de la correa y me acerqué el perrito, que seguía gruñendo para hacerlo callar. Sin embargo, el corte que hirió al animal en el cuello, también cortó la correa, y con un ladrido ahogado y jadeante desapareció en la noche.

Es de noche. La oscuridad se cierne alrededor de mi salón y oigo los vientos otoñales que silban sobre el islote rocoso. Todas las luces están encendidas y, por si acaso, he dejado la enorme linterna al alcance de la mano. Estoy echada en el sofá. Sobre la mesa hay un plato vacío, totalmente embadurnado de *ketchup* y restos de comida, y en la mano tengo la copa de vino ineludible.

El plato de comida de *Ziggy* sigue vacío al lado de la puerta principal. He decidido que esta noche no le dejaré comida, porque ya he aceptado que no volverá, a pesar de que, de vez en cuando, me parece oír sus suaves patas por la noche.

El suelo está cubierto de cintas de vídeo de mis conversaciones con los pacientes, todas ellas fechadas y marcadas con la letra pulida de Marianne. Me froto los ojos. ¿Es posible encontrar una pista aquí? ¿Habrá algo entre todas estas conversaciones, entre los cientos de horas de sesiones, que sirva para explicar lo que está ocurriendo? ¿Una palabra, un gesto involuntario, una mirada reveladora?

Avanzo la cinta hasta llegar a una de mis conversaciones con Peter. Sus brazos se agitan espasmódicamente en el aire a velocidad doble. La cabeza salta de arriba abajo. Se recoloca la corbata una y otra vez. Qué evidentes se vuelven los tics de la gente cuando los reproduces a doble velocidad... Detengo la cinta y le doy al *play*.

—Bueno, verás..., tengo una novia. Significa mucho para mi. Supongo que es la primera vez que estoy enamorado. Me refiero a realmente enamorado.

Nos conocimos hace unos meses, y al principio todo fue bien, aunque yo seguía sintiendo cierto desasosiego. Quiero decir, que he tenido otras relaciones anteriormente, pero siempre las he cortado después de poco tiempo. Pero con esta chica no quiero... quiero decir, que sí quiero. Quiero tener algo con ella.

—Es decir, que has tenido otras relaciones anteriormente, pero que las has cortado, y ahora has conocido a una mujer que es importante para ti, y quieres que funcione, ¿lo he entendido bien?

(Peter Carlsson asiente con la cabeza y vuelve a llevarse la mano a la corbata).

—¿Podrías contarme por qué cortaste con tus anteriores relaciones y por qué te preocupa que a lo mejor tengas que acabar esta?

—Me vienen pensamientos a la cabeza, imágenes. Y me asustan.

—¿Podrías describir tus pensamientos?

—Es... es... muy difícil.

—Háblame de la última vez que pasó.

—Fue ayer por la noche... Habíamos cenado y habíamos tomado vino. Ella, mi chica, se sintió cansada y fue a echarse. Estaba en la cama, dormida. Y entonces yo me imaginé que... que yo... quiero decir, lo increíblemente fácil que sería rodear su cuello con mis manos... Y luego apretar con todas mis

fuerzas. Vi lo pequeña y vulnerable que es, y lo increíblemente fácil que sería... hacerle daño.

Detengo la cinta rápidamente y noto cómo la sangre abandona mi cabeza. El rostro de Peter ha quedado congelado en una mueca sobre la pantalla del televisor. Sus ojos están vacíos. ¿Una persona malvada? Tan sólo Peter lo sabe. Le doy un sorbo a la copa de vino para serenarme y corro la cinta un poco hacia delante.

—¿Cómo te hacen sentir estas imágenes?

—Tengo tanto miedo... Imagínate si realmente perdiera el control y le hiciera daño. Porque la quiero. Los pensamientos me hacen sentirme repugnante, como un maldito asesino sexual. Y es que no quiero hacerle daño.

—¿Disfrutas con las fantasías?

—¿Si disfruto? No, no lo disfruto, desde luego. Me gustaría librarme de ellas. Me gustaría que no existieran. Es precisamente por eso que necesito ayuda. Para que desaparezcan.

—Y tú, personalmente, ¿haces algo para que desaparezcan?

—He dejado de practicar el sexo. Los pensamientos no vuelven de la misma manera, si no me acuesto con mi novia. Pero... ¿qué mujer va a querer a un hombre que no quiere practicar el sexo?

Pienso en Sara y en su nuevo novio, que no quería hacer el amor con ella. En cómo la falta de contacto físico la confundía y le provocaba la sensación de insuficiencia. Para alguien acostumbrada a que el valor de una mujer se mida por su capacidad de atracción, la consecuencia es obvia: no soy suficientemente mujer.

Me deslizo por el sofá hasta dar con las rodillas contra el suelo y empiezo a rebuscar sin ton ni son entre las cintas, en busca de la conversación que mantuve con Sara, precisamente sobre este tema. Estoy torpe y sé conmigo misma que he bebido demasiado vino. También esta noche. Tardo unos minutos en encontrarla.

—Parece que le gusto, hablamos de todo, nos divertimos, pero... no quiere acostarse conmigo.

—¿Y siempre ha sido así?

—Al principio creí que él quería esperar, hasta que nos conociéramos mejor, o algo así. Quiero decir... casi me... sentí halagada. Como si yo fuera un vino de reserva, o algo así, que había que dejar madurar. Luego empezó a extrañarme y pensé que tal vez él era impotente. Al fin y al cabo, no sería tan extraño a su edad. Sin embargo, creo que tiene ganas, pero que hay algo que le reprime. Quiero decir, noto que tiene ganas, pero que se inhibe cuando

llega la hora de la verdad. Casi podría decirse que se... enfada. ¿Cómo puede eso enfadarle?

—No lo sé. Existen tantas razones diferentes y, además, yo no conozco a tu novio. Puede ser desde el miedo a no dar la talla, quiero decir, tú eres joven y atractiva, etcétera, hasta afecciones físicas o bloqueos emocionales. ¿Tú qué crees? Al fin y al cabo, tú eres quien mejor lo conoce.

—Yo no creo nada.

—Es como si soportara un montón de... ira. Está tan condenadamente cabreado... por dentro, y por alguna extraña razón, sale a la superficie cuando nos encontramos en una situación íntima, me refiero a físicamente íntima.

Rebobino un poco. Sara vuelve caminando de espaldas y a sacudidas a la recepción, coge un cigarrillo apagado del cenicero y se lo lleva a la boca.

—Sin embargo, creo que tiene ganas, pero que hay algo que le reprime. Quiero decir, noto que tiene ganas, pero que se inhibe cuando llega la hora de la verdad. Casi podría decirse que se... enfada. ¿Cómo puede eso enfadarle?

Vuelvo a rebobinar, y con este gesto obligo a Sara a recoger el cigarrillo apagado una vez más.

—Casi podría decirse que se... enfada. ¿Cómo puede eso enfadarle?

Sara se queda paralizada a medio camino mientras está cruzando la habitación y, por un instante, parece que esté suspendida en el aire cuando vuelvo a detener la cinta. Como un ángel. Un ángel adicta a la nicotina, con la cabellera hecha unas greñas de pelo amarillo y los antebrazos cubiertos de cicatrices.

¿Por qué las insinuaciones de Sara provocaron tanto a este hombre hasta llegar a enfadarlo? ¿Por qué un hombre de mediana edad le hace regalos caros a una mujer joven, para luego enfadarse cuando ella quiere acercarse a él? ¿Qué tipo de relación estaría buscando este hombre? Un hombre maduro, una mujer más joven, una chica amiga, un amor platónico, regalos. Padre e hija, ¿sería realmente tan sencillo? ¿Estaría buscando a alguien que pudiera ser su hija?

De pronto, recuerdo algo que dijo Sara durante una de nuestras últimas sesiones. Empiezo de nuevo a buscar entre las cintas de vídeo que hay en el suelo hasta que la encuentro. Meto la cinta de vídeo y avanzo unos minutos. Sara tiene un aspecto inusualmente aseado. Lleva un top de color negro muy suelto sobre su torso bronceado y unos tejanos que no tienen ni agujeros ni están remendados. No lleva

nada de maquillaje y tiene el pelo recogido en una coleta. De repente, parece significativamente más joven que los veinticinco que realmente tiene. «No cabe duda —pienso—, podría ser la hija adolescente de cualquiera».

—Le gusta cuando los abro. Quiero decir, que quiere ver cuando retiro el papel de regalo y todo eso. Porque los regalos siempre están muy bien envueltos, con lazos dorados, y cosas así. Ayer me regaló uno de esos chalecos acolchados, ya sabes, con piel por fuera.

—¿Y no te resulta incómodo que te haga tantos regalos?

—¿Por qué iba a resultármelo?

—Tal vez porque quiere algo a cambio.

—Como por ejemplo, ¿qué?

—¿Tú qué crees?

—Nada... (Sara masculla algo inaudible).

—¿Qué has dicho?

—¡Desde luego no es sexo lo que quiere! No quiere estar conmigo... (Sara solloza).

—Aquí tienes. (Le paso la cajita de los pañuelos de papel).

—No quiere acostarse conmigo, y dice que es porque le recuerdo demasiado a alguien...

—¿A quién, Sara?

—No lo sé, tal vez a su hija.

—¿Tiene una hija?

—No quiere hablar de ello. Se niega a hablar de ella.

—Pero ¿te ha dicho que le recuerdas a alguien? ¿A ella?

—Mmm...

Pulso el botón de pausa y cierro los ojos. ¿O sea, que el amigo de Sara, y probablemente también su asesino, es un padre de mediana edad que me tiene atravesada y que, además, sabe que existe la consulta? Y la razón por la que evita todo contacto físico con Sara es que le recuerda demasiado a su hija, o tal vez sea precisamente eso lo que pretende: acercarse a ella de la misma manera en que lo haría un padre. Amarla como a una hija. ¿Quién es este hombre? Sin lugar a dudas, una persona enferma, aunque lo bastante inteligente para ocultar sus propósitos y vivir una vida aparentemente normal. Miro el reloj. Son las 22.45 horas. Demasiado tarde para llamar a Vijay.

Entonces lo oigo. Una especie de gruñido ahogado y, luego, un ruido sordo. No me asusto, sólo me sorprende; no suena como algo que venga de un humano. Sin embargo, mis piernas parecen no querer transportarme cuando me levanto despacio y miro a través de las ventanas negras en dirección al mar.

La oscuridad es impenetrable como una pared de hormigón. La habitación está

bañada en una luz fría que me impide ver cualquier cosa afuera. Me acerco rápidamente al interruptor general de la electricidad y cierro los ojos. Lo he hecho cientos de veces antes, pero sigue sin gustarme. Desconecto la luz y, poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad. Aparece el contorno de los muebles del salón, al principio, más como un recuerdo que como una visión real.

¡Allí! Una sombra se desplaza por delante de la ventana. La veo con nitidez: es la silueta de una persona que desaparece entre los rosales marchitos. No necesito ver nada más. Con un rápido movimiento, vuelvo a darle a la luz.

Había alguien en mi jardín, alrededor de mi casa. ¿Un hombre? Tal vez haya aplastado el rostro contra el cristal de la ventana y me haya estado observando mientras yo visionaba las cintas de vídeo en la pantalla del televisor. Tal vez haya visto a Sara.

La sola idea me provoca náuseas.

Espero un buen rato hasta que, finalmente, entreabro la puerta de la terraza para echar un vistazo afuera. Las olas y el viento es lo único que se oye, y percibo el crudo frío del aire nocturno como un suspiro húmedo contra mi cuerpo. El cielo está negro y no logro distinguir ni los árboles ni las rocas; apenas consigo vislumbrar el débil centelleo del mar que tengo en frente.

La luz de mi salón ilumina el pequeño césped delante de la casa y algo que, al principio, creo que es un pedazo de plástico negro, pero que luego resulta ser una mancha oscura y húmeda, resplandece en medio de la oscuridad. Suelto la puerta, que inmediatamente se abre de par en par por un golpe de aire, y bajo con mucha cautela las escaleras de madera en dirección al césped.

Sentada en cuclillas, acerco la mano a la mancha y, al principio, estoy convencida de que me equivoco al notar el calor que irradia desde la hierba. Pero cuando vuelvo a mirar, esta vez con mayor detenimiento, veo un tenue hilo de vapor que emana de la mancha húmeda y brillante, como la bruma de una mañana de verano. Toco la mancha con cuidado y miro mis dedos.

Es sangre.

Markus hace todo lo que acostumbra a hacer siempre que, por alguna u otra razón, le llamo en mitad de la noche. Me cubre con la manta a cuadros, me hace una taza de café fuerte y realiza las llamadas pertinentes. En este caso, a los técnicos que hay que avisar para que examinen la sangre.

Yo, por mi lado, no digo gran cosa. Por mi cuerpo se ha extendido un frío interior que ninguna manta ni ningún brebaje es capaz de eliminar. Es como si la conciencia de que alguien realmente quiere hacerme daño no me hubiera alcanzado hasta este momento. ¿Qué habré hecho para provocar todo esto? ¿Cuál es mi delito, y cómo podré purgarlo? ¿Dónde y cuándo se desencadenó esta sarta de acontecimientos? Y sobre todo, ¿cómo puedo detenerla?, pues ya no tengo dudas de que esta historia tendrá una continuación que no estoy segura de querer ver.

La sensación de injusticia. Que arroje la primera piedra el que esté libre de culpa. ¿Esa soy yo? ¿Inocente? ¿Sin culpa? ¿Quién fue el culpable de que la vida de Sara fuera tan dura? ¿Quién tiene la culpa de su muerte? ¿Su familia? ¿Ella misma? ¿La sociedad? ¿El asesino, una persona malvada? ¿O, tal vez, yo? ¿Y puedo estar segura de que estoy libre de culpa, sólo porque nunca quise hacerle daño? Lo mismo que con Stefan, ese es mi único pensamiento. Es exactamente igual que con Stefan. Me quedo dormida en el sofá, con la manta cubriéndome hasta la nariz y la taza de café sin tocar sobre la mesa.

—¡Hora de despertarse!

Markus está sentado en mi sofá. Lleva puesto un jersey de lana y unos tejanos, y parece bastante complacido.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media. Pensé que necesitabas dormir. Los técnicos ya han estado por aquí, trabajaron durante tres horas, se tomaron un café en la cocina y se volvieron a ir.

—Perdona...

—No tienes por qué disculparte. Por cierto, era sangre de animal, no humana.

—¿Qué clase de animal?

—Todavía no lo saben, pero yo diría que fue un animal herido lo que oíste ayer por la noche.

—Pero si yo vi...

—Sí, lo sé, pero resulta muy fácil equivocarse. Tenías miedo. Era de noche. A lo mejor fue un corzo.

—¿Un corzo?

—Sí, o un tejón. Hay muchos tejones por aquí. Es posible que haya sido un tejón herido en un accidente de tráfico.

—Pero ¡si por aquí no hay coches! —le interrumpo, irritada.

—Sea como fuere, yo no le daría más vueltas al asunto.

Markus está en la cocina, revolviendo los armarios. Veo su cabellera rubia por el resquicio de la puerta. Al otro lado de mis ventanas brilla el sol. Hace un día espléndido, y el follaje otoñal, de todos los matices, desde el amarillo limón hasta el ocre y el pardo rojizo, enmarca la pequeña ensenada donde el mar está totalmente en calma.

—¿No tienes nada de comer?

—Hay un poco de pan en el congelador. Es posible que también haya un poco de queso... no estoy segura.

—Aquí está todo vacío. Dime una cosa, ¿de qué te alimentas?

—Tenemos que hablar.

—Desde luego —responde Markus, a la vez que sigue rebuscando en mi cocina. No me siento demasiado cómoda viéndole revolver mis armarios y mis cajones, y por eso levanto la voz.

—Me refiero a hablar de verdad. Ayer encontré algunas cosas en mis cintas de vídeo que creo que son importantes.

Markus sale de la cocina. Lleva un pimiento y dos manzanas en la mano.

—¡Cuéntame! —dice, y toma asiento a mi lado, en el sofá.

Y yo le cuento. Que tal vez el amigo de Sara estuviera buscando una relación padre-hija, o que al menos acabó metido en una. Le hablo de la secuencia en que Sara insinúa que él tiene una hija que se parece a ella. Markus escucha con atención. Él y sus colegas también han revisado las cintas, pero no se han detenido especialmente en esto, me dice.

Al final, también le hablo de mis pensamientos acerca de la culpa, que me pregunto si yo puedo tener alguna culpa, directa o indirectamente, de lo que les ha ocurrido a Sara y a Marianne. No menciono a Stefan. Me resulta demasiado difícil hablar de ello.

Supongo que esperaba que Markus rechazaría mis consideraciones y que me diría que, por supuesto, no es culpa mía, pero, en cambio, se encoge de hombros y mira por la ventana.

—Me imagino que estamos todos en el mismo barco.

—¿Tú y yo?

—Todos los seres humanos —me aclara, y le da un mordisco a una de las manzanas—. En todo lo que hacemos. En todos los actos cuyas consecuencias no somos capaces de predecir. En todas las relaciones complejas, entre acontecimientos, entre personas. Tiras de un hilo por un extremo, y del otro extremo, alguien muere. Nadie tiene la culpa, o tal vez, ¿todos seamos culpables? Sin embargo, para mí, la intención es más importante que la causa. La causa es mecánica, podríamos decir, mientras que la intención tiene un sentido, una fuerza propia.

Sin decir nada, le cojo la otra manzana de la mano y la muerdo. Su comentario me sorprende. Por alguna razón, no esperaba que fuera a ofrecermela una disquisición tan razonada y bien formulada. Por alguna razón, estaba convencida de que Markus era menos sofisticado.

Banal.

Alguien de quien no necesitas instrucciones de uso. Un hombre cuyas reacciones son, en todos los sentidos, previsibles. Y al que, si es necesario, se le puede parar en cualquier momento.

—Da lo mismo —dice Markus, y me mira con unos ojos inyectados en sangre, después de haber trabajado toda la noche.

—He estado pensando en una cosa. Como ya sabemos, Marianne sigue inconsciente. Me gustaría poder hablar un poco contigo y con tus colegas acerca de ella, para hacerme una idea más exacta de quién es y cómo vive. ¿Qué hacía, por ejemplo, en su tiempo libre?

—La verdad es que no lo sé. ¿No te parece extraño? Ves a una persona cada día y, a pesar de ello, nunca acabas de conocerla. No del todo.

—Ocurre constantemente.

—Creo que su novio, Christer, era quien mejor la conocía.

—En realidad, ¿qué sabes de él?

—No gran cosa. Marianne solía describirlo como un hombre amable y, bien, como un gran apoyo. Me parece que ha sido de gran ayuda para ella en el ámbito profesional, o como quieras llamarlo. La escuchaba y la comprendía, y todo eso. Creo que trabaja, o trabajaba, en el sector de las finanzas.

—Sí, eso nos dijo. ¿Qué impresión tienes de él?

—Bueno, no sé qué decirte. Al fin y al cabo, no lo conozco demasiado. Sólo lo he

visto un par de veces. Pero parece inteligente y... tal vez un poco demasiado sensible. Da la impresión de que sabe un poco de todo: música, arte... Es lo suficientemente inteligente para no parecer pretencioso, aunque lo es. Bien, ya sabes.

Markus no me contesta; simplemente le da un mordisco a la manzana mientras contempla el mar.

Por la noche vuelvo a soñar con Stefan. Una vez más, percibo su presencia intensamente; su olor en mi nariz, su piel al alcance de mis manos. Pero él no está. Sudada y obsesionada, como si tuviera fiebre, correteó por el salón y por el jardín, buscándolo. Levanto las ramas llenas de espina de los rosales, oprimidas por el peso de los rebosantes pimpollos de color morado oscuro. Echo a correr entre los troncos, tropiezo en las agujas de abeto y caigo. El suave y húmedo musgo recibe mi cuerpo delicadamente.

Me detengo al llegar a las rocas y echo la vista hacia el mar, que es de un extraño color cobrizo. Cuando vuelvo la mirada hacia el cielo, comprendo que es quien le presta su color al mar. De un castaño rojizo y amenazante, cuelga pesadamente sobre la ensenada. Avanzo hacia mi pequeño y torcido embarcadero, y doy unos pasos vacilantes por sus frágiles tablones consciente ya de lo que me encontraré: Stefan flota apaciblemente sobre la espalda en el agua refulgente y cobriza. Las algas forman una almohada mullida y ondeante cuyos flecos acarician su mejilla como cientos de suaves brazos.

—Te echo de menos —le digo—. Siempre es lo mismo. Yo te echo de menos y tú nunca estás.

Los finos párpados de color azul blanquecino de Stefan parecen hechos de papel de arroz. Se estremecen; él abre los ojos y mira a través de mí.

—Pero, mi amada Siri, ¿todavía no lo has comprendido? ¿Por qué tuve que abandonarte?

He pensado en hablar con Sven. Markus me ha advertido que no lo haga, no quiere que hable con ninguno de los que ha interrogado la policía. Preferiría que me fuera a vivir a casa de Aina y que pidiera la baja. Que desapareciera de la faz de la tierra, así me lo dijo. En cambio, he vuelto a la consulta, avanzo por el pasillo en dirección a la sala que solemos llamar la habitación amarilla.

El despacho de Sven.

Está sentado de espaldas a la puerta. Sobre el respaldo de la silla cuelga una americana de pana de color herrumbre. El escritorio está cubierto de montones de revistas especializadas, libretas y folios sueltos que, sé, son expedientes que, de hecho, no deberían estar allí, a la vista de cualquiera. Somos muy estrictos con el secreto profesional. Encima de todo eso se balancean tazas de café, ceniceros y corazones de manzana. Sven es un terapeuta muy competente, pero un administrador pésimo. Desde que Marianne desapareció, su despacho y sus expedientes han ido degenerando paulatinamente.

—Sven, ¿puedo hablar contigo un momento?

Sven hace girar la silla y veo en su mirada que está nervioso. Tal vez sea mi presencia lo que le aterroriza.

—Por supuesto. Siéntate.

Hace un gesto con la mano en dirección al sillón de las visitas, que también está cubierto de folios sueltos y carpetas. Por un segundo pierdo la paciencia, con él y su desorden. Tal vez Marianne aceptase recoger su caos, pero ni Aina ni yo estamos dispuestas a hacerlo.

—¿Dónde habías pensado que me sentara?

No es mi intención, pero yo misma me doy cuenta de que mi tono de voz suena duro y sarcástico. Sven salta de la silla dando un respingo.

—Disculpa.

Cuando empieza a retirar carpetas y papeles de la silla de las visitas veo que sus manos tiemblan. Los papeles se esparcen por el suelo y por debajo de la estantería. Al final parece rendirse. Deja todos los papeles en un montón sobre la moqueta, se hunde en su silla, saca un paquete de cigarrillos, y yo pienso que casi los prefiero a la pipa. Tomo asiento frente a él y lo miro. ¿Cómo es posible? Sven, el hombre tan seguro de sí mismo y seductor, reducido a un atado de nervios que fuma sin cesar.

—Tenemos que hablar —le digo.

—Supongo que sí.

—Sven —empiezo, dubitativa—, tú eres de las pocas personas que tenías acceso a la dirección de Charlotte, a los expedientes de Sara...

Sven me interrumpe con un tono de voz desesperado, y veo que sus manos, amarillas de tanto fumar, tiemblan al gesticular.

—Siri, tienes que creerme. Yo no he estado dando vueltas a hurtadillas por tu jardín, ni he escrito una carta a Charlotte Mimer, ni he... matado a Sara Matteus. ¿Cómo puedes siquiera creer...? Entiendo perfectamente cómo tiene que verse desde

fuera, pero Dios mío, ¿cuánto hace que nos conocemos? ¿Realmente crees que tengo algo que ver con todo esto?

Suspiro y observo a Sven. Veo el terror reflejado en sus ojos cuando me mira por encima de la mesita.

—No, no puedo creer seriamente que tú hayas tenido algo que ver con ello. O, es decir, ya no sé qué creer. ¿Puedes explicarme una cosa, Sven? ¿Cómo es que había anotaciones hechas con tu letra en el expediente de Sara? Y, además, ¿qué hacía el expediente en la cocina de Manianne?

Sven frunce el ceño y vacila un instante.

—Hace un par de meses, tomé prestado el expediente de Sara. Pensaba utilizarlo para el artículo que estoy escribiendo, ya sabes, el que trata de la conducta autolesiva en mujeres jóvenes. Hice fotocopias de algunas páginas y, sí, es cierto, anoté algunos comentarios en el margen. No hay nada raro en ello... Lo que no comprendo es cómo acabaron en casa de Marianne.

—¿Y la fotografía?

Sven sacude la cabeza y de pronto parece infinitamente afligido.

—Nunca la había visto, hasta que la policía me la enseñó. Había algo condenadamente triste en aquella foto. ¿No te parece?

Sven se encoge de hombros, como para señalar que no es su responsabilidad.

—Tienes que creerme, Siri. No sé qué más decir. Mi vida se ha convertido en un infierno. Interrogatorios policiales a mí y a mi esposa. Lllaman a mis amigos y les preguntan qué clase de persona soy. Veo en sus ojos que creen que estoy mintiendo. ¿Qué puedes hacer cuando alguien ha decidido que eres un mentiroso? ¿Cómo les convences de que eres inocente? ¿A quién puedes recurrir cuando se te acaban los argumentos? ¿Cómo puedo convencerte, Siri?

—Limitate a ser sincero conmigo.

—Soy sincero.

—¿Dónde estabas tú, realmente, cuando murió Sara? Según Birgitta, no estabas en casa.

Sven suspira y entierra la cabeza entre las manos. Masculla algo entre dientes.

—En casa. Estaba en casa. Con Birgitta.

—Ya, pero...

—¡No lo sé!

De pronto, Sven salta de la silla y empieza a pasearse, nervioso, de un lado a otro de la sala con un cigarrillo encendido en la mano. Me mira con una expresión resignada, casi desesperada, en la cara. Los ojos abiertos de par en par, la mirada fija en mí, clavada en mí. Todo su cuerpo tiembla de energía nerviosa y veo cómo el sudor se extiende por sus axilas formando manchas.

—No sé por qué. No logro entenderlo... La razón por la que no quiere darme una coartada. Porque está mintiendo a la policía. ¿Por qué, Siri? ¿Puedes explicármelo?

Pienso que, sin duda, se me ocurre alguna explicación, pero no digo nada. En su

lugar, contemplo a Sven en silencio.

—Veintitrés años. Dios mío, llevamos casados veintitrés años. Y va y me hace una cosa así. No entiendo nada.

—¿No crees que tal vez Birgitta esté enfadada por tus líos con otras mujeres? —suelto.

Sven me mira con algo que parece cólera en la mirada. Está a punto de soltar un grito y cuando se inclina sobre mí, noto que caen pequeñas gotas de sudor en mi cara.

—Escúchame, Siri. Tú no tienes absolutamente nada que ver con esto. Alguna cosa en esta sucia historia tendrá que seguir perteneciendo a la esfera privada de cada uno, ¡joder! Tú no tienes nada que ver. Es un asunto privado.

Sven se incorpora y se queda de pie a unos metros de mí. Ahora parece haberse tranquilizado un poco. Ahora, que ha podido desahogarse conmigo. Por lo tanto, todavía le debe de quedar algo de amor propio.

De integridad.

Tiene razón, por supuesto. Yo no tengo nada que ver con sus líos de faldas. Sin decir nada más, Sven apaga el cigarrillo en el cenicero, agarra su americana de pana y sale de la habitación.

No había pensado que fuera a ser tan pesado.

Cuando, al fin, conseguí atrapar al perrucho y matarlo delante de su casa, los envolví cuidadosamente, tanto al hombre como a su perro, en un par de sacos de basura negros que siempre llevo conmigo. Los sacos no eran suficientemente largos para que cupiera el cuerpo entero, ni siquiera después de haberlo colocado a la fuerza en posición fetal, y tuve que meterlo en dos sacos sobrepuestos. Al hombre le pasé dos sacos por encima de la cabeza que le cubrieron hasta las caderas, consideré el asunto por un instante, y luego le pasé dos sacos más por encima de las piernas. Le llegaban hasta la cintura. El perro tendría que ir en la parte de los pies. Era donde sobraba más espacio. Luego sellé el paquete con muchos metros de cinta para embalar por donde las bolsas se sobreponían. Alrededor de la cintura, y luego alrededor del cuello y de los tobillos.

El plan era sencillo.

Ahora sólo tenía que arrastrar el paquete un par de cientos de metros por el sendero, hasta llegar al pequeño puerto natural donde había unos cuantos botes amarrados al solitario embarcadero. Luego tendría que tomar uno de los botes prestado y remar hasta un punto a una distancia prudente de la playa y, una vez envuelto en la cadena del ancla, echar el cuerpo al mar. Sin embargo, había subestimado el esfuerzo que requeriría arrastrar el cuerpo de un hombre adulto durante tantos metros. Caí de rodillas varias veces, consumido por el cansancio y con esa sensación claustrofóbica en el pecho que siempre me da cuando la tráquea se me cierra y se niega a dejar que pase el aire. Respiré en el inhalador y pensé que esta era la primera vez que las cosas no iban según el plan trazado.

Había cometido un error y lo había puesto todo en peligro.

Este año hay muchas setas. Durante todo el otoño, el bosque alrededor de mi casa ha estado lleno de grandes boletos y rebozuelos, más parecidos a naranjas hinchadas, creciendo entre el musgo debajo de mi tendedero.

Estoy sentada en las escaleras que dan a las puertas de cristal con la cesta entre las piernas, limpiando rebozuelos atrompetados. Aina está delante del cobertizo cortando leña. Se ha quitado el jersey grueso, y cada vez que parte un leño mojado con un movimiento vigoroso y preciso, puedo ver su cuerpo musculoso y nervudo y sus turgentes pechos a través de la fina camiseta de algodón. Nunca hubiera pensado que Aina fuera capaz de cortar leña, pero, como es habitual en ella, vuelve a sorprenderme. Sonríe levemente, como si oyera lo que estoy pensando, deja el hacha en la hierba, al lado de la pila de leña, se seca el sudor de la frente con la manga del jersey y viene hacia mí. Le pido que deje el hacha en su sitio, dentro del cobertizo, pero Aina se ríe de mí.

—Lo haré dentro de un rato, princesa.

Yo le contesto que preferiría que lo hiciera ahora mismo, porque, desgraciadamente, sé que si no lo hace ahora, no lo hará nunca. Pero Aina simplemente se encoge de hombros y sonríe.

—Te prometo que lo haré, pero ahora mismo necesito darme un chapuzón.

Se quita la camiseta, los pantalones y las braguitas, lo deja todo a mi lado en la hierba y sale corriendo en dirección a las rocas. Sería mentir si dijera que hoy me apetece mucho bañarme. La temperatura ha descendido hasta por debajo de los diez grados, el cielo tiene un color gris plomo y un viento septentrional atraviesa el mar, haciendo que las olas se encrespen. Sin embargo, una vez que estoy sobre las rocas, mirando hacia el mar oscuro, al ver el sargazo pardo y el follaje otoñal que se han amontonado en el agua debajo de las rocas, al oír las gaviotas que nos sobrevuelan curiosas formando círculos, me quito la ropa con parsimonia y me acerco con cuidado al borde del saliente de las rocas. Doy un respingo cuando Aina, lanzando un grito, se tira desde la roca al agua helada. Apenas hemos intercambiado una palabra y hemos dejado que el silencio llenase la mañana, permitiendo que los sonidos del bosque hablasen: el golpeteo tenaz del pájaro carpintero en busca de larvas en la corteza de un enorme abeto; ramas que se quebraban bajo el peso de las botas de agua; y el zumbido de los insectos que no podíamos ver a simple vista.

Ahora Aina choca con el agua con un estrepitoso chapaleo, a varios metros por debajo de mis pies, y provoca una cascada de pequeñas gotas de agua dolorosamente frías que saltan hasta mis piernas heladas. Vacilo un par de segundos, y luego doy un salto a su derecha.

El agua helada envuelve mi cuerpo cuando cruzo a nado la pequeña ensenada tan rápido como puedo en dirección al embarcadero y me agarro a la madera putrefacta, grasienta y resbaladiza por las algas y las plantas marinas. Recupero el aliento. Mis dedos congelados pierden el agarre y nado hacia la playa, hacia el calor de la casa y hacia Aina, que ya me está esperando con una manta de lana ajada sobre los hombros.

Luego comemos pan con gambas y rebozuelos a la mantequilla, y bebemos chocolate a la taza. Una vez más le recuerdo a Aina que todavía tiene que meter la leña y el hacha en el cobertizo, pero ella se niega y farfulla algo que, traducido, quiere decir que ya lo hará más tarde.

Fuera, cae la noche sobre el mar y arrecia el viento.

Noviembre

Estamos sentados en mi salón, Aina, Vijay y yo. Fuera ha anochecido y una de las primeras tormentas otoñales arrecia sobre Estocolmo. Las ramas de los árboles golpean con furia contra las ventanas de mi dormitorio. He encendido la pequeña estufa de hierro colado que hay en una de las esquinas de la estancia. A lo largo de las ventanas he colocado las tres cajas de mudanzas, donde he metido lo más imprescindible. Finalmente, he decidido rendirme e intentar encontrar alguna vivienda temporal, hasta que hayan detenido al asesino de Sara.

Mis amigos están contentos por mi decisión. Yo, en cambio, me siento como un niño que ha capitulado, a regañadientes, ante los argumentos pertinaces de los padres. Una parte de mí tiene ganas de rebelarse contra todo esto. Contra todos aquellos que creen que soy yo la que debe cambiar su vida. Contra el hombre sin rostro que, al final, ha conseguido que me vaya de aquí.

Nos reímos de tonterías, comemos palomitas que he comprado en el centro comercial de Söderhallarna y bebemos vino tinto. Ya que tengo invitados, he comprado unas botellas de un Chianti buenísimo. Hemos puesto el mantel directamente sobre la alfombra. Sin embargo, bajo toda esta alegría superficial subyace un tono grave. Nos hemos reunido para hablar de lo que ha ocurrido, esperando, claro está, que Vijay nos pueda ayudar.

Aina enciende un cigarrillo. Le noto que está bebida, tanto por sus movimientos como por el hecho de que esté fumando.

—Muy bien, Vijay, ¿qué es lo que sabemos de este tío? —pregunta Aina, y le da una gran calada al cigarrillo.

—Lo que sabemos... Para empezar, debemos distinguir entre lo que sabemos y lo que suponemos. Sabemos que el asesino conoce vuestra consulta y vuestros pacientes a la perfección, y sabe dónde vives, Siri. Y dónde vive Charlotte Mimer. Creemos que se trata de un hombre de mediana edad, que es idéntico al amigo de Sara, que sufre una enfermedad mental y que, por alguna razón, quiere hacerte daño, Siri. Además, creemos que mantenía una relación de padre-hija con Sara, o que al menos le gustaría tenerla, y que tiene una hija que tal vez le recuerde a Sara. Es inteligente, de mente estructurada y se expresa bien. Luego... Es muy probable que Marianne fuera detrás de él, y tal vez fue él quien impidió que ella te contara lo que sabía.

—Un monstruo frío y calculador. Eso fue lo que me dijiste, Vijay. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Nos ve a todos como fichas de su juego. Sacrificó a Sara para hacerte daño, Siri.

Vijay se queda callado y nosotras lo acompañamos en el silencio. Seguimos sentados sobre la alfombra del salón. Fuera, se oyen las olas que rompen contra las rocas y el viento que sopla sobre los escollos. «La tormenta ya está aquí», pienso. Cierro los ojos y al rato hago la pregunta que me hostiga desde hace ya tiempo.

—¿Una persona malvada? ¿Es eso lo que es?

Miro a Vijay, interrogándole con la mirada.

—No creo que exista nadie así. Me refiero a personas malvadas. Creo que existen

los actos malvados, realizados por personas destrozadas. Y creo que él está destrozado, y que sufre.

—¿O sea, que tú piensas que es justificable que alguien asesine a un ser humano inocente como Sara?

—Eso no es lo que he dicho. Pero no creo que haya personas que han nacido malvadas.

—Entonces, ¿puedes llegar a serlo? ¿Malvado?

—Puedes convertirte en una persona que comete actos malvados.

—¿Y eso no significa que seas malvado?

—No necesariamente. Oh, eso tendrás que preguntárselo a un sacerdote, o tal vez a un filósofo. Yo soy científico.

Vijay saca el tabaco del bolsillo y empieza a liarse un cigarrillo. Prosigue:

—Voy a intentar explicarte lo que quiero decir. Pongamos que tenemos a una persona que ha estado sometida a unas condiciones realmente malas. ¿Supongo que ya conocéis las teorías sobre lo que pueden provocar los daños en el lóbulo frontal del cerebro?

Tanto Aina como yo asentimos con la cabeza. El lóbulo frontal es una zona muy sensible, y muchos investigadores lo consideran el lugar donde se localiza lo que en lenguaje cotidiano llamamos ética y moral.

—Supongamos que un individuo así se ve sometido a una infancia difícil, sin posibilidades de establecer vínculos fuertes y duraderos con los padres, tal vez en combinación con abusos, sexuales o de otro tipo. Existe el riesgo de que esta persona desarrolle lo que denominamos un trastorno antisocial de la personalidad. A menudo, ya es detectable en la infancia. Incontinencia urinaria, maltrato a animales y piromanía suelen ser indicativos muy fiables. Con eso no estoy diciendo que todos los que sufren incontinencia urinaria o que maltratan a animales sean psicópatas, ni por asomo. Pero algunos sí se convierten en psicópatas. Y yo no diría que se trata de personas malvadas. Quiero decir, que la palabra en sí implica, en cierto modo, que la persona en cuestión ha tomado una decisión de forma activa, ¿no es así? Que ha elegido la maldad, por así decirlo.

—Pero ¿tú crees que se trata de una persona que ha sufrido daños?

—Sí, desde luego.

—Escucha, hay algo que he estado pensando últimamente. ¿Podría ser una mujer?

Vijay hace girar el vaso entre los dedos y respira hondo.

—En principio, sí. Pero, en la práctica, es poco probable. Casi todos los criminales de este tipo son hombres. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás pensando en alguien en concreto?

Niego con la cabeza.

—Vijay, estuve pensando en lo que ocurrió la semana pasada. Ya sabes, cuando vi a alguien delante de mi ventana y encontré un charco de sangre. ¿Crees que fue él, y en tal caso, qué pretendía con ello?

Vijay coge una *dolma* de hoja de parra y se la mete entera en la boca.

—Mmm, sí, creo que fue él. Por cierto, ¿qué tipo de sangre era? ¿Ya lo saben?

—De perro. Markus cree que se trataba de un perro atropellado que se había perdido y que se adentró en mi jardín por accidente. Pero es que la carretera más cercana está muy lejos de aquí.

—¡Vaya! —Vijay se rasca el bigote y mira a Aina, que se ha quedado dormida en el sofá—. Mmm... —continúa—. Creo que fue él. Realmente lo creo.

—¿Por qué?

—La verdad es que no lo sé. Sólo que me parece una casualidad demasiado obvia. Yo no creo en el azar. En este caso, no. ¿A lo mejor quería asustarte?

—Supongo que estás en lo cierto. ¿Qué debo hacer?

—Precisamente lo que estás a punto de hacer. Irte de aquí. Dejar de pensar en él y permitir que la policía haga su trabajo.

—Sólo que antes tengo que encontrar un sitio donde pueda instalarme...

—Siri, ya te lo he dicho antes, y ahora vuelvo a repetírtelo. Vete a casa de tus padres, o a casa de Aina. Es obvio que no puedes esperar a que encuentres la vivienda perfecta. ¡Hoooola, estamos en Estocolmo! No me parece bien que te quedes aquí sola. Antes tendremos que encontrar a ese tipejo enfermo. —La mirada de Vijay me clava a la alfombra—. Lo digo muy en serio, Siri.

Asiento con la cabeza y, por dentro, se extiende esa sensación empalagosa y fría que conozco demasiado bien. Mi vida: una lucha constante por dominar el miedo, por conservar algún tipo de normalidad.

—¡Salud! —le digo a Vijay, y alzo la copa.

Más tarde, me arrodillo delante del váter del cobertizo y devuelvo algo que parece frambuesa: una mezcla asquerosa de vino tinto y palomitas. No sé si es por el alcohol o por el miedo que me han dado ganas de vomitar.

Me seco el sudor de la frente con una mano que tiembla tanto que apenas soy capaz de controlar mis movimientos, y me veo obligada a aceptar que mi vida ya no me pertenece.

Es de día. Una mañana de noviembre, fría y gris. Unas nubes oscuras de color violeta se amontonan en el horizonte, pero el viento ha amainado. Las hojas amarillas y de color herrumbre de los rosales y manzanos cubren el pequeño césped abandonado que separa mi casa de las rocas. Vijay sigue durmiendo en el sofá, y Aina, en mi cama. Sus suaves ronquidos llegan a mis oídos desde el dormitorio.

Me he envuelto en una manta de lana de color naranja para evitar que el frío cale en mi cuerpo. Me acerco a la ventana sin hacer ruido. Me duele la cabeza, pero sé que yo misma me lo he provocado. En el suelo quedan restos de nuestra cena: palomitas, hummus, piel de aguacate, unas cuantas *dolmas* a medio comer y colillas. Se ha vertido un poco de vino tinto sobre los tablones de madera del suelo, que ha dejado una mancha roja azulada en uno de los lados de la alfombra. Todo está en silencio. Miro el reloj de pulsera. Las nueve y cuarto.

Cuando abro la puerta de la terraza, el aire frío penetra en el salón y se cierne sin compasión en torno a mi cuerpo. Ciño la manta con más fuerza, salgo a la terraza y me siento en las escaleras.

En la colina que hay detrás del Culo de Lasse veo una manada de grajos grandes y negros. Parece que se están peleando por algo comestible entre los arbustos, pero no logro ver de qué se trata. Me levanto y me acerco a la roca. La hierba está húmeda y fría bajo mis pies. Noto, más que veo, que esta noche ha helado.

Las briznas de hierba están rígidas y crujientes, y anuncian así la eminente llegada del invierno.

Cuando finalmente llego a la cima de la roca, los pájaros han volado. Todo parece estar en su sitio. El mar se extiende, plomizo y silencioso, ante mis pies. Las ramas de los árboles se yerguen hacia el cielo. Doblo la manta despacio y la dejo sobre la roca, me quito las braguitas y la camiseta y avanzo a pasitos titubeantes los últimos metros hasta llegar al saliente. Allí, sobre la fría roca donde el liquen verde amarillento se extiende bajo mis pies, recupero al fin la tranquilidad. En la superficie turbia del agua flotan hojas amarillas. Tras unos segundos de titubeo me lanzo al agua y nado con movimientos regulares hasta mi pequeño y torcido embarcadero.

De alguna manera, sé que este será mi último chapuzón en la ensenada.

Fecha: 15 de noviembre

Hora: 16.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Charlotte Mimer

—Sí, hoy me siento mejor, Siri. Me avergüenzo muchísimo de mi comportamiento del otro día. No sé lo que me pasó. Últimamente me he vuelto muy inestable.

Charlotte me ofrece una sonrisa torcida; no una sonrisa superficial, sino una mueca degradante con la que intenta excusarse. A pesar de que, supuestamente, se avergüenza de su comportamiento de la última vez, de hecho, parece que hoy está mejor. Lleva el mismo chándal de nuestra anterior cita, pero es otra persona muy distinta: el pelo está recién lavado y brillante, tiene la espalda erguida, las piernas cruzadas con decoro y las manos juntas en el regazo.

Ha vuelto la Charlotte de siempre.

—No pienses más en ello. Aquí no necesitas controlarte. Aquí puedes permitirte perder el control. En cierto modo, podríamos decir que te expones a tu propia pérdida de control y a todos los sentimientos complejos y difíciles que eso conlleva. ¿Me sigues? ¿Recuerdas que ya lo hablamos en una ocasión?

—Mmm...

Charlotte se retuerce un poco en el sillón, pero no dice nada.

—Puedes verlo desde este punto de vista: el control es algo primordial para ti, haces lo que puedes por conservarlo. En toda clase de situaciones.

—¿El control sobre la alimentación?

—Sí, el control sobre la alimentación, pero, en el fondo, lo que intentas controlar son tus propios sentimientos. Dejando de comer, entrenando de una manera obsesiva, estando siempre de buen humor. Etcétera. A mí me parece saludable que le hayas hablado sin tapujos a tu jefe.

Charlotte ríe con una risa ronca y falta de alegría, y se mira las uñas perfectas.

—Sí, desde luego fue eficaz. Ahora ya he experimentado la cola del paro. Con todos los demás perdedores. No hay duda de que fue una experiencia novedosa.

—¿Es así como te sientes? ¿Que eres una fracasada si te quedas sin trabajo?

Charlotte se retuerce, a sabiendas de que se ha expresado de una manera que dista mucho de ser políticamente correcta. El habitual rubor se extiende por su cuello.

—No, no sé. A lo mejor. Porque una parte de ellos sí lo es.

—Charlotte, no estoy juzgando lo que dices, sólo intento comprender por qué te resulta tan difícil ser una de entre los que necesitan acudir a la oficina de empleo.

—Porque significa que soy un fracaso, al menos un fracaso en el ámbito profesional.

—¿Y qué crees que ocurriría si resulta que eres una fracasada? ¿Por qué te resulta tan terrible?

—No lo sé.

—Piénsalo un poco. ¿Qué te parecería si tus amigos se vieran obligados a acudir a la oficina de empleo? ¿También te parecería que son unos fracasados?

—¡Por supuesto que no! —contesta Charlotte rápidamente, y me mira a los ojos.

—Es decir, que no es aplicable a los demás. Que, para tu caso, prevalecen unas normas más duras.

—Sí, supongo que sí.

Intento resumir lo que Charlotte me ha contado, y luego exponerle mi punto de vista. Su descripción del temor a fracasar es típica en muchas personas con una gran capacidad y rendimiento.

—Entonces, ¿podríamos decir que has desarrollado una estrategia para evitar sentirte fracasada, y que esta estrategia consiste en controlar todas las situaciones?

—Así es, supongo. ¿Acaso tú no deseas lo mismo? —susurra Charlotte, cuyo rostro ahora ha adoptado un tono gris ceniza.

—¿Me estás preguntando si me empecino en mantener el control sobre mi vida?

Charlotte asiente con la cabeza y me mira seria con unos ojos tan grandes y oscuros como ruedas de molino.

—Sí, es obvio que un cierto control sobre las cosas es tanto necesario como deseable, pero no es más que un medio. No una meta en sí.

No parece que Charlotte me haya oído. Ya no me mira. En cambio, su mirada se ha quedado congelada en la litografía que cuelga sobre mi mesita. Representa una mujer montada sobre una mariposa, algo que, según Aina, es demasiado psicodinámico para tenerlo colgado en la pared. Pero a mí me gusta y, por tanto, la dejo donde está, a pesar de las protestas de Aina. Y los niños que vienen a la consulta suelen quedarse cautivados al contemplarla.

—¿Cómo te sientes al perder el control, Siri? ¿Cómo te sientes cuando otra persona controla tu vida?

—¿A qué te refieres? —le digo, y en ese mismo instante, sé precisamente a qué se refiere. Sé exactamente lo importante que es para mí mantener el control sobre mi vida. Y cómo me siento cuando lo pierdo, cuando se deshace entre mis dedos como un terrón de detergente.

Charlotte me mira a los ojos y asiente lentamente con la cabeza.

—Pues eso —dice con voz queda.

Tras la muerte de Stefan me quedé paralizada. No fui capaz de encargarme del entierro, ni tampoco del reparto de la herencia. Mamá y papá tuvieron que ayudarme, y ellos lo hicieron de buen grado. Nadie cuestionó que me pasara varios días seguidos, incluso semanas, en la cama. Mamá me traía las comidas sobre la pequeña bandeja roja de IKEA que me habían regalado por mi cumpleaños, hace un par de años. Carne picada envuelta en hojas de col, albóndigas y bacalao fresco con salsa de huevo, es decir, comida casera. Papá me abría el correo, se ocupaba de que se pagaran las facturas e informó de la muerte de Stefan a todo aquel que debía saberlo. Yo, mientras tanto, me quedaba en la cama sin moverme, distante e inconsolable entre las sábanas húmedas. Durante varias semanas dejé de ducharme y, así, cada vez que me daba la vuelta en la cama, podía oler el hedor de mi propio cuerpo, pero me daba igual. Era como si yo misma estuviera sentada al lado, contemplando mi dolor desde la distancia.

No recuerdo gran cosa del entierro, salvo que lo enterraron en el cementerio de Skog, y que la capilla estaba decorada con un precioso mosaico en tonalidades beis. También recuerdo el aspecto del sacerdote. De hecho, creo que recuerdo el aspecto que tenía todo, pero no lo que se llegó a decir ni lo que ocurrió.

Cuando, al final, mis padres me dejaron en paz, Aina se mudó a mi casa. Al principio, lo hacía todo por mí: cocinaba, me lavaba el pelo y retiraba la nieve, para que el coche pudiera llegar hasta la puerta. Sin embargo, pasado un tiempo y sin ninguna razón aparente, caímos en una rutina diaria en la que sobraban las palabras. Una colaboración que implicaba que nos distribuyéramos las tareas. Pasó un par de meses y, de pronto, llegó el día en que sentí que debía retomar mi camino y volver al mundo exterior. Le expliqué a Aina en pocas palabras que quería volver a trabajar, y todo lo que ella me dijo fue: «¿O sea, que mañana por la mañana cogeremos el coche juntas?».

A partir de ese momento, mi vida recobró algo parecido a un ritmo normal. Ya no había nada que fuera como antes y, sin embargo, se parecía bastante. Iba a trabajar cada día, visitaba a mis pacientes y dedicaba las noches a hacer anotaciones en sus expedientes, a leer o a estar con Aina. Los fines de semana se hacían dolorosamente largos, pero sobrevivía a ellos fraccionándolos en porciones breves y manejables. Lectura: dos horas; hacer la compra: cincuenta minutos; lavar el coche: cuarenta y cinco minutos; pelar patatas: veinte minutos; y así, sucesivamente. El truco estaba en estar ocupada constantemente y nunca dejar que los pensamientos volasen.

A pesar de las protestas de todo el mundo, decidí quedarme en la casa al lado del mar que habíamos compartido Stefan y yo. Creo, sin embargo, que en lo más profundo de mí ser albergaba el sueño oculto de que, algún día, sería lo suficientemente fuerte como para sentarme y considerar seriamente si realmente era bueno para mí seguir viviendo en la casa. Eso, naturalmente, no ocurrió nunca. El invierno se convirtió en verano, y cuando el sol primaveral deritió la última nieve, y las campanillas de invierno empezaron a abrirse camino a través del follaje del año

pasado que no había tenido fuerzas para retirar entonces, sentí una minúscula alegría por haber decidido quedarme. Este era mi hogar, y nada ni nadie podría hacer que me marchara.

Cuánto me equivoqué entonces.

Es viernes por la noche, y estoy en el supermercado ICA. Alrededor, la gente está ocupada haciendo las compras rutinarias de comestibles. Una señora mayor llena su carro de la compra hasta el borde con todas las compras del fin de semana; un hombre de unos treinta años conduce por los pasillos el carro con su hijita montada en él como si se tratara de un *rally*. Por doquier se escucha un tipo abominable de música navideña con tintes de *jazz*, y en una de las esquinas de la tienda venden coronas de Adviento y estrellas para el árbol de Navidad. Me siento sola y excluida de esta comunidad. Sé que Estocolmo está formado por muchos hogares unipersonales, que no soy la única mujer de treinta y cinco años que no tiene una familia con la que volver a casa. Pero, ahora mismo, eso no es un consuelo. Querría ser otra, cualquier otra persona, salvo Siri Bergman. Tal vez la niña que tiene un ataque de risa cada vez que su padre le hace una broma, o tal vez la mujer joven con el nombre de Europa oriental que atiende el mostrador de la sección de *Delicatessen*.

Cualquiera, menos la que soy.

No es únicamente la soledad la que me consume, sino también el hecho de que alguien me amenaza, a mí y a mi vida. Me cuesta dormir por las noches, pues repaso metódicamente todos los datos, a todos los sospechosos. Reviso mi pasado, pero no logro entender quién podría desear hacerme tanto daño. De vez en cuando, me imagino siendo responsable de algún hecho terrible, habiendo cometido inconscientemente un error que otros inocentes han tenido que sufrir por mi culpa. ¿Acaso alguien me está castigando por un acto terrorífico que yo he cometido sin siquiera saberlo?

Pienso en Sara, y el sentimiento de culpa se apodera de mí. Ella todavía seguiría con vida si hubiera utilizado otro terapeuta que no fuera yo, si hubiera acudido a otra consulta, o a Aina. Entonces todavía estaría aquí. Sin embargo, Sara está muerta porque era mi paciente. Es mi culpa. Y no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo.

Como psicoterapeuta, trabajas para alcanzar un cambio y una mejora. Creo que lo que, desde un principio, me hizo querer ser psicóloga fue una motivación muy sencilla: ayudar a los demás. Me espoleó el hecho de poder ayudar a que las cosas fueran diferentes en la vida de alguien. No curarlo todo, pero sí que su vida fuera diferente. Ahora, todo esto suena bastante presuntuoso. Realmente, he hecho que la vida de Sara fuera distinta. Está muerta. Ya no está entre nosotros. Ya no existe.

Y yo soy la culpable.

Suena mi teléfono móvil, y de pronto me avergüenzo al descubrir que llevo un buen rato pasmada delante de los estantes de leche, impidiendo eficazmente que la gente acceda a ella. Reculo y contesto la llamada.

El estómago me da un vuelco cuando descubro que es Markus quien me llama. La sensación se desvanece al instante. Tan rápido, que empiezo a dudar que lo haya sentido en algún momento.

—¿Diga?

—Hola, Siri. Soy Markus. He pensado que, como estoy solo esta noche, y que, bueno, tu nevera estaba tan vacía el otro día, y que soy un cocinero bastante bueno, ¿que a lo mejor podría invitarte a cenar? Ya sabes, una cena de verdad. Puedo ir a tu casa y cocinar, si quieres.

Mi reacción espontánea es la alegría. Otra persona en la casa. Alguien que cocine. Un hombre que me cae bien y que cocina en mi casa. Le digo que sí sin realmente pensarlo dos veces.

Acordamos una hora y luego cuelgo. Devuelvo las dos latas de sopa de tomate que tengo en el cesto a su estante y avanzo hacia la salida.

Son las siete y media cuando Markus llama a la puerta. He recogido y ordenado un poco, incluso he pasado el aspirador por toda la casa. Por una vez, me he esforzado a la hora de elegir la ropa que me pondré y me he arreglado. Falda y jersey ajustados, en lugar de tejanos y jersey holgado.

Estoy nerviosa y contenta, pero me siento culpable. Markus se detiene en las escaleras, y me doy cuenta de que está sorprendido, que me contempla y lo asimila todo. Siento una repentina inseguridad. ¿Y si he malentendido toda la situación? Sin embargo, Markus sonríe y pasa por delante de mí, cruza el vestíbulo y entra en la cocina. Yo le sigo con los pies envueltos en calcetines. De pronto, hay una cantidad ingente de comida sobre la mesa de la cocina, incluidas dos botellas de vino.

—Yo cocino. Será una sorpresa. Tú, mientras tanto, puedes poner la mesa. Y servirnos un poco de vino.

Markus parece contento. Abro una botella de vino tinto y lo sirvo en dos copas. Es una sensación extraña. Esto no es ni un interrogatorio, ni una discusión, ni tampoco una charla. Es una cita. Mientras pongo la mesa, hablamos de Vijay y Olle. Markus siente curiosidad por su relación, quiere saber si Vijay es hindú y cómo se contempla la homosexualidad en su cultura. Algo a lo que, de hecho, no soy capaz de contestar.

Tomo asiento a la mesa y Markus sirve la comida. Ha preparado *saltimbocca* con salsa de salvia, y toda la cocina huele deliciosamente a especias. Una vez más, me ha sorprendido, desafiando mis prejuicios: nunca habría creído que fuera capaz de cocinar, ni, desde luego, de hacerlo tan bien.

Estamos sentados uno frente a otro, y cuando mi mirada se cruza con la de él, es como si se acoplasen. Estamos a la vez relajados y nerviosos en compañía el uno del otro, y tal vez también un poco confundidos.

—¿Por qué entraste en la policía?

Parece que la pregunta sorprende a Markus. Como si la policía fuera la elección más obvia.

—Entré en la policía porque quería conducir coches rápidos y atrapar a los malos —dice, y sonríe.

—¿Así de sencillo?

—Bueno, era rematadamente joven cuando entré en la escuela de policía. Había pensado estudiar un poco de criminología y derecho en la universidad, pero... Quería ser agente de policía. Quería probarlo en la realidad. Y tenía mis principios y mis ideas acerca de lo que está bien y lo que está mal. Lo que es bueno y lo que es malo.

Markus parece entusiasmado, como si fuera importante para él transmitirme lo que le llevó a tomar esta decisión.

—Y, ¿todavía tienes los mismos principios? ¿Todavía sabes lo que es el bien y el mal?

—Ya llevo unos años en el cuerpo de policía, y es evidente que mis pensamientos y consideraciones han cambiado. Sé que el mundo no es blanco ni negro. Que las personas no son ni buenas ni malas. Y que incluso la gente buena, a veces, comete actos malvados. Markus parece cansado, y vuelvo a pensar en la realidad con la que tiene que enfrentarse cada día.

—¿Cómo lo soportas?

—¿Cómo lo soportas tú, Siri? Tú eres psicoterapeuta, tú te encuentras cada día con personas que sufren, y que han estado sometidas a Dios sabe qué sufrimientos. Pero tú lo soportas, al fin y al cabo, ¿o qué? Y yo lo soporto. Lo soporto porque tengo una vida al margen del trabajo. Porque sé que la vida no siempre consiste en violencia y muerte. Lo soporto porque sé que hago lo correcto. Soy un buen agente de policía. Soy muy bueno en mi trabajo.

Markus se queda callado y me mira para que yo confirme lo que él ha dicho. Asiento, despacio, con la cabeza porque, en parte, comprendo lo que dice y a dónde quiere llegar.

Lo miro desde mi lado de la mesa torcida. De pronto imagino que su pálida y suave cara se acerca a la mía, que se inclina hacia delante y me besa dulcemente en la boca con sus bellos y perfectos labios. Que aprieta su boca contra la mía. El pensamiento surge de la nada, y yo examino su cara, su pelo rubio, sus ojos azules, la camiseta con el estampado de Los Ramones. Dedico un breve segundo a pensar que lleva precisamente esta camiseta, a pesar de que apenas debe de recordar la banda. Es demasiado joven para hacerlo.

Demasiado joven.

Sé que es así, pero ahora mismo no puedo admitirlo.

Nuestras miradas se cruzan y, una vez más, se acoplan. Markus se inclina sobre la mesa y su mano toca la mía. Noto el suave roce de sus dedos sobre el dorso de mi mano y, sin querer, pienso en Stefan, y en lo mucho que duele perder a tu amado. Y considero si me atreveré a arriesgarme a querer a otro y volver a exponerme al peligro de perderlo.

—¿Por qué has venido, Markus? ¿Qué quieres de mí?

Markus parece incómodo. Abochornado. Pero sé que necesito oír su respuesta.

—He venido porque hay algo en ti, Siri, algo que me conmueve. Que hace que piense más en ti de lo que debería. Que hace que quiera estar contigo.

Se queda callado y mira nuestros dedos entrelazados.

—Esto no es fácil —contesto—. Nosotros... La investigación... No deberíamos...

Las palabras se agolpan en mi boca, pero no soy capaz de pronunciarlas.

—Lo sé, pero no puedo, no quiero, preocuparme por ello.

Tiene el semblante muy serio y sé que está convencido de lo que dice. Ya no suena la música, y las ramas que golpean contra el cristal de la ventana del salón es lo único que se oye. Me levanto de la silla y rodeo la mesa sin soltarle la mano. Cuando me abraza, me pregunto qué será lo que nos ha impedido hacerlo antes.

Más tarde, cuando su cuerpo sudoroso está encima del mío, me vienen otros pensamientos a la mente. Pensamientos más oscuros. Pienso que me merezco este cuerpo joven, los músculos tersos de su espalda, sus caderas y esa energía que nunca se agota. Me merezco su deseo, su respiración entrecortada en mi oído y sus cuidados y atenciones. Mi vida ha sido tan miserable durante los últimos dos años que me lo merezco, de la misma manera que alguien que ha trabajado duramente se merece su sueldo, o un deportista, su medalla.

Es de día, y el dormitorio se llena de una cálida luz matinal, distinta al frío destello que suele penetrar a través de las cortinas al amanecer. Sin haber mirado por la ventana, sé que ha nevado. Sólo la nieve es capaz de hacer que la luz del alba de un otoño tardío cambie de color de esta manera. La casa está en silencio. Markus está echado en la cama, a mi lado. Respira sin apenas hacer ruido y no se mueve. Distingo su rostro a la tenue luz de la mañana. Unas líneas rosadas recorren su pálido rostro allá donde la almohada ha dejado sus marcas. Parece tan tranquilo, tan diferente..., casi como un niño.

Mi dormitorio está cambiado. Llevo más de un año viviendo sola. Nadie ha dormido a mi lado en la cama. He compartido esta estancia con los recuerdos de Stefan.

Markus es muy distinto de Stefan, es otro hombre, pero no necesariamente el hombre equivocado. Hubo un tiempo en el que creí que nunca volvería a amar a nadie. Que mi amor se había consumido, y que ya no tenía nada que ofrecer. Creí que mis sentimientos habían muerto con Stefan, esparcidos en el cementerio junto con sus cenizas.

Damos un paseo por la ensenada. A nuestro alrededor, unos enormes copos de nieve descienden en silencio. La ensenada se abre ante nuestros ojos y el agua, de color negro, está en calma. Los árboles se cubren de la nieve blanca. Es una imagen hermosa pero efímera. Quizá la nieve haya desaparecido mañana mismo. Camino sin pronunciar palabra, pues no sé qué decir. Pienso en Sara y en que su muerte ha llevado a Markus a mi vida. ¿Es lícito construir la felicidad sobre la muerte de otro ser humano? Sé que la idea es irracional, pero ahí sigue, no obstante. ¿Puede salir algo bueno de estos terribles acontecimientos? ¿Debe salir algo bueno de ellos? Por lo visto, Markus capta mis sentimientos y me interroga con la mirada. Decido no decir nada, y él lo acepta. Caigo en la cuenta de la impresión que debemos de dar desde fuera. Una pareja de enamorados paseando por la nieve, cogidos de la mano. De pronto me invade una gran desazón, como si alguien realmente nos estuviera observando, y empiezo a mirar alrededor en busca de algún indicio que me aclare si alguien, que intenta ocultarse, vigila cada paso que damos. Naturalmente, Markus advierte el cambio en mi estado de ánimo, pero aun así su pregunta me sorprende.

—¿Tú también lo notas?

Su mirada recorre las siluetas de los abetos.

—Sí. Hay alguien aquí afuera.

Mi respuesta es inmediata y, de pronto, sé que tengo razón. Es imposible saber lo que hace que esté tan segura, pero ya no siento que la naturaleza sea tan inmaculada. Tal vez sean los pájaros negros que de repente alzan el vuelo entre los árboles cerca de mi casa. Tal vez sea porque, de pronto, el silencio ha dejado de ser tan compacto. Me siento mal.

—¿Quieres que volvamos?

Aprieto la mano de Markus con fuerza, y noto que él me devuelve el apretón. Nos espera un paseo de casi un kilómetro hasta la casa, y el sendero está resbaladizo por la nieve. Tardamos más de lo habitual. Andamos lo más rápido que podemos; sin hablarnos nos ayudamos a salvar las raíces y los témpanos de hielo.

Cuando llegamos al claro del bosque donde se halla mi casa, aminoramos la marcha. Contemplo la casa que se ha vestido de invierno: una casa de veraneo con un manto blanco que aísla del frío sobre el tejado. De la chimenea asciende un fino hilo de humo blanco y la luz mana desde todas las ventanas. Es todo idílico.

Nos hemos quedado quietos, contemplando la casa, cuando de pronto veo algo en las escaleras de madera que suben hasta las puertas de cristal: una pequeña figura encogida de color gris. Tardo unos segundos en comprender lo que estoy viendo.

—¡Ziggy!

Echo a correr para darle la bienvenida a mi gato, tanto tiempo desaparecido, pero Markus me agarra del brazo y me retiene suavemente.

—Quédate aquí. Hay pisadas alrededor de la casa. Las podríamos destruir. Voy a tener que llamar a los técnicos forenses.

Markus ya tiene el móvil en la mano.

—A la mierda las pisadas, ¡mi gato ha vuelto!

—¡Siri, no vayas!

Pero ya es demasiado tarde. He dejado de escuchar a Markus y, en su lugar, corro hacia *Ziggy*, que está echado tranquilamente, contemplando el mar desde su sitio habitual sobre las escaleras.

Hasta que no estoy muy cerca, no me doy cuenta de que algo va mal. *Ziggy* está sentado en una postura un tanto antinatural, y no reacciona a mis llamadas. Cuando finalmente llego a su lado y extendiendo la mano con cuidado para acariciarle la espalda, noto, para mi gran sorpresa, que el animal está completamente rígido. No, no solo rígido, sino duro. Cae de lado con un ruido hueco, como un leño que da contra el suelo, y se queda inmóvil en la misma postura de antes.

Entonces lo entiendo.

Lo han disecado.

Alguien ha disecado mi gato.

Esa noche no duermo nada, ni tampoco las siguientes. Me mantiene despierta la visión de *Ziggy*, el final que tuvo, y me pregunto, una y otra vez, cómo alguien puede hacerle eso a un animal indefenso.

Al fin he abandonado la idea de quedarme a vivir en mi casa. Ni siquiera yo puedo negar la evidencia: es peligroso para mí quedarme en mi casa, porque hay alguien que me persigue. Todo es tan increíblemente obvio..., y ya no comprendo por qué he luchado tanto por rechazarlo.

Aina me ha conseguido un apartamento. A uno de sus amigos le han concedido una beca de investigador visitante en una universidad italiana durante medio año, y su apartamento de una habitación de Hantverkargatan ha quedado libre. Vacía. A mi disposición.

El apartamento es pequeño y espartano, aunque funcional. No es mi casa. Es un lugar donde viviré hasta que la policía haya atrapado al hombre que buscan. Si es que lo atrapan... En mis pensamientos más secretos e innombrables, he empezado a ponerlo en duda. Ya no estoy tan segura de ello. No logro recordar mi vida, tal como era antes. Antes de que muriera Sara. Antes de que mi mascota se convirtiera en un objeto museístico; antes de que Marianne estuviera en coma; y antes de que mi césped se cubriera de sangre fresca. Siento como si siempre hubiera estado amenazada. La sensación me resulta tan reconocible y familiar que he empezado a confundirme con ella. Soy Siri. Soy una presa. Estoy amenazada.

Perseguida.

Todavía no les he contado nada a mis padres ni a mis hermanas. No existe ninguna ley que exija que los hijos adultos informen a sus padres de todo lo que hacen. Es posible que, moralmente, les deba una explicación de lo que ha ocurrido, pero ahora mismo no tengo las fuerzas necesarias para afrontarlo, para soportar su pegajosa y molesta preocupación.

Otro sentimiento de culpa más que tendría que soportar.

Es mi culpa que ellos se preocupen.

En su lugar, Markus viene a recogerme a mí, mi bolso y mis tres cajas de mudanzas, y luego me ayuda a instalarme en el apartamento.

Tiene un vestíbulo amueblado con un escritorio y una silla. Las paredes están cubiertas de estanterías llenas de libros sobre historia de las ideas y filosofía. Un salón con un sofá elegante de los años treinta y una mesita redonda. Un televisor mínimo. Una alcoba con una cama tan estrecha que no logro comprender cómo alguien puede dormir en ella. Y más libros. En la cocina hay una mesa con dos sillas. El amigo de Aina ha colgado una estrella de Navidad en la ventana del salón, una especie de concesión porque pronto será Navidad. Una vez más, pienso que no es mi casa. Es un lugar de refugio. Mi refugio más que provisional.

Desde el día en que encontramos a *Ziggy* es como si Markus hubiera estado constantemente a mi lado. No estoy acostumbrada a su presencia. No estoy habituada, pero sí agradecida. Con mucha cautela, intentamos hallar el equilibrio entre la

situación en la que me encuentro, las circunstancias que nos han unido y lo que sentimos el uno por el otro.

Es de noche. Una noche fría, húmeda y lluviosa. Sin embargo, la oscuridad nunca logra ocupar la ciudad por completo, no como en mi casa. Nunca llega a hacerse realmente de noche, tan sólo es otra forma de día, donde la luz artificial mantiene alejada la oscuridad.

Markus ha venido a ayudarme a montar una estantería. No es que yo no sea capaz de hacerlo, pero no hay herramientas en el apartamento. A pesar de que lleva varias horas aquí, todavía no hemos conseguido montar la estantería. En cambio, hemos cenado los restos de la *pizza* de ayer, hemos bebido vino italiano agrio y hemos hecho el amor en la estrecha e incómoda alcoba.

Me molesta que no haya nada en el apartamento que sea mío, que todo sea prestado. Incluso las sábanas sobre las que nos hemos echado y que ahora están húmedas y echas un ovillo a nuestros pies, son prestadas.

La ventana que da a Hantverksgatan está abierta, y el aire frío y húmedo roza nuestras piernas desnudas como invisibles animales nocturnos. La mano de Markus descansa alrededor de mi nuca y acaricia mi corta melena, mientras sus ojos se pasean por la pequeña y triste estancia.

Tengo que morderme la lengua para no hacerle la pregunta que, imagino, todas las mujeres siempre hacen. Pero decido que, de hecho, me da igual lo que esté pensando. Me basta con el momento. Quiero recrearme en este momento perfecto y no desmenuzar el frágil silencio, sólo por conseguir su confirmación.

¿Por qué mendigar sus muestras de afecto? Ni siquiera yo sé lo que es esto; esta atracción frágil pero, a la vez, tan tentadora e irresistible que hay entre nosotros. ¿Será amor o simplemente nos prestamos mutuamente nuestros cuerpos para rellenar los agujeros negros que soportamos en nuestro interior? Oigo el sonido lejano de unas sirenas. Por lo visto, arrancan a Markus de su estado pensativo, que se incorpora sobre los codos y me mira, como si acabara de descubrir que estoy a su lado. Entonces besa uno de mis párpados y, luego, el otro.

Con mucha delicadeza.

—Realmente, deberías permitir que te protejamos. Aunque te hayas mudado...

Doy un suspiro de irritación y algo más. Me molesta que no respete mi decisión, que crea que él sabe mejor que nadie lo que necesito. Que él, que es tan joven y tiene tan poca experiencia vital, crea que necesito ayuda.

—Ya lo hemos discutido antes. No quiero agentes de policía aquí. Me sobra y me basta con un madero.

—¡Qué graciosa! —Markus suena un poco ofendido, y retira la mano de mi nuca—. ¿Es que no entiendes el peligro que corre tu vida?

Me incorporo lentamente, me pongo las braguitas y me envuelvo en la colcha de la cama. Tengo frío.

—Así son las cosas. Si dejas que él, o ella, ahora que estamos, ponga límites a mi vida, ya me habrá ganado.

—Disculpa si soy un poco pesado, pero no entiendo cómo puedes considerarlo una derrota. Desde mi punto de vista, lo único que demuestra tener en cuenta los riesgos es lo fuerte que, en realidad, eres.

—Bueno, pues perfecto, entonces acabamos de demostrar que no lo soy en absoluto. Me refiero a fuerte. Puesto que no soporto tener maderos en casa, soy débil. ¿Es eso?

—Disculpa, Siri, pero empiezas a irritarme un poco. Lo único que pretendía era ayudarte.

—¿Y a ti te parece que esta es la mejor manera de hacerlo?

Me doy cuenta de que estoy chillando.

—Pues sí, por eso te lo digo. Porque sé que es lo correcto.

—¿Y desde cuándo te has vuelto un experto en hacer lo correcto?

Ahora estoy siendo cruel. Noto cómo las ganas de ponerle en su sitio se apoderan de mí.

—¿Qué pretendes decir con esto? —pregunta Markus, al tiempo que se levanta de la cama y empieza a vestirse.

—Quiero decir lo siguiente: ¿te parece, por ejemplo, que acostarte conmigo es lo más correcto? ¿Qué crees que diría Sonja si te viera ahora?

Markus sonríe levemente con la boca medio abierta, lo que no hace más que avivar mi ira.

—¿Realmente te parece ético acostarte con una testigo? ¿En mitad de una investigación?

—Bueno, pero ¿quieres hacer el favor de tranquilizarte? ¿Desde cuándo es un delito follar?

—¿Quieres que llamemos a Sonja, y se lo preguntamos? Puedo...

—¡Estas completamente perturbada! —me interrumpe Markus, y le da una patada a una almohada que ha caído al suelo.

La almohada vuelca mi copa de vino, que también está en el suelo, a un par de metros de la cama. Oigo el crujido cuando se rompe en mil pedazos pero, por lo visto, Markus no se entera.

—¡Yo no he pedido cuidar de ti, Siri!

—¿Desde cuándo cuidas tú de mí? ¡Si casi podría ser tu madre, joder!

—Lo que, obviamente, no te impide comportarte como una maldita niñata.

Ahora Markus ha empezado a gritar, y caigo en la cuenta de que, de hecho, nunca lo había visto enfadado antes. En cierto modo, enfermizo, tal vez, lo disfruto un poco. Es tan físico... Hay algo terriblemente atractivo en su ira. Algo casi sexual. Pienso que realmente debo de estar enferma.

—¡Móntate tú misma tu maldita estantería!

Markus sale de la habitación hecho una furia y me deja sola en esta cama

ridículamente estrecha.

Echo el cuerpo hacia atrás y miro por la ventana al no-día de color gris ceniza, a la noche de neón, y entonces lo decido. No es amor. Es una terapia para mi cuerpo. Una necesidad que hay que satisfacer.

Nada más.

Vuelvo a soñar con Stefan. Está moreno y fuerte, y rebosa alegría, como sólo él puede hacerlo. Pero algo no va bien. Está echado en la cama, pegado a mí, y noto su respiración contra mi mejilla a golpes fríos y húmedos. No le miro a los ojos, porque sé que lo he traicionado. Otro hombre ha compartido la cama conmigo, las manos de otro hombre han acariciado mi cuerpo. Es una felonía mayor que la muerte, una traición imperdonable.

Pero Stefan se ríe y me estrecha entre sus brazos con fuerza, hasta que mi nariz queda enterrada en su axila, y su olor me llena de felicidad. Huele a barro, a algas y a hierba. Acaricio su espalda, que es fuerte y sólo está un poco mojada, y pienso que tampoco es tan extraño que esté mojado, porque estuvo mucho tiempo en el agua.

Me levanta con sus fuertes brazos y se coloca boca arriba para que yo pueda descender sobre su vientre. Muy pronto, mi cabeza encuentra acomodo sobre su hombro derecho, húmedo y frío. Paso la mano por su cabellera mojada y retiro, distraída, unos restos de algas y hojas con los dedos. Stefan me besa delicadamente en la mejilla y me dice que hacía tiempo que no era tan feliz. «Mucho, muchísimo más feliz que nunca». Dice que lo ha pasado muy mal, pero que ahora todo volverá a estar bien.

Me despierto con un dolor en el pecho tan violento que apenas puedo respirar, y sé de inmediato qué me pasa: la culpa.

Tengo que incorporarme y concentrarme en respirar para no perder por completo el control sobre el dolor y la pena. Fue tan difícil perderlo, es tan difícil dejar que se vaya... No puedo tenerlo, pero tampoco puedo estar sin él.

¿Cuánto tiempo tendré que vivir así?

Al otro lado de las ventanas se ha hecho de noche, a pesar de que apenas son las tres de la tarde. Vuelvo a estar en las dependencias de la policía de Nacka Strand. Sonja me ha citado para un nuevo interrogatorio. Esta vez, no estamos sentadas en su despacho, sino en una estancia luminosa con paredes de un verde suave, amueblada con cuatro sillas y una mesa un poco más alta. Del techo cuelga una lámpara moderna hecha de tubos fluorescentes. En un rincón hay una cámara de vídeo montada en un trípode. Yo me siento de cara a la cámara. En la silla que tengo enfrente se sienta Sonja y, un poco detrás de ella, Markus. Es una situación extraña. Markus y yo hemos tenido una relación muy íntima y ahora estamos aquí, en la misma habitación, cada uno intentando parecer indiferente en compañía del otro. Sonja no sabe lo que pasa entre nosotros. Markus sabe que debería contárselo, pero también sabe que si lo hace, lo apartarán de la investigación, y no quiere. No quiere discutirlo. Simplemente, me pide que respete su decisión profesional y opina que no va a tener ningún efecto negativo sobre su trabajo, al contrario.

He optado por no meterme en lo que hace, aunque dudo que, en realidad, sea buena idea que continúe en la investigación. Ha dejado de ser neutral, supongo que el término jurídico que mejor lo describe sería inhábil. Y aun así, no digo nada. Tal vez porque también quiero que forme parte del equipo de investigación porque, de este modo, seguirá siendo mi contacto con lo que vaya ocurriendo. Me entero de más cosas de las que, de no ser así, me enteraría.

—Bienvenida de nuevo, Siri. Hoy, mi despacho está ocupado y tendremos que quedarnos aquí, aunque no se trata de un interrogatorio.

Sonja parece cansada. Un mechón cuelga delante de su rostro. Me pregunto cuántas investigaciones estará llevando a la vez.

—Tengo entendido que estás horrorizada por lo ocurrido.

Sonja está pensando en *Ziggy*. Asiento con la cabeza. No tengo fuerzas para explicarle lo mal que me siento tras la experiencia macabra. Todavía me sorprende el sadismo que este acto representa. ¿Quién quiere hacerme tanto daño? ¿Y por qué?

—Me gustaría que organizásemos una especie de paquete de protección para ti. Es decir, una alarma en caso de asalto y un teléfono móvil especial, conectado a nosotros directamente. No podemos aceptar que no dispongas de algún tipo de protección.

—Markus y yo ya lo hemos hablado.

Me doy cuenta demasiado tarde de la mueca de Markus. No quiere que cuente que hemos tenido más contacto de lo que sabe Sonja.

—¿Ah, sí?

Sonja parece sorprendida. Levanta una ceja muy perfilada y escudriña mi rostro detenidamente sin decir nada.

—Sí, cuando lo del gato, ya sabes. Markus se acercó a mi casa. Porque lo llamé...

Sonja hace un gesto de impaciencia con la mano, por lo visto cree que estoy alargando la conversación para no entrar en una discusión.

—No podemos aceptar que sigas viviendo en la casa. Tengo que pedirte que te mudes temporalmente.

—Ya me he mudado.

—No lo sabía. Pero es una buena noticia. Sin embargo, me sigue pareciendo que, teniendo en cuenta las circunstancias, necesitas más protección.

—No me interesa que me vigile un agente de policía.

—No disponemos de esta clase de recursos. —De pronto, Sonja sonríe con sarcasmo. Una débil sonrisa torcida—. Si alguien tiene que vigilarte, lo más probable es que sea un guardia de seguridad. No disponemos de suficientes agentes para proteger a todas las posibles víctimas de delitos. Tal vez podríamos arreglarlo para que pasara un coche patrulla por delante de tu casa de vez en cuando, pero si ya te has mudado, no creo que sea necesario. Estoy pensando, sobre todo, en el teléfono de aviso, para que puedas ponerte en contacto con la policía rápidamente. Y una alarma para tu apartamento.

Considero lo que eso significaría. Obviamente, la posibilidad de poder ponerme en contacto con la policía de inmediato es un alivio. Aunque no quiero vigilancia continua las veinticuatro horas del día, ya no puedo negar el hecho de que tengo miedo. A lo mejor un teléfono de aviso haría que me sintiera más tranquila. Asiento con la cabeza y farfullo que me parece buena idea.

—Muy bien, un agente te ayudará con ello. Lo más probable es que sea Stenberg.

Sonja hace un gesto con la cabeza en dirección a Markus, que también asiente con la cabeza. Él se ocupará de que esté protegida contra cualquier peligro. De pronto, mis ojos se clavan en sus manos. Esas manos. Markus me mira y, de repente, noto que él sabe en lo que estoy pensando: sus manos y lo que saben de mí. Lo que me han hecho. Lo que le han hecho a mi cuerpo.

Me sonrojo y bajo la mirada, incapaz de mirar a Markus. Intento encontrar un tema de conversación neutral.

—¿Cómo prospera el caso?

—Estamos investigando diversas pistas. Como podrás entender, todavía no queremos centrarnos en una sola.

Sonja vuelve a parecer cansada.

—¿Qué significa esto? ¿Que no sabéis nada todavía?

Mi voz es débil y ronca. Por alguna extraña razón, estoy enfadada. Atrapar a los malos es trabajo de la policía. A los gamberros. Esto ha formado parte de mi conciencia desde que era muy pequeña. La policía atrapa a los malos y protege a los débiles. El patrón siempre ha sido el mismo en un sinfín de novelas, cómics y películas que me han visto crecer.

En realidad, resulta que no es así. La policía es incapaz de dar con la persona que me persigue. La policía tampoco puede protegerme. Lo que, en parte, se debe a que no permito que me protejan. Pero la razón por la cual siento que los interrogatorios y la protección no tienen sentido cala más hondo de lo que parecía a primera vista.

Siento una resignación y una desesperación muy difíciles de explicar. Nunca antes había tenido tan poca influencia sobre mi propia vida. Sólo hay un camino hacia delante, y ese camino lo ha marcado otra persona por mí de antemano. Tengo la extraña sensación de que mi destino ya está escrito, que, al igual que en una tragedia griega, voy al encuentro de mi final y que, haga lo que haga, no podré evitar acabar allí. En un plano racional, sé muy bien que mi manera de pensar es poco realista y depresiva, pero no consigo controlar los pensamientos fatídicos que rondan mi cabeza.

—Hacemos mucho, Siri.

Sonja me mira con lástima, y de pronto me avergüenzo. Sé perfectamente que la policía hace lo que puede. Al fin y al cabo, Sonja ya me ha hablado de todos los interrogatorios, de cómo han indagado en el pasado de Sara y han revisado todas mis cintas de vídeo en busca de alguna pista. Me ha hablado de las pruebas técnicas. Pero si ni yo misma sé ni entiendo quién puede odiarme tanto, ¿cómo va a saberlo la policía?

—Como tal vez ya sabrás, hemos interrogado a tus compañeros de trabajo varias veces.

Asiento con la cabeza.

—Examinamos cualquier acto delictivo en que haya habido violencia y que pensemos que pueda estar relacionado con las amenazas que has sufrido.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—También nos hemos puesto en contacto con el grupo de perfilación de delincuentes de la Policía Nacional. Le estamos dando prioridad a tu caso, y trabajamos desde la premisa de que corres peligro. La persona que estamos buscando ya ha cometido un asesinato. Sabemos que no ha sido un crimen pasional. Por tanto, sabemos que es capaz de planificar sus actos, y luego llevarlos a cabo. Este no es un caso común de asesinato.

Sonja se queda callada, y tengo la sensación de que le parece que ha dicho demasiado.

—Sin embargo, tengo que pedirte que consideres qué personas de tu círculo de amigos y conocidos podrían querer hacerte daño. Por muy extravagante que pueda parecerte.

Estaba muy preparado, más preparado que nunca, cuando me encontré delante de su casa con la mochila azul en la mano.

Pero...

Ya no estaba allí En realidad, ya lo sospechaba desde que empecé a acercarme sigilosamente a la casa a través del tupido bosque. Entonces lo entendí porque vi o, mejor dicho, no vi lo que esperaba ver: las ventanas iluminadas, las copas de vino medio vacías sobre la mesa de la cocina. Algún movimiento. Algún ruido.

Se ha refugiado en algún lugar. Había previsto que podía ocurrir y, en realidad, no cambia nada, porque sé cómo sacarla de su guarida y hacer que vuelva. Todo está predestinado. Ahora, lo único que debo hacer es tirar del hilo para poner en marcha los acontecimientos, darle un empujón al destino en la dirección adecuada.

Di media vuelta y volví a la carretera. Había llegado la hora de visitar a otro paciente extravagante de Siri.

Sobre la oscuridad.

Creo que la vida me ha enseñado muchas cosas sobre la oscuridad. Sobre la negrura que penetra el alma misma cuando menos te lo esperas. Es como descubrir que tus botas que creías impermeables hacen agua en mitad del riachuelo. Es la misma sensación fría y pegajosa.

A veces lo he visto en mis pacientes.

Lo he vislumbrado.

De vez en cuando nos ayudamos para entreabrir la puerta y dejar una rendija por donde esta pueda filtrarse. Pero la mayoría de las veces no lo sabes. Ves a la gente que te rodea. Parecen todos normales, hacen cosas normales, viven vidas bastante ordinarias. Resulta difícil entender la enorme cantidad de negritud que es capaz de albergar una sola persona.

Es difícil abarcarlo.

Aún más difícil es imaginarse que un amigo, o tal vez un colega, esté lleno de oscuridad. Absorbido. Controlado por toda la negrura.

Me cuesta creerlo.

La mirada de Markus se cruza con la mía desde el otro lado de la mesa. Intento asimilar lo que dice. Admitirlo. Es muy probable que se trate de alguien que conozco. Alguien que tiene un nexo con la consulta.

Estamos sentados en un pequeño restaurante vegetariano de Fjällgatan. Nunca hubiera dicho que le gustaba este tipo de comida, pero engulle literalmente los garbanzos marinados y la olla de tofu.

Los comensales empiezan a abandonar el lugar. Una mujer de algo más de cincuenta años, que lleva una túnica blanca con estampados *batik* y unos enormes abalorios de plata, mira alrededor con cierta confusión en busca de sus acompañantes. «Parece una psicóloga distraída», pienso.

A mi derecha, una joven con un bebé discute, indignada, con el personal.

—Debéis entender, joder, que tiene que comer.

La camarera de cabello negro y cubierta de *piercings* parece incómoda y habla muy rápido y en voz baja.

—Ya, pero no podemos calentar productos cárnicos en nuestro microondas. Ni siquiera comida para niños.

—¿Por qué? ¿Puedes darme una razón, aunque sólo sea una, para negarte? —le replica la madre.

—Porque huele en el horno, y entonces...

—Disculpa, pero eso es una tontería como una casa. ¿Sabes qué? Da igual, porque he perdido las ganas de comer aquí.

Veo a la chica que se levanta con el bebé apoyado en la cadera. Devuelve el pote con la comida del niño a la bolsa que ha colgado en el respaldo de la silla y abandona rápidamente el local.

Markus frunce el ceño y me mira.

—¿Estás a favor o en contra?

—¿A favor o en contra de qué? —pregunto yo.

—De la carne.

—¿De la carne? —digo yo, entre risas—. A favor o en contra... No lo sé. Tiene buen sabor.

Entonces nos ponemos serios. Markus ensarta un pedazo de zanahoria con el tenedor, pero en lugar de llevárselo a la boca, lo deja en el plato, me mira y agarra mi mano. Su semblante es serio, y yo me pregunto qué será lo que está a punto de preguntarme.

—Ya sabes, el charco de sangre de tu jardín. Sí, me refiero a la sangre de perro. La noche en que ocurrió lo de la sangre, desapareció un tío de Värmdö con su perro. Su intención era dar un breve paseo con el perro antes de la cena, pero nunca volvió a casa con la novia y el hijo. Desde entonces, nadie lo ha vuelto a ver. Vivía a unos pocos kilómetros de tu casa. Al principio, no vinculamos su desaparición con el asesinato de Sara. El tío tenía muchas deudas y, además, le era infiel a su novia con bastante frecuencia. Teníamos razones para creer que había desaparecido por voluntad propia. Sin embargo, hay algo que relaciona los dos sucesos. Tal vez vio algo aquella noche. O a alguien. A lo mejor vio demasiado...

Sacudo la cabeza y cierro los ojos con fuerza. Ya casi no me quedan fuerzas para oír más, pero Markus me agarra de las dos muñecas enérgicamente, como si con ello pretendiera transmitirme valor.

—Hay más. El día que encontraste tu gato. Los técnicos hallaron unas pisadas en la nieve de un zapato de hombre de la talla cuarenta y dos. Con las suelas gastadas. Algún tipo de zapato deportivo, aunque no pueden determinar la marca. Pero, sin duda, se trata de un hombre. Es fácil calcular el peso aproximado de una persona por las pisadas que ha dejado. No me preguntes cómo. Suponen que se trata de una persona que pesa unos ochenta kilos. Si a eso le añadimos la talla de los zapatos y partimos de la base que el hombre es de peso medio, significa que mide entre uno setenta y cinco y uno ochenta de estatura.

—¿Y no sabéis nada más?

De pronto me siento decepcionada.

—Espera un poco. —Markus me interrumpe—. Sabemos que el hombre ha estado merodeando por tu terreno, y que permaneció un tiempo relativamente largo en un mismo sitio, cerca de los grandes árboles que hay a la orilla del mar. Es muy probable que se mantuviera en calma y que nos haya estado vigilando.

—Estuvo allí. ¿Nos espiaba?

Me entran náuseas al recordar la sensación de ser observada. Markus asiente con la cabeza.

—Estuvo allí. O, al menos, estuvo alguien allí, y lo más probable es que fuera él. Aparte de esto, tenemos huellas de neumáticos de coche. Y eso es interesante. Se trata de un tipo especial de neumáticos de invierno que no se utilizan para muchos

coches. De hecho, casi únicamente para algunos de los modelos más recientes de Volvo. Y, además, tenemos a un testigo.

—¿Qué tenéis qué?

—Una persona que ha visto un coche negro, probablemente un Volvo Crosscountry, alejándose por la carretera a una velocidad relativamente alta. La hora concuerda, y el testigo es fiable.

—¿Quien es el testigo?

—Ya sabes que no puedo contártelo. Si ni siquiera debería contarte esto...

Markus me interrumpe bruscamente, sacude la cabeza lentamente y, de pronto, parece cansado.

Me quedo callada y reconozco para mis adentros que he ido demasiado lejos. Markus ya ha traspasado una larga serie de límites para mantenerme informada, y yo sé que no debería preguntar más. En su lugar, asiento con la cabeza para darle a entender que tiene razón.

—Sonja tiene razón —dice Markus de repente, y empieza a pinchar las verduras con el tenedor.

—¿Razón en qué?

Markus no contesta, y sigue pinchando la comida. Lo hace de vez en cuando. Se encierra en sí mismo y no contesta cuando le hablas. Me irrito inmediatamente por su comportamiento.

—¿Razón en qué? —repito.

Markus suspira y se pasa las manos por el pelo húmedo.

—Tiene razón al decir que he dejado de ser imparcial.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué dijo eso? No le habrás hablado de nosotros, ¿verdad?

Mi pregunta es tan ligera como una pluma, cautelosa y, sin embargo, tiene aristas, y yo misma me doy cuenta de que mi tono de voz es acusador. Markus asiente con la cabeza y me sostiene la mirada con firmeza.

—Sí, he hablado con Sonja —dice, y aspira rápidamente el aire a la manera de Norrland.

Es una constatación inocente, pero sé lo que implica.

—Van a apartarme de la investigación.

Contemplo a Markus, que está sentado frente a mí con su jersey de punto preceptivo. Me abstengo de recordarle que ya le había advertido precisamente contra esta situación. Sin embargo, la ira va creciendo por dentro y se propaga a cada una de mis células. Esto significa que nuestra relación, o lo que sea, ya es oficial. Pero, por lo visto, Markus no se ha percatado de mi reacción.

—Todo está bien. No me van a echar, ni nada por el estilo. Sonja me ha trasladado a un caso de abusos. Una banda juvenil de Tumba le ha robado el teléfono móvil y doscientas coronas a un chico de trece años, y le ha pateado la cabeza.

Sacudo la cabeza, incapaz de poner palabras a mi enfado.

—No sé...

—¿Qué?

—Tal vez te parezca bien a ti, pero a mí no sé si me gusta.

La verdad es que no me gusta nada que Markus le haya hablado a Sonja de nosotros. Siento que lo ha dado todo por sentado. Me ha dado a mí por sentado. Como si fuéramos una pareja. Como si yo fuera suya. Así, de verdad.

—¿A qué te refieres? —Markus parece confundido.

Retiro mi mano de la suya.

—No tengo ganas de hablar de ello. ¿Podríamos hablar de otra cosa, ahora?

Markus se ha ofendido. Se echa hacia atrás en la silla y cruza los brazos.

—No te entiendo, Siri —dice.

Suelto una risa breve. Una risa estridente y fuera de lugar que corta el aire.

—Bueno, pues únete al club.

A Markus no le hace gracia. Mira efusivamente por la ventana. Disfruta de las maravillosas vistas. Mira con los dientes apretados hacia el muelle de Skeppsbron, que está envuelto en la húmeda bruma otoñal.

Y yo clavo la vista en los garbanzos, como si eso fuera a servirme de algo.

Entonces, Markus vuelve a mirarme. Ahora, sus ojos encierran algo distinto. Algo más duro. Sé que le he herido. Le he decepcionado. No sé por qué siempre tengo que estropearlo todo. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Pienso que estaría mejor sin mí.

Incluso para él soy una carga.

Estoy sentada en la cocina de la consulta. Aina ha adoptado, por un corto período de tiempo, el papel de Marianne, y ha decorado la estancia con candelabros eléctricos y velas rojas aromáticas que huelen a árbol de Navidad y a clavo. En el alféizar de la ventana hay una azucena que no florecerá hasta dentro de unas semanas. Por lo visto, se han introducido nuevas rutinas en la consulta, y ya nos hemos acostumbrado a que la recepción esté vacía. Creo que, cada mañana, los tres miramos de reojo hacia la mesa de Marianne con la esperanza de que haya vuelto. Pero sabemos que no está, que sigue inconsciente en una cama de hospital de Södersjukhuset.

Su ausencia es palpable. En un pequeño grupo de trabajo como el nuestro, cada uno de sus miembros se hace muy visible. Y a pesar de todo, no hablamos de ello. Poco a poco, nos hemos ido acostumbrando. Hemos enviado flores al hospital, pero todavía no la hemos visitado, aguardamos instrucciones, y hemos dejado la recepción y el archivo más o menos como ella los dejó.

Sven no muestra de ninguna forma lo que realmente opina de todo lo que ha ocurrido, de las incontables veces que la policía lo ha interrogado. Me pregunto qué estará pensando cada mañana, al subir las escaleras de la consulta. Cómo tiene que ser para él encontrarse con las miradas de Aina y mía cuando nos sentamos a la mesa de la cocina. Si acabará buscándose un nuevo local. Me doy cuenta de que, poco a poco, nuestra consulta se va disolviendo, como un terrón de azúcar en una taza de té caliente. Lo que antes fue un lugar de trabajo acogedor y cálido, caracterizado por una sensación de pertenencia, se ha convertido en un lugar indefinido y difuso.

Oigo que la puerta principal se abre y sé que es Aina que vuelve de una exposición. Entra en volandas en la cocina, con las mejillas encendidas y el pelo crepitando de electricidad estática. Trae consigo un muro de aire frío y de helada cristalina. Con un movimiento envolvente lanza una bolsa de papel marrón sobre la mesa de la cocina.

—Bollos de canela recién salidos del horno de la pastelería. ¡Coge uno!

Yo me limito a sacudir la cabeza; no tengo ganas de meterme más pastas dulces en el cuerpo.

—¿Cómo te va en el apartamento?

Me mira con curiosidad.

—Va bien, gracias. Ya sabes que te estoy muy agradecida.

—Déjalo ya —me interrumpe Aina—. Sabes muy bien que si me hubiera salido con la mía, tú te habrías ido de esa maldita casa hace ya tiempo. Cuando murió Stefan. Nunca he entendido por qué decidiste quedarte allí a vivir. Y puesto que ahora las cosas están como están, bueno, pues es lo mínimo que podía hacer por ti.

Aina abre la bolsa de papel y saca un enorme bollo de canela que empieza a engullir inmediatamente, al tiempo que se quita el abrigo, lo lanza sobre el respaldo de una silla y se deja caer sobre otra. Parece cansada. Nuestra relación también se ha visto afectada por todas las cosas que han pasado a lo largo del otoño. Aina ha estado a mi lado, me ha dado su apoyo y me ha escuchado. Incluso me ha buscado un

apartamento provisional. En realidad, no pide nada a cambio, pero yo sé, no obstante, que está decepcionada conmigo. Está irritada porque no hago caso de lo que me dice. Porque sus buenos consejos no hacen mella en mí.

—¿Qué hay de nuevo en la investigación? —me pregunta Aina con la boca llena de bollo de canela.

—Nada especial. Ah, sí... Los técnicos de la policía encontraron pisadas de la persona que mató a *Ziggy*. Un hombre. Y alguien vio un Volvo negro ese mismo día.

—¿Un Volvo negro?

Aina deja de masticar, y su boca se queda ligeramente abierta, dejándome entrever el bollo a medio masticar y cubierto de babas.

—¿Un Volvo Crosscountry? ¿Como el que tiene tu padre?

Asiento con la cabeza y me pregunto de dónde lo habrá sacado.

—Sé quién tiene un Crosscountry negro. De hecho, estoy completamente segura de ello, porque estuve a punto de chocar con él en el aparcamiento.

Un pedacito de bollo sale disparado de la boca abierta de Aina y aterriza hecho una bola asquerosa sobre la mesa.

—¿Quién?

Aina se limpia la boca con el dorso de la mano, al tiempo que se inclina hacia mí, como si quisiera contarme un secreto, y dice en voz baja:

—Peter Carlsson tiene un Crosscountry negro.

Vijay se encoge contra el viento cortante y su fino abrigo se agita a sus espaldas como una vela rota. Hemos dejado su despacho en el instituto y paseamos a lo largo de la bahía de Brunnsviken, en dirección a Hagaparken. Hace un día espléndido. El sol brilla, por primera vez en dos semanas. El cielo es de un color azul celeste, y unas nubes finas de algodón se trasladan a toda velocidad en sentido norte. Lo único que molesta es el fuerte viento que casi nos derriba sobre el estrecho sendero. La nieve se ha derretido, dejando unos charcos resbaladizos de hielo líquido. Pierdo el equilibrio por un instante y Vijay me agarra del brazo.

—¡Ten cuidado, Siri!

Su comentario suena tan cargado de fatalidad que no puedo evitar reírme. Le he oído decir que vaya con cuidado tantas veces, que ya empiezan a confundirse en mi cabeza. Sin embargo, esta vez me veo capaz de seguir su consejo. Me concentro en poner un pie delante del otro.

Le he hablado a Vijay de Peter Carlsson, aunque no en detalle. He envuelto su relato en una nebulosa, he modificado datos y detalles, para que nadie pueda reconocerlo. La idea de romper el secreto profesional y perjudicar a un hombre vulnerable sigue atormentándome. No puedo decirle nada a la policía sin tener pruebas más contundentes pero, al mismo tiempo, no logro escapar al temor de que realmente sea Peter el asesino. No me quito sus descripciones de violencia y muerte de la cabeza. Mi miedo ha aumentado después de que Aina me contara lo del coche de Peter. Cae sobre mí como una gigantesca ola. Me hace perder la serenidad y el control. Y por eso, tengo que hablar con Vijay.

—¿Tu qué crees, Vijay?

Vijay abre los brazos y, una vez más, estoy a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué sabemos del hombre que buscan?

La pregunta de Vijay sólo es retórica, y dejo que continúe.

—Creemos que es de mediana edad, con estudios universitarios y acomodado, Es muy organizado. Fácil de ofender. Y muy muy decidido. Es un hombre que tiene una misión.

Vijay pasea la mirada por las aguas azules de picos espumados de Brunnsviken. Parece concentrado y, al mismo tiempo, preocupado, pero no sé qué es lo que le inquieta.

—También creemos que mantenía una especie de relación asexual con Sara. Por alguna razón, optó por no intimar con ella. El paciente del que me hablas ahora, en realidad, no encaja en el perfil. No mantiene ningún vínculo personal contigo, al menos, a primera vista. Resulta difícil encontrar un motivo que se sostenga. Si bien es cierto que tiene algún conocimiento esporádico de vuestra consulta, y que conoce a, por lo menos, una de tus pacientes, lo que me has contado acerca de sus problemas es, precisamente, lo que me hace dudar que sea él. Un hombre con la clase de pensamientos obsesivos que tú describes no es muy verosímil como autor de los delitos. Siempre y cuando no te esté manipulando, claro. A mí me suena a

pensamientos obsesivos. El miedo que tiene es, más bien, a perder el control y, por alguna razón, empezar a hacer locuras que, en realidad, no desea hacer. Más o menos, como cuando una madre primeriza esconde todo tipo de medicinas y objetos peligrosos porque está obsesionada con que podría hacerle daño a su bebé. Tiene miedo a hacer daño a quien ama. Pero supongo que ya lo habrás pensado, ¿verdad?

Vijay se vuelve hacia mí y yo asiento con la cabeza como respuesta a su pregunta. Claro que lo he pensado. Pienso en las discusiones que tuve con Sven acerca de Peter Carlsson a finales de agosto. Ahora siento que de eso hace una eternidad.

—Por tanto —continúa Vijay—, la alternativa es que el hombre haya estado fingiendo todos estos síntomas. Se ha inventado la historia para asustarte. Y para acercarse a ti. Le produce placer engañarte. Las personas con este tipo de trastornos de personalidad disfrutan sintiéndose intelectualmente superiores. El hombre que asesinó a Sara alberga, por alguna extraña razón, un odio desmesurado y violento hacia ti. Un odio que es tan grande que le lleva a no recular ante nada y que le conduce incluso a lastimar a otros para hacerte daño a ti. Asesinó a Sara Matteus, disecó tu gato. Todo esto es realmente enfermizo. Para él, engañarte sería otra manera de humillarte. De acabar contigo.

Cierro los ojos y veo la cara de Peter Carlsson. Sus ojos azules y su pelo bien peinado, las uñas cuidadas, la corbata de seda. Lo recuerdo como un hombre muy desgraciado. Su dolor parecía realmente auténtico, su vergüenza y sus lágrimas, pero también su determinación, cada vez que yo acertaba con mis preguntas. No puedo creer que Peter Carlsson sea el asesino de Sara. Vijay prosigue, como si pudiera leer mis pensamientos:

—Tú no puedes saberlo, Siri. Es imposible que puedas saberlo. He conocido a asesinos que han participado en cadenas de búsqueda y han buscado niños desaparecidos que ellos mismos habían asesinado. Autores de crímenes que engañaron a agentes de policía muy experimentados. No puedes saberlo.

—Pero ¿qué debo hacer?

Mi pregunta queda suspendida en el aire que nos separa. Al principio, Vijay no dice nada, pero entonces se vuelve hacia mí.

—¿Has hablado con Markus de ello?

—Markus ha sido apartado de la investigación.

Miro al frente, porque no quiero que mis ojos se crucen con los de Vijay. Estoy esperando un comentario o una pregunta, pero él no dice nada. En cambio, noto que su mano acaricia la manga de mi abrigo. De alguna manera, Vijay ha comprendido que no es el momento adecuado para hacer preguntas.

—A lo mejor podrías hablar con él, a pesar de todo. Al fin y al cabo, sigue siendo policía, aunque lo hayan retirado del caso. Porque supongo que seguirás en contacto con él, ¿verdad?

Asiento con la cabeza para confirmar que así es. Más que nunca.

—¿Qué sabes, realmente, de Sven? ¿Por qué tuvo que dejar el trabajo, y esas

cosas? —pregunto, sin mirar a Vijay.

Ya había considerado hablar con él de ello antes. Vijay trabaja en la universidad, se relaciona con gente de los círculos académicos y debería de conocer los rumores internos mejor que Aina y yo.

—¿De Sven? ¿Sven Widelius?

Vijay parece desorientado.

—¿Es cierto que le dieron la patada en la universidad?

—¿Te refieres a esa vieja historia? —Vijay sonríe un poco y enciende un cigarrillo—. Sí, lo echaron. Tuvo un lío con una estudiante de psicología. Supongo que no habría sido algo del otro mundo, si no fuera porque Sven también era el director de su tesis. Además, corría el rumor de que la chica era algo inestable.

—¿Inestable?

—Depresiva, vulnerable, no sé, la gente dice tantas tonterías...

—¿Qué pasó?

—Alguien se chivó al decano. No sé quién. Me parece que no hay nadie que lo sepa. Decían que había sido un chico que estaba loco por la muchacha. Todo el asunto fue silenciado. Sven recibió una indemnización, dejó de investigar y empezó a dedicarse a su propia consulta privada. La chica desapareció. No sé qué pasó con ella.

Vijay no dice nada más y parece pensárselo.

—Pero tú deberías de saberlo todo, Siri. Al menos, una parte.

—¿Por qué debería de saberlo?

—Porque fue mientras tú y yo estudiábamos en la facultad. Estaba en nuestra clase. Anna Svensson.

—¿Anna Svensson?

Recuerdo a una chica cohibida que empezó en nuestra clase a finales del octavo semestre y con la que intenté hablar un par de veces, pero que nunca llegué a conocer realmente.

—No la conocía, y tampoco recuerdo que corrieran rumores sobre ella. Pero, por aquel entonces, yo también estaba muy ocupada escribiendo el trabajo de fin de carrera.

—Supongo que tienes razón —dice Vijay—. En realidad, entonces no se llegó a hablar de ello. Todo lo que sé, me lo contaron más tarde. Los profesores, no los estudiantes. Sea como fuere, Sven se lo tomó muy mal. Birgitta estuvo a punto de abandonarle, y su carrera se hizo añicos. Se había propuesto conseguir una plaza como catedrático de psicología clínica. ¿Por qué me preguntas todo esto?

No sé qué contestarle. No quiero insinuar que, de vez en cuando, pienso en Sven y en la posibilidad, para mí muy remota, de que esté involucrado en el asunto. Me doy cuenta de que parecería terriblemente paranoica a sus ojos.

—Es que parece muy abatido. Pensé que, a lo mejor, estaba molesto por algo. El matrimonio, o la carrera, o, ya sabes...

—Sí, ya sé. —Vijay tose y cambia de tema de conversación—. ¿Sigues

trabajando en la consulta?

—Sí, por supuesto, pero no de la misma manera que antes.

—¿Por qué? ¿Te has mudado?

—Sí, sí. Me he mudado. Después de lo de *Ziggy* no me atreví a seguir viviendo en mi casa. —Mi voz suena frágil, como la de un niño—. Pero pienso volver en cuanto pueda.

Vijay no dice nada y dobla el cuerpo contra el viento, da una calada profunda al cigarrillo y tira la colilla. Luego se mete las manos en los bolsillos y me mira detenidamente, antes de proseguir:

—No creo que hayas comprendido todavía el peligro al que te expones. Este tío es muy peligroso, Siri. No creo que quiera limitarse a hacerte daño, a verte sufrir. Creo que quiere matarte.

Vijay se calla y me vuelve a mirar. Repite la última frase despacio y poniendo mucho énfasis en ella:

—Creo que quiere matarte.

Diciembre

Es tarde, y la consulta está desierta. Me he quedado para acabar diversas tareas administrativas que llevan tiempo esperándome. Al menos, es lo que les he dicho a Aina y Sven. En realidad, pienso revisar las notas de Sven en el expediente de Peter Carlsson. Sé que no es ético. Probablemente, sea una violación del secreto profesional, pero tengo que saberlo.

Estoy sentada en el mostrador de la recepción con copias de los expedientes esparcidas sobre la mesa como los naipes de un solitario. A diferencia de lo que yo hago, Sven no suele grabar sus sesiones en vídeo. En realidad, no creo que tenga nada en contra de grabar a sus pacientes, pero me parece que le da pereza porque el proceso en sí le resulta demasiado complicado y lento. Sven es descuidado y desestructurado, y no le gusta trabajar más allá de lo imprescindible con asuntos administrativos. Sin embargo, es un terapeuta brillante, y espero que se refleje en sus anotaciones.

A pesar de que creo que estoy haciendo lo correcto, no consigo convencerme para empezar a leer. Las palabras de Vijay me han asustado más de lo que me gusta reconocer. Vijay es un hombre sensato. No hay nada teatral ni sentimental en él. En todos los años que hace que lo conozco, nunca lo he visto conmocionado, no hasta hoy mismo. Me doy cuenta de que tiene razón. Tengo que ir con más cuidado. De pronto, la decisión de quedarme en la casa tanto tiempo me resulta absolutamente descabellada. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Es como si no quisiera darme cuenta de que estaba en peligro. Que estoy en peligro. Agarro las primeras páginas del montón de folios y empiezo a leer.

Las primeras anotaciones contienen algunos comentarios breves sobre el cambio de terapeuta de Peter Carlsson y las circunstancias que le envuelven. Luego aparecen unas pulcras notas pasadas a limpio de dos sesiones posteriores.

Fecha: 17 de septiembre

Hora: 15.00

Paciente: Peter Carlsson

Contacto previo: El paciente acude a la consulta para realizar una primera sesión evaluadora con el que suscribe. Para más datos sobre las circunstancias del traspaso de la anterior terapeuta, Siri Bergman, ver los comentarios precedentes.

En la actualidad: El paciente es un hombre de treinta y ocho años que acude a la consulta por pensamientos obsesivos de carácter sexual, con tendencia sádica. No ha estado en contacto con ninguna terapia psicológica o psiquiátrica anteriormente. Explica que se siente muy lastrado por estos pensamientos y cuenta que interfieren en prácticamente todo su día a día, pues los vive como enormemente aterradores, lo que da lugar a fuertes ataques de pánico. El paciente explica que estos pensamientos empezaron a surgir durante los últimos años de su adolescencia. Fue entonces cuando tuvo su primera relación sexual con una mujer. Muy pronto en su relación experimentó pensamientos fuertemente perturbadores, relacionados con actos

violentos para hacer daño a la novia. En aquel momento, intentó alejar estos pensamientos de su mente de forma activa, pero renunció a ello al demostrarse que el método no era demasiado efectivo. El paciente decidió, así, interrumpir la relación por miedo a hacer daño a la pareja. Posteriormente, ha evitado mantener cualquier relación con mujeres, temiendo que los pensamientos obsesivos volverían y que estos le podrían conducir a cometer algún acto dañino contra alguien. Sin embargo, el paciente ha conocido a una mujer esta primavera. Cuenta que está muy enamorado de ella, pero que no es capaz de acercarse a ella sexualmente porque tiene miedo de hacerle daño. Describe su relación como cálida y cariñosa. No obstante, su novia insiste en que la pareja mantenga relaciones sexuales. El paciente ha explicado a la novia que tiene problemas con su sexualidad, y le ha prometido que acudirá en busca de ayuda para solucionar el problema. Sin embargo, no le ha contado en qué consiste, realmente, su problema. El paciente hace hincapié en que no es un hombre agresivo, y que nunca ha hecho daño a nadie conscientemente. Niega rotundamente que estos pensamientos estén envueltos de placer para él. Ahora, su deseo es recibir ayuda, de manera que sus pensamientos obsesivos desaparezcan.

Antecedentes: El paciente se ha criado en Huddinge, al sur de Estocolmo. Se crio en una familia sólidamente unida como hermano mayor de tres. Tiene dos hermanas menores. El padre trabajaba como jurista en una oficina pública, y la madre era ama de casa. En los últimos años de la infancia del paciente, la madre empezó a trabajar a media jornada como secretaria médica. El paciente describe su infancia como normal. Se considera un niño tranquilo y amable, aunque de vez en cuando tuvo cierta tendencia a la preocupación. Según dice, el padre sufrió depresiones recurrentes durante muchos años. Por lo demás, no existe ninguna problemática psiquiátrica heredada en la familia.

Aspectos sociales: Actualmente, el paciente vive solo. Trabaja como economista en un banco de inversiones. Describe su carrera profesional como exitosa. Mantiene un buen contacto con la familia e indica, asimismo, que se siente muy cercano a sus hermanas. También tiene algunos buenos amigos a los que ve a menudo.

Estatus psicológico: Buen contacto formal y emocional. Bien encaminado. El paciente tiene un comportamiento algo depresivo. Preguntado directamente, niega tener pensamientos suicidas, aunque reconoce que alberga cierto sentimiento de abandono, resignación y sinsentido. El paciente se siente abiertamente violentado al comentar el contenido de sus pensamientos obsesivos.

Evaluación: Hombre de treinta y ocho años con pensamientos obsesivos de carácter sexual. Aparentemente, no existe ningún componente placentero en estos pensamientos, tratándose, muy probablemente, de algún tipo extraño de síndrome obsesivo. Sin embargo, requerirá algunas sesiones preliminares más. El que suscribe comunica al paciente que, antes de determinar el tratamiento posterior, habrá que realizar varias sesiones preliminares. Asimismo, se le comunica al paciente que un tratamiento médico puede resultar eficaz en este tipo de problemáticas. Próxima

sesión, el 26 de septiembre, a las 15.00 h.

Interrumpo la lectura. El texto no me ha ofrecido nueva información sobre el caso. Si el motivo de Peter Carlsson es la manipulación, no es de extrañar que su historia sea la misma al hablar con Sven. Y si los pensamientos por los que desea ser tratado son reales, es lógico que vuelva a contar lo mismo. Hay una anotación más en el expediente.

Fecha: 25 de septiembre

Comentario: El paciente ha llamado hoy durante las horas de consulta telefónica del que suscribe. Cuenta que ha decidido interrumpir la terapia, ya que, en su lugar, ha contactado con un psiquiatra con vistas a recibir un tratamiento médico que, cree, se adecua mejor a sus necesidades. Se le ofrece al paciente una sesión con el que suscribe para comentar su decisión, pero él la rechaza. Así, interrumpimos el contacto.

Es decir, que Peter ha interrumpido la terapia con Sven. Me pregunto qué significará esto. Probablemente, nada. Quizá, se hartó de Sven, y ya está. Estoy sentada con las notas en la mano; las reviso meticulosamente para ver si encuentro algún detalle, alguna cosa, en la que no me había fijado antes. Vuelvo a leer el primer comentario.

El paciente se ha criado en Huddinge, al sur de Estocolmo.

Noto que una sensación de frío constriñe mi estómago. Luego se extiende al resto del cuerpo y me obliga a dejar el folio en el suelo. Yo también me he criado en Huddinge. Pero Huddinge es grande. Es muy probable que no sea más que una pura coincidencia. Verifico el año de nacimiento de Peter: 1969. El mismo año que mi hermana. Echo un vistazo al móvil que está en el suelo. Vacilo un instante, y luego marco el número de mi hermana. Lo coge inmediatamente.

—¡Siri, qué bien! Mamá y papá dicen que a lo mejor no vienes por Navidad. ¿Por qué no? Sería genial que vinieras. ¿No podrías venir, aunque sólo sea un día? ¿Va todo bien? ¿Tú estás bien?

Sofia me suelta una batería de preguntas irritantes como ráfagas de una ametralladora, a la velocidad del rayo. No son peligrosas, pero escuecen cuando te alcanzan. Al fondo se oye a sus dos hijos peleándose por quién de los dos se sentará en la esquina del sofá, y a su marido que, con una voz tierna, intenta mediar en el conflicto.

—No tengo ganas de discutirlo ahora, Sofia. ¿Te importaría escucharme un momento?

—Pero...

—¡Haz el favor de escucharme, y ya está!

—Muy bien, de acuerdo.

Noto lo ofendida que está.

—¿Recuerdas el nombre de Peter Carlsson de tu clase o, tal vez, de la clase paralela?

—¿De qué me estás hablando?

—De Peter Carlsson. Alto, delgado, guapo. Pero, claro, no sé qué aspecto debía de tener entonces.

—¿Cuándo?

—En el colegio. En Huddinge.

Sofia no dice nada, y yo supongo que lo estará pensando. Al fondo se oye un ruido de algo que cae al suelo, seguido de un grito y de llantos insistentes.

—Había un tal Peter Carlsson en mi clase. Vivía bastante cerca de nosotros. En una casa cerca de Långsjön. Pero alto y guapo... La verdad, no sé qué decirte. Era un poco especial. Se pasaba el tiempo dándole vueltas a un manojito de llaves. Tenía miedo de perderlas, y las contaba varias veces al día. Tal vez sea un tipo para ti —dice con una risita ahogada, justo antes de soltarles una reprimenda a los niños—. ¡Ahora mismo os calláis! ¿No veis que mamá está en medio de una conversación importante?

Le doy vueltas a lo que me ha dicho mi hermana. No recuerdo a este Peter, pero suena como si pudiera tratarse del mismo.

—Pero sus hermanas pequeñas —prosigue Sofia— deben de tener más o menos tu misma edad. Petra y Pernilla. ¿Cómo se le puede ocurrir a alguien ponerles los nombres de Peter, Petra y Pernilla a sus hijos?

—De la misma manera que se les puede llamar Sofia, Susan y Siri, ¿no te parece? —le contesto.

Una pregunta retórica. No espero ninguna respuesta. En cambio, rebusco en mi memoria. En mi cabeza, he vuelto a los largos y estrechos pasillos de la escuela primaria. En mi memoria, surge la imagen de una niña con muletas que a duras penas avanza por los pasillos. Delante de cada una de las clases hay un grupo de críos esperando a que los dejen entrar. La niña se esfuerza por no bloquearle el paso a nadie. Su mirada está firmemente dirigida al final del largo pasillo. Hace ver que no ve ni oye a los demás. Se limita a avanzar en línea recta. Cuando pasa por delante del grupo en el que estoy yo, mi mejor amiga, Caroline, extiende la pierna. La niña no se da cuenta, y cae contra el sucio y duro suelo de piedra. Le da tiempo a amortiguar la caída con las manos, pero una de ellas acaba en un charco de saliva y mocos. «Oh, disculpa —dice Caroline en un tono burlón—. No te había visto». Las demás sonrían. Yo suelto una risa sonora. La niña se levanta fatigosamente y sigue adelante.

Petra-Muleta.

Petra Carlsson.

Unos meses después del entierro de Stefan estaba sola en casa, sin Aina a mi lado, sin las miradas vigilantes de mi familia. Era un día gris. La sucia y opaca luz que entraba en la casa le confería un aspecto desgastado y un poco pálido, lo que hacía que se pareciera a la casa de veraneo que, en realidad, es. Una vivienda provisional. Un proyecto, a todas luces, desesperanzador, al menos, desde un punto de vista práctico.

Había sostenido la idea, un tanto confusa, de poner orden en sus cosas, deshacerme de lo que yo ya no iba a necesitar y guardar lo que tal vez, algún día, podría necesitar. Sin embargo, resultó ser una tarea más complicada de lo que había sospechado. En nuestro armario ropero compartido colgaban camisas recién planchadas y tejanos, uno detrás de otro. Se supone que no se puede tirar ropa todavía utilizable a la basura... ¿Y a quién podría regalársela? Decidí dejar, por el momento, la ropa colgada tal como estaba.

Luego me fui hacia el escritorio. Seguía igual que el día en que Stefan murió. Nadie había tocado el cartapacio gastado, ni había retirado el polvo del enorme montón de papeles que se acumulaba en la esquina derecha. Pasé la mano por la superficie irregular de la mesa, y mi mano dejó unas profundas marcas en el polvo. Decidida, fui a la cocina a por un paño húmedo, dejé el montón de papeles en el suelo con mucho cuidado y empecé a retirar el polvo con movimientos amplios y lentos.

Los cajones estaban llenos de montones de papeles ordenados. Con mucho cuidado, saqué el contenido del cajón superior y lo dejé sobre la mesa del escritorio, ahora limpia y húmeda. Extractos del banco, facturas y cartas del Hospital Regional formaban parte del montón. En cada uno de los documentos había anotado: pagar, o para la declaración de la renta. Sacudí la cabeza. No era propio de Stefan ser tan pedante y ordenado. El siguiente montón de papeles, marcado con un documentos importantes, también estaba inexplicablemente bien ordenado. Documentos de la aseguradora, el contrato de compraventa de la casa, extractos del banco, toda nuestra vida en común y nuestras pertenencias documentadas en un puñado de papeles.

Hojeé los documentos de cualquier manera, revisé las cifras que revelaban lo que nos pertenecía, sin realmente ver ni comprender su significado. Me dio tiempo a pensar lo bueno que era que todo estuviera aquí, pues así le facilitaría las cosas a mi padre, que era quien se encargaba de todos los asuntos económicos, hasta que mis pensamientos se vieron interrumpidos por otra cosa. Una inquietud absorbente, un sentimiento huidizo. Como una nota disonante en una pieza musical, por lo demás, excelentemente compuesta, apenas audible y, sin embargo, imposible de obviar. Había algo que no encajaba en todos aquellos documentos clasificados ordenadamente. Los papeles de Stefan no solían estar ordenados, ni mucho menos. Yo había dedicado una parte considerable del año que compartimos, ordenando y clasificando los documentos y las cosas de Stefan.

Abrí el último cajón. Tan sólo contenía un folio de papel. Un fino y arrugado trozo de papel, escrito a mano, con tantas manchas grasientas que parecía haber servido como envoltorio de un bocadillo, y doblado cuidadosamente por la mitad. En

la cara exterior ponía: «Para Siri». De pronto, la sombría estancia me empezó a parecer asfixiante, y me levanté para abrir una de las puertas de cristal. El aire frío y cortante llenó mis pulmones, y oí los gritos agudos y penetrantes de las gaviotas mientras me apoyaba en el marco de la puerta.

Con unos dedos torpes y temblorosos logré desdoblar el papel. Era un poema.

*No temas a la oscuridad,
pues es allá donde la luz descansa.
Sabes que no vemos las estrellas,
allá donde no hay oscuridad.
En tu claro iris
llevas una oscura pupila,
pues la oscuridad es todo lo que la luz
estremecedoramente anhela.
No temas a la oscuridad,
pues es allá donde la luz descansa.
No temas a la oscuridad,
la que el corazón de la luz transporta.*

Con la espesa nevada, los coches se mueven despacio por Götgatan en dirección sur. Es la hora punta, y la gente echa el cuerpo hacia delante y avanza, rápida y concentrada, hacia la entrada del metro. El frío y la humedad se extienden por debajo de mi abrigo de lana. No llevo suficiente ropa para el invierno, pero no he tenido fuerzas para volver a la casa vacía de Vårdmö a por más. A pesar de que me siento más segura en el pequeño apartamento de una sola habitación del barrio de Kungsholmen que en mi propia casa, todavía me cuesta aceptar que haya tenido que dejar mi hogar.

He empezado a trabajar un poco más, aunque no con pacientes nuevos, sólo con los antiguos. Me digo a mí misma que es por la continuidad, por la de los pacientes, claro. La verdad es, al menos en parte, que no soporto quedarme todo el día sola en el pequeño y triste apartamento de Hantverksgatan.

Ha pasado algo extraño con el tiempo. He dejado de planificar más allá de una semana. Siento como si el tiempo, mi tiempo, se fuera acercando, lenta pero inexorablemente, a una resolución o un final definitivo e inevitable. No conseguiré huir para siempre de la persona que quiere hacerme daño. No creí que fuera posible sentir esta desolación que me provoca el sentimiento de vivir así, amenazada y perseguida constantemente. He dejado de tener la sensación de que puedo eludir mi destino y no veo ningún modo de contraatacar. Sencillamente, me siento paralizada y atrapada en una posición inamovible. Tan sólo siento algún vestigio esporádico de esperanza cuando estoy en compañía de Markus.

Doblo la esquina de Götgatan con Blekingegatan y dejo atrás sus fachadas al trote, hasta que llego al Pelikan. En la cervecería, el ambiente es estimulantemente cálido y seco. El murmullo de las voces de los clientes se propaga hacia el techo y el aire está saturado del olor a comida.

Markus está sentado a una mesa, hojeando un diario vespertino. No me resisto a la tentación y, por un instante, lo contemplo desde la distancia, aprovechando que él aún no me ha visto. Me embebo de su imagen. Registro que una de sus manos juguetea con la cajita de rapé que ha dejado sobre la mesa. Lleva el pelo pegado a las sienes por la humedad. Hay algo en su actitud que me lleva a sospechar que se siente frustrado. A pesar de que parece ocupado leyendo el diario, deja entrever su desasosiego e impaciencia porque no para de moverse.

Tomamos cada uno su cerveza y, durante un buen rato, hablamos de todo y de nada en particular. Soltamos risitas tontas. Nos comportamos como adolescentes. Hace ya tiempo que le perdoné por haberse chivado a Sonja de nuestra relación. Él me ha perdonado que sea tan desesperantemente puntillosa y difícil.

Markus besa mis manos y deja correr la lengua por mis nudillos, que se tornan húmedos y pegajosos, mientras me mira y sonrío. Su gesto es tan íntimo que me siento turbada. Inconscientemente, retiro la mano y me la paso por la blusa, como para eliminar unas migas invisibles.

—Tengo que hablar contigo.

—Suéltalo.

Markus vuelve a sonreír y, de nuevo, se acerca mi mano húmeda a la boca.

—Se trata de un paciente.

Miro alrededor para comprobar si alguien nos vigila o muestra algún interés especial por nosotros y por aquello de lo que hablamos. Estoy a punto de violar el secreto profesional. Me basta con hacerlo delante de Markus, no hace falta que se entere toda la clientela del Pelikan. En la mesa de al lado hay una pareja de unos cincuenta años. Ambos llevan letreros con sus nombres en la solapa y están absortos en una conversación. Hablan en un idioma que suena a holandés y no parecen percatarse de nuestra presencia. Al otro lado, hay un grupo de tíos alterados que hablan en voz muy alta sobre un concierto al que, por lo visto, acudirán esta misma noche. Tampoco ellos parecen prestar atención a lo que decimos, al igual que la pareja que hacen manitas mientras beben cerveza.

—De acuerdo. Te escucho.

Veo que Markus tiene puesta toda su atención en mí. Poco a poco voy contándole lo que sé de Peter Carlsson. Le hablo de las tres sesiones que tuvo conmigo. De su miedo y de sus fantasías sobre sexo, violencia y muerte. Veo que el semblante de Markus va mudando entre la curiosidad, la sorpresa y algo que parece sospecha.

—¡Pero si suena completamente trastornado!

—No tiene porqué estar trastornado.

Sin que me dé cuenta realmente, empiezo a defender a Peter Carlsson y a describir los síntomas de los síndromes obsesivos. Le digo que lo que puede parecer enfermizo, a menudo no lo es. Que, al contrario, las personas que sufren algún síndrome obsesivo raras veces acaban por hacerle daño a alguien.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas?

—Por el coche —contesto con voz queda—. Tiene un Volvo Crosscountry. Y porque fui a la misma clase que su hermana en la escuela primaria.

—¿Su hermana?

—Petra. —Bajo la mirada—. Estaba enferma. Tenía algo en la pierna, después de una operación de cáncer, o eso creo. Nosotras le hacíamos *bullying*.

—¿Quiénes sois vosotras?

—Las chicas de la clase. Mi mejor amiga, Caroline, era la peor, pero yo no era mucho mejor.

Entierro la cabeza entre las manos e intento alejar todas las imágenes que me han perseguido desde que descubrí el vínculo que había entre Peter, su hermana y yo.

Markus no dice nada. Caigo en la cuenta de que ha empezado a procesar y analizar lo que acabo de contarle. A valorar el potencial de mi relato.

—¿Y él te da miedo?

La pregunta de Markus es clara y concreta.

—Estoy muerta de miedo.

Me sorprende incluso a mí misma admitiéndolo. Por primera vez, en todo el

tiempo que ha pasado, he reconocido el miedo que le tengo a este hombre.

—De acuerdo. Dame sus datos personales. Haré que Sonja lo investigue —dice Markus.

Le doy un papel donde ya he escrito su nombre, dirección y número de la Seguridad Social. Nos hemos quedado mirándonos mutuamente sin decir nada. Es difícil restablecer el ambiente de antes de que empezáramos a hablar de Peter. Markus me acaricia la mejilla con delicadeza. Luego le hace una señal a la camarera y encarga dos cervezas más.

—¿Has pensado en lo que harás por Navidad? —me pregunta, cambiando bruscamente de tema.

—¿Navidad?

—Sí, la Navidad. Es dentro de cinco días. ¿Qué habías pensado hacer?

Por un momento, me imagino pasando Nochebuena con mis padres, mis hermanas, mis cuñados y mis sobrinos en la casa de hormigón celular de la familia en Huddinge. No va a ser posible. No quiero. No puedo.

—Creo que me quedaré en casa.

Mi respuesta es rápida, no me ha dado tiempo a considerar que, ahora mismo, ni siquiera tengo una casa.

—No puedes quedarte en casa, Siri.

Markus suena cansado e irritado, y ha empezado a dar golpecitos en la mesa con la cajita de rapé.

—Puedo quedarme en el apartamento.

La idea de una Nochebuena a solas, en el pequeño apartamento de una habitación de Kungsholmen no me parece nada despreciable. En realidad, la Navidad me da absolutamente igual, me importa un pimiento cómo vaya a ser. Puedo ver teatro sueco por la tele y beber vino tinto.

—Yo tengo que trabajar. No podré estar contigo.

El semblante de Markus transmite preocupación, y noto que ya ha empezado a irritarme de nuevo. Yo no necesito a ningún padre. He vivido sola durante más de un año, he pasado unas Navidades sin Stefan antes, y no necesito que se ocupen de mí, ni que me cuiden, tal como cree Markus.

Niego con la cabeza.

—Está bien así. Ya me las arreglaré.

Markus parece dudar.

—¿Has hablado con tus padres?

—Sí, claro que he hablado con ellos, pero no vamos a celebrar la Navidad juntos. Hemos intercambiado regalos por correo, y con eso debería de bastar.

Su preocupación es conmovedora, pero también me provoca, y crece la irritación en mi interior. Markus se da cuenta. Tal vez sea esa la cualidad que hace que tenga fuertes sentimientos hacia él.

—Disculpa. No pretendía hurgar en tu vida privada, sólo me sorprende un poco.

Por cierto, ¿les has contado lo que ha ocurrido?

—Es muy complicado...

—Tendrás que disculparme, si soy muy corto de entendederas, pero ¿cómo que es complicado? Un asesino loco te persigue, y tú ni siquiera quieres contárselo a tu familia desde la consideración, un tanto mal entendida, de que no sería correcto preocupar a los demás. Si yo fuera tú...

—¡Ya, pero no lo eres! ¡Deja de tratarme como si fuera una niña!

No tenía intención de gritarle pero, sin darme cuenta, me he puesto en pie y he levantado la voz lo suficiente como para que se interrumpa toda conversación en las mesas de alrededor. «¡Mujeres!», oigo que masculla uno de los tíos pasados de cerveza desde una mesa cercana a la barra.

Sin decir ni una palabra más, agarro mi abrigo y mi bolso, y salgo corriendo del local, «¡Navidad!», me grita otro colgado, justo cuando abro la puerta y desaparezco en la oscuridad.

Vive en Närvavägen justo al lado de la Pastelería Oscar. Fue ridículamente fácil entrar. Sólo tuve que esperar en el callejón, hasta que una vieja con un perro de lanas obeso, que apenas era capaz de andar, salió del portal. Me adelanté rápidamente para sostenerle la puerta, y la mujer me sonrió agradecida, antes de desaparecer a pasitos cortos por Strandvägen.

El siguiente desafío fue la puerta principal de su piso. Me había traído las herramientas y me puse a trabajar rápidamente. Tardé menos de tres minutos en abrir esa penosa puerta. Ni siquiera tuve que emplearme a fondo para conseguirlo.

Una vez dentro, el piso estaba a oscuras, aunque reconocí los contornos de los muebles de diseño: Jacobsen, Aalto, Lissoni. El tío tiene buen gusto. Había aparatos electrónicos caros por todos lados. Por lo demás, la vivienda estaba clínicamente limpia de cualquier objeto personal. Si no hubiera sabido con toda seguridad que vivía allí, habría creído que el piso no tenía inquilinos.

Encontré el estudio, donde había un escritorio, una silla y una estantería para libros. De la pared colgaban tres litografías en blanco y negro. Con mucho cuidado, acerqué una de las sillas y me subí a ella, para así poder inspeccionar la estantería desde arriba. Era el lugar perfecto. Fácilmente accesible para quien estuviera buscando algo, aunque no se pudiera ver a simple vista al entrar en la habitación. Decidí que dejaría el libro allí.

Luego me senté ante el ordenador, saqué la lista de páginas web y me puse en marcha. Fue mucho más fácil de lo que había esperado. Mucho más fácil.

Aina lo llama hacer limpieza.

Junta todas las notas escritas a mano, algunas facturas y una carta de Hacienda en un montón sobre su escritorio. Con las prisas, añades sin querer un viejo paquete de chicles al montón.

—Ya está. Ahora sólo tengo que meter todo esto en la caja fuerte —dice, y sale al trote hasta la recepción con el montón de papeles bajo el brazo.

Yo suspiro, no tengo fuerzas para empezar una discusión acerca de su evidente negligencia. Decido dejarlo correr. Aina vuelve y se deja caer en la silla del escritorio, echa el cuerpo hacia atrás y mira al techo.

—Hoy estoy cansadísima. Ya sabes. Tres pacientes deprimentes, uno detrás de otro. He estado en un tris de empezar a tener pensamientos suicidas. Imagínate si resulta que tienen razón. Imagínate si la vida, efectivamente, no tiene sentido. Imagínate si, en el fondo, son ellos los que han descifrado el código y ven la realidad tal como es, a diferencia de todos nosotros.

Aina sonríe, saca un protector labial del cajón del escritorio y empieza a trabajarse los labios turgentes con el lápiz.

—Oye...

—¿Qué?

Aina sigue aplicándose protector en los labios.

—Sven.

—¿Qué pasa?

—¿Tú qué piensas de Sven?

Se hace el silencio en la estancia. Aina baja la cabeza despacio y luego mira por la ventana con la vista ausente.

—¿Que qué pienso de Sven? —repite lentamente.

Aina pone énfasis en cada palabra, y luego me mira con sus ojos claros y azules.

—No creo que haya sido él. Creo que Birgitta está furiosa con él. Por haberse insinuado a ti. Y a un montón más de mujeres. Es, por así decirlo, su venganza. Se niega a darle una coartada.

—Entonces, ¿no crees que él, eh, se siente ofendido porque lo rechacé, o algo así?

Intento que parezca una broma, pero yo misma me doy cuenta de que mi voz se quiebra y adopta un tono metálico. Y sé que se rompería como un pedazo de pan seco a la más mínima presión.

—A ver. Ofendido. Pues no. Más bien creo que le excita más cuando lo rechazas. Ya sabes, Sven es, ¿cómo te lo diría?

Aina no dice nada más, aunque parece estar considerando algo. Todavía sostiene el protector de labios en la mano derecha, y no para de golpear suavemente la mesa con ella.

—Te diré cómo son las cosas: Sven está encendido precisamente porque tú no estás interesado en él. ¿Lo comprendes? Una vez has estado con él, pierde el interés

por ti.

Tardo unos segundos en comprender lo que las palabras de Aina implican. La miro, allá sentada, al otro lado del escritorio.

Me doy cuenta de que ella sabe que lo he captado.

El rubor empieza a subir por su cuello como la marea. Aina mira al suelo.

—Mierda, Siri. Solamente fue una vez. Ocurrió, y ya está. Ya sabes.

La voz de Aina se apaga.

En mi interior, crece la desesperación. Aina y Sven. Sven y Aina. Mi mejor amiga y mi colega. ¿Mi mejor amiga y el asesino de Sara?

—¡Joder, Aina!

No tenía intención de gritar, pero debo sacar las palabras, no hay manera de detenerlas. Ya es demasiado tarde.

—Oh, deja ya de ser tan jodidamente mojigata, ¿quieres, Siri? Pero si no significó nada... Y, además, en realidad no cambia nada, ¿no te parece?

Aina me mira a los ojos. Su tono de voz es duro. No hay ni rastro de culpa ni de vergüenza, y no aparta la mirada de mí ni un instante cuando se pone en pie. Lanza el protector labial sobre la mesa. Y luego sale, sin ninguna prisa y displicente, de la oficina.

Fecha: 20 de diciembre

Hora: 16.00

Lugar: La habitación verde, la consulta

Paciente: Charlotte Mimer

Última sesión

Es la última sesión de Charlotte, algo a lo que siempre intento llegar con mis pacientes, sea cual sea el desarrollo de la terapia. Es importante, tanto para mí como para ellos.

—¿Mantenimiento? —me pregunta ella, y levanta la vista para mirarme.

—Sí, es así como lo llamamos los psicólogos. Me refiero a los métodos que se pueden utilizar para mantener el comportamiento saludable que se ha aprendido durante el tratamiento, y para evitar caer en las conductas o pensamientos enfermizos. En tu caso, es importante que sigas llevando tu diario de comidas y que anotes todos los sentimientos que vayan surgiendo con relación a ello. Debes, sobre todo, controlar cualquier tendencia a comer que te haya podido provocar alguna emoción o sentimiento: buscar consuelo o calmar el miedo a través de la comida, ayunando o vomitando, etcétera, ya sabes.

Charlotte asiente lentamente y ladea la cabeza. Siempre hace así cuando reflexiona sobre algo. Vislumbro un comienzo de sonrisa en la comisura de sus labios. No sé si le parezco graciosa, o si simplemente está contenta por los progresos, y por el hecho de que la terapia está a punto de concluir.

—Entonces, ¿ya estoy curada?

—Curada o enferma, al fin y al cabo, es muy difícil ponerle etiquetas a este tipo de cosas. Supongo que estaremos de acuerdo en que tu conducta y tus sentimientos en cuanto a la comida y a comer no eran especialmente saludables, la primera vez que nos vimos. En todo caso, no lo eran, si pensamos en lo mucho que sufrías, tanto física como psíquicamente. Ahora mismo estás bien, la comida y el hecho de comer ocupan un lugar normal en tu vida, dominan una parte menor de tu conciencia y de tu tiempo. Y aunque sentiste que habías perdido el control por completo cuando te despediste del trabajo, también fuiste capaz de manejarlo. ¿No es cierto? Estás tan bien como tanta otra gente, no sé si me entiendes. Y tal vez lo más importante: tienes herramientas que pueden evitar que recaigas en la misma conducta y en los mismos pensamientos obsesivos de antes. Se trata simplemente de utilizarlas.

Estoy esperando una respuesta, pero esta no llega. Charlotte ha apartado la mirada que ahora vuela por la ventana, hasta el crepúsculo gris pálido de diciembre que, lenta pero inexorablemente, se va apoderando de la plaza Medborgar. Distingo algunas canas en las sienes y la raya de su cabellera cuidada. Hoy no lleva maquillaje y tiene un aspecto juvenil, a pesar de las canas. Las perlas alrededor de su cuello indican clase, y algo más, tal vez una postura conservadora. O tal vez sea simplemente así como se hace, cuando tienes que dar a entender que eres una mujer

ambiciosa que quiere hacer carrera; un atributo tan obvio como la corbata en un hombre. No conozco los códigos de su mundo, no soy capaz de descifrar las señales.

—Si echas la vista atrás, Charlotte, ¿te parece que la terapia ha funcionado, tal como tú te la habías imaginado?

La mirada de Charlotte sigue fija en un punto invisible detrás del Jardín de Björn, pero veo que está a punto de volver a mi lado. Poco a poco se va centrando y se pasa la mano por el vestido de lana negra con un movimiento lento y preciso.

—Fue más fácil de lo que imaginé. Incluso lo de comer me resultó más fácil de lo que pensé —se corrige, y en ese mismo instante, me mira directamente a la cara. Entiendo a qué se refiere.

—Si lo de la comida fue más sencillo de lo que pensaste, ¿qué fue lo más complicado?

—Es difícil de explicar.

Charlotte levanta las manos, como si examinara un objeto ficticio en el aire, delante de su rostro, como si las manos pudieran ayudarla a definir lo que no consigue describir con las palabras.

—Verás —empieza a decir, un poco a tientas—. Si te soy sincera, y supongo que es lo que se espera de mí en esta situación...

Charlotte suelta una risa sonora que acompaña con un movimiento amplio de la mano hacia la estancia, desde la ventana más alejada hasta la cajita de pañuelos de papel que hay sobre la mesita.

—Como ya sabes, soy una persona con la cabeza un poco cuadrada.

Sacudo la cabeza y abro la boca para protestar, pero Charlotte levanta la mano para detenerme.

—Sí, lo soy, soy una cabeza cuadrada. Y competente. Y obediente. Precisamente por eso creo que este tipo de terapia ha funcionado tan bien con alguien como yo. Un programa que hay que seguir, ejercicios que hay que realizar. Se adecua a la perfección a mi temperamento, ya sabes. Fue fácil. Lo difícil fue... Perder el control. Por primera vez en mi vida, no supe quién era. Cuando estás tan enferma como lo estaba yo, la enfermedad se convierte en una parte de ti. Eso fue la parte difícil. Tal vez podríamos decir que me convertí en la enfermedad. En cierto modo, se convirtió en la máscara a través de la cual veía el mundo.

—¿Te refieres a la personalidad de cada uno?

—¿A la qué?

Charlotte me mira, interrogándome con los ojos.

—Nada, déjalo. Continúa.

—Bueno. Lo que quería decir es que, aunque la enfermedad esté oculta para los demás, tú sabes que está ahí. Cuando desaparece, es como si ya no quedara nada. Se hace un vacío, ya no sabes ni quién eres. Pero no te queda más remedio que rellenar el hueco que ha quedado, hay que rellenar el vacío con algo. Tienes que crear tu nuevo yo. Ha sido difícil. Creo que eso fue lo que hizo que... que empezara a

comportarme como una chiflada. ¿Te suena raro?

—No, en absoluto. Te diría que estás describiendo una reacción de lo más normal en este tipo de casos. Aunque se manifiesta de maneras muy distintas, según la persona. ¿Cómo te parece que estás ahora?

—¿Te refieres a si he rellenado el vacío?

—¿Lo has hecho?

—No. Pero he empezado a aceptarlo. A lo mejor no había ningún agujero, tan sólo un vacío imaginario. Como cuando extirpas un tumor o un órgano del cuerpo enfermo. Un vacío fantasma... Ya no creo que me este volviendo loca. De hecho, de vez en cuando siento que no he estado mejor en toda mi vida.

Charlotte sonríe y, durante un breve instante, parece perfectamente tranquila.

—Pero si tengo que serte sincera...

—... y eso es lo que se supone que debes ser aquí...

Charlotte vuelve a sonreír, y me doy cuenta de que está agradecida porque estoy bromeando.

—Creo que no fue únicamente lo que le pasó a tu paciente lo que me llevó a interrumpir la terapia. Sentía que había perdido el control, y que era demasiado desagradable para seguir adelante. Fue fácil para mí cambiar de conducta. Cambiar mis hábitos alimentarios. Pero cambiar la idea que tenía de quién soy... Eso es terriblemente duro. Llevo todo el otoño dándole vueltas...

—¿Y?

—Y siento que me estoy tomando los cambios de uno en uno. No quiero forzar nada. De hecho, de vez en cuando lo echo de menos.

—¿El trastorno alimentario?

—Naturalmente, no echo de menos estar enferma, pero noto una especie de vacío, una sensación de estar perdida. Percibo ese vacío, y me corroe un poco. Pero luego también hay otro aspecto. Ya no tengo ningún motivo para no ocuparme de mi propia vida. Trabajo nuevo, ya sabes. Amor... o falta de amor. Llego a sentirme enormemente agotada cuando pienso en todo lo que tengo que hacer.

Lo pienso un instante antes de decirlo.

—Trabajo y amor. Amor y trabajo. La terapia definitiva.

—¿A qué te refieres?

—Fue Freud quien dijo eso. Dijo que el trabajo y el amor son la terapia definitiva.

—Creo que Freud no me gusta demasiado.

Sonríó a Charlotte.

—Tú tómate las cosas de una en una, tal como vengan. Y, escucha...

—¿Qué?

—Puedes llamarme cuando quieras.

Las dos nos quedamos un rato sin decir nada, mirando por la ventana. Fuera, se ha hecho de noche y puedo ver mi propio reflejo en el cristal. Me pongo en pie y me acerco a la ventana. Apoyo lentamente la frente contra el cristal frío y liso, y mi

aliento dibuja dos manchas húmedas debajo de la nariz. Abajo, en la plaza, las ventas están en su momento álgido. Como siempre. Los vendedores callejeros venden libros y cerditos de paja, coronas de ramas de abeto para la puerta, adornadas con manzanas rojas y otro tipo de fruslerías. La Navidad se acerca sin compasión.

—¿Estás bien?

Charlotte suena sinceramente preocupada, y yo me desperezco y me vuelvo hacia ella.

—Por supuesto. Sólo estaba pensando en que... pronto será Navidad.

—Ehhh, ¿y qué?

Charlotte parece sorprendida; ha aparecido un frunce entre sus cejas. Me apresuro a tapar mi comportamiento confuso.

—¿Qué vas a hacer en Navidad?

—Bueno, visitaré a mi padre, y tengo que trabajar un montón. Hacer anotaciones en mi diario alimentario, como la paciente obediente que soy. Y luego, la verdad es que tengo una cita.

—¡Una cita! ¡Qué bien!

—Pues sí. No recuerdo si te lo había contado antes, pero conocí a un tío en ese cursillo de acuarela al que asistí en la Universidad Popular. Ya sabes, en Götgatsbacken. Nos hemos visto un par de veces. Supongo que es demasiado temprano para decir nada todavía, pero me siento bien.

De pronto, me asalta un malestar inexplicable. Mi estómago se encoge y aparto la mirada de la muchedumbre de la plaza Medborgar, y la dirijo a la figura tranquila y esbelta de Charlotte. Ella me interroga con la mirada y advierto que ha notado mi desasosiego.

Nos despedimos. Siempre me sobreviene un sentimiento de melancolía cuando me despido de mis pacientes. A veces es como si olvidara las razones por las que, en realidad, están aquí, que olvidara que pagan por mi tiempo y mis servicios. Que, realmente, no tienen ningunas ganas de verme precisamente a mí.

—Cuídate —me dice Charlotte, y me da un rápido abrazo. Siento como si hubiera conseguido abrazarme, pero sin tocarme. Un ser absolutamente etéreo.

—Y, oye... —Charlotte ladea la cabeza—. Suerte con lo de esa persona que te persigue.

Me mira fijamente un buen rato.

—¡Oh, no te preocupes! Pronto darán con él —le digo a Charlotte, para no preocuparla.

El rostro de Charlotte se ilumina en una sonrisa breve, pero tan rápido como ha aparecido, vuelve a desaparecer, sustituida por un frunce de la comisura de los labios que, de pronto, hace que parezca un poco altanera. Como si sintiera pena por mí y, a la vez, me despreciase. Abre la boca, vacila, y entonces se decide.

—¿Cómo sabes que se trata de un hombre?

Lo dice en un tono de voz suave y ligero. Hace que suene como si estuviera

comentando un nuevo modelo de coche, o me estuviera recitando los ingredientes de una receta, No hay absolutamente nada fatídico en su tono de voz y, sin embargo, se me pone el vello de punta. Entonces Charlotte da media vuelta y sale apresuradamente de la habitación.

Es la víspera de Nochebuena. Durante la última semana, el termómetro ha marcado una temperatura bastante por debajo de los cero grados, y ha convertido la colina de Götgat en una gigantesca y reluciente lengua de hielo por la que la gente se desplaza a pasitos cautelosos. Una ligera nevada se ha posado sobre la ciudad como un blanco manto peligroso, bello y efímero, que amortigua todos los sonidos. El cuello de mi abrigo atrapa los copos de nieve, y como el calor corporal los convierte en pequeñas gotas de agua, estas se deslizan formando pequeños riachuelos hacia mi nuca y entre mis omóplatos. Mis manos se han transformado en dos rígidos e inamovibles sabañones, y tengo que frotármelas continuamente para devolverlas a la vida y evitar que se me congelen del todo. Ese es el precio que tengo que pagar por ser tan rata. No me parece de recibo pagar varios cientos de coronas por unos guantes cuando tengo un montón en mi casa.

En las tiendas, las compras navideñas van a muy buen ritmo. Mientras paso lentamente por delante de los escaparates, artículos de regalo por valor de miles de coronas cambian de mano sin parar. En el escaparate de la tienda de lámparas, las cadenas de luces navideñas brillan en estrecha competencia con los Papá Noeles relucientes que se inclinan al son de un villancico navideño inaudible. Por todos lados, esta expectación impregna las miradas de la gente con la que me cruzo por las calles. No irradian felicidad ni excitación, sino más bien una especie de determinación estresada mientras se desplazan, decididos, de tienda en tienda, creando pequeñas y, a veces, grandes oleadas de gente. «Oleadas de consumidores», pienso.

En el café, una vaharada de aire cálido me golpea de frente. Ya me está esperando en la mesa más cercana a la ventana. Sus mejillas están ardientes, y cuando la abrazo, me permito aspirar entre su cabellera dorada. Huele a miel. Aina agarra mis manos heladas y me mira con horror exagerado.

—¡Pero si estás congelada! ¿No tienes guantes?

Sacudo la cabeza y sonrío, como si los guantes fueran un problema terrenal que no me atañe.

Hemos quedado para intercambiar regalos de Navidad, una tradición con la que hemos cumplido estrictamente los últimos años. No se trata de hacernos regalos caros, sólo algún pequeño detalle con mucha intención: un libro, un disco que ha significado algo especial o incluso una entrada de un concierto.

Aina se recoge la cabellera de miel y me da un paquetito duro, envuelto en algo que parece papel de aluminio verde. Lo acepto sin decir nada. No lo podré abrir hasta mañana, ese es nuestro acuerdo, y debo hacerlo exactamente a las diez de la noche, tras lo cual nos llamaremos y nos daremos las gracias amablemente por el libro, el disco o la entrada de un concierto.

Yo le ofrezco su regalo, que también es un paquete duro envuelto en un papel multicolor y una cinta de color morado. Aina parece contenta cuando lo coge. Su jersey se ha descolgado por uno de sus hombros, dejando ver la cinta de un sujetador

rojo. Se ríe sonoramente al ver mi mirada crítica.

—¡No seas tan bruja, Siri! A ti también te iría bien algo más escotado.

No sé si es el calor de la cafetería, o si es su comentario, o tal vez el hecho de que no logre superar que Aina y Sven han tenido un rollo, pero de pronto noto que el acaloramiento se extiende por mi cara. Me pongo en pie y me libero del sofoco que me produce el abrigo, antes de volver a dejarme caer en la silla.

—¿Qué tal te va con tu policía?

Contesto de acuerdo con la verdad: todo va bien, gracias, pero hay ciertos aspectos de nuestra relación que me cuesta aceptar.

—Estoy atrapada en un papel con el que no me siento a gusto. Él es el fuerte, yo soy la débil; él es el héroe, y yo soy la víctima. Cada vez que nos vemos, por alguna u otra razón, acabo llorando. Entonces, él me consuela, claro. Y luego yo me enfado con él. Aunque no sea su culpa. Es tan... —digo, buscando la palabra adecuada—. Tan banal, ¿lo entiendes? Me siento como en una película en la que me han dado un papel que no me gusta, o que no sé interpretar. Porque yo no soy así, tú lo sabes, ¿verdad? Además... De vez en cuando, siento como si él me diera por supuesto. Quiero decir, ni siquiera sé si quiero salir con nadie. Pero él, por lo visto, él cree que somos...

—Que sois, ¿qué?

—Una... pareja. —Aprieto los labios, y mi voz mengua al pronunciar las palabras peligrosas. Preferiría no ponerlas en mi boca.

Aina se encoge de hombros.

—¿Quieres saber lo que yo creo?

Se lame los restos de azúcar que se han quedado pegados en sus dedos tras comerse un bollo.

—Por supuesto. Regálame con tu sabiduría.

Aina no advierte mi mirada. No capta mi sarcasmo, y decido que no haré ninguna escena. Esta vez no. Ya he conseguido enemistarme con Markus en nuestra última cita antes de Navidad.

—No creo que nunca, y cuando digo nunca, quiero decir nunca, no creo que te hubieras interesado por él, si él no fuera agente de policía y tú no fueras la víctima. Me refiero a que, por Dios, ¿cuántos años tiene, por favor? ¿Ha estudiado algo, este, alguna vez?

—Eres una maldita esnob. ¿Acaso eso importa?

—Siri, no creo que me entiendas. Sólo quiero lo mejor para ti. Pero eres... frágil. La gente puede aprovecharse de ti.

Jodida Aina. Jodida Aina y sus interpretaciones bienintencionadas y arrogantes de la realidad. De mi vida.

La miro; está sentada frente a mí, con los ojos abiertos de par en par y el semblante lleno de preocupación. Ve mi ira, e intenta aligerar la atmósfera un poco.

—Bueno, si lo único que necesitas es un poco de diversión... Quiero decir, que

entonces yo no te lo impediré. Entonces, adelante, no te preocupes, sal con el inspector... Con el comisario Folleteo.

Aina sonríe.

No lo puedo evitar. De pronto, me agarra un ataque de risa irrefrenable. Nos doblamos sobre el suelo de linóleo en espasmos de risa. Babeamos en el suelo.

Nuestro abrazo de despedida es largo y sentido. Aspiro, una vez más, el dulce aroma a miel de su pelo. Se me cubre la mejilla de cristales de azúcar, de restos del enorme bollo de Navidad que Aina se acaba de zampar. Sus manos son fuertes y cálidas cuando me agarra de los hombros y me sostiene la mirada.

—Entonces, nos llamaremos mañana sobre las diez. Prométeme que te pasarás por casa si te aburres. Eres bienvenida a cualquier hora, ya lo sabes. No entiendo por qué quieres celebrar la Nochebuena en un apartamento de una sola habitación del barrio de Kungsholmen.

Lo último lo mascullo entre dientes, es casi inaudible. La sigo con la mirada cuando desaparece colina abajo por Götgatan, en medio del crepúsculo. Se aleja dando saltitos y trotando envuelta por la oscuridad. Una Pippi Calzaslargas ya demasiado crecida, con un sujetador rojo.

Lo último que veo son su vistosa bufanda roja y sus guantes rojos desapareciendo en la oscuridad. Ha llegado la hora de volver a casa. Pronto se hará de noche.

Markus me llama justo antes de medianoche. Estoy echada en la cama, leyendo. Cada rincón del apartamento está iluminado, y sobre la mesilla de noche tengo la linterna, al lado de la copa de vino vacía.

—Lo hemos atrapado. Se acabó, Siri.

—¿Qué? —Es todo lo que logro decir.

—Hoy fueron a buscar a Peter Carlsson. ¿Sabes lo que había sobre la mesita del sofá?

—¿De qué me estás hablando? ¿La policía ha detenido a Peter?

Siento como si mis pensamientos se movieran a la velocidad del rayo. Me cuesta entender lo que Markus intenta contarme. Poco a poco, consigo juntar las palabras. Formular una opinión en mi cabeza. La policía ha detenido a Peter.

—La fotografía de Sara Matteus. Ya sabes, la que encontramos en casa de Marianne. Estaba en casa de Peter o, mejor dicho, había una copia igual sobre la mesita de sofá de su casa.

—¿Qué fotografía?

—Pero, Siri..., la fotografía de Sara sobre la roca. Ya sabes, en la que aparece en toples.

La fotografía de Sara. Pienso en sus ojos en esa foto. En su vulnerabilidad. Noto cómo la cólera crece en mi interior. La cólera y el dolor por la muerte de Sara.

—¿Sabeis que ha sido él?

La voz de Markus suena serena y tranquilizadora cuando me responde.

—¿Por qué, si no, iba a tener esa fotografía en casa?

—No lo sé. ¿Él qué dice?

—Afirma que no sabe cómo ha llegado hasta allí, que no estaba allí por la mañana. ¿Realmente cree que nos lo vamos a tragar? También había otras cosas. Encontraron un libro de taxidermia en lo más alto de su estantería. Un poco difícil de explicar, ¿no crees? Y también tenía muchísimos links a páginas web sobre asesinos en serie y torturas en su ordenador. Además, hace cinco años lo condenaron por posesión de...

—¿Por posesión de narcóticos? ¿Qué tiene eso que ver?

—Mira, Siri, lo he visto muchas veces antes. Empiezas encontrando algo que no encaja. Una mentira blanca, alguna anotación en el registro de antecedentes penales. Entonces empiezas a deshacer la madeja y la cosa no tiene fin. Además, se vino abajo enseguida. Dijo que era una mala persona y otras mierdas.

—¿Qué dijo, exactamente?

—No lo sé. Yo no estaba allí, ya lo sabes, Siri. Yo ya no... estoy en la investigación. Eso es, al menos, lo que me han contado. Pensé que te gustaría saberlo. Pensé que, así, pasarías unas Navidades más tranquilas.

Aún no soy capaz de entender todo lo que me cuenta Markus. En mi cabeza aparecen imágenes de Sara sentada en mi silla, con las piernas recogidas debajo del cuerpo y un cigarrillo entre los dedos. Pero también veo a un extraño sin rasgos ni

contornos que me persigue. Que me observa. Que me quiere hacer daño. Una imagen que, de pronto, cobra nitidez, que tiene rostro. Peter Carlsson. No estoy preparada para mi reacción. No entiendo lo que ocurre. Me cuesta respirar y empiezo a jadear. Entonces llega el sonido. Sé que proviene de mí, pero siento que no puedo hacer nada para reprimirlo. El sonido empieza como un lamento ahogado y se convierte en un llanto quejumbroso. Es como si me viera desde fuera. Veo el llanto, oigo los sollozos, tan sonoros. Pero, al principio, no siento nada. Entonces se extiende una sensación casi desconocida por mi interior: es alivio.

Ya lo tengo decidido. Celebraré la Navidad en mi propia casa. La secuencia lógica es sencilla: Peter Carlsson está encerrado en una celda, y hoy nadie requiere mi presencia.

Mis dedos helados sin guantes tiemblan bajo el peso de la caja de comida cuando avanzo por Munkbron, en dirección a Slussen y los autobuses de Värmö. El sol de la mañana envuelve Estocolmo en un fulgor ligeramente dorado y el frío hace que la nieve cruja bajo las suelas de mis zapatos. Hoy hace mucho frío. Esta mañana, el termómetro enfrente de la ventana de mi cocina minúscula indicaba quince grados bajo cero.

El autobús número 438 está lleno hasta los topes de familias con niños y de abuelos celebrando la Navidad. Las bolsas repletas de regalos llenan cada rincón, bolsas que, dentro de un par de horas, volverán igual de llenas de objetos que, en realidad, nadie necesita. En mi bolsa hay un único paquete; en su envoltorio verde resplandeciente descansa como una piedra preciosa sobre un queso y un paquete de galletas.

No dejo de pensar en Peter Carlsson. Es imposible ver lo que esconde otro ser humano en su interior. Desde fuera, no puedes ver si una persona ha hecho algo malo, o ha tenido pensamientos malvados. Si una persona ha decidido ocultar o retener ciertas cosas de sí misma, resulta enormemente difícil descubrir las mentiras o la omisión de la verdad. Aunque soy psicóloga, no sé leer los pensamientos de los demás. De pronto recuerdo las palabras de Vijay: «No puedes saberlo, Siri». Una vez Peter Carlsson hubo decidido que me engañaría, nada pudo impedir que lo consiguiera.

Sacudo la cabeza y me estremezco, a pesar del calor asfixiante del autobús. Tal vez podría dedicar la noche a revisar las grabaciones de las conversaciones que mantuve con él. Todas las cintas de vídeo siguen encerradas en la caja fuerte que tengo en el salón. Quizá llegue a comprender la maldad cuando las haya visto.

Cuando me bajo del autobús y empiezo a caminar en dirección a mi casa, mis botas finas y gastadas se hunden en la nieve que penetra por los tobillos. El sol brilla entre los abetos y veo que el sendero cubierto de nieve que tengo ante mis pies está virgen. Envuelta por los sonidos del bosque y con la nariz llena de un aire frío e inodoro, al ver la casa y el mar, que en la ensenada está cubierto de hielo y nieve, no puedo evitar detenerme, aunque sólo sea por un momento, a mirar. Jamás había visto este paisaje, en esta época del año. Nunca.

La casa descansa llena de paz entre las rocas cubiertas de nieve. No detecto ni un solo movimiento. No hay pisadas en la nieve que revelen los senderos secretos de los animales.

Cuando llego hasta la puerta, mis dedos blancos y helados están tan tiesos que me veo obligada a intentarlo varias veces hasta que, finalmente, consigo que la llave se deslice en la vieja cerradura.

Dentro, el aire es tibio y compacto por el polvo y la humedad. Dejo la caja del

supermercado en el suelo, y doy una vuelta por todas las habitaciones para encender los radiadores y asegurarme de que todas las lámparas funcionan.

En la cocina, la nevera y el congelador están en marcha, pero la nevera está llena de verduras podridas y de leche cortada. Es la prueba de que salí de allí apresuradamente. Vierto los grumos gelatinosos de leche en el fregadero y empiezo lentamente a vaciar la nevera. Saco una botella de Amarone del estante inferior de mi despensa. Quiero regalarme con algo mejor que el brebaje asqueroso con el que normalmente me conformo. Al fin y al cabo, es Nochebuena y he vuelto a casa. El alivio por estar aquí de nuevo es casi físico. Siento mi cuerpo ligero y caliente. Me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos. Es paradójico que pueda sentirme tan segura aquí, donde todos los demás me vieron amenazada. Tal vez sea Stefan, que sigue en estas habitaciones; su presencia es palpable a través de los listones de madera finamente pulidos y las paredes pintadas con dedicación. Voy a por una copa de cristal y un sacacorchos en el armario y me sirvo del delicioso y fuerte vino tinto. Saludo a mi reflejo en el cristal de la ventana y bebo. Un calor maravilloso y suave se extiende por mi cuerpo como anillos en el agua.

Estoy en casa.

Con la copa de vino tinto en la mano, saco el teléfono móvil y empiezo a llamar a todas las personas que lo esperan. Hablo con mis hermanas, mis sobrinos y con mis padres, les deseo feliz Navidad, y vuelvo a explicarles que Aina estaría sola si yo no pasara las Navidades con ella. No tengo mala conciencia por mentir a mis padres. Nunca han comprendido la necesidad que tengo de estar sola, y ahora mismo lo entenderían aún menos. Pienso en lo fácil que resulta hacer que me crean. Como si desearan desesperadamente que sea cierto lo que les digo. Me responden rápidamente que, por supuesto, Aina es más que bien venida en la casa de Huddinge, pero yo les explico, con la misma celeridad, que, ahora mismo, en estas fechas tan señaladas, Aina necesita un poco de tranquilidad. Al fin y al cabo, la Navidad puede ser una época muy difícil si no te llevas demasiado bien con las personas más cercanas, y mi madre me da la razón. Nos desea una feliz Nochebuena, me recuerda que hoy dan el *show* del Pato Donald y La Nochebuena de Karl-Bertil Jonson^[10] en la televisión y se despide. Creo que mi madre está agradecida por que esté con Aina, y tengo la sensación de que, en realidad, ella piensa que soy yo quien necesita estar tranquila y en compañía de alguien, de una manera tan incondicional como la que tal vez me ofrece Aina.

Vuelven los pensamientos que tuve en el autobús. Resulta difícil descubrir a quien no quiere ser descubierto. Me sirvo una copa más de vino y corto un trozo de queso. Ha llegado la hora de ver una película.

El rostro de Peter llena la pantalla que tengo enfrente. Con el semblante triste y nervioso me mira por encima de la mesa. Traje de color gris oscuro y corbata a cuadros azules. No hay nada que sobresalga; sólo veo elegancia hecha a medida de los pies a la cabeza. Durante un breve instante, Peter mira directamente al objetivo de

la cámara, y su mirada parece la de un animal salvaje. Hay algo en sus ojos que me lleva a creer que lo que más le apetece es salir corriendo de la consulta, arrancarse el traje, quitarse la corbata a cuadros azules y perderse en el bosque. Pulso el botón de pausa y considero mi reacción. Tal vez sea por el contraste entre su aspecto exterior, pulcro y civilizado, y sus palabras, que reflejan otro lado de él, un lado que huele a sudor y a animal, y que habla de instintos y de pulsiones.

—*Me vienen pensamientos a la cabeza, imágenes. Y me asustan.*

—*¿Podrías describir tus pensamientos?*

—*Es... muy difícil.*

—*Háblame de la última vez que pasó.*

—*Fue ayer por la noche. Habíamos... cenado, y habíamos tomado vino. Ella, mi chica, se sintió cansada y fue a echarse. Estaba en la cama, dormida. Y entonces yo me imaginé que... que yo... quiero decir, lo increíblemente fácil que sería rodear su cuello con mis manos... Y luego apretar con todas mis fuerzas. Vi lo pequeña y vulnerable que es, y lo increíblemente fácil que sería... hacerle daño.*

—*¿Y cómo te sentiste al tener estos pensamientos?*

—*No lo sé. Al principio, me resultaron casi excitantes. Pero luego, claro, me asusté muchísimo. Imagínate si llegara realmente a hacerle daño. Porque es que... yo la amo.*

Detengo la cinta, y el cuerpo de Peter queda congelado al instante en una postura extraña, medio vuelto, medio inclinado hacia delante, con las dos manos cubriéndole la cara. Está desesperado, y se siente completamente solo y entregado en la pequeña consulta verde en la que yo soy su única salvación, y la cajita de pañuelos de papel, un frágil consuelo.

Hay que confiar en lo que ven tus propios ojos, en tu intuición y en la experiencia que has acumulado. Eso era lo que siempre me decía Stefan, y él tenía una mirada clínica fabulosa. Si tuviera que confiar en mis propias sensaciones, yo diría que es imposible que Peter Carlsson haya matado a Sara, que no puede haber hecho daño a Marianne, ni puesto en marcha un complot contra mí. Peter no es un asesino, no es más que un tipo completamente normal, un poco chiflado y neurótico. Una de esas personas que tienen que hacer acopio de toda su valentía para que su vida no se haga mil pedazos, para darles estructura a los días y a las noches. Una entre todas las personas desolladas que se ven obligadas a enfrentarse a las cosas de una en una y, así, obligarse a avanzar, a darle un sentido a la vida, a someterla. Una persona como yo.

Cierro los ojos y paso la mano por las cintas de vídeo que están esparcidas por el suelo. Aquí están todas: todos los pensamientos obsesivos, todo el miedo, todas las lágrimas. Aquí está el cuerpo pueril de Sara vestido de negro, sus brazos cubiertos de

cicatrices, sus uñas verdes y su cigarrillo obligado. Aquí están el collar de perlas y los trajes de Charlotte, y sus bien formuladas y pacientes respuestas a mis preguntas importunas. Aquí está el hombretón de músculos voluminosos y barba que tiene una Harley Davidson, pero que tiene miedo a las hormigas («y a otros bichos con muchas patas delgadas»). Aquí está la madre que escondía todos los cuchillos y las tijeras en el cobertizo del jardín porque le asaltaban pensamientos obsesivos de sacarle los ojos a su hijo. Aquí está el director que estaba obligado a contar hasta cien, cada vez que tenía que subir por una escalera y que, además, siempre entraba de lado por la puerta, y que sólo podía aparcar en una plaza de aparcamiento cuyo número fuera divisible por tres. Todas estas personas no son más extrañas que yo, no están ni chifladas ni son malvadas. Tan sólo son individuos que intentan no romperse por las costuras que encierran sus agujeros negros, personas que cada día hacen maniobras para salvarse de la catástrofe.

Preparo con mucha dedicación mi cena de Navidad. Enciendo el horno, corto el pan en rebanadas finas y las cubro con queso de cabra y miel. Saco las *dolmas* de hoja de parra y el *hummus* de la nevera. Pongo música y dejo que Belle & Sebastian llenen la casa. Fuera, está a punto de anochecer. La ensenada duerme bajo su grueso manto de nieve centelleante y los pinos que rodean las rocas se perfilan, negros, contra el cielo ensombrecido. Estoy contenta de haber venido hasta aquí.

No pertenezco a la ciudad.

Cuando la oscuridad compacta de Nochebuena finalmente envuelve mi casa, yo hace tiempo que he encendido todas las lámparas. He iluminado cada rincón y he cubierto las mesas de velas. Estoy echada en la cama, mirando los cristales negros que reflejan los contornos de la habitación como un espejo. La linterna descansa en mi mano. El vino me ha amodorrado, y cierro los ojos, dejando que mi cuerpo dormite.

Sueño que celebro la Navidad con Stefan. El suelo está cubierto de paquetes de diferentes tamaños y colores. Stefan está en la cocina, y yo dispongo los regalos en fila. Desde el salón hasta el dormitorio se desliza una serpiente multicolor hecha de regalos. Distingo claramente el aroma a jamón que Stefan está cocinando en el horno. Cuando abro los ojos, todavía huele a jamón, y oigo un débil sonido rasgado que proviene de la cocina.

Sé al instante que hay algo que no va bien, pero me cuesta doblarme al miedo habitual. Es demasiado absurdo. ¿Realmente ha venido alguien, en mitad de la noche, para prepararme un jamón al horno?

Busco el teléfono móvil a tientas sobre la mesita del sofá para ver qué hora es, pero constato que se ha quedado sin batería. Me incorporo sin hacer ruido sobre unas piernas inseguras, todavía ligeramente ebria, y me dirijo a la cocina.

Estoy tan obsesionada con el jamón dorado que se está haciendo en el horno que no lo veo enseguida.

—Hola, Siri.

Pero allí está, apoyado en la ventana, en una postura relajada que hace que su cuerpo desgarrado parezca aún más largo de lo que es. Está igual: el cabello pelirrojo, los rasgos regulares, el cuerpo delgado. Su boca es ancha y sonrío ligeramente. Me examina con la mirada y se acaricia la barba de chivo.

Es Christer. El Christer de Marianne.

—¡Siéntate! He preparado la cena.

El tono de voz es neutral y amable, pero no me atrevo a desobedecerle. Me acerco despacio a la mesa de la cocina sobre unas piernas que apenas me sostienen y me dejo caer en una de las sillas de varillas. Echo una mirada al reloj de la pared: es la una y media.

—También había pensado hacer unas albóndigas. Al fin y al cabo, forman parte de la Navidad. Pero ¡qué coño!, tengo que reconocer que la cocina no se me da muy bien, y las compré hechas.

Christer me sonríe, se acerca a la cocina y empieza a preparar unas albóndigas y algo más que no veo. Mi cabeza está hirviendo. ¿Qué querrá de mí? ¿Aquí, en mitad de la noche?

En Nochebuena.

Una sensación desagradable se hace cada vez más fuerte, hasta convertirse en certeza. A Christer le pasa algo. Tengo que salir de aquí antes de que... bien, ¿antes de que pase qué, exactamente?

Caigo en la cuenta de que debería hablar con él, intentar descubrir cuáles son sus intenciones, encontrar una vía de escape, pero mi garganta se ha cerrado y mi boca está seca. Junto las manos por debajo de la mesa para evitar que sigan temblando.

—¿Cuántas albóndigas querrás?

La pregunta es extrañamente neutral, y la expresión de su cara no desvela sus intenciones.

—Son albóndigas de verdad, nada de migas de pan y esa clase de mierdas para rellenarlas. Son de carne picada y especias al cien por cien. Tal vez también lleven huevo, la verdad es que no lo sé. ¿Tú qué crees?

—¿Qué quieres de mí?

No es más que un susurro, pero estoy convencida de que me ha oído. Me mira, pero no contesta. En la sartén, la mantequilla ha empezado a borbotear, y Christer deposita las albóndigas en ella, una detrás de otra, sin decir nada.

—Toma. Puedes abrir el vino.

Me pasa una botella de vino tinto y un sacacorchos.

—Porque a ti te gusta el vino tinto, ¿verdad?

Mis dedos están rígidos cuando agarro la botella de vino. La miro como si no entendiera lo que es y la dejo en el regazo.

—¿Qué quieres? —repito. Ahora mi voz ha recuperado un poco de firmeza.

—Soy Christer Andersson. Dios mío, Siri, todavía no lo has entendido, ¿verdad?

Escudriño su cuerpo desgarrado, mientras él sigue dándoles la vuelta a las albóndigas en mi cocina. Mi conciencia todavía no es capaz de asimilar este suceso improbable, y el vino que bebí antes, esta misma noche, me aturde. O sea, que Christer está en mi cocina, a la una y media de Nochebuena, friendo albóndigas. Y creo, no, sé, que es el asesino de Sara.

Sacudo la cabeza como respuesta a su pregunta: no, no lo he entendido todavía.

Christer suspira y se vuelve hacia mí con la sartén en la mano.

—Soy el padre de Jenny. El padre de Jenny Andersson.

La botella de vino se me escapa de la mano, los trozos de cristal y el líquido se derrama sobre mis pies cuando la botella se estrella contra el suelo, pero yo no me doy cuenta de nada. Es el padre de Jenny. La cabellera larga y pelirroja; unos dedos que no paraban de tamborilear contra los muslos al ritmo de unas melodías inaudibles; piel blanca como la leche y cubierta de pecas; el cuerpo fibroso de una niña mujer vestida con unos tejanos y una blusa ajustada, con una cinta de cuero

alrededor del cuello.

Jenny Andersson es la paciente que se suicidó. El padre la encontró debajo de un manzano, en el jardín, con las muñecas cortadas. Ahora, este padre está en mi cocina, friendo albóndigas. De pronto, todo me ha quedado dolorosamente claro. Pretende vengar la muerte de su hija y, a sus ojos, yo soy la culpable.

—¿Ya empiezas a caer en la cuenta? A lo mejor, para ti no era más que otra de tus muchos pacientes. Una del montón. ¿Tal vez no sea tan fácil recordarlos a todos?

Christer sonríe, pero su voz encierra mucho dolor.

—Por supuesto que recuerdo a Jenny —susurro, y me froto las manos por debajo de la mesa, mientras la mancha de color burdeos se convierte en un pequeño charco. En la superficie de color sangre veo reflejada mi imagen. Encojo mi cuerpo hacia delante, como si intentara señalar mi inferioridad física y, con ello, disminuir la cólera de Christer.

—Entonces, ¿también comprenderás por qué estoy aquí? Tu negligencia y tu incompetencia mataron a mi hija.

—Christer, yo no maté a tu hija...

¡Pam! El golpe cae sin previo aviso y me alcanza en toda la cara. Noto cómo algo caliente corre por mi mejilla, pero no siento dolor alguno, sólo conmoción y una profunda desesperación.

—¡Ahora cállate, puta psicóloga de mierda! Tú la mataste. ¿Es que no lo entiendes? ¡Tú la mataste!

La voz de Christer sube de tono hasta convertirse en un alarido. Se vuelve hacia mí, y con un solo movimiento envolvente lanza la sartén de hierro contra la pared, y las albóndigas vuelan a través de la cocina.

Está a mi lado. Percibo su respiración entrecortada, casi asmática. Y el olor de su cuerpo. Huele a sudor, como un animal. Se hunde en la silla que tengo frente a mí y se queda sentado con la cabeza enterrada entre las manos, mientras empieza a balancearse hacia delante y hacia atrás. Sale una especie de silbido de su cuerpo. Pasa un rato hasta que, al fin, comprendo que, efectivamente, tiene asma.

—Tú la mataste —masculla sin aliento.

Estamos sentados uno frente al otro sin decir nada. Lo único que se oye es el crepitar y el burbujeo del jamón en el horno, y el tictac del reloj en la pared de la cocina. A pesar de mi aturdimiento, sé que tengo que conseguir que hable, tengo que restablecer el contacto con él, construir un puente en su conciencia confundida, llegar a su yo racional, porque debe de seguir teniendo uno, ¿no?

—Sara... —empiezo por decir con cautela.

Christer se sorbe los mocos, se seca la frente y se incorpora en la silla.

—Sí, Sara —dice con una voz queda pero, a la vez, extrañamente tranquila, y parece que reflexiona un poco, entre todos los pedazos de cristal, el vino tinto y las albóndigas—. Sí, joder, pobre Sara. Puedes decir lo que quieras, pero está mejor donde está ahora. De hecho, era una chica bastante guapa, si dejamos de lado la

mueca permanente de desolación de su cara, pero, sinceramente, estaba completamente chiflada. O, ¿tú qué dices, señorita psicóloga? No paraba de cortarse los brazos. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué hace alguien una cosa así?

—¿La mataste?

—¡Qué tontería! Estaba muerta mucho antes de conocerla. Le hice un favor.

Christer se inclina por encima de la mesa de la cocina y me mira, no, me escudriña con sus extraños ojos de color gris acero que me hacen pensar en perdigones; o en botones metálicos; o en los pequeños y relucientes cuerpos de los pececillos de plata cuando intentan huir del paño que utilizo para limpiar el suelo del lavabo. Extiende la mano y su palma se tiñe del rojo de mi sangre.

—Joder, Siri, siento mucho que tuviera que acabar de esta manera. ¿Qué quieres que te diga? Ha pasado tanto tiempo... desde que empecé a seguirte, desde que empecé a devanar tu ovillo. Casi pienso que te conozco. Estás a un tris de caerme bien. ¿Lo comprendes? Sé lo que cenas; cómo eres desnuda; sé que bebes demasiado; y que te follas a ese patético madero adolescente. ¿Eso te pone? ¿Los tíos más jóvenes? ¿Es un rollo tuyo? ¿Te hace sentir superior? ¿Es por eso que eres terapeuta?

Miro directamente a sus ojos de alfiler, pero no digo nada. Tengo demasiado miedo a provocarle más, pero él no me presta atención, sino que sigue adelante con su discurso.

—Me robaste la vida. ¿Lo sabes?

Sigo sin decir nada, dejo que hable él. Que se explique. Su voz es queda cuando prosigue, apenas un susurro.

—Mi vida era... perfecta. No creo que lo puedas comprender. Todo lo que teníamos. Nuestra vida. Cuando mataste a Jenny, no sólo me la quitaste a ella, sino que me quitaste la vida. Mi mujer, Katarina, no pudo soportarlo y se largó. Conoció a otro tío. Un jodido ginecólogo, ¿lo entiendes? Un ginecólogo se folla a mi mujer... ¡Joder, qué asco! Me echaron del trabajo, la empresa me compró mi parte. Los amigos me evitaban, les parecía que me había vuelto raro. Fue tan condenadamente humillante... Y todo por tu culpa. Pero a ti nunca te castigaron, tu vida siguió adelante, sin más. Como si no hubiera ocurrido nada. No es justo, creo que lo podrás entender.

Christer me mira con una mirada vacía, y continúa. Su voz ha subido de tono, y las manos ya no le tiemblan. De pronto, parece decidido.

—Y ahora estamos aquí, hemos llegado a este punto, a pesar de que no era mi intención. Al final del camino, por así decirlo.

Con una mueca de asco se retira la sangre de la mano con el paño de cocina con el ribete de color azul.

Sus movimientos son bruscos y entrecortados cuando se frota la mano con una intensidad maníaca para eliminar cualquier rastro de mí. La desesperación crece en mi pecho. Tengo que hablar con él antes de que se sienta obligado a pasar a la acción y haga algo precipitado.

—Me parece que me merezco una respuesta a ciertas preguntas. Creo entender tus sentimientos... Sin embargo, necesito saber lo que ocurrió.

—El resto no me supuso ningún problema. Al fin y al cabo, Marianne tenía acceso a los expedientes y a las direcciones de los pacientes. De vez en cuando, se los llevaba a casa para pasarlos a limpio. He leído cada maldita anotación que había sobre Sara. Además, Marianne solía hablar de ella con cierta frecuencia. Creo que le daba pena. Pero, por Dios, ¡si siempre sentía pena por todo el mundo! Por los perros abandonados, por los niños del Tercer Mundo, por las ballenas y por Dios sabe quién más. Parecía sufrir por el mundo entero.

—¿Por qué Sara?

Christer se encoge de hombros y aplasta una albóndiga con el zapato.

—Y, ¿por qué no? Marianne siempre decía que, por alguna extraña razón, ella te caía especialmente bien. Que estabas especialmente motivada para rehabilitarla, que trabajabas más con ella que con nadie. Creo, simplemente, que despertó mi curiosidad. No fue algo que tuviera planeado desde el principio, sencillamente fue creciendo. Adoptó vida propia. Hasta que decidí tomar el control, hacerme dueño y señor de la situación y empecé a encaminar el proyecto en la dirección adecuada.

De pronto parece triunfante, como un niño desobediente y rebelde. Un niño malo con ojos muertos, como alfileres de color gris. Pienso en las palabras de Vijay, en la descripción que hizo de un hombre de mediana edad, con una posición social holgada. ¿Por qué no me dijo cómo hablar con él, cómo hacer que pare, qué botones pulsar?

—Sara me lo contó todo sobre su terapia, y lo que no me contó estaba en los expedientes que Marianne se llevaba a casa. Por tanto, fue muy fácil escribir la carta de despedida; fue fácil conseguir la dirección de Charlotte Mimer. Y sí, fui yo quien colocó la foto y el libro de taxidermia en casa de Peter Carlsson. Ya tenía pensado darle una pista a la policía, pero se podría decir que ellos se me adelantaron, en cierto modo...

—¿Y la sangre en mi césped? ¿Y el perro?

—Eso fue un error. Me vi obligado a hacerlo. Obligado a silenciarlos.

—¿A qué te refieres con silenciarlos?

Christer aprieta los labios y se niega a contestar.

—La verdad, es que no entiendo... ¿Supongo que sabrás que has destrozado la vida de muchas personas inocentes?

—¿Acaso crees que disfruté? —Christer me grita con voz ronca—. Tuve que hacerlo. Por ella... Tuve que resarcirle. Era la única manera de alcanzar una especie de paz.

Christer baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—No fue ningún placer. Bueno, sí, tal vez lo de que te pillaran conduciendo ebria, sí. Fue casi como una broma. ¿No te parece?

—Pero ¿y Marianne? ¿Fuiste tú? ¿Tuviste algo que ver con el accidente?

Christer suspira y entierra, por un instante, la cabeza entre las manos.

—Ella se creía tan condenadamente lista... Creía que lo había descubierto todo. Encontró todos mis papeles sobre Sara. Quería hablar contigo. No podía permitírselo. —Christer se detiene y me mira—. No quería hacerle daño a Marianne. Es una buena persona. De hecho, se ocupaba de mí.

Se queda callado un rato y, de pronto, parece triste.

—Pero supongo que ya habrás descubierto cómo tendrá que terminar por fuerza todo esto, ¿verdad? Sólo existe una clase de justicia, y es la que uno mismo crea.

Extiende las manos, que todavía están manchadas con mi sangre, como para mostrarme que son ellas las que harán justicia. El nudo de terror en mi estómago crece hasta convertirse en una bola de fuego. Es evidente que piensa matarme; esa será su manera de hacer justicia.

Mi muerte es su justicia.

Y pronto me quedaré sin preguntas que hacerle, me quedaré sin circunstancias que aclarar, sin excusas para seguir conversando. ¿Qué probabilidades tengo de que venga alguien hasta aquí, a esta hora de la noche? Markus está trabajando. Aina celebra la Navidad con su madre. Todo el mundo cree que estoy durmiendo placenteramente en el apartamento de Kungsholmen con todas las luces encendidas. Y que el asesino de Sara está encerrado en una celda de la prisión de Kronoberg. Mis posibilidades de huir son limitadas. Desde la cocina puedo llegar al pequeño salón y, desde allí, a mi dormitorio. Hay una puerta que da al dormitorio, pero no se puede cerrar con llave. A lo mejor podría bloquearla de alguna manera.

—Creo que ya está listo —digo, y señalo con la cabeza en dirección al horno, donde el pan rallado y la mostaza quemados han creado una costra fina de color negro sobre el jamón, y un olor a carne quemada ha empezado a extenderse por la casa.

Christer parece confuso pero, a pesar de todo, se pone en pie, se vuelve hacia el horno y agarra la manopla para sacar el jamón.

Esta es la única oportunidad que tendré. Me levanto. Al tiempo que Christer abre la puerta del horno y agarra la bandeja, le doy un fuerte empujón y echo a correr. No es un plan demasiado elaborado. Cruzo el salón a toda pastilla, en dirección al dormitorio. A mis espaldas, oigo a Christer gritar algo, pero es como si mi cerebro fuera incapaz de entender las palabras, totalmente incapaz de descifrar su contenido.

Abro la puerta del dormitorio con tanta fuerza que cae el candelabro del estante que hay sobre mi cama. Aterrizza suavemente sobre la colcha. Pongo todo el peso de mi cuerpo contra la puerta y examino los pocos muebles que hay en la habitación. Lo único que tiene suficiente peso y volumen para que valga la pena tenerlo en cuenta es la cama. Echo el cuerpo hacia delante e intento arrastrar la cama desde el lugar que ocupa al lado de la pared, hasta la puerta que sigo bloqueando con mi cuerpo.

¡BANG!

Christer choca contra la puerta con el peso de un hombre adulto, y no consigo

resistirlo. La puerta se abre un par de centímetros, y él consigue meter el pie en el resquicio antes de que me haya dado tiempo a recuperar el control y volver a cerrar la puerta.

—¡Puta psicóloga de mierda! ¡Abre la puerta!

El grito de Christer en mi oído. Ahora está muy cerca, tan cerca que percibo su aliento a través del resquicio de la puerta y oigo el chirrido causado por su respiración entrecortada, por su tráquea a punto de contraerse.

—¡Abre la puerta, o te mato!

Pero yo ya sé que es lo contrario. Me matará si consigue entrar. Es muy fácil para él, tan fácil como lo es para un perro romperle el pescuezo a un pequeño roedor de un solo mordisco. Soy tan pequeña y delgada... No puedo resistirme a su fuerza, algo que él ya sabe, naturalmente, pero tampoco sé cómo cogerle desprevenido. Por tanto, hago lo único que puedo hacer: presionar con todo mi peso para que su pie quede atrapado en el resquicio de la puerta. Christer aúlla y, por un instante, la presión desde el otro lado cesa.

Mis dedos sudan tanto que me cuesta oponer la resistencia necesaria para mantener la puerta cerrada de manera eficaz. Me escurro por la puerta y aterrizo sobre la base resbaladiza. Aprovecho la oportunidad y me seco la mano rápidamente en los pantalones. Y entonces, ¡BANG! Christer fuerza la puerta con todo su peso, debe de haber cogido carrerilla desde el salón, y la puerta que se abre violentamente me lanza hacia atrás, contra la cama, que sólo he llegado a arrastrar hasta la mitad de la habitación. Allí me quedo tendida, como un escarabajo boca arriba, indefensa, sin posibilidad de huir, con los brazos extendidos como un bebé que espera que lo cojan en brazos.

Christer se acerca a mí lentamente. Veo que hace muecas de dolor y que se masajea un hombro.

Ya está sobre mí.

Se sienta tranquilamente a horcajadas sobre mi vientre, me agarra por los brazos y con un movimiento rápido los inmoviliza con las rodillas. Respira pesadamente. Y, de pronto, me envuelve el olor de Christer, un tufo a sudor, acre y desagradable. De repente, empiezo a sentir náuseas. Tal vez sea el peso contra mi diafragma, o a lo mejor es el hedor pero vuelvo la cara hacia un lado y vomito sobre uno de los cojines azules. Noto cómo el vómito caliente se abre paso por mi nuca hasta llegar a mi espalda.

—¡Joder, qué asco! —grita Christer, y mira hacia otro lado con aversión.

De pronto, caigo en la cuenta de que quizá no soporta los fluidos corporales. Sangre, esperma, vómito. Se desplaza hacia abajo por mi cuerpo delgado, hasta acomodarse sobre mis muslos, a una distancia prudente del vómito.

—¡Joder, qué asco! —vuelve a gritar, y se mira las manos como para examinar si se las ha manchado.

—Ya sabes que no fui yo quien mató a Jenny, ¿verdad?

No sé por qué lo he dicho, lo único que siento es un cansancio paralizante. Ya no me quedan fuerzas para mentir. Lo único que quiero es que esta tortura interminable se acabe de una vez.

Sus ojos me examinan, y de pronto aprieta mi cuerpo con sus rodillas con tanta fuerza que el dolor se extiende por mis brazos, desde los codos hasta las muñecas.

—No fui yo quien mató a Jenny, Christer. Lo sabes muy bien. Tu necesidad de controlarla y de protegerla la ahogó. ¿Lo entiendes?

—¡Maldita hija de puta!

El golpe llega inesperado y rápido. Me alcanza en la mejilla, pero no me duele. Hay algo flácido y desentendido en él. Como una bofetada que un padre, que no tiene ganas de pegar a nadie, le da a su hijo, sólo por guardar las apariencias.

—¡Maldita hija de puta! —vuelve a decir Christer, esta vez en voz más baja.

Se inclina sobre mí y, por un instante, creo que va a besarme, pero descansa la cabeza contra mi pecho y empieza a llorar.

—Nunca fue mi intención hacerle daño.

Christer continúa su monólogo plañidero, pero las palabras se extinguen entre sollozos húmedos y gruñidos. Por un segundo, la presión de hierro que ejerce con sus rodillas se relaja. Su cuerpo empieza a convulsionarse entre llantos.

El dolor de Christer es tan profundo, tan físico... Por un instante, siento que se propaga a través de su cuerpo y se extiende por el mío en suaves oleadas. Vuelvo a pensar en Stefan, en lo incomprensible de su muerte. Pienso en el dolor quebrantador y corrosivo que no me suelta. Y comprendo a Christer. En medio de esta pesadilla, en la que estoy echada boca arriba en mi dormitorio, con la cabeza de Christer contra el pecho, y mi blusa está húmeda de vómito, vino tinto y lágrimas, de pronto me inunda una ola de conmiseración. Sé cómo es perder a alguien que amas, y lo doloroso que resulta cuando nadie sabe qué responder cuando preguntas por qué.

—Lo siento.

Alzo los ojos hacia Christer, intento atrapar su mirada.

—Es imperdonable lo que he dicho. No fue culpa tuya que Jenny muriese, por supuesto.

Christer levanta la cabeza y su mirada se cruza con la mía. Sus ojos están inyectados en sangre, y los mocos y las lágrimas confluyen en pequeños riachuelos por sus mejillas. Parece dubitativo, escéptico pero, a su vez, lo suficientemente desesperado como para desear ese pequeño consuelo que yo puedo ofrecerle.

Absolución.

—Cuando mi marido, Stefan, murió, me quedé vacía. No podía creer que había desaparecido para siempre. Todavía me cuesta creerlo. No puedo aceptarlo. Suelo pensar que sigue aquí, conmigo. Que está justo detrás de mí. Me consuelo con la ilusión de que sólo se ha ido a hacer la compra, o a trabajar, o a dejar el coche en el taller. No logro comprender que ya nunca volveré a verlo. A veces, lo vislumbro en el autobús, o entre la multitud de Götgatan. Otras, cuando me despierto, puedo sentir el

calor de su cuerpo en la cama; durante un breve instante, noto su cuerpo a mi lado. Pero entonces me acuerdo, y él desaparece, el calor desaparece.

Christer asiente con la cabeza. Sabe lo que quiero decir. De pronto estamos unidos: dos seres afligidos, abandonados, solitarios.

—Jenny era mi hija, ¿lo entiendes?, mi hija. Cambió tantas cosas en mi vida... Antes de Jenny, la vida no tenía sentido. Le dio sentido a la vida, y calor, y una fe en que un poco de lo bueno que había en mí se transmitiría a través de ella. Después de Jenny, la vida se vació de sentido. No quedó nada. Hasta que empecé a seguirte a ti, Siri. La verdad es que le devolviste el sentido a mi vida. La idea de que tú pagarías por Jenny me colmó de tranquilidad. Me dio paz.

Ninguno de los dos dice nada. Estamos unidos en esta repentina e involuntaria intimidad; sus manos alrededor de mis brazos, como las de un amante. Desde la cocina se oye el tictac del reloj y el olor a carne quemada nos envuelve.

—Háblame de Jenny. ¿Cómo era?

Mi pregunta surge espontáneamente. Hasta ahora, sólo había visto a Jenny como paciente, sentada en la silla de las visitas, golpeteando la mesa con sus dedos finos y largos. Me pregunto quién era Jenny, la hija, la niña de dos años, la colegiala, la adolescente.

—Jenny era...

Christer vacila, piensa y parece preguntarse cómo expresarse.

—Jenny era diferente. No se parecía a los demás críos de la escuela. Parecía vulnerable, frágil. Se preocupaba por todo el mundo; tú seguramente dirías que era empática. Recuerdo que solía llorar cuando veía películas de dibujos animados. Había la de, ¿cómo era?, la del gato y el ratón. Al principio, le daba pena el ratón que era perseguido por el gato, pero luego sentía pena por el gato, porque lo apaleaban. Cuando su conejito de indias se murió, lloró durante semanas enteras y no quiso salir de la cama.

Una vez más, es como si volviera a considerar algo, como si evocara las imágenes de su hija muerta.

—Se preocupaba mucho por Katarina y por mí, tenía miedo de que nos pasara algo malo, de que tuviéramos un accidente de tráfico o nos pusiéramos enfermos. Pretendía prohibir que cogiéramos el coche. En la escuela, los demás niños descubrieron muy rápido que era una niña temerosa y asustadiza.

Christer sacude la cabeza y cierra los ojos. Por un instante, le inundan los recuerdos que tanto duelen.

—La maltrataron, ya sabes. Esos jodidos niños la asustaron y se burlaron de ella. Era diferente, y eso no podían permitirlo. Pero yo les enseñé lo que valía un peine. Invité a los niños al cumpleaños de Jenny, y los padres, naturalmente, se ocuparon de que fueran. Esos malditos lameculos querían estar a buenas con nosotros. Katarina organizó juegos y montó un estanque de peces. Jenny estaba contenta; de repente, todos eran tan amables y simpáticos con ella... Por un breve espacio de tiempo, sus

enemigos se habían convertido en sus amigos.

Escucho fascinada, es como si Christer rellenase los huecos que tenía para poder formarme una imagen completa de Jenny. Veo la satisfacción en su rostro, y me pregunto qué vendrá ahora.

—Entonces, Jenny se cayó y se hizo daño, y Katarina la acompañó al baño para ponerle una tirita y consolarla. Yo me quedé a solas con los niños. Por aquel entonces, solía ir a cazar con bastante frecuencia. Cazaba cualquier cosa, caza menor, alces... El caso es que saqué uno de mis rifles y se lo enseñé. Lo cargué, abrí la ventana y disparé contra uno de nuestros manzanos. Se cayó una rama entera. Los críos se quedaron con la boca abierta, y les pareció, claro, que era una pasada. Más tarde, les expliqué que les pasaría lo mismo a sus pequeños cerebros si alguna vez volvían a molestar a Jenny. Los destrozaría a balazos. Y les di a entender que lo mejor que podían hacer era callarse la boca, para que sus padres no tuvieran que enterarse de lo que andaban haciendo sus angelitos. Entonces volvió Katarina; había oído el disparo y se preguntaba qué estaba pasando. Yo me limité a decirle que les había enseñado el rifle, y ella me dijo que estaba chiflado, lo agarró y lo devolvió al armario. Nunca volvimos a hablar de lo ocurrido. Pero a partir de entonces, los niños dejaron en paz a Jenny. Se volvió una niña solitaria, pero dejaron de acosarla. Algunas de las niñas incluso intentaron ser amables con ella.

Christer sacude la cabeza, como si la conciencia de lo malvados que pueden llegar a ser los niños fuera demasiado para él.

—También era una niña inteligente. Tenía talento para la música; tocaba el piano y el violín desde muy pequeña. Y era muy cariñosa, pero vulnerable. Intenté protegerla, ya lo sabes.

Vuelve la vista hacia mí y me mira a los ojos con una mirada penetrante.

—Realmente intenté protegerla, ¿lo comprendes?

Asiento despacio con la cabeza. Creo que lo comprendo.

—Christer, realmente creo que Jenny quería morir.

Él me mira con una expresión vacía.

—Jenny era una de las personas más infelices que haya conocido jamás. Era como si sus sentimientos estuvieran intensificados, agrandados. Como si viviera en ellos, y no al contrario, ellos en ella. Sentía mucho dolor. Era capaz de estar sentada en mi silla, temblando de angustia sin parar. Y yo me sentía indefensa, sin recursos. Realmente quería ayudarla. Quería que saliera a la vida y que fuera como los demás, que disfrutara, que riera. Que conociera a un chico. Que fuera una chica joven, y nada más. Ya sabes...

Christer asiente con la cabeza. Sigue sin decir nada, pero oigo que su respiración se ha vuelto forzada. Por cada vez que espira, se oye un pequeño silbido.

—Lo había intentado todo, toda clase de medicina, todo tipo de terapia, ingresos, centros de tratamiento... Nada pudo eliminar la angustia y el dolor, nada. Ya no quería seguir. Al principio, me culpé a mí misma pero, poco a poco, fui entendiendo

que ninguno de nosotros puede detener a un ser humano que ya ha tomado la decisión.

Las palabras salen de mi boca, imparables, como piedras. Y de pronto, el calambre en el abdomen cede un poco, como si realmente fuera una carga física de la que me estoy liberando. Christer sigue sin decir nada, se limita a escudriñar mi rostro, pegando el suyo al mío. La luz cálida de la lámpara amarilla de mi cama hace que su piel, ya de por sí rubicunda, arda.

—¿Cuándo... desaparece? —susurra Christer, notablemente incómodo por el asma.

—No lo sé. —Es todo lo que consigo decir.

El peso del cuerpo de Christer ha hecho que se me duerman las piernas, y me duelen los brazos bajo la dura presión de sus manos.

—No sé cuándo desaparece, pero sí sé una cosa. Tú te culpas por ello, te sientes culpable. Cuando Stefan murió, yo también sentí que era culpa mía, que tenía que haberlo impedido. Pero no puedes detener a alguien que ya ha tomado la decisión.

De pronto, la expresión de la cara de Christer cambia y entiendo que, por un instante, he olvidado que estoy hablando con un asesino. Con alguien que no piensa ni funciona como yo. Alguien que, en realidad, ya ha tomado la decisión de matarme.

Por una fracción de segundo llegué a creer que podríamos comunicarnos, pero ahora me doy cuenta de que he cometido un error. Él me mira con sus ojos muertos y brillantes.

—Yo. No. Siento. Culpa. Alguna. —Pronuncia cada palabra con evidente dificultad—. Yo no siento. Culpa. Alguna. Porque la culpa no es. Mía. Fuiste tú. Quien la mató.

Y de pronto lo sé. Es inútil intentar convencer a Christer. Es como andar sobre un hielo muy fino y crujiente y saber, todo el tiempo, que se romperá. Antes o después, diré algo que le provocará, y él decidirá que este juego, esta pequeña charla que mantenemos, se ha acabado. Que ha llegado el momento de que yo muera.

Tengo que salir de aquí ahora mismo. Es mi única posibilidad. Y en ese preciso instante, cuando Christer desplaza brevemente el peso de su cuerpo sobre mí, consigo liberarme de sus brazos enclenques pero fuertes, y salgo corriendo del dormitorio a toda velocidad. Sólo me queda una alternativa. Echo un vistazo a la ventana negra y a la oscuridad compacta que se esconde detrás del cristal, y decido que tengo que adentrarme en la noche cerrada.

Oigo sus alaridos detrás de mí, mientras me peleo a tientas con la cerradura de la puerta exterior. Se abre con un clic, y el aire negro, frío y denso de la noche me envuelve al instante. A pesar de que, literalmente, me persigue un asesino perturbado, dudo por un segundo antes de adentrarme en la oscuridad. A pesar de que mi vida está en peligro, considero la posibilidad de quedarme en las habitaciones iluminadas de la casa; tan grande es el terror que siento a la oscuridad.

Echo a correr en dirección al embarcadero en calcetines. Mis pies buscan en vano

un punto de apoyo en el lecho del bosque. El frío muerde mi piel, y me tuerzo el tobillo varias veces, antes de llegar al cobertizo de la leña.

Entonces me alcanza.

Su mano me agarra del brazo, y con un grito me lanza contra el cobertizo, arroja todo mi cuerpo contra la pared de color rojo terroso. Noto que me rompo; hay algo en la mandíbula que se quiebra, y mi boca se llena de grava y sangre. Christer aprieta una rodilla entre mis omoplatos, me agarra del pelo y, con un movimiento envolvente, golpea mi cabeza una y otra vez contra la pared. La sangre fluye de mi boca. Corre por la nieve creando un charco rojo que crece a una velocidad alarmante, y ahora veo que la grava que la sangre lleva consigo no es grava, sino dientes.

Mis dientes.

Y todo el tiempo oigo los alaridos que Christer profiere; un gemido animal que no suena como algo que haya podido oír antes. Entonces, de pronto, se detiene, y vuelvo a oír aquel sonido silbante y agudo. Se desploma sobre las rodillas y sus manos amortiguan la caída contra la nieve, mientras su tráquea convulsionada emite un jadeo ahogado. Christer cae a un lado, contra el montón de leños que yo tenía que haber partido antes de la llegada de la nieve.

De pronto, noto contra la mano el hacha que en otoño Aina dejó al lado del montón de leña, la leña que se negó a meter en el cobertizo. Se ha quedado pegada al suelo por la helada y está cubierta de nieve. Con fuerzas que no creía tener, consigo soltarla. Y aunque sólo tardo unos segundos, me da tiempo, con el hacha en la mano, a pensar un montón de cosas: ¿me he convertido en una persona malvada? ¿O únicamente en una persona que comete actos malvados? Podía haberle cortado la pierna, haberle lastimado lo suficiente para ponerle fuera de combate. Pero no quiero.

Quiero matar a ese hijo de puta.

Una sensación embriagadora se apodera de mí a pesar de mis lesiones, o tal vez gracias a ellas. Alzo el hacha y con un grito se la clavo en la cabeza hasta que queda enterrada en su cabellera pelirroja.

Poco después, el sonido silbante y agudo de su respiración se detiene.

Ya estoy de vuelta en casa. En mi preciosa casa blanca.

Se filtra una suave luz a través de los cristales emplomados de colores de la ventana del dormitorio. Cae sobre mí, sobre nuestra ancha cama en la que estoy tendido.

A mi lado, duerme ella, la niña, Jenny. Está echada boca abajo, con las piernas regordetas recogidas bajo el cuerpo y el culito, relleno de pañales, en trompa, como un signo de admiración. Su fina cabellera pelirroja reposa sudada sobre la almohada, y el chupete se mueve hacia dentro y hacia fuera siguiendo un ritmo constante.

Me acerco a ella todo cuanto puedo, sin arriesgarme a despertarla.

Ahora aspiro su aroma, el aroma a bebé. Es cálido y redondo, y huele un poco a papilla vieja.

Soy tan feliz...

Silencio.

He dejado de notar el frío mordiente. El hombre que antaño fue el padre de alguien, el que asesinó a Sara y frío albóndigas en mi cocina, yace quieto en la nieve, con la cabeza en un charco de sangre que despidе vapor. Vomito sangre, o tal vez sea vino tinto, contra la pared del cobertizo, y caigo de rodillas. Poco a poco, avanzo a gatas entre la nieve, en dirección al embarcadero. Cada movimiento requiere un gran esfuerzo, y veo que, a mi paso, voy dejando un rastro de sangre en la nieve.

Estoy tan débil que no me quedan fuerzas para llegar hasta la casa. Avanzo a gatas un par de metros por el hielo. Entierro los dedos en la nieve e intento en vano arrastrar el cuerpo hacia delante, ayudándome con las uñas. Mi cuerpo parece haberse quedado sin vida, y ha dejado de dolerme la mandíbula. Por primera vez en toda la noche, siento, de pronto, que mi cabeza está despejada. Tan sólo el cuerpo se ha rendido.

Me echo sobre la espalda y miro al cielo y, de repente, es el cielo estrellado más bello que he visto en mi vida. Millones de estrellas centellean en todos los colores del arco iris contra el fondo negro y saturado, y la nieve ha dejado de parecerme fría y dura. Ahora es suave y atractiva. Pienso en el poema que Stefan me escribió sobre un trozo de papel vegetal arrugado, hace un millón de años, y que decía que no puedes ver las estrellas sin la oscuridad. Y, de pronto, caigo en la cuenta de que ya no me asusta la oscuridad; ahora me abraza con delicadeza, sin hacer ruido, infinitamente acogedora.

Debería de ser idílico.

Desde mi dulce lecho sobre el hielo puedo ver mi casa, arrebujaда entre la vegetación cubierta de nieve. Brilla desde todas las ventanas, y a pesar de la oscuridad compacta, vislumbro una fina espiral de humo que se eleva desde la chimenea hacia el cielo abierto, cubierto de estrellas, de la Nochevieja. Ya no queda ni rastro de la despiadada lucha que acaba de tener lugar fuera de la casa, no se oye ni el más mínimo ruido, tan sólo un débil crujido del hielo bajo el cuerpo rígido que ya no siento como mío.

Mucho más tarde, empieza a nevar. Grandes copos de nieve caen silenciosos, cubriendo mi rostro. Entro y salgo de un sueño envuelto en una neblina, y es entonces, en ese preciso instante, cuando llega la nieve, cuando él se echa a mi lado. Stefan apoya la barbilla contra mi cuello y rodea mi cintura con sus brazos. No decimos nada, pero contemplamos en silencio las estrellas y la nieve que cae suavemente.

Huele a miel.

Siento el calor de un cuerpo, y aunque todavía no he abierto los ojos, sé quién es. Respiro hondo, lleno los pulmones con el aroma a miel y abro los ojos. La estancia es blanca, la cama es de metal, y me han cubierto con una manta a cuadros amarillos de hospital. El pelo de Aina me hace cosquillas en la nariz. Debe de haberse dado cuenta de que estoy despierta, porque se vuelve hacia mí y me acaricia la mejilla con la mano. Intento hablar, pero una especie de armatoste, ¿o será yeso?, que rodea mi mandíbula, me lo impide.

—Ssshhh, no hables. Te encontré incrustada en el hielo, princesa mía. Tenías que haberme llamado a las diez para darme las gracias por el regalo, ¿no es cierto? Puesto que no lo hiciste, empecé a preocuparme. Al final, me acerqué a tu apartamento, y al ver que no estabas, supe enseguida dónde encontrarte.

Aina parece triste.

—Debería de haber adivinado lo que harías. Es imposible confiar en ti, especie de monstruo desesperante... Al menos, ahora todo ha terminado. Él está muerto. Markus y tus padres están de camino. Y los médicos y yo hemos echado, al menos de momento, a los demás agentes de policía.

Entonces se da cuenta de mi mirada, que se ha posado en las rosas rojas que alguien ha metido en un jarrón demasiado pequeño encima de la mesita de hospital. Asiente con la cabeza sin decir nada y me acaricia el pelo.

—Son de parte de Markus. Me obligó a comprarlas.

Cuando vuelve a echarse a mi lado, pegada a mí, en la amplia cama del Hospital Regional, y apoya la cabeza contra la mía, noto su respiración húmeda en el cuello. Y entonces ya no quiero hablar... Sólo quiero quedarme allí en silencio, con la nariz enterrada en el pelo amarillo miel de Aina.

Epílogo

—Sé que no siempre hemos estado unidas —empiezo a decir, y vacilo por un instante, froto las manos contra la mandíbula, que todavía me duele y se encalla con cierta regularidad.

Estoy buscando las palabras adecuadas, y cuando creo haber las encontrado, continúo:

—Tal vez seamos demasiado diferentes para llegar a ser, algún día, amigas de verdad. Ya sabes, tenemos distintos objetivos en la vida, experiencias y maneras diferentes de acercarnos a los demás. Yo sé que no siempre te he mostrado el aprecio que te merecías, que de vez en cuando me he irritado contigo sin razón, y que incluso he llegado a abroncarte alguna vez. Dios mío, qué tonta y poco profesional fui. Pero tienes que saber que siempre he sentido el mayor de los respetos por ti. Respeto por el trabajo que hiciste, siempre tan meticulosa, siempre a tiempo y sin fallos. Respeto por tu discreción y tu humanidad. Respeto por la vida que has vivido, por la educación que has dado a tus hijos, por tus separaciones y tu búsqueda de la independencia.

Vuelvo a pensármelo un rato, y examino la estancia blanca donde, aparte de la cama, sólo hay un lavabo y una silla de metal.

—Sí, tengo que admitir que, de vez en cuando, llegué a pensar que favorecías a Sven. Ya sabes, sus expedientes que siempre pasabas a limpio antes que los demás, sus llamadas, que eran las más importantes, y su oficina, que limpiabas cada día, a pesar de que no formara parte de tus tareas. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Cuando ocurre esta clase de cosas, tienes que reevaluar tu vida, ¿no crees? Concentrarte en lo que es importante, dejarte de esas viejas rencillas y, ¿cómo te lo diría?, ver lo bueno en la gente. Siempre quieres dar las gracias a los que te han apoyado. Al menos, ese es mi caso. Y supongo que es por eso que he venido. Para darte las gracias por toda la ayuda y, tal vez incluso a pedirte perdón por no haber recibido de mi parte todo el aprecio y el reconocimiento que te merecías.

Me pongo en pie y miro a Marianne, que yace inconsciente en la cama de hospital, con la boca medio abierta y la barbilla colgando sobre el pecho. Si no supiera que es ella, no la habría reconocido. Está tan cambiada... La cabellera rubia y rizada tiene ahora unas largas raíces oscuras, la piel parece muy fina, casi de pergamino, le sale un tubo de la nariz y lleva una especie de monitor pegado al dedo índice, parecido a una pinza de tender la ropa, que confiere un tono rojo a su dedo.

Me incorporo lentamente y abandono la habitación sin mirar atrás.

Fecha: 15 de mayo

Hora: 15.00

Clínica psicológica de Karlaplan

Terapeuta: Maryvonne von Arndtstadt

Paciente: Siri Bergman

Sesión introductoria

—Bienvenida, Siri. Ya sé que eres psicóloga, y supongo que lo sabes todo de las sesiones introductorias, y de cómo se desarrollan. Por eso te propongo que nos saltemos los formalismos y que, en cambio, tú me cuentes por qué has venido.

—He venido porque sufro un trauma sin tratar del que me gustaría hablar.

—¿En tu pasado?

—Mi marido se quitó la vida hace un par de años, o al menos yo creo que se suicidó. Siempre había preferido considerarlo un accidente. Y, de hecho, no hubo evidencias ni pruebas técnicas que demostrasen que fue un suicidio.

—No es tan raro cuando se trata de un suicidio.

—Lo sé. Pero, últimamente, ciertos acontecimientos, fuera de mi control, me han obligado a reevaluar lo que ocurrió entonces, a reconocer que, probablemente, fuera un suicidio.

—Cuéntame.

Agradecimientos

Åsa: Escribir un libro es emprender una expedición para levantar el mapa de un nuevo continente.

Camilla: No, no seas tan pretenciosa. Es más como comerse un elefante entero, hay que hacerlo a mordisquitos, y requiere la ayuda de mucha gente.

Åsa: Exacto, y la gente tiene que tener mucha hambre... y, a poder ser, tener los mismos gustos que nosotras.

Camilla: Los que nos han ayudado a comernos el elefante son, sobre todo, nuestra maravillosa editora, Annika, nuestro increíble y estiloso redactor, Gustaf, y, naturalmente, nuestro agente tan *cool*, Joakim Hansson.

Åsa: Además, el equipo de Wahlstnöm & Widstrand ha colaborado con consejos y hazañas.

Camilla: También me gustaría darles las gracias a mi marido y a mis hijos por haber mostrado tanta paciencia conmigo, a pesar de que, periódicamente, he estado totalmente enfrascada en el texto. Y, por supuesto, a todos los amigos que han leído el libro, que me han animado y me han hecho comentarios muy valiosos.

Åsa: Yo quiero darles las gracias a mis amigos; a mis colegas de Inside Team que han soportado que, de vez en cuando, estuviera más ausente de lo que es recomendable; a mis hijos, Max y Gustav; y, ¿cómo no?, a mi marido, Andreas. Sin tu ayuda y tus comentarios habría sido mucho más difícil escribir esta novela. ¡Gracias!

Camilla: ¡Y luego quiero darle las gracias a John Ajvide Lindquist por toda la inspiración!

Åsa: Pero hay alguien más al que me gustaría darle las gracias.

Camilla: ¿A quién?

Åsa: ¡A ti, mi querida hermana mayor! Sin ti, nunca habría salido un libro de todo esto.

Camilla: ¡Igualmente, hermanita!



CAMILLA GREBE (Estocolmo, Suecia, 1968). Formada en Económicas y *Marketing* en la Universidad de Estocolmo, dirige una consultoría en el campo de las telecomunicaciones, en los últimos años ha trabajado principalmente para la filial de Telenor en Suecia y Telenor GrameenPhone en Bangladesh; además, es cofundadora de Storyside, una editorial especializada en audiolibros que fue adquirida por Natur&Kultur en 2007. Casada con Joachim, es madre de dos hijos, Calle y Josephine y la perra dálmata Ella, miembro de pleno derecho de la familia. (*Izquierda en la foto*).

Åsa Träff (Estocolmo, 1970), su hermana pequeña, es licenciada en Psicología y tiene una consulta privada donde atiende a pacientes, normalmente en el área de trastornos alimenticios y de ansiedad; también ha trabajado en varios proyectos de investigación en la Universidad de Estocolmo, en psiquiatría de niños y adolescentes y con jóvenes con síndrome de Asperger. Actualmente vive en Gnesta, una pequeña ciudad al sur de Estocolmo, con su marido Andreas, y sus hijos Max y Gustav. (*Derecha en la foto*).

Notas

[1] Compañía del estado sueco que tiene el monopolio para la venta de alcohol. (*N. de la T.*) <<

[2] «Control terrestre al mayor Tom». (*N. de la T.*) <<

[3] «Tome las pastillas de proteína y póngase el casco». (*N. de la T.*) <<

[4] «Empieza la cuenta atrás». (*N. de la T.*) <<

[5] «¡Compruebe la ignición y que Dios le acompañe!». (*N. de la T.*) <<

[6] «... cuatro, tres, dos, uno, DESPEGUE». (*N. de la T.*) <<

[7] Juego de origen sueco parecido al *hockey* que se juega en un pabellón deportivo.
(N. de la T.) <<

[8] En inglés en el original: «¡Ve a por ello, chica!». (*N. de la T.*) <<

[9] «O sea, que crees que sabes distinguir el cielo del infierno, el cielo azul del dolor. ¿Sabes distinguir un prado verde de un frío raíl de acero? ¿Una sonrisa de un velo? ¿Crees que sabes distinguir...?». (*N. de la T.*) <<

[10] Película animada de Per Åhlin que se puede ver cada año en Nochebuena por televisión, basada en un relato de Tage Danielsson. (*N. de la T.*) <<